12.000
ANT
XIX
1391

El Saharasauro

32cm

R-91227

EL
SAHARASAURO

DESCUBRIMIENTOS PREHISTÓRICOS

EN EL

AFRICA ECUATORIAL

Y

SI VIS PACEM PARA BELLUM

POR

CÁRLOS FÉLIX FYNJE

MÁLAGA
—
ARTURO GILABERT, EDITOR
1892

Excmo. Sr.

Don Antonio Cánovas del Castillo.

A V. E., que se ha servido aceptar la Dedicatoria de este pequeño trabajo literario, le ofrece como tributo de sincera admiracion, el más respetuoso saludo S. S. S.

Q. B. S. M.,

C. F. Tejeje

Málaga, 1892.

EL SAHARASAURO

DATOS

PARA EL MAYOR CONOCIMIENTO

DE LA

FAUNA AFRICANA ANTEDILUVIANA

RECOGIDOS EN UNA EXPLORACION

DE

LAS CAVERNAS DEL RUWENZORI

EN EL CENTRO

DEL TODAVÍA TENEBROSO CONTINENTE

POR

Cárlos Félix Fynje

Esta obra es propiedad de su autor. Quedan hechos los depósitos que marca la ley.

Á MIS LECTORES

Al presentarme yo, un extranjero, en el estadío de las letras con una produccion mia, escrita en vuestra hermosa lengua, lo hago emocionado en sumo grado por la difícil empresa que trato de acometer, como lo es siempre escribir en una lengua extraña á la materna y sobre todo en una como la castellana, que tanta belleza, tanta riqueza de génio ha producido, merced á la viva imaginacion de sus muchos y esclarecidos cultivadores.

Al publicar las siguientes páginas que encierran la reseña de un viaje llevado á cabo hace poco por el Africa Ecuatorial hasta la cordillera del Ruwenzori, en busca de un desconocido ejemplar del órden de los sáurios prehistóricos, lo hago por completo ajeno á la pretension de ofrecer un trabajo científico, para el cual mis escasos conocimientos en geognosia y paleontología, no pueden entrar en la lid con

tanto escrito erudito existente en diferentes lenguas, y todo mi afan se concentra en la esperanza, que la lectura de EL SAHARASAURO, aunque no enseñe nada de nuevo, sea un recuerdo grato por amor á la materia de que trata,

..... *et ament meminisse periti*

como decía el gran Ovidio.

Por esta razon os ruego indulgencia con mis faltas, benevolencia en vuestra merecida crítica.

El Autor.

PRIMERA PARTE

EN GROSVENOR SQUARE

Capítulo I.

Sir Henry Goldner batido por un médico.—Vidrio plano de algas marinas.—Los Ingleses en la India.—Expedicion hidrográfica escocesa á las fuentes del Nilo.—El Nubio Rad Abad.—Descubrimiento de una caverna zoolítica en el Ruwenzori.—Hallazgo de un esquisto.—Dedos de más de un metro de largo.—Lord Cleaventod deja el Egipto y vuelve á Inglaterra.

Vadelantando dos casilleros el alfil, se llevó el doctor un peon y dijo tranquilamente: ¡Jaque mate!

—¡Es verdad! No había reparado que al sacrificarme su caballo, me podía Usted buscar las cosquillas.

—¡Bravo, doctor! batir á un militar, no es poca la suerte que Usted tiene.

Estas palabras se cruzaron una noche á principios del mes de Mayo, hace dos años, entre tres Ingleses, cómodamente sentado el uno con el indispensable periódico *The Times* en la mano, en una ancha butaca cerca de la estufa, encendida á causa del frio que reinaba en Lóndres, mientras que los otros, separados por un velador que llevaba un ajedréz, lo estaban en mullidas sillas. El salon donde se encontraban demostraba un lujo de buen gusto, tal como se podía esperar de los inquilinos del primer piso de una casa situada en Grosvenor Square, la más distinguida plaza de la enorme capital del Reino Unido, tan concurrida sobre todo los domingos á causa de su proximidad al elegante Hyde Park y á los palacios de la reina. Por lo demás, para completar la buena impresion que nos causaba el salon, no había más que observar el correcto vestir y la severa estampa del criado Belt, que en este momento entraba, llevando en una mano una bandeja de plata con tres

tazas de thé que ofrecía á su amo y á los dos convidados y en la otra un cajon abierto, lleno de buenos habanos.

Antes de seguir adelante, presentemos los personages á nuestros lectores.

Eran estos tres, dos hombres de treinta á treinta y dos años y uno de edad más madura. Mr. Alexander Brown, en cuyo gabinete hemos entrado, era hijo de un fabricante de cerveza de Brighton que había reunido un buen capital á fuerza de un asíduo é inteligente trabajo durante más de cuarenta años. No deseando, sin embargo, que sus dos hijos se dedicasen á su industria, que si bien le había enriquecido, no había por eso llenado sus aspiraciones, y encontrando desde la infancia en el menor de ellos una gran disposicion para la mecánica, se había decidido á mandar á Alexander á la Academia de Eton, asociando á sus trabajos de destilacion á su hijo mayor George, que había vuelto recientemente de Australia, despues de una ausencia de dos años, tiempo bien empleado en el establecimiento de casas corresponsales de la fábrica en Melbourne, Sydney y Adelaide. Alexander había seguido con mucho éxito los cursos de enseñanza y concluidos sus estudios, había entrado en el University College, de donde salió hecho ingeniero con el número dos, de setenta y cinco alumnos que se habían presentado á los exámenes. El número primero lo obtuvo un jóven príncipe indo, de Delhi, Top Kisri Mohkool, sobrino de un rajah independiente del Bundelkund, que habiendo conseguido por su privilegiada disposicion todos los años las notas de sobresaliente, había terminado de tan feliz manera sus estudios, que iba á practicar en su país natal.

Mr. Alexander Brown había luego trabajado durante cuatro años en diferentes construcciones y montado para Messrs Ralph Saundres and Palmers (limited) la primera fábrica que poseen estos señores en Lambeth—parte sur de Lóndres al lado derecho del Támesis, Surrey lado—para la fabricacion de vidrios planos, hechos de algas marinas y una hilandería de hebras de ananás para la confeccion de tegidos finos del peso de diez á doce gramos el metro, industria china, perfeccionada por los hermanos Oliver and James Smith, en Sheerness, pequeña ciudad de la isla de Sheppey en la confluencia del Támesis y el Medway, al sudeste de la metrópoli. En la actualidad no estaba ocupado Mr. Alexander Brown en empresa alguna; había acabado de entregar su último trabajo y

no necesitando para su sustento ir en busca de nueva ocupacion, había vuelto á la casa de su primo Mr. Richard Plemperton, donde siempre sabía tenía su gabinete y su dormitorio prontos para recibirle, cuando residía en Lóndres. Su primo no tenía más ocupacion, permitiéndoselo su fortuna, que dar su diario paseo por la mañana, que lloviera ó no, por South Audley street para dar repetidas vueltas por el hermoso Hyde Park, extendiendo alguna que otra vez su paseo hasta los Kensington Gardens, para luego por la tarde ir á su círculo el Union Club House en Trafalgar Square, volver á casa para comer y concluir su noche asistiendo á un acto ó dos en el Drury Lane Theatre. Durante los meses del invierno, sin falta, se iba de viage, en busca de un clima más benigno; había pasado inviernos en Madeira, Málaga, el Cairo, Calcutta y Wellington y sin ser literato, zoologista, botánico, mineralogista, ni químico, no había dejado de adquirir nociones científicas en sus diferentes excursiones. Hemos dado estos detalles sobre Mr. Plemperton, porque si bien no estaba en el gabinete donde hemos introducido á nuestros lectores, más tarde ha de figurar en esta historia. Diremos por añadidura que contaba cuarenta años de edad y que era viudo sin hijos.

Los dos jugadores de ajedréz eran el capitan Sir Henry Goldley y el Doctor Mr. Abraham Leading. Este último ya había pasado de los cincuenta años, pero al verle con tan abundante cabellera rubia sin un solo pelo plateado todavía, la cara completamente afeitada, expresando todo su sér afabilidad y buen humor y los ojos llenos de viveza, no se le hubiera atribuido esta edad y por cierto nadie hubiera sospechado que había pasado las dos terceras partes de su vida en clima cálido. Nacido en Natal, había ido muy jóven á la ciudad del Cabo, donde estudió y fué recibido doctor en medicina; había practicado doce años en la Colonia, viniendo á la edad de treinta y nueve años á establecerse en Lóndres, á consecuencia de que la familia de su señora les había llamado á la metrópoli, donde había proporcionado al doctor un excelente destino como médico primero en el Christ's Hospital, asilo para huérfanos y expósitos, que generalmente se llama Blue Coats School, porque desde la fundacion de este caritativo establecimiento en 1553 llevan los niños largas levitas azules. El doctor Leading era á la par de un buen médico, un aventajado naturalista, como tendremos ocasion de demostrarlo más adelante y había publicado una obra sobre el

fósforo y el fosfato tricálcico contenido en el esqueleto humano, que había sido bastante celebrada en los centros científicos. Además era miembro de la Society of Antiquaries en Somerset House, título que apreciaba en lo que vale, á juzgar por sus tarjetas, en que se leía debajo de su nombre y apellido, F. S. A.—Fellow ó individuo de la Sociedad de Anticuarios. Había perdido su mujer hacía varios años y de dos hijos que había tenido de su matrimonio, el mayor, un varon, falleció cuando niño y no le quedaba más que una hija de quince años, cuya educacion corría de cuenta de la cuñada del médico, la que aunque casada no tenía hijos y se había llevado á su casa á su sobrina, con cuyo arreglo estaba la educacion de la muchacha desde luego mejor asegurada que si se hubiese quedado viviendo con su padre en el Hospital ó que la hubiera hecho ingresar como interna en alguno de los muchos colegios de señoritas que abundan en Islington y demás arrabales ó alrededores de Lóndres. Poco aficionado á teatros, prefería cuando no pasaba sus noches en familia, ir á pasar el rato en casa de su jóven amigo Mr. Brown, que conocía desde su venida á Inglaterra, por haberle encontrado en casa de su hermano político, y en la noche en que empieza nuestra historia, se había entregado á su juego favorito con Sir Henry, á quien acababa de ganar la partida con aplausos de Mr. Brown.

Hemos dejado para el último al militar, porque tenemos que extendernos un poco más sobre este personage. Era Sir John Henry Goldley de Goldley-House en el condado de York, el verdadero tipo de la pura raza anglo-sajona, alto, fornido, enérgico. Hijo y nieto de militares pundonorosos, su padre servía á las órdenes del General Havelock, cuando estalló en Febrero de 1857, en la India inglesa, la insurreccion de los Cipayes. Había hecho toda la campaña; las balas de Nana Sahib no habían querido de él, en los espantosos asaltos y reconquistas de Cawnpore y de Lucknow, cuando dos años más tarde, dominada por completo esta formidable insurreccion, en que tantos horrores se habían cometido de parte y parte, habiendo sido destinado para el mando de las fuerzas en el Nipal y establecido con su mujer, su hermana y sus hijos en un bungalow en las afueras de Khatmandu, una noche, al volver de la oficina del gobierno, fué asaltado su tilbury por un fanático fakir que le clavó su kriss en medio del corazon. El asesino fué cogido por la servidumbre de Sir Charles Goldley

y con el procedimiento expedito de la administracion militar de justicia, á las veinte y cuatro horas el fakir, despues de oir leer su sentencia de muerte, fué llevado al sitio del crímen, obligado á fuerza de correazos á limpiar con la lengua las manchas de sangre que había en el suelo, para aumentar su castigo en todo lo posible, puesto que esta pena revoltante lastimaba más que todo el sentimiento religioso del indo, antes de ser ahorcado delante del bungalow, la vivienda del asesinado. El sentenciado, con esa estóica indiferencia que observan todos los pueblos no cristianos en el supremo momento de la muerte violenta, cuando el verdugo le quiso amarrar las manos, le apartó desdeñosamente, subió de un salto la escalera, metió su cuello en el lazo y lanzó su cuerpo en el espacio.

Lady Goldley había regresado poco despues al Reino Unido en compañía de su cuñada, sus dos hijas y su hijo Sir Henry. Este último tenía á la sazon apenas tres años de edad y siguiendo las tradiciones de su casa, con el tiempo había entrado en la real academia militar de Woolwich, para ingresar en el arma de artillería montada. Se había distinguido en el incendio que estalló en uno de los laboratorios de obuses, catástrofe que causó bastantes víctimas y fué atribuida á los fenianos, salvando la vida al director de la escuela, cuyo bizarro comportamiento le había valido el primer ascenso de subteniente. En 1879 había salido con su escuadron para Sierra Leona, donde quedó dos años y medio, á cuyo término fué embarcado con gran parte de su arma y demás caballería para dirigirse al Egipto, donde iban á desarrollarse sangrientas escenas. Arabi-bajá había organizado una vasta insurreccion militar, é Inglaterra, temerosa por el menoscabo de sus intereses financieros y mercantiles, por los inconmensurables perjuicios que podían originársele en el canal de Suez y por la pérdida que moralmente sufriría en la opinion de tantos estados vecinos, donde importaba dejar su prestigio indisputable, su fama de fuerte por encima de cualquier duda, Inglaterra no titubeó en mandar sus mejores acorazados en ayuda del khedive, que convirtieron á Alejandría en un monton de ruinas humeantes. De los navíos desembarcaron gran número de hombres, caballos y bocas de fuego y Sir Henry Goldley, con sus artilleros, pisó la tierra de los Faraones, marchó contra las fuerzas de Arabi-bajá y asistió á la batalla de Tell-el-Kebir, donde fué hecho prisionero el

patriota caudillo. Herido en esta accion, que decidió de la suerte del Egipto y convirtió el país del Nilo, si no de derecho, de hecho en otra dependencia más del Reino Unido, porque Francia no quiso oponerse, obtuvo el empleo de teniente y fué destinado al Cairo, donde tal vez hubiera llevado la vida tranquila de cuartel hasta que su país hubiese buscado nuevas aventuras y necesitado sus servicios, si la casualidad no le hubiera deparado una ocasion para volver á toda su actividad. Como en lugar de ser uno de aquellos desgraciados que cuando no están de servicio, no saben como matar el tiempo y pasan dias y noches en los cafés y las salas de billar ó de juego, se respetaba demasiado para perder así lastimosamente sus mejores años, se había dedicado ya, durante el tiempo de residencia en Free Town, á estudios linguísticos de los pueblos del África, y en el Egipto los había continuado, estudiando al mismo tiempo usos y costumbres del país. Con este motivo estableció amistad con el secretario inglés del Instituto Geológico, en Ismailia, y sucedió que un dia le preguntó este funcionario si tendría inconveniente en acompañar á una comision de ingenieros y geólogos, esperada para dentro de pocos dias de Edimburgo, que había recibido la mision de subir hasta las fuentes del Nilo para diferentes operaciones hidrográficas, y que no fiándose mucho de la buena acogida que le reservaran los indígenas de aquellas salvajes comarcas, había conseguido del Secretario de Guerra una órden para el general en jefe del ejército de ocupacion en Egipto, para que esta autoridad pusiera á disposicion de la comision una docena de aguerridos soldados, resistentes á las fatigas de una larga excursion y estancia bajo el ecuador, y cediera para el tiempo que durara la expedicion una ametralladora con su correspondiente dotación, sin cureña, propia para ser llevada á lomos de un camello.

El teniente había desde luego contestado afirmativamente; la ocasion le pareció magnífica para extender sus conocimientos etnográficos; no se asustaba de los peligros desconocidos, él había hecho sus pruebas de sangre fria, y cuando una semana despues llegaron los ingenieros, no se hizo rogar cuando su coronel le llamó y le preguntó si estaba dispuesto á tomar el mando de doce hombres, que él podía escoger entre las plazas de su escuadron. Pronto había elegido un sargento del mismo condado suyo, James Queen y once números más, el pequeño cañón con suficientes mu-

niciones le había sido entregado en el parque de artillería y cuatro dias despues de la llegada de los Escoceses, todo estaba dispuesto para emprender el viage.

Había pasado Sir Henry Goldley, á pesar de las fatigas consiguientes á esta clase de viages, un año muy á gusto con la comision, compuesta de cuatro distinguidos sábios, y si por una parte su conocimiento de lenguas y pueblos, fué de mucha utilidad para los ingenieros, tambien á él le fueron provechosas las buenas relaciones que pronto se establecieron entre todos. Con especialidad, el jefe de la comision Mr. Mac Koygach, le había tomado en amistad, y á éste, que había perdido su único hijo de veinte y dos años ya ingeniero de minas en una explosion de fuego grisú, le había parecido encontrar en el teniente algo de las facciones del querido difunto, por cuyo motivo y prestándose el jóven oficial á una cariñosa reciprocidad, se había dedicado en las horas libres de trabajo á darle nociones de geognosia y geohidrografia, en cuyos estudios sobre todo prácticos, el teniente había hecho rápidos adelantos. Un viejo Nubio del nombre de Rad Abah, antiguo guía de Livingstone y de Stanley por las regiones del centro del todavía tan poco conocido continente negro, se había unido á la comision en Berber, hasta cuyo punto otro guía egipcio había dirigido la expedicion, conforme estaba convenido de antemano al emprender la marcha. Acostumbrado al trato con Europeos y sin las prevenciones de raza, solía estar presente á las explicaciones del geólogo y sucedía más de una vez que el rudo Africano, que nunca había estudiado en otro libro que en la naturaleza, pudo rectificar algun que otro error en la apreciacion sobre la mineralogía de las regiones que se atravesaban. En cierta ocasion en que estando los ingenieros ocupados por muchos dias en un difícil trabajo de comprobacion en el territorio de Unyoro al este del lago Mwutan Nsigé, estaba Rad Abah libre de servicio é invitó á Sir Henry Goldley á acompañarle durante dos dias y tres noches á una pequeña excursion hácia la cordillera de las Montañas de la Luna, entre el Nyanza Albert y el de Albert Edward, distrito muy montuoso y escasamente habitado, para enseñarle, le dijo, curiosas petrificaciones.

El teniente había aceptado; sus compañeros le habían dado permiso en vista de la tranquilidad que reinaba á la sazón en la comarca entre los negros, y se marchó una noche de luna llena,

con el guía, ambos montados en buenos camellos, sin llevarse á ninguno de sus artilleros. Al día siguiente por la tarde se internaron en un desfiladero, cuyo suelo iba constantemente en declive y una vez bajado largo trecho, se pararon delante del orificio de un ancho pozo natural, de grandísima profundidad, desde cuyo fondo se oía el ruido de una rápida corriente de agua. El Nubio se había provisto para esta excursion de una escala ligera y flexible, hecha de ikoteh, tegido sedoso que facilita la flora del Sudan, la fijó sólidamente por medio de su puñal y del largo cuchillo de que iba armado Sir Henry, entre las fracturas de los peñascos y dando el ejemplo, bajó por esta escala que flotaba en el espacio hasta atarla á unos treinta metros de profundidad á una roca saliente, despues de hecho lo cual, llamó al oficial para que bajara tambien. Llegado éste al sitio donde le aguardaba Rad Abah, se introdujeron ambos á gatas por una grieta horizontal en el interior del monte, ofreciéndose á su vista, despues de haber encendido las velas traidas del campamento, un extenso espacio, de forma cuadrada, que terminaba en una pared, en que otra grieta, al ras del suelo, dejaba el sitio preciso para pasar por una estrecha galería á otros varios departamentos. Á la imperfecta luz se ofreció en uno de estos últimos, á los admirados ojos del teniente, una vastísima aglomeracion de osamentas fósiles; pero todos estos objetos tan mezclados, volteados y tumbados, deteriorados por consiguiente, que parecía que en este subterráneo, fuerzas plutónicas lo habían trastornado todo. En medio de esta confusion de fósiles, no le fué posible al oficial encontrar uno entero por más que pasara unas cuantas horas removiendo piedras, lozas ó láminas de estructura esquistosa y fragmentos más ó menos importantes de animales de extinguidas creaciones; solamente le llamó mucho la atencion el tamaño extraordinariamente desarrollado de mandíbulas dentadas, vértebras, trozos de cola, piezas de brazos, restos de piernas, dedos, etc., y llegó á comprender que se encontraba en frente de todo un museo revuelto de animales fósiles, que solamente necesitaban ser armados para hacer las delicias de arqueólogos y naturalistas. Como las velas iban á agotarse, Rad Abah instó que su admirado compañero diera la visita por concluida, y comprendiendo éste la inutilidad de quedarse por más tiempo en la caverna zoolítica, ya que la falta de ayuda y de elementos le impedía proceder á la reconstruccion de un esqueleto,

se iba á retirar, cuando al agacharse para salir, su vista cayó accidentalmente sobre una chapa de esquisto del tamaño de algo más de un metro y del grueso variando de cinco á doce centímetros, que sobresalía entre otras de su clase, en cuya lámina distinguió, en parte, estampadas las huellas, y en parte, adherida por medio de un cimento compuesto de arcilla y lima roja caliza, una mano ó un pié, al parecer de cinco dedos y de un grandor tan extraordinario, que ocupaba por completo la superficie de la piedra. No se acordaba haber visto jamás extremidades tan colosales y quiso desde luego llevarse el objeto, por grande que fuese, para enseñarlo á Mr. Mac Koygach, prometiéndose volver para una exploracion en regla, con suficiente número de brazos y utensilios, tan pronto como el servicio lo permitiera. El trasporte de la piedra, desde el interior á la pequeña plataforma donde la escala estaba sujeta, ofreció bastante dificultad, pero mucho mayor trabajo costó el llevarla arriba sin que se deteriorara el fósil. Sir Henry subió la escala primero y cuando hubo llegado y puesto pié en el suelo, la desató Rad Abah, amarró con todo el cuidado posible la piedra en un lazo, formado por la misma escala, y subió igualmente. Despues, entre los dos, haciendo un vigoroso esfuerzo, la fueron sacando poco á poco para arriba, mudando, cuando estaban cansados y necesitaban interrumpir la faena para volver á tomar fuerzas, el puñal y el cuchillo, para que no volviese á bajar la escala con su fardo, é izando paulatinamente, vieron por fin asomar la loza á la altura de sus piés y poco despues estaba cargada en el camello del guía. En el regreso contó éste cómo un día, pasando por el desfiladero, se le había caido un camello cargado de marfil por la resquebrajadura. El lomo del animal había dado con la roca saliente, donde con el choque se rompieron las ligaduras que sujetaban la carga, de la que una parte se quedó en la meseta, mientras que varios de los dientes de elefante, rebotando en la piedra, cayeron con el destrozado camello en la inmensa profundidad. El guía bajó con sumo trabajo por una cuerda para recoger el marfil que se había salvado y entonces fué cuando descubrió la caverna, que seguramente ojos humanos no contemplaron jamás.

Cuando volvieron al campamento, le esperó al oficial un inesperado contratiempo. Había comunicado á sus compañeros el resultado de su excursion; les había enseñado su famoso hallazgo,

que causó general curiosidad, especialmente al viejo Escocés, el cual declaró no poder definir á qué indivíduo de la fauna antediluviana pertenecía la pata encontrada, que le era desconocida, aunque sospechando fuera de algún anfibio del periodo jurásico, en que figuraban los enormes reptiles y colosales anfibios, cuyas formas extrañas y restos gigantescos, son objeto hoy de general admiracion, si bien no le parecía fuese el miembro á la vista de ningun notosauro, ichthyosauro, plesiosauro ni megalosauro. En su consecuencia propuso el oficial á la comision, que todos pasasen á la gruta para su completa exploracion, cuando se hubiesen terminado los trabajos hidrográficos, de cuya expedicion se prometía honor y ventaja. Fué, por lo tanto, desagradablemente sorprendido por la noticia que, habiendo encontrado la comision, por una casualidad, el resúmen de sus cálculos perfectamente en regla y terminado, pues, el objeto de su estancia oficial en el África, deseaban los cuatro ingenieros aprovechar la circunstancia de ser el próximo primero de Enero el centenario de la Sociedad, para estar de vuelta en Edimburgo para esta fecha y dar con este motivo mayor brillo á la conmemoracion de tan fausto dia. En vista de esta determinacion, cuya justicia era patente, todo se arregló para el regreso al Cairo, á donde llegaron, despues de muchas penosidades, en la primera semana de Diciembre. En el camino habían dejado al guía, cuyos servicios no eran ya necesarios y el cual, á la despedida en Berber, fué generosamente obsequiado por todos. Rad Abah que tenía que marcharse á Suakin, en el Mar Rojo, convino con Sir Henry, que siempre que quisiera volver á la caverna, le avisara en Berber, donde aunque estuviese de viage, se podría enterar del punto de su estancia momentánea. La comision se embarcó para Europa y el teniente, con sus artilleros, de quienes afortunadamente ninguno había sucumbido, volvió á incorporarse en el décimo quinto.

Pasaron dos meses, cuando un día su ordenanza le trajo dos despachos telegráficos. Uno era de un pariente suyo, jefe del negociado de recompensas en el Ministerio de la Guerra, anunciándole particularmente que en atencion á los servicios prestados durante los quince meses á la comision real hidrográfica y á su bravo comportamiento en un encuentro con los merodeadores en el Makaraka, su Majestad Imperial Real había tenido á bien ascenderle á capitan. El otro telegrama era de su madre, participándole

que su tio Lord Cleaventod, viejo solteron, residente en sus tierras y burgo de Kidwelly, en el Caermarthenshire, principado de Gales, miembro del Parlamento por dicho distrito, había fallecido, dejándole á él heredero de sus bienes y títulos.

Con motivo de este cambio radical en su posicion financiera y con objeto de ir á tomar posesion de sus nuevas tierras, pidió licencia para poder pasar á Inglaterra, y se embarcó en el vapor *Seringapatam* de la mala inglesa de las Indias, que le llevó en trece dias escasos á la pátria. Encontró tanto á su madre y hermanas sin novedad, como la administracion de su tio en perfecto órden, y después de haber instalado á aquellas en Kidwelly, aceptó la invitacion de su buen amigo Mr. Alexander Brown, para pasar algunos dias con él, con tanto más gusto, cuanto tenía por fuerza que ir á Lóndres. Sir Henry Goldley, ó como hay que llamarle en lo futuro, Lord Cleaventod, estaba, pues, hace ocho dias viviendo con su amigo, cuyo primo seguía todavía en Ischia y tardaría aun probablemente todo el mes en volver á Grosvenor Square. Allí conoció al médico Mr. Leading, cuya familia estaba á la sazon en Bedford para las bodas de unos amigos de la infancia, pudiendo acudir por este motivo con mayor frecuencia á casa de Mr. Brown.

Capítulo II.

El profesor Probus Ehrlich en el Cabo de Buena Esperanza.—Los termites y las langostas en el Continente Tenebroso.—Un tren de viajeros incendiado.—El mareo marítimo combatido por Franz.—Vida militar del paleontógrafo.—La Sociedad de Descubrimientos Tropicales en Berlin.—Condiciones para atravesar las regiones de la influencia alemana.—Las Sociedades geográficas, etnográficas y zoológicas de Londres.

Belt recogió cuidadosamente las piezas de ajedréz, las encerró en el cajon del velador, que puso en el sitio de costumbre; el vencedor y el vencido arrimaron sus sillas cerca de la chimenea, y colocándose frente á Mr. Brown, encendieron sus habanos.

—Con que, señores, por fin se les puede hablar á Ustedes é interrumpir este obligado silencio de más de tres cuartos de hora, dijo el anfitrion. Hay que convenir que para mudos, el juego de ajedréz; verdad es que cuando yo estoy haciendo mis resoluciones de triángulos esféricos, prefiero tambien que me dejen en paz. ¿Saben Ustedes lo que acabo de leer? Una noticia que le interesará al doctor: que se espera al profesor Ehrlich, de Berlin.

—¡Hombre!, exclamó Mr. Leading ¿El profesor Ehrlich, mi querido maestro de aleman en la Ciudad del Cabo viene á Lóndres? Qué gusto tendré de estrecharle las manos. Desde que se marchó á Europa, hace ya veinte años, no le he vuelto á ver mas que una vez por aquí y han pasado lo menos ocho años que, salvo una que otra carta y algunas publicaciones paleontográficas suyas, no sé de él más que lo que suelen decir los periódicos cuando tratan de alguna expedicion geográfica organizada en Alemania, en que siempre figura el célebre profesor, y que general-

mente dá lugar á la mar de polémicas entre las distintas sociedades científicas, en que Ehrlich no deja á nadie la última palabra. Me acuerdo con esta ocasion cómo nos hemos llegado á conocer y se lo voy á referir para que conozcan al hombre. Había poco tiempo que me hallaba establecido como médico en Capetown, cuando el dueño de la casa de huéspedes donde yo vivía entonces como soltero que era aún, me dijo un día que era lástima que un jóven extranjero que había llegado hacía pocos dias á su casa bastante echado á perder, se empeoraba visiblemente y que sin embargo, se negaba con testarudez á pedir asistencia facultativa, ni quería que se pasara recado á su cónsul. Me rogó que bajo algun pretexto le fuera á visitar y así lo hice. Entré en su cuarto, me encontré sentada en una silla á una persona de poca edad mas que yo, pálida y tiritando, que por su acento dió á conocer ser aleman, aunque no hablara más que unas pocas secas palabras, para darme á entender que no le hacía falta un médico, que su malestar no era para tanto y que no admitía que su voluntad se rindiera á su cuerpo. Le pregunté si tal vez venía del interior de la colonia. No me contestó con palabra alguna. Volví á preguntarle si casualmente habia viajado por terrenos pantanosos, en cuyo caso podía aconsejarle un remedio, que yo lo había tomado en la misma circunstancia, cuando venía de Natal. Tampoco contestó esta vez y me marché encogiéndome de hombros. Dos dias despues, y para dar gusto á mi pupilero, volví á la habitacion del enfermo, que estaba como el primer día, sentado en una silla, más demacrado todavía y presa de un fuerte acceso de calentura. Le dije que no fuera niño, que se acostara. Nada; continuó en su mutismo. El dueño de la casa, antiguo marino, se incomodó entonces; le dijo que no quería enfermos y que se preparara para marcharse á otra parte. El jóven aleman se levantó con trabajo, se sostuvo por la fuerza de su voluntad, se dirigió tambaleando al sitio donde se encontraban dos maletas, se cayó de rodillas cerca de ellas, se levantó penosamente pero con visible energía, se puso en pié, dió un paso más adelante y se desplomó sin sentido contra el suelo, antes que pudiéramos sostenerle. Le metimos en cama, tardó mucho en recobrar el conocimiento, la fiebre que le devoraba aumentó considerablemente, subió hasta los 42 grados, deliraba y forcejaba para tirarse al suelo, y durante nueve dias su vida estuvo en constante peligro. Eran fiebres intermitentes perniciosas, complicadas de accidentes graves relativos á

los principales órganos de la economía, originados por el doble efecto de una accion sumamente deletérea de miasmas palúdicas y de la idiosincrasia del indivíduo. Como supe despues, había viajado por el Transvaal, á lo largo del rio Oranje y las emanaciones de los pantanos habían producido el orígen de su enfermedad. Me interesé por el extrangero, hice por él lo mejor y gracias á su juventud, se venció el mal, pero tardó mucho tiempo en curarse, por encima de tres meses, al cabo de cuyo periodo estaba tan endeble, tan extenuado, que si hubiese sobrevenido una recaida, de seguro ni el mismo Hipócrates le hubiera salvado. En fin y para concluir, Ehrlich estuvo un año antes de volver á ser el hombre robusto de antes; me quiso demostrar su agradecimiento, enseñándome el aleman y cuando se embarcó para su tierra, estaba tan contento pensando haber hecho un prosélito para su lengua.

—Sea enhorabuena, doctor, dijo Mr. Brown. Lástima que el *Times* no haya sido más explícito, porque ni siquiera dice cuando vá á venir y se concreta á anunciar que el profesor berlinés llegará dentro de poco á Lóndres, de paso para el África ecuatorial, deteniéndose por breve tiempo entre nosotros, para recoger unos datos en nuestros museos, necesarios al mejor éxito de su expedicion. ¿Cómo, pues, sabrá Usted su llegada y le podrá dar el apreton de manos?

—¿Cómo? Pues nada más fácil; y si no, ¿á qué sirve el telégrafo, ya que el hilo telefónico entre los dos paises no se ha tendido todavía? Con su permiso voy á pasar al despacho, redacto un parte al profesor, á ver si le coge todavía en casa y me permitirá Usted que disponga de Belt para que lo lleve á la oficina más cercana.

Acababa el médico de terminar su frase, cuando entró el aludido criado con un parte que le ofreció. Abriólo, leyó su contenido y exclamó:

—¡Vaya una casualidad! Si me hubiera adelantado cinco minutos, mi parte estaría puesto y el erario más rico de dos chelines que hubieran salido de mi bolsillo. Dice el adagio que en nombrando al rey de Roma, luego asoma. Pues esto es lo que pasa; el parte es del profesor y dice: «Salgo lúnes express 8.45 mañana París, continuando camino directamente esa con Franz; avise fonda tenga habitaciones prevenidas.»

—Según este aviso, debe llegar su amigo aquí pasado mañana, miércoles, sobre el anochecer, pues me acuerdo que cuando

estaba estudiando, nos fuimos varios compañeros y yo á pasar las vacaciones á San Petersburgo y estando de vuelta en Berlín, recibí noticias alarmantes sobre la salud de mi padre, que me hicieron volver en derechura á casa. Tomé el express por la mañana, llegué á la misma hora del dia siguiente á París, y cuando se encendieron las luces ya estaba yo en Brighton, al lado de mi padre. Calculo que de Douvres á Brighton habrá, sobre poco más ó menos, igual distancia que de Douvres á Lóndres. Ahora bien; ¿quién es ese Franz, que viene con Mr. Ehrlich y á donde le vá Usted á hacer bajar en Clarendon's hotel ó en Claridge?

—Franz es un factotum suyo, que le sirve hace muchos años de todo; le hé visto aquí con mi amigo funcionando de secretario, lo mismo que cepillándole la ropa, y segun tengo entendido, es el conservador de su gabinete científico. En cuanto á las fondas de primera que me cita Usted, nada de eso, sería capaz el profesor de hacerme un desaire. En una fonda alemana le voy á meter; ya conozco una enfrente de mi Hospital, donde no le faltará salchicha ni su berza ácida, á que tan aficionado es.

—Ya las echará de menos, opinó el capitan, cuando esté en el centro del África. Bien se conoce que en sus viages ha estado perfectamente vituallado y que no ha hecho malos encuentros.

—Contra ellos se defiende uno á balazos; ¿verdad, mi querido Lord? replicó el doctor. Recuerdos son de la expedicion á los grandes lagos que nos ha referido Usted.

—Segun y conforme, señor doctor. No es empresa tan difícil hacer frente á aquellos negros, cuando sabe uno que tiene á su lado una docena de números distinguidos, bien pertrechados, además de la gente de servicio, los porteadores, que van tambien armados con buenas carabinas. Si hablo de malos encuentros, me refiero á los muy malos ratos, que se pueden pasar allí con dos clases de animales, bien pequeños, y que, sin embargo, son más temibles que los naturales del país, es decir, las hormigas y las langostas.

—¿Las hormigas?

—¿Más que negros ó fieras, las langostas?

—Sí; los termites ú hormigas blancas belicosas, que, á pesar de su pequeñez, construyen nidos de cinco metros de altura en forma de pilones de azúcar y hechos de un cimento tan duro, que al poco tiempo adquiere una consistencia tal, que solamente á

hachazos, y con bastante trabajo, se puede abrir brecha. Pues si se le ocurre á alguien, como le pasó á un pobre diablo de nuestro acompañamiento el año pasado en el Kordofan, de introducirse en uno de estos conos para resguardar buena parte de nuestra ropa de la lluvia durante una espantosa tormenta, sin tener la precaucion de averiguar de antemano si está ó no habitado, se expone, no solamente á perecer entre las potentes mandíbulas de miriadas de enfurecidos termites, sino á ver desaparecer en totalidad, en menos de una hora, un gran fardo conteniendo mantas, ropa blanca y calzado, todo devorado por los destructores insectas, como pasó en aquella ocasion. Advertidos por sus gritos, pudimos extraer al infeliz Sudanés aun con vida y tal vez se hubiera curado de los miles de mordeduras; pero falleció á poco á consecuencia de las quemaduras recibidas, puesto que las hormigas habían depositado en todo su cuerpo desnudo, el ácido fórmico que secretan estos hymenópteros, y este corrosivo, introducido en las heridas, ocasionó innumerables quemaduras, de cuyas resultas sucumbió, despues de crueles sufrimientos. Y en cuanto á las langostas, me acuerdo que el guía que teníamos me refirió que había pernoctado con una numerosa caravana en un oasis de alguna consideracion, cuya extensa verdura ofrecía un delicioso golpe de vista, despues de tantos dias de marcha por la aridez y el fuego del Sahara; que al dia siguiente, apenas amanecía, una espesa nube de dichos insectos se abatió sobre el oasis y que no había palabras para expresar con qué avidez devoraban hojas, plantas y yerba en muy pocos momentos, dejando toda la hermosa vegetacion convertida, como por encanto, en áridas estacas de árboles y arbustos, desprovistos hasta de su corteza. La caravana debió su salvacion á la prontitud con que se encendieron grandes hogueras, que merced á una gran cantidad de árboles muertos, caidos por alguna tormenta y encontrados á mano, se pudieron entretener ardiendo, pues la vanguardia de tan formidable invasion empujada por la masa, se había en un principio echado encima de la candela, en cantidad tal, que por su número y peso habían apagado las llamas de la primera línea de hogueras, procurando sus asados cuerpos un rico manjar á los negros.

Quedaron hablando todavía un rato los tres amigos, hasta que el médico se retiró, despidiéndose hasta la noche siguiente para ofrecer, en el tablero, la revancha al capitan. La fortuna, sin

embargo, volvió á favorecer al primero, lo que demuestra que un militar obtiene más de sus soldados de carne que de los de hueso, aunque sean de marfil artísticamente cincelados. Se habló luego de nuevo sobre la venida del reputado profesor paleozoologista, y á propuesta del doctor, se convino que él y el ingeniero irían al siguiente dia á la estacion del ferro-carril á recibirle, citándose á casa del último. En efecto; el miércoles, sobre las cinco de la tarde, fueron los dos á Charing Cross Station, estacion de llegada del South Eastern Railway, que vá á Douvres, pasando por Chislehurst, residencia de la ex-emperatriz de Francia.

Habían calculado bien el tiempo que emplearían en llegar á la estacion, pues apenas pisaban el asfalto del anden, que ya distinguíase á corta distancia el penacho de humo que coronaba la chimenea de la máquina, la que acortando rápidamente la distancia, en menos de tres minutos, quedó parada con su larga fila de coches delante de nuestros amigos, deseosos de dar la bienvenida al viagero. Su esperanza, sin embargo, quedó desfraudada. No era el express de Calais el que había entrado, sino el tren mixto que precede de cinco minutos la llegada de el que se esperaba y no hubo más remedio que pasar el poco de tiempo que faltaba en el salon de espera, pues sabido es que en las estaciones de los ferro-carriles ingleses no se permite la permanencia en los andenes entre la llegada de los diferentes trenes, más que al personal de las empresas. Pasaron los cinco minutos, pasaron diez y el express no apareció. ¿A qué atribuir un retraso tan anormal en un servicio tan admirablemente combinado? La última estacion donde tenía que pasar, aunque sin pararse el tren, no había trasmitido todavía el parte telegráfico reglamentario de salida. ¿Qué novedad había ocurrido, pues. ¿Por qué no sonaba ya el silbido en demanda del disco de entrada? El jefe de estacion y sus subalternos cambiaban sus ideas de extrañeza sobre lo que ocurría, cuando de repente sonó la campanilla eléctrica y momentos después se vió presuroso acercarse un telegrafista al jefe, decirle pocas palabras que produjeron un enérgico juramento en boca de este empleado, seguido de vehementes órdenes que dió á sus subordinados, en cuyos rostros se notó súbitamente el espanto. No pudiendo enterarse nuestros amigos de la causa que daba motivo á esta escena y alarmados tanto por la tardanza en la llegada del tren, como por lo que acababan de observar, salieron del salón dirigiéndose precipitadamente á la

oficina del jefe de estacion, á cuya puerta encontraron un ordenanza, antiguo asilado del Christ's Hospital, que iba á salir á escape llevando un papel en la mano.

—¿Qué ocurre? le preguntó el doctor al pasar; y sin detenerse, le contestó el mozo estas terribles palabras:—el express ha descarrilado, es un espantoso siniestro; y se alejó corriendo á llevar el mensage al jefe del movimiento. Quedaron Messrs Brown y Leading más muertos que vivos. Un solo pensamiento embargaba su mente: ¡el profesor! qué era de Herr Ehrlich!

Reinaba una inmensa confusion en la estacion; idas y venidas de todo el personal, partes y órdenes arriba y abajo. Pronto quedó organizado un tren de socorro llevando el botiquin, tres médicos de la compañía que habían acudido presurosos al recibir la infausta noticia, varios empleados ferro-carrileños y un delegado de la policía judicial. ¡Cuán gustosos hubieran partido tambien el médico y el ingeniero! Pero como no tenían título oficial alguno que les facultase para acompañar á los empleados y que á los curiosos, aunque fuesen parientes, no se permitía salir en estos trenes especiales, no tuvieron más remedio que quedarse, esperando los acontecimientos, por más que la sangre circulaba calenturosamente por sus excitadas venas. Así pasaron dos mortales horas y dieron las nueve, cuando volvió el tren de socorro, que sin embargo no había tenido que ir muy lejos porque el accidente había ocurrido en un sitio inmediato á la estacion de Halstead, donde una falsa maniobra del guarda-aguja, empleado que justamente aquel día estrenaba su servicio como tal, había ocasionado que el express, con su velocidad de sesenta y dos kilómetros por hora, entrando en un ramal destinado al muelle de petróleo, viniera á chocar con increible fuerza contra un tren cargado de barricas con este líquido, subiendo encima de los wagones y bateas que se inflamaron y echándose últimamente dentro de los almacenes construidos á lo largo de la vía, á los que con vertiginosa rapidez se comunicó el fuego abrasador. Fallecieron en la catástrofe siete viajeros y salieron más ó menos mal heridos veinte y tres.

Como todas las malas noticias demasiado pronto se llegan á saber, la del accidente del express de Calais se esparció rápidamente y no era, por lo tanto, de extrañar que al llegar el tren de socorro y abrirse las puertas de la sala de espera, fuera literalmente invadido el anden. Aquí corre angustioso un padre que an-

hélito busca al hijo de su alma, por quien pide á Dios haya escapado del desastre; allá una señora deshecha en lágrimas, con dos pequeños niños, mira con ánsia por todos lados á ver si distingue su marido, que sabe ha de venir en el tren, pero que ignora si llega vivo ó muerto. ¡Cuántos gritos, cuánto llanto, cuántas voces se cruzan, desde el anden y desde los coches! ¡Padre, aquí estoy! Mary mia, salvado! Walter! John! Victoria! Mi hijo, ay mi hijo! Madre querida, donde, donde estás! Y poco á poco y con mucho órden iban sacando las literas con los muertos y heridos. Era un cuadro desconsolador, porque efecto de la casualidad, con excepcion de un muerto y tres heridos entre extrangeros y forasteros, todos los demás eran de Lóndres, donde tenían familia ó amigos y no había ninguno de los desgraciados á quien no había ido á recibir ya un pariente, ya uno de su casa, cuando se supo la novedad que había ocurrido con el tren.

No hay que decir con qué angustia buscaban los dos amigos, entre los viageros que bajaban por su propia impulsion y los infelices que tenían que ser ayudados, al sábio, hasta distinguir el doctor entre tanta gente á Franz, el criado de confianza del profesor. Ver á éste y dirigirse con trabajo entre tanta apiñada y movediza multitud, al sitio donde Franz se hallaba, todo fué uno para el doctor.

—¿El profesor? le preguntó sin más preámbulo. ¿Dónde está, que no lo veo?

Por toda contestacion, Franz sacó su reloj, lo miró atentamente, luego hojeó un momento su guía, y respondió tranquilamente:

—Si al señor profesor se le han concluido los efectos de la operacion en que tuve que dejarle á la salida de Douvres, en este mismo momento se pone en marcha en el tren-ómnibus con direccion á la capital.

—¿De modo que no venía en el express con Usted? preguntó el doctor. ¡Loado sea Dios! Pero explíquese cómo ha sido eso, y un poco pronto si le es posible.

—Pues nada más fácil. El señor profesor, á poco de embarcarse en Calais, había tomado las precauciones contra el mareo que aconseja la ciencia. Llamó al stewart, le encargó una botella de Jeréz de buena marca, la probó y como la primera copa nunca sirve para hacerse un juicio cabal sobre el mérito de un vino, tomó otra

copa y despues una tercera, con cuya precaucion, y ya sabiendo á qué atenerse, pudo afirmar, como así lo declaró, que ese Jeréz nunca había visto á España y por lo tanto encargó una botella de Porto del legítimo, que empezó á probar como lo había hecho con el primer vino. El procedimiento es excelente, señor doctor, puesto que el señor ya con las seis copas en el estómago,—y le advierto á Usted que á bordo del vapor, no se gastan de esos dedales de mujeres que le dan á uno por su buen dinero en los cafés del otro lado del Canal, sino vasija corriente, como en nuestra tierra, copas de á cinco en botella—el señor, digo, no notó durante el primer cuarto de hora ningún síntoma desfavorable. Verdad es que cinco minutos más tarde, el vino había acabado de producir los efectos antieméticos, ó tal vez que el mar se levantara algo más y aumentara el balanceo del buque, sea de ello lo que quiera, el señor me mandó por cognac, agua caliente, azúcar y limon, le preparé un ponche algo fuertecito como yo sé que le hace favor cuando tiene que hablar desde la cátedra y tengo la satisfaccion de poder declarar que la media botella que pasó entre los lábios de mi buen amo, ha podido más que las olas que batían el vapor y que gracias á este medio, el señor se mantuvo firme, cuando todos los demás pasageros menos yo, estaban en una faena bien incómoda y angustiosa por cierto, al ver las contorsiones de sus rostros.

—Bien, bien; con agua de azahar y una cucharita de clorhidrato de cocaina, ó más sencillo todavía, con un poco de azafrán en polvo metido en una oblea, evitaría yo el mareo. Pero al grano, hombre, al grano.

—Ya concluyo. Estábamos como á medio camino, segun calculo, puesto que habíamos navegado ya una hora; el tiempo se volvió más borrascoso, el vapor se balanceaba como un columpio, cuando noté que por fin el señor, él tambien, iba á pagar su tributo al mareo. Le aconsejé á toda prisa que tomara una cosita más, ya que le había ido tan bien con los preservativos de que había guarnecido su interior. Me precipité al comedor, pedí ron y gin, que mezclados, proporcionan un saludable brevage, aprobado por la facultad para tales casos y para no dejar tiempo á que mi amo se pusiera malo, le eché un vaso bien llenito, despues del cual insistí en que repitiera la operacion por si acaso. Mi medicina fué coronada del mejor éxito; al poco tiempo, el señor se quedó tranquila-

mente dormido y tuve que despertarle cuando ancló el vapor en el puerto. Sin embargo, no hay nada de perfecto bajo el sol, porque si bien los traguillos que se tomó durante el viage, le habían sentado tan cabalmente, al llegar á la estacion de Douvres, le causaron un fuerte cólico y para quitarse esta incomodidad de encima, se dirigió á cierto sitio, donde le sorprendió el silbido del tren que se puso en marcha, cuando yo despues de haber metido en nuestro departamento todos nuestros efectos, estaba esperando en el estribo á que viniese mi amo. Salió por consiguiente el tren sin el señor y ya vé Usted, señor doctor, qué bien le ha venido ese dolor de vientre, que si nó, quién sabe si se hubiera roto brazos y piernas como aquel infeliz que vemos llevar allí entre cuatro enfermeros y cuán conveniente es tomarse á tiempo una buena copa contra el mareo del mar.

No había, por lo tanto, á qué esperar más y el doctor, lo mismo que su amigo, no tenían cosa mejor que hacer que ir á comer; ya era tiempo. Franz recibió las señas de la fonda, donde se habían apalabrado las habitaciones y se entretuvo en transportar el equipage de su amo, quedando todos en volver á la estacion para las once y media, hora en que debía de llegar el tren-ómnibus.

A Lord Cleaventod le había parecido el tiempo largo, con más motivo porque no habiendo salido, no estaba en antecedentes. No había querido comer solo y así es que cuando Mr. Brown volvió á casa, llevándose consigo al doctor, que antes de salir de la estacion había puesto un telegrama al Hospital para preguntar si ocurría algo, no quiso, una vez concluida la comida, quedarse de nuevo solo y para distraerse, acompañó á sus amigos.

A su debido tiempo llegó el tren y de él bajó sin novedad el célebre profesor, hombre de la edad de Mr. Leading, pero más gastado y sin demostrar en la expresion de su cara pálida, esa alegre franqueza que tanto agradaba en el doctor. Era alto, delgado y muy derecho de cuerpo y se notaba en la forma de sus apretados lábios esa energía de que el médico había hablado; no tenía más barba que unas medias patillas de color jaro entrecanoso como su cabello y llevaba anteojos que descansaban sobre una nariz puntiaguda.

Nacido en una aldea fronteriza de la Prusia Rhenana, hijo de un maestro de escuela pública, no había conocido mucha comodidad siendo jóven, ni recibido grandes demostraciones de cariño

de su padre, pero había aprendido todo lo que éste le había podido enseñar y tuvo talento bastante para comprender lo necesario que le era seguir aprendiendo, para prepararse para la lucha de la vida. Tenía quince años y quedóse de repente huérfano de padre. Hombre de naturaleza brusca, mal humorado de contínuo y á veces más irritado aun por los sinsabores constantes, efecto de su profesion—de la que en Alemania se dice, que quien mata á su padre y á su madre y se vuelve maestro de escuela, Dios no le impone ya más castigo en la otra vida—el maestro un día había castigado duramente un muchacho de ocho años, hijo de un Francés traficante en leña, temporalmente en tierra alemana á causa de su negocio, quien no queriendo separarse del niño, le había llevado consigo y puesto en la escuela, para que estuviera bien guardado y aprendiera al mismo tiempo, ya que habitando la frontera, la lengua alemana le era familiar; además, esto pasó muchos años antes del 1870. El viejo Ehrlich había pegado al chiquillo tan brutalmente en plena clase, que de resultas de los golpes en la columna vertebral, éste falleció á los dos dias. El padre acudió á los tribunales pidiendo el castigo del delincuente, pero estos declararon que el niño estaba malo de antes, fallaron con costas contra el desgraciado padre, como buenos Prusianos y para no separarse del principio que la razon es siempre para el más fuerte, limitándose á hacer saber al maestro, que tratara de evitar en lo futuro que los castigos corporales pudiesen acarrear peligro de muerte. Entonces el Francés, arruinado por la demanda, en un arrebato de ira cogió una pistola, entró en la escuela y allí disparó contra el matador de su hijo, dejándole muerto en el sitio. Desde este día, se desarrolló en el jóven Ehrlich un ódio profundísimo contra los Franceses y cuando mucho después estalló la guerra, aunque no fuera llamado á las armas, dejó una cátedra en Colonia y voluntariamente fué á servir en las filas del primer cuerpo de ejército que entró en Francia, para saciar en sangre francesa su sed de venganza. Tuvo la suerte de no recibir herida alguna, escapó ileso de aquellas tremendas jornadas de fuego, mejor que había escapado en anteriores años de los marasmos del África austral y cuando al fin estuvo harto de contribuir largamente en la comision de toda clase de repugnantes atrocidades, que han caracterizado esta guerra de carnicería de indefensos, de matanzas de mugeres y de niños, violacion, pillage, incendio y destruccion sistemática, volvió á su país, llevando con

íntima satisfaccion una calavera francesa para su coleccion y una abultada maleta llena de monedas de oro, que había sabido introducir inapercibidamente, uniendo de este modo lo útil á lo agradable, como decía el galófago, parodiando á Horacio en su epístola III ad Pisones 343, *omne tulit punctum, qui miscuit utile dulci.*

El ensangrentado dinero había procurado á Herr Probus Ehrlich un bienestar desconocido antes. Ya no tenía necesidad de volver al Transvaal en busca de minas auríferas, ni afanarse en buscar alguna cátedra en provincia; se fué á vivir á Berlin y allí se dedicó á sus estudios favoritos prehistóricos; fué recibido miembro en varias sociedades científicas, obtuvo cargos en ellas, hizo algunos viages de exploracion en comision por América y Asia, escribió libros y se hizo célebre entre los de su clase. Sin ser enemigo del bello sexo ni mucho menos, era misogamo y había llegado á su edad sin caer en las muchas redes que le habían tendido madres solícitas de establecer ventajosamente sus hijas, con pretexto de procurar que un hombre de la posicion del rico sábio, no quedara excluido de las delicias del hogar.

El objeto de su viage actual era llevar á cabo una comision que sería bien retribuida y que le había sido encargada por la Wendekreisentdeckungsgesellschaft—Sociedad de Descubrimientos Tropicales,—para explorar los vertientes del lado oeste de las Montañas Azules, la region hidrográfica de los rios Nepoko, Avoka y Kibbi en los territorios de Akka y de Masansa, que el viajero ruso Junker recorrió de 1878 á 82, dejando algunos puntos dudosos, que era preciso esclarecer para bien conocer esta comarca. No iría sólo: el vice-presidente de la Sociedad, se encontraba á la sazón en Zanzibar con la expedicion colonizadora militar alemana; juntos empezarían sus trabajos y se había podido conseguir por altas influencias, que se diera órden al comandante de la estacion alemana para poner doce soldados á la disposicion de la comision científica, cuando el servicio lo permitiera, á condicion de que los gastos del equipo extraordinario, la conservacion de su ropa y armamento y su sueldo, corrieran por cuenta de la Sociedad, con la obligacion de reemplazar á los indivíduos en caso de fallecimiento, por otros útiles, sin que se concediera subvencion de ninguna clase, pero por contra con la expresa condicion, de que si los expedicionarios encontrasen metales nobles, la cuarta parte recaería al tesoro público aleman.

Este era el objeto ostensible del viage del profesor. Veremos, sin embargo, á continuacion, que para él había un motivo más importante, el cual le había hecho aceptar la comision de una expedicion demasiado costosa para un particular, y si había venido á Lóndres, que no formaba parte de su itinerario oficial, ya que debía embarcarse en Hamburgo á bordo de un vapor de su nacion, era con objeto de dar una vuelta por los museos y bibliotecas, en averiguacion de algunos datos de que carecían los de su país, antes de embarcarse para el África ecuatorial.

Se conocía que el tiempo y la ausencia no habían disminuido la amistad entre el médico y el profesor, si bien aquél le tenía más cariño á éste, que Mr. Ehrlich hácia el doctor, efecto esto de los caractéres distintos de los dos; pero al ver el modo cómo el recien llegado echaba el brazo sobre la espalda de su amigo, había que convenir, para los que conocían su sequedad, que demostracion más viva de su afecto no era posible. Así era, que Franz, que sentía una verdadera veneracion por su amo, tuvo una alta idea de la valía del doctor, al verle objeto de tan señalada distincion y cuando poco despues, se apercibió que el pardessus de Mr. Leading había recogido polvo de un wagon, abrió presuroso el neceséer de viage que llevaba á mano, sacó un cepillo, se quitó el sombrero, limpió cuidadosamente la prenda del doctor, y le dijo al concluir: El Herr está limpio; cuya palabra alemana tenía para el criado una significacion mucha más respetuosa, que el Sir inglés, con que antes le había hablado y en la segunda persona plural.

Se hicieron las presentaciones de costumbre, se cambiaron unas pocas palabras de bienvenida, despues de lo cual subieron los cuatro en un coche que dejó al profesor en la fonda, al médico en el Hospital de enfrente y finalmente, al ingeniero y á su huésped en Grosvenor Square.

Cuando el doctor entró al dia siguiente sobre las doce á ver cómo su amigo había pasado la noche, se enteró que había salido temprano y supo por un camarero de la fonda, que este había oido decir al de más edad de los dos, al dirigirse á un cab: —British Museum, Great Russell street. Comprendió que había querido aprovechar el profesor, el tiempo que se había propuesto quedarse en Lóndres y no hizo más que atravesar Newgate street para volver al Hospital, cuando se encontró con Herr Ehrlich y Franz.

—¡Es una vergüenza! exclamó en su lengua el profesor, en medio de la calle; ¡decirle á un profesor aleman que no puede entrar! Me quejaré al Embajador de Su Majestad Imperial y pediré la destitucion inmediata del conserje y de los mozos, que me han negado la entrada.

—¡Ya lo creo si lo merecen! añadió á media voz el criado. ¡No dejar entrar á mi señor! Habrá perdido esa gente el juicio, porque si no, quién se atrevería á decirle al señor profesor: —no se entra.

—Pero vamos á ver, contestó el doctor; ¿qué pasa, parece que estamos de mal humor, ha ido Usted al gran Museo y le han puesto dificultades para entrar?

—Sí, una negativa redonda; ¡válgame Dios!

—Me extraña mucho esto, debe haber un mal entendido. Á ver, cuénteme cómo pasó, y veremos si procuramos poner remedio.

—Pues llegué y quise pasar con Franz, que me lo había traido para que hiciera los apuntes que yo le dictara; pero me encontré con la puerta interior cerrada. Llamé; abrieron una puertecita y me dijeron que no se podía entrar. Contesté á los mozos que como habían dado ya las diez, el Museo debía estar abierto para el público. Insistieron ellos en que la órden era de no dejar pasar á nadie. Les dije con quién tenían el honor de hablar, que yo era quien soy; pero ni por eso. ¿Ha visto Usted mayor atrevimiento? ¡Y esto contra mí, contra mí!

—¡Ah! ya caigo; ¿se lo decía Usted en inglés?

—No me acuerdo. Franz: ¿les hablaba yo en inglés?

—El señor hablaba nuestra lengua, que es lo mismo; debía de entender el aleman esa gente.

—Tiene razón Franz; un conserje del Museo Británico, ha de entender otras lenguas además de la suya.

—¿Todas? preguntó sonriéndose el doctor.

—Con el aleman basta para todo.

El médico llamó un coche, hizo entrar á su irritable amigo con él y se dirigieron al Museo, donde tenía conocimientos. Allí se enteró que como era el 7 de Mayo, hasta el dia siguiente no estaría abierto, práctica observada siempre en los meses de Enero, Mayo y Septiembre, en cuyas épocas el Museo queda cerrado del 1 al 8 por causa de la limpieza cuatrimestral. Así se explicaba que no habían dejado entrar al profesor, á quien naturalmente no

habían comprendido, cuando ya por distracción, ya por orgullo, les dirigió la palabra en aleman. El doctor preguntó por el bibliotecario mayor, á quien conocía por haberle tratado algunas veces en las juntas de la Society of Antiquaries, y como se suponía que estaría en su casa y ésta se encontraba poco distante del Museum, en Holborn, se dirigieron á ella y efectivamente hallaron á Mr. Ainsbury que, con la mayor cortesía, se ofreció á acompañar al sábio aleman, á quien conocía de fama por sus escritos. Habiendo arreglado de este modo Mr. Leading la dificultad, dejó á ambos en el Museum y volvió á sus quehaceres.

Por la tarde se fué Mr. Brown á la fonda para visitar á Herr Ehrlich, que no había venido todavía de vuelta y le dejó su tarjeta con cuatro líneas convidándole á comer para el dia siguiente. El médico no fué aquella noche á Grosvenor Square. El profesor volvió despues de las siete y media, y no muy contento, puesto que á pesar de una estancia de casi ocho horas en los salones egipcios y en la grandiosa rotonda de la biblioteca con sus trecientas carpetas é innumerable cantidad de libros y manuscritos, no había encontrado lo que buscaba, lo cual atribuía á la circunstancia que con la mucha amabilidad del bibliotecario, quien se había hecho su cicerone en aquel inmenso edificio, no había tenido completa libertad de accion en sus pesquisas, ya que se cuidaba muy bien de no dar á entender á su acompañante lo que buscaba. Dedicó, pues, el dia siguiente á visitar el South Kensington Museum, no olvidó el Missionaries Museum por si entre los ídolos recogidos por los misioneros se encontrara algo y hasta se acordó del Royal College of Surgeons, sabiendo que en su museo hay curiosidades antediluvianas como el ciervo gigante, el Megaceros hibernicus, y otras, pero todo su trabajo fué en balde; no encontró lo que con afan buscaba. No le quedaba por visitar más que el Soane Museum, el Museum of Geology, la Geographical Society y algunas colecciones de particulares y se propuso dedicar á ello los dos dias que le quedaban todavía antes de embarcarse para Hamburgo, ya que el vapor para la costa este del Africa saldría el 12 del mes, como se le había prevenido en Berlin.

Habían dado ya las siete y á esta hora no se esperaba en casa de Mr. Richard Plemperton, que había vuelto repentinamente por la mañana de Nápoles, más que al profesor para ponerse á la mesa. Mr. Plemperton quería mucho á su primo y al doctor, y como

los antecedentes del sábio aleman no eran conocidos de nadie en Grosvenor Square, se quedó muy conforme en sentarse á la mesa con el convidado de su pariente. A Lord Cleaventod le conocía ya, habiendo hecho su conocimiento en una cacería en el Atlas, durante una temporada de invierno que había pasado en el mediodía de España y en Tánger, partida cinegética organizada por algunos oficiales de la guarnicion y varios sportsmen de Gibraltar, de que había guardado un agradable recuerdo, causándole, por lo tanto, una grata sorpresa el encontrar en su casa al intrépido cazador.

Por fin llegó Herr Ehrlich. Venía directamente del Real Colegio de Cirugía y llevaba aun en las manos dos catálogos; no había querido pasar á la fonda para arreglarse un poco, porque ya se había atrasado bastante. Las presentaciones hechas, los cinco se pusieron á la mesa y los buenos platos y generosos vinos, establecieron pronto la mayor franqueza entre ellos. Como todos habían viajado, el uno más, el otro menos, la conversación giró á los postres sobre este tema y entre los varios toasts que luego se bebieron, uno del doctor, fué al buen éxito del viage del profesor, al que éste contestó, expresando la esperanza que á su vuelta les viera reunidos alrededor de su mesa en su casa de Leipzigerstrasse, al cual á su vez contestó Mr. Plemperton, que si el año venidero se encontrase en alguna parte de África, donde fuera á pasar el invierno, al hoy convidado de su primo, él quería ser el primero en chocar el cristal de su copa contra el del profesor. Siguieron toasts y más toasts de unos y de otros y bajo la influencia del espumoso líquido, en cuya procedencia francesa Herr Ehrlich sin duda no pensaba, ó no quería pensar, se calentaban las cabezas, las lenguas de los reunidos se movían con extraordinaria rapidez y se trataban como si todos se conocieran de luenga fecha. En medio de esta ruidosa conversación, el criado de Mr. Plemperton dijo algunas palabras á Belt; éste se acercó á su amo para repetírselas y entonces Mr. Brown, que tenía al profesor á su derecha, le dijo que Franz le estaba esperando abajo para hablarle, en cuya consecuencia se levantó Herr Ehrlich para ver qué se le ocurría á su factotum.

Este hecho tan insignificante en sí, había de tener, sin embargo, grandes consecuencias, como veremos en el capítulo siguiente, y con ello queda demostrado otra vez que los más influyentes acontecimientos de la vida dimanan, con suma frecuencia, de los más fútiles orígenes.

Capítulo III.

El vapor para Zanzibar no puede salir.—Accidente de Herr Ehrlich.—Curso de zoología antediluviana.—El mar del Sahara y como dejó de serlo.- La Atlántida.—Épocas de las grandes convulsiones terrestres.—Panorama ideal de Mr. Leading.

El profesor bajó la escalera y tuvo necesidad de agarrarse del pasamano, porque se sentía con dolores de cabeza. En el saloncito de entrada estaba su fiel Franz, que le traía un telégrama, que un criado de la Embajada había llevado momentos antes á la fonda para Herr Ehrlich. La Sociedad de Descubrimientos le informaba en el parte, que el capitan del vapor *Afrika für uns*, había descubierto algunos desperfectos en la maquinaria, que era urgente reparar antes de tomar el mar y que á causa de este inesperado evento, la salida para Zanzibar quedaba diferida hasta último del mes. Además, decía el telégrama que el médico que acompañaría la expedicion, se había muerto de repente.

No le gustó mucho al profesor la noticia, porque antes de salir de Berlin había preparado todo su equipage, lo había mandado ya á Hamburgo, y por lo tanto una vez visitados todos los museos en Lóndres, le iban á sobrar cerca de tres semanas de tiempo. Como para hacerle justicia á Herr Ehrlich hay que convenir, en que se necesitaba poco para agriarle la bilis, no es de extrañar que sin cuidarse de la presencia de su criado, llenara de invectivas al capitan que solo á última hora había notado la falta, al barco que la tenía á bordo, al ingeniero que la había descuidado y á los mecá-

nicos que la habían ocasionado, sin olvidar de dedicar tambien alguna palabra despreciativa al médico, á quien se le había ocurrido morirse justamente en vísperas de tener que acompañarles. Bajo esta impresion volvió á subir la escalera, pero lo hizo con tanto descuido, que al llegar al descanso del primer tramo, le faltó el pié en el último escalon y vino precipitadamente abajo, dando con el peso de todo su cuerpo contra la puerta entreabierta de la habitacion de Lord Cleaventod, en medio de la cual llegó á caer en todo su largo. Cayó con tan mala suerte en el suelo, que sus piés chocaron contra una pesada butaca, en cuyos brazos descansaba la lámina de esquisto con el fósil, que el capitan de artillería había traido de Egipto y que al llegar á la metrópoli, de paso para York, había dejado en casa de Mr. Brown. Justamente por la mañana la había sacado de su caja y puesto allí para que la viera su amigo, antes de mandarla al British Museum, al que tenía intencion de ofrecerla. La butaca se volcó con la impulsion que había recibido y al tumbarse, escurrióse la piedra y ambas vinieron á parar sobre las piernas del profesor, con lo cual, si bien se evitó que se rompiera el zoólito, se lastimó el profesor un poco más de lo magullado que ya estaba por la caida. Al ruido producido por este percance, habían bajado los amigos de arriba y á la luz de los candeleros que los criados llevaban, se vió al sábio aleman, cuya obligada posicion horizontal causó una mal reprimida hilaridad entre la alegre sociedad.

Libraron pronto á Mr. Ehrlich del peso que llevaba encima, y al ponerse éste de pié, sus ojos se fijaron en la lámina que los dos criados volvieron á meter en la caja.

—*¡Gott im Himmel!*—exclamó súbitamente, quedándose á medio levantar:—*¡lieber Gott!*

—¿Qué hay; se ha hecho algún daño? A ver,—le dijo el doctor solícito é inclinándose sobre su amigo:—¿dónde le duele?

Sin contestarle se incorporó, y con la mirada fija en el esquisto, se adelantó hácia él, avanzando de rodillas para que sus ojos no perdiesen la dirección del objeto que tan poderosamente parecía interesarle. Con las manos sobre los bordes de la caja, devoraba con la vista la piedra, metiendo la cara literalmente encima de ella, pues notaba la falta de sus anteojos, que se habían desprendido de su nariz en la caida, y repetía á menudo la misma exclamacion de: ¡Dios en el Cielo, Dios de bondad! De repente se puso de pié, y con la voz temblando de emocion, mirando á todos

los presentes, preguntó de dónde procedía el fósil y quién y cómo lo había hallado, y mientras hablaba, se enjugaba un copioso sudor que bañaba su frente.

Lord Cleaventod le contó en pocas palabras cómo había descubierto el fósil y el profesor (*) escuchó con profunda atencion la relacion del interesante episodio de su último viage, mirando á cada momento el objeto que tanto le preocupaba é interrumpiendo la reseña del capitan á veces, con señales afirmativas con la cabeza y palabras como: —sí, sí; él ha de ser; él es; no puede ser otro; por fin, por fin ¡gran Dios, qué descubrimiento! Mr. Plemperton propuso que todos volviesen al comedor, para continuar allí la conversacion, sitio que á todos pareció más conveniente, menos al profesor, á quien le costó visible trabajo dejar de mirar el contenido de la caja. Cuando los cinco habían de nuevo ocupado sus asientos alrededor de la mesa y se habían vuelto á llenar y á vaciar las copas para resarcirse de la interrupcion, Herr Ehrlich acosó de preguntas al capitan, sobre el exacto sitio de su hallazgo, sobre la topografía del terreno, sobre el paradero del viejo guía que había descubierto la caverna y varias otras cosas más, á las cuales preguntas, Lord Cleaventod contestó, sin duda, de modo tan satisfactorio para la curiosidad de su interlocutor, que en un arranque de entusiasmo, le llamó su querido Lord, su buen y noble amigo; tomó una botella, llenó su copa y la del capitan que estaba en frente de él, bebió de un solo trago el contenido de la suya y levantándose, le dió al militar un abrazo, exclamando que valía él más, que todos los museos juntos de Inglaterra.

El doctor, cuya curiosidad estaba en alto grado picada á consecuencia de todo este incidente, opinó que ya había llegado el momento que á su vez hablara su sábio amigo y que de preguntador se volviera ahora narrador, porque era de suponer, dijo, que todos lo mismo que él, deseaban saber la causa de un interés tan grande, como había demostrado el profesor.

Herr Ehrlich, como se ha visto, estaba singularmente emocionado y debía de extrañar á toda persona que conociera su carácter poco expansivo, el verle tan entusiasmado; pero seguramente la

(*) Téngase presente que *profesor* en Alemania, no es un sencillo maestro de enseñanza de un colegio, sino el título de quien ha llegado á la más alta categoría de instruccion.

buena mesa de Mr. Brown y sobre todo las copiosas libaciones operaron esta transformacion, aunque momentánea sin duda.

—Señores, dijo, esta noche es la mas hermosa de mi vida. Me han visto Ustedes, no besar la tierra que es nuestra madre común, porque me caí de espaldas y con butacas y lozas encima de mi abdómen y de mi pecho, que me impedían moverme; pero sí bendecirla, porque si no me hubiera caido, no habría entrado sin anunciarme en el cuarto de Lord Cleaventod y no habría hecho un descubrimiento tan importante, un descubrimiento cuyo valor, apuesto ciento, qué digo, mil contra uno, no conoce el poseedor del precioso fósil; sí, un descubrimiento mio, porque el digno capitan de artillería, si bien encontró el objeto, no lo conoce, sus amigos escoceses han hecho constar su ignorancia; para él es un mero hallazgo, un curioso hallazgo el que ha hecho; erudito maestro en balística, no es paleozoologista, aunque distinguido aficionado á las ciencias naturales, y si bien ha acertado perfectamente, que el fósil forma parte del pié de un sauro, le es del todo imposible decirme á qué órden de saurianos pertenece, razón por la cual lo llamo yo descubrimiento mio, puesto que no teniendo nombre, le bautizo yo, y para que no haya duda sobre mi paternidad, Usted Milord, Usted doctor que entiende mucho de osteología, Ustedes, señores, díganme cómo se llama el ejemplar de la familia de sáuridos de que tratamos, y el cual ruego se me haga el favor de subir, para que lo tengamos á la vista, que falta hará.

Á mí me parece, contestó Lord Cleaventod, que teniendo que ser de un tamaño colosal el lagarto prehistórico, segun lo demuestra el pié, debe haber pertenecido á un dinosauro, ya que la raiz griega *deinós* significa espantoso, ó á un megalosauro por la misma etimología de *megáloos* grande ó bien á un megapodosauro, porque *mégas* es grande, *poús*, genitivo *podós* es pié y *saûros* es lagarto.

—Muy bien contestado,—dijo Herr Ehrlich; es Usted un aficionado en toda regla; pero permítame: no ha acertado Usted. No es dinosaurus, megalosaurus ni megapodosaurus, porque los miembros locomotores de estos sauros, no ofrecen la particularidad que presenta el ejemplar que tenemos delante. A ver, doctor; ¿Usted qué dice?

—Hombre, es difícil reconstruir todo el animal no teniendo más dato que un deteriorado miembro, pié ó pata, y sin saber si-

quiera si pertenece á un animal *tetrapous* ó á uno *dipous*, y en el primer caso, si es una extremidad torácica ó abdominal. Usted dice que no pertenece á ningun sauro de los citados por el capitan. Bueno; parto del principio que en efecto el miembro haya pertenecido á un indivíduo de los saurianos, y que no nos ocupamos equivocadamente de un pájaro colosal, como por ejemplo, el dinornis, el ave terrible, lo cual no tendría nada de extraño, cuando harto conocido está el caso del doctor suizo Scheuchzer, que pretendió haber encontrado cerca del Rhin, al hombre primitivo, al Preadamita, al famoso *Homo diluvii testis*, testigo del diluvio, que luego resultó ser una salamandra, segun lo demostró el sábio holandés Pedro Camper, y el otro caso cuando su ilustre compatriota Leibnitz ideó formar con el colmillo y los huesos de un mastodonte, el Unicornio ó Monocero, aquél animal fantástico con un largo cuerno en la frente, realizacion de los sueños heráldicos de nuestros antepasados. Admitiendo, pues, que estamos en frente de un fósil sauriano, y no constándome si pertenece á la especie terrestre ó marítima, ya que la formacion de dedos ó de aletas nadaderas no queda bien evidenciada, ni sería esto, aun puesto en claro, razon potente, bastante y suficiente para negar á varios indivíduos de la familia, la potestad de entrar ó vivir en el líquido, para los más bien llamados terrestres, ni de permanecer más ó menos tiempo en los bosques y las orillas del agua, para los llamados marítimos, exceptuando al gigantesco Iguanodon, el precursor de los Kanguros y los Gerbos de la actualidad, que por su condicion especial de herbívoro, no es de creer haya dejado de pisar terreno firme, aunque se diga lo contrario; admitiendo, digo, todo esto, opinaría que se trata de un chirosaurus y añadiré, siguiendo el camino indicado por nuestro amigo Lord Cleaventod, que su nombre proviene de *cheír* mano, ó de un archegosaurus de *archégonos* existente desde el principio, ó del geosaurus, de *géa* tierra, porque me parece que no pretenderá hacernos creer sea un pterodáctilo, el *pterondáktulos* dedo alado.

—No, mi amigo; no es tampoco el género sauro volador del órden pterosaurus, ni su parecido el dimorphodonte, ni ha dado Usted todavía con el nombre. Y Ustedes mis anfitriones, ¿qué opinan? De Ustedes ahora depende el declarar la indiscutible legitimidad de mi descubrimiento.

—Soy demasiado profano en la materia, contestó Mr. Brown,

para terciar en este debate y mis conocimientos zoológicos son bastante limitados; si habláramos sobre metales y maderas, sería diferente y me tendría Usted á sus órdenes. Richard á Usted le toca fallar, si hay que eternizar el nombre del profesor, ó si sus ilusiones se vuelven humo.

—¡Oh, oh! Mr. Ehrlich, si tengo que fallar yo, como dice mi primo, puede Usted tranquilizarse desde un principio; no me pronunciaré en contra de Usted; nada tengo que objetar contra su victoria. He estado cuando muchacho como los demás, en Cambridge; pero me acuerdo muy bien que para mí, los conocimientos en zoología se reducían á escoger buenos caballos para pasearme, buenos perros para la cacería del zorro y para el turf, donde he dejado más de un billete de cien libras que se llevó el caballo contrario, porque he tenido la mala suerte de no dar más que con malos bípedos de jockeys. Cuando salí de la universidad, tuve ocasión bastante para estudiar esta ciencia prácticamente, puesto que mi padre me llamó para administrar sus fincas rurales, donde había centenares de vacas, bueyes, carneros, cabras y cerdos, sin hablar de toda clase de aves de corral; pero no tardé en casarme y mi mujer prefería el teatro á las granjas y le procuraba más satisfacción guiar su coche por S.t James's Park, que ver pasar los carros de labor; vinimos aquí á vivir con mi madre política, que era sumamente aficionada á su pajarera y donde mejor que en otra parte hubiera yo podido estudiar la ornitología con la ayuda suya. No he tenido tiempo, sin embargo, porque una noche no se sabe por qué descuido de los criados, un soberbio ejemplar de la raza felina, su gato angola favorito, supo introducirse en la jáula y no dejó ni un colibrí, ni un cardenal, ni un canario con vida. De resultas del disgusto que le produjo este acontecimiento, falleció la estimable señora al otro dia, siendo seguida, poco tiempo despues, por mi buena Lucy. Entonces me metí á viajar, he recorrido muchos paises, soy uno de los sócios del Travellor's Club que con más frecuencia se mueve; pero en cuestión de animales no he aprendido gran cosa, aunque he tropezado con muchos. Un invierno, sin embargo, estando en el Bajo Egipto, visité las posesiones de Reis Effendi, que tiene, ó al menos tenía entonces, una gran coleccion de reptiles y anfibios del país, cocodrilos, tortugas, lagartos, iguanas, serpientes, etc., todos disecados y al lado de cada ejemplar, un primoroso dibujo con la correspondiente descripcion

de su antepasado prehistórico. Me acuerdo que allí he visto una porción de representaciones de sauros, diferiéndose, sobre todo, además del variado tamaño, en la forma de su cabeza más larga ó más corta, más ancha ó más estrecha; pero en los piés no me he fijado, lo que siento, puesto que hoy me hubiera venido bien.

—Perfectamente, señores, y bien lo sabía. El descubrimiento, pues, es mio, sin que nadie me lo pueda negar. El pié que tenemos delante, no pertenece á ninguno de los siete indivíduos enumerados y añadiré que tampoco es del cetiosaurus, cuyo nombre procede de *kètos*, que quiere decir ballena, ni del aspidotrofosaurus que se deriva de *aspidótrophos*, comiendo víboras, ni del teleosaurus que dimana de *téleos*, acabado, un sauro perfecto, ni del hyleosaurus de *húle*, bosque, ni del mosasaurus, del rio Mosa, ni del mystriosaurus de *mustrión*, cuchara, ni del hiptiosaurus de *húptios*, retorcido, ni del nothosaurus de *noothés*, indolente, ni del steneosaurus de *steinós*, estrecho, ni del simosaurus de *simós*, nariz roma ó chata, ni del plesiosaurus de *plésios*, cerca de, porque se le supone yendo en pós de su enemigo, ó más bien porque á sus descubridores en el Lime Regis hácia el 1822, les pareció que tenía más semejanza, más afinidad con un lagarto, que por lo tanto le era más idóneo que el ichthyosaurus, procedente de la misma formacion geológica y descubierto con anterioridad; ni del necrosaurus de *nekrós*, muerte, ni del paleosaurus de *palaiós*, antiguo, ni del ichthyosaurus de *ichthús*, pez, ni del phytosaurus de *phutón*, planta, ni del pleurosaurus de *pleurón*, costado, ni del pleuronectosaurus de *pleurá*, costado y *néktes*, nadador, ni del apatosaurus de *apáte*, engaño, ni del brontosaurus de *bronté*, trueno, ni del protorosaurus de *prothoroúmai*, arrojarse, ni del rhynchosaurus de *rhúgchos*, hocico, ni del galesaurus de *galé*, gato, ni del spondilosaurus de *spóndulos*, vértebra de la espina dorsal, ni del dolichosaurus de *dolichós*, de larga respiracion, ni del pelagosaurus de *pélagos*, la alta mar, ni del phalidosaurus de *phalís (ídos)*, escama, ni del trematosaurus de *trematódeo*, perforado, ni del zygosaurus de *zugós*, yugo ó balanza, ni del odontosaurus de *odoús (óntos)*, diente, ni del pistosaurus de *pistós*, verdadero, ni del sphenosaurus de *sphén*, cono, ni del pliosaurus de *plió (pleón)*, más que, ni del mastodonsaurus de *mastos*, de mamila y *odoús (odóntos)* diente, el cual sauro tambien es llamado labyrinthodon, ni finalmente del titanosaurus de *titanódes*, terrible, gigante, el sauro encontrado en el ho-

rizonte wealdense del Colorado, el más grande animal terrestre hasta el presente descubierto, solo comparable con los enormes cetáceos y cuyo cuerpo alcanzó, según los ejemplares encontrados, á 22 metros de largo por 3 de alto. No es el pié de ninguno de estos, es de otro sauro cuya existencia se ha supuesto, sin jamás haber sido descubierto un solo ejemplar; en una palabra es del Saharasaurus, del Saharasaurus Ehrlichii, cuyo descubrimiento mi buena estrella, me había reservado á mi, solo á mí.

—¿Cómo, un sauro del gran Desierto?

—No, señores, del Desierto del Sahara nó, del Mar del Sahara, en aquella remota época cuando el hoy inmenso arenal tenía muchísima menos elevacion y formaba al sur de los montes Atlas, un extenso mar que se extendía hasta las montañas denominadas hasta hace poco tiempo Azules y de la Luna, hoy dia, la cadena del Ruwenzori, cuyo mar, empezando en las playas del Atlántico, avanzaba hasta el Este y llegaba cerca del grado 50 del meridiano E. de Ferro, es decir, que ocupaba una superficie mayor que la tercera parte de toda el Africa. ¿Quién ignora que el sitio ocupado actualmente por las movedizas arenas con sus cambiantes colinas y frondosos oasis, en otros tiempos ha sido mar, un mar de más de tres veces mayor extension que el Mediterráneo? Aunque haya habido algunos sábios que negaron su existencia, fundándose en fútiles razones, la gran mayoría ha admitido siempre el hecho de que hubo mar. Yo que no me quiero meter ahora, porque me apartaría de mi objeto, en romper una lanza en favor del problema tan debatido desde el tiempo de Platón, si en efecto la Atlántida ha existido, ó si ha sido una fábula su paso por la tierra, si ha sido una isla ó una península la que ocupara en tiempo remotísimo al Oeste del cabo Nun, la parte del Atlántico donde actualmente elevan sus volcánicas y fértiles rocas: 1.° el archipiélago de Cabo Verde con sus islas de Santo Antão, São Vicente, S.ª Luzia, São Nicolau, Ilha do Sal, Boavista, São Thiago, Ilha do Maio, Ilha do Fogo, Brava, Ilheo Branco y Ilheo Razo; 2.° el archipiélago de las Canarias, con sus islas Gran Canaria, Tenerife, Palma, Lanzarote, Fuerteventura, Gomera, Hierro, Alegranza, Graciosa, Montaña Clara, Roque del Este, Roque del Oeste é Isla de Lobos; 3.° las islas Salvages, el Piton y el Gran Salvage; 4.° Madera, Porto Santo, Ilha de Fora y tres islotes desiertos; y 5.° los Azores comprendiendo Terceira, San Miguel, las Formigas, Santa María, Gra-

ciosa, San Jorge, Fayal, Pico, Corvo y Flores,—ó bien, si en efecto, han sido aquellas tierras tan inmensas que estuviesen en comunicacion con las de América, por donde hoy quedan restos de continentes que son las Antillas y si han servido de paso para que los descendientes de uno de los tres pobladores del mundo, segun el Antiguo Testamento, penetrasen en aquel Nuevo Mundo, que el estudioso y perseverante Genovés, tantos miles de años despues abrió á Europa, entregando aquellas felices y plácidas tierras á la más desenfrenada codicia de hordas de sanguinarios aventureros, *auri sacra fames,* los que arrojaron sobre el viejo hemisferio esa asquerosa duscrasia tan gráficamente nombrada *amor de puerco,* cuando ni aun las más relajadas *professæ* ó *bustuariæ* de Roma, habían originado tal gangrena;—yo que no voy á debatir en esta ocasión, si llevan razon los que niegan la existencia del país de los Atlantes, por falta de datos históricos concretos, ó los que se inclinan á admitir como ciertas las tradiciones egipcias y griegas, consignadas por tantos escritores antiguos y que encuentran robustecidas sus opiniones por los descubrimientos geológicos y el hecho singular de la presencia nunca alterada en su situacion, de las algas en la vastísima extensión que tiene nombre de Mar de Sargazo, al norte de las Islas de Cabo Verde, un hecho que tanto llamó la atención á los tripulantes de la flotilla de las tres carabelas de Colon, Pinta, Niña y Santa María y cuyo fenómeno en lugar de atribuirlo al movimiento de rotacion del Gulf stream, que en su corriente giratoria reune en aquel sitio trozos de vegetales arrancados á su paso á lo largo de las costas de ambos hemisferios, bien puede explicarse causado por la presencia de tierras sumergidas; —yo que no vengo aquí á discutir sobre la pretendida magnificencia de aquella verdadera *terra incognita,* de que en la hipótesis de su pasada existencia, se refieren milagros por lo grandioso y floreciente de sus instituciones, el presunto elevado desarrollo intelectual de sus habitantes y sobre la posibilidad si con el gran movimiento orogénico de la época cuaternaria, fuerzas plutónicas y neptúnicas combinadas, han acabado con la existencia de dicha tierra, consumándose la más horrorosa catástrofe que pueda imaginarse, —yo sí, en favor del mar del Sahara, sí estaré siempre dispuesto á defender su indudable, su incontestable existencia en todo terreno.

—No negaré, replicó Lord Cleaventod, haber oido decir du-

rante mi estancia en Egipto, á más de uno, que la idea de la posibilidad de que un dia hubiera un mar interior al Oeste, cuenta entre los indígenas árabes, bastantes creyentes; pero al ver como lo he visto, lo elevado que está el terreno horizontal en la parte oriental del desierto, sobre el nivel del mar y en general el poco fondo que pudiera tener un mar donde está el Sahara, hay que dudar mucho de la posibilidad de tal silogismo hipotético, que.....

—¿Cómo, silogismo hipotético? interrumpió el belicoso profesor. ¿Hipótesis la existencia del mar del Sahara, ha dicho Usted? Y con qué derecho, dispense Usted milord, viene á negar la existencia de este mar en una época á que no alcanza nuestra historia? Si me niega Usted el mar, es negar el elemento á mi Saharasaurus, es decir que no haya vivido, que su portentosa cola no haya surcado sus olas, ni sus gigantescas extremidades hayan aplastado á un mylodon robustus, ó sujeto un megalonyx, mientras que su boca, que seguramente no habrá medido menos de tres metros, haya partido de una dentellada un megatherium ó un mastodonte. No comprende Usted que dudando del mar, había que dudar de la realidad del pié que tenemos aquí delante ¡Hipótesis! no me había por cierto esperado tal argumentacion de parte de Usted, Lord Cleaventod!

—Pues si le parece que soy injusto en haber expresado duda, contestó éste, no hay más que hacer la nivelacion en diferentes partes, para que quede evidenciado que si ha habido mar, debe haber sido un mar para canoas y no para barcos, ó mejor dicho un mar en cuya superficie puede haber flotado un molusco, pero nunca zambullirse un formidable anfibio. En el Sahara encuentra Usted colinas movedizas que el viento lo mismo amontona, como luego vuelve á extenderlas á lo largo, y algun que otro monte que como el Dogem en el Air, se eleva hasta una altura de 1470 m.; allí vé Usted terrenos que muy suavemente vienen subiendo, llegando á una elevacion de unos 400 m., con declives que apenas alcanzan una profundidad de 20 m., bajo el nivel del mar. ¿Cómo quiere Usted, pues, que haya existido un mar, donde todo indica á claras lo imposible de su vitalidad, con una profundidad tan sumamente exígua á que puede llegar el agua? Cómo sería posible, dados los abrasadores calores de aquella region, que pueda admitirse, durara su existencia más allá que unos cuantos dias, despues de cuyo reducido periodo de tiempo, no quedaría más que cieno y limazo,

que bien pronto estaría endurecido y como podría suponerse en tal mar habitantes corpulentos, como él cuya pata figura aquí y que no habrá nacido tan monstruoso, sino que habrá crecido paulatinamente, hasta llegar á su desarrollo completo, necesitando para ello varios años?

—¿Y quién le dice á Usted, querido Lord, replicó el profesor, que donde ha visto esos terrenos elevados, no los ha habido antes bajos y vice-versa? ¿Ha tenido siempre la misma forma la superficie de nuestro planeta, ó es que ha sufrido trastornos gigantescos, viniendo altas montañas abajo y surgiendo desde grandes profundidades, otras para arriba y no sucede aun actualmente en los Andes, cuyo sistema orográfico lo atestigua, que cimas, cumbres y picos vienen bajando, que sus faldas ó laderas adoptan variacion de forma, que sus gargantas, desfiladeros ó puertos, se cierran ó bien se ensanchan, efecto de las violentas sacudidas que experimentan con bastante frecuencia? No es cierto que en esos Andes se han encontrado capas del terreno siluriano con sus fósiles, á una altura de cinco mil metros sobre el nivel del mar, probando la verdad de hechos que parecen fantásticos? Seguramente no ha tenido Usted presente, que así como el clima de determinadas regiones indudablemente ha sufrido grandes alteraciones, así tambien su suelo y que mientras que en la época terciaria, periodos mioceno y plioceno, lo mismo como en la época cuaternaria (*), cuando el mammouth pastaba en las praderas y selvas del norte de la Siberia, donde hoy dia la vida para los séres orgánicos viene á ser un imposible, en Portugal, España, Italia y Grecia, un termómetro consultado en los meses mayores hubiera indicado apenas 25° Fahrenheit, cuando actualmente el calor de Agosto en Madrid por ejemplo, llega con frecuencia á los 113° y que el termómetro marca en la des-

(*) Otros paleontologistas han establecido diferente denominacion para escalonar el órden de aparicion de la vida animal en el globo y lo han dividido en cuatro *períodos*: I el paleozóico para el terreno primario, que formó los cuatro *grupos* sucesivos de silúrico ó siluriano, devónico, carbonífero y pérmico ó permiano; II el mesozóico para el terreno secundario, que comprende en la sucesion de las formaciones terrestres, los tres grupos de triásico, jurásico (subdivision de liásico y oolítico) y cretáceo; III el cenozóico para el terreno terciario, que abarca el eoceno, mioceno y plioceno y IV el neozóico para el terreno cuaternario ó moderno, que forma los grupos siguientes: los glaciales, diluviales, el tobáceo, turboso y el madrepórico. Sin embargo la denominacion de *época* secundaria, *época* terciaria, etc., es la mas corriente.

embocadura del rio Lena 40° bajo cero. (*) ¿No ha pasado el suelo que pisamos por grandes variaciones? Pues sabido es que varió muchas veces la altura de nuestro continente europeo, que en el periodo más moderno de la época geológica terciaria, el del plioceno, las islas Británicas ocupadas por inmensas selvas de pinos, estaban unidas á la actual Francia, que á la sazon tenía 200 metros de más elevacion que ahora sobre el nivel del mar. Despues bajaron á mucha mayor profundidad que á la que actualmente salen del mar y al volver á reaparecer en la época cuaternaria, bastante menguada la superficie del hoy Reino Unido, se presentó ésta, cubierta de densísima costra de hielo en toda su superficie. Continuando su levantamiento se unió de nuevo al continente, del que se separaron otra vez estas islas, bajando á 130 m., hasta que lentamente fueron tomando el nivel actual.

—Lástima grande, observó Mr. Brown, que en tantas veces que nos hemos separado de y acercado á nuestros vecinos los Franceses, no nos hayamos quedado con un puente ó un túnel, para evitar los disgustos que nuestro gobierno dá á diario á mis compañeros, cuando tratan de establecer una comunicacion fija con el continente, cosa que nuestros secretarios de la guerra nunca quieren consentir.

—Y qué magnífica explotacion de carbones, que ya les viene escaseando, señores Ingleses, segun declaracion oficial de su propio inspector de minas, Mr. Henry Hall, replicó el profesor, podrían Ustedes emprender con la base de un túnel submarino, puesto que toda aquella extension de la Mancha, cubre inmensos yacimientos hullíferos. Hay millones de libras esterlinas por recoger allí. Pero volviendo á nuestro tema: digo que con idéntico motivo es muy natural, que á consecuencia de las depresiones y elevaciones de terrenos tan sumamente variados, así como mares enteros se han secado, unos por haber vertido sus aguas á partes más bajas, otros por interrupcion en el tributo pagado por los rios que en ellos desembocaban, así otros mares se han abierto paso á consecuencia de las modificaciones geológicas. Los estallidos de los

(*) O sean reducidos á centígrados, respectivamente —3°,8; +45°,0 y —40°,0, según las fórmulas de conversion de $(F-32) \times \frac{5}{9}$ y $(F + 32) \times 0{,}55556$, para el calor y para el frio, según el caso.

gases encerrados bajo enorme presion dentro de la tierra, las lluvias y los deshielos que descostraron las montañas y llevaron fragmentos de ellas á increibles distancias, los volcanes que perforaron las capas sólidas del globo esparciendo las materias de sus erupciones, esta crísis oro-hidrográfica, en fin, ha sido la causa de los cambios ocurridos en el Sahara. No hay más que estudiar el suelo y el subsuelo del Gran Desierto para que no quede duda alguna, que en aquellos remotos tiempos ha estado mucho más bajo y cubierto por aguas saladas. Allí se encuentran grandes sebjas ó salinas, extensas capas de sal superficiales, aparte de depósitos de sal gemma, como en las excavaciones de todas partes; allí es raro al horadar el suelo, encontrarse con agua potable, á no ser en terreno de caliza ó de creta, pero dar con agua salada es muy corriente. Es fuera de toda duda que con anterioridad á los más antiguos depósitos paleozóicos, el mar cubría el hoy Desierto del Sahara, cubriendo una zona tan extensa como ya he dicho y no ha faltado quien opinara que además de este mar, haya existido más abajo otro, donde ahora están situados los Grandes Lagos hasta el sur del desierto de Kalahari. Se ha pretendido que durante el periodo jurásico superior, ha debido existir una zona estrecha de tierras alrededor del país de los negros y que en el periodo cretáceo se extendía el mar desde la cordillera arábiga del Egipto, hasta el Océano Atlántico, formando una gran isla, lo que es hoy el imperio del Moghreb, Argelia con Túnez y parte de Trípoli. En el periodo plioceno, cuando las tierras se elevaron, la masa central africana se unió con varias partes del continente europeo, Marruecos con España, Túnez con Sicilia que era una prolongacion de Italia, hasta que en el periodo moderno, efecto de una postrer contraccion, fueron separados violentamente los terrenos entre los montes Calpe y Abila, rompiendo el Mediterráneo á la vez por el canal de Messina y entre Marsala y Cabo Bon y produciendo la trituracion de los terrenos donde hoy encontramos el archipiélago griego. Durante el periodo glacial, ó sea de desolacion, el Sahara, como lo demás, empezó á descender, con lo cual mejoraba la temperatura, retirándose los hielos hácia el norte y la presencia de gran variedad de fósiles de la fauna marina, encontrada en diferentes partes, revela con toda evidencia que el Sahara formaba un gran mar. Pasadas las posteriores convulsiones, la segunda invasion de los hielos de la época cuaternaria, el suelo del Sahara fué elevan-

dose poco á poco, dando lugar al nacimiento de varias mesetas, hasta que buscando su nivel las aguas, estas fueron retirándose hácia el Atlántico, no dejando otro recuerdo de su existencia, que la region de los shotts y las sebjas. Y así se quedará el Gran Desierto con su espantosa aridez, su clima mortífero, su falta absoluta de lluvia, sus vientos abrasadores y tempestuosos, el simoun, el siroco y el harmattan, hasta que sobrevenga un nuevo cataclismo y vuelva á bajar, dando solo entonces lugar á la posibilidad de una inmersion, que produciría un cambio radical, un inmenso beneficio para sus condiciones climatéricas, porque lo que es la mano del hombre podrá intentar, invertiendo colosales caudales, la introduccion de las aguas del Mediterráneo por el golfo de Gabes y las del Atlántico cerca del cabo Yubí, pero el único resultado práctico quedaría reducido á la inundacion de una relativamente muy reducida parte del Sahara, con lo cual no se consigue nada, pueden Ustedes creerme.

El profesor, que todo el tiempo de su explicacion había quedado de pié como si hubiese estado en el gran salon de la Sociedad de Descubrimientos Tropicales, leyendo la memoria de su viaje, se sentó, y no encontrando al extender maquinalmente la mano en busca del vaso de agua azucarada, este acostumbrado compañero de la tribuna, se refrescó con distinto líquido, en cuya operacion no se quedó solo. Pronto tuvo, sin embargo, Herr Ehrlich que volver á hablar, porque el doctor le hizo una observación muy en su lugar.

—Quedamos convencidos—dijo Mr. Leading—de la existencia prehistórica del mar del Sahara, y veo en mi imaginacion, ideales de paisajes de aquella region, en sus periodos de las tres auroras, eoceno, mioceno y plioceno. Sin embargo, no veo todo, algo me falta y ese algo es muy importante. Se desarrolla á mi vista un cuadro, en cuyo fondo observo montañas y cadenas montañosas, formadas por las erupciones basálticas ó volcánicas, bañadas, á la izquierda, por un brazo de mar, mientras que á la derecha se extiende una playa, más allá una sombría selva compuesta de helechos, palmeras, liliáceas, proteáceas y bambúes, por la que serpentea un rio, cuyas aguas ván en busca del mar. Veo en esta playa muchos crustáceos, como el cáncer macrocheilus, la hela speciosa, moluscos como el murex, helix, cerithium, briozoos y equinodermos y además noto las huellas características del laby-

rinthodon; veo el curiosísimo reptil-pájaro archaiopterix, verdadera *rara avis in terris,* como dice un hemistiquio de Juvenal, animal que lleva en su larga cola muchos pares de plumas, y que por cierto ignora que á él, como á los grandes hombres, llegará la época en que, despues de su muerte, se le apreciará en todo su valor; quiero decir que nuestro gran Museo pagaría dos mil libras esterlinas por la adquisicion de su esqueleto, y debe ser sitio muy poblado de animales, cuando distingo tantos koprolithos y diferentes especies de monos, como el mesopithecus, el dryopithecus y otros; veo entre un pequeño grupo de árboles y plantas, arcáica aparicion de la vida en nuestro planeta, la credneria y el sphenophyllum, cicádeas, zosteras y zamites; hasta apercibo en la tranquila corriente del pantanoso rio, peces como lebias, beryx, osmeróides y tortugas Trionyx; tambien observo, revoloteando ó andando, pájaros y aves como la cigüeña Tántalus, el gastornis, águilas y golondrinas, el ichthyornis y el hesperornis, las aves con dientes; ahora me fijo en un brusco movimiento que se produce en el mar, y de cuyas desconocidas profundidades, surgen de improviso dos formidables mónstruos, un ichthyosaurus y un plesiosaurus, que se atacan con espantoso furor y tratan de aniquilarse mútuamente con sus terribles filas de dientes. Pero por más que estoy mirando, no veo lo que busco; ni en el mar ni en la playa veo.....

—¿Qué no vé Usted doctor?—preguntó Herr Ehrlich, despues de un momento de espera, por si Mr. Leading iba á añadir alguna palabra más.—¿Será tal vez porque Usted mezcla admirablemente las épocas secundaria y terciaria? Pero, en fin, ¿puede saberse qué es lo que no vé?

—Es su Saharasaurus, mi buen amigo, el que no veo; ¿ó es que se habrá ido ya á la caverna para que Lord Cleaventod lo traiga de allí? Usted nos ha descrito el Sahara como mar, pero no nos ha dicho cómo su habitante haya podido ser encontrado á tanta distancia como media entre la region de los oasis y la de los grandes lagos ecuatoriales. Cuando haya Usted contentado mi curiosidad, que supongo será tambien la de todos nosotros, sobre este particular, me propongo hacerle otra pregunta, cuya contestacion nos vá á ser muy necesaria.

Capítulo IV.

Distintivo del Saharasaurus Ehrlichii.—Periodos prehistóricos comparados.—Una carta inédita del africanista Steudner y un dibujo de un guerrero negro en una venta pública.—La leyenda del Sahara marítimo.—Proyectos para la vida en el África Central.—Se necesita un médico.—Ofrecimiento á los cuatro.—El sábio vislumbra un competidor.

Se recogió un momento el profesor y contestó:

—Le diré á Usted que el dar una franca, explícita explicacion sobre el hecho, de haberse encontrado el Saharasaurus á una distancia que se calcula hoy dia en lo menos quince grados, ó sea la friolera de 167 miriámetros, parecerá difícil y aun un imposible. Sin embargo, desde el momento que yo sostengo, que no me equivoco, que he dado á mi descubrimiento su legítimo nombre, no titubeo en declarar que el hecho es completamente natural y que hay que atribuirlo á los diluvios. Un torrente inmenso, una impetuosa corriente de aguas, lanzada súbitamente sobre la superficie de la tierra, lo asoló todo á su paso, formó surcos profundos, alteró completamente los reinos animal y vegetal y arrastró á inmensas distancias los objetos encontrados en su camino. Una vasta extension de terreno se levanta; montañas se forman, ya cerca de los mares, ya saliendo de sus mismas profundidades. ¿Qué ocurre entónces? Se agitan las aguas con violencia, con brusca impulsion, se lanzan con ímpetu en todas direcciones y producen en las llanuras una espantosa inundacion que cubre la tierra, destrozándolo, devastándolo todo. Despues del primer diluvio viene uno nuevo, seguido de otro tercero, y entre unos y otros, transforman radicalmente el aspecto de lo sólido y de lo

líquido. ¿No está perfectamente en su lugar que en medio de tan horroroso cataclismo, las ondas furiosas del Sahara, combinadas con aguas torrenciales, en cuya comparacion las lluvias tropicales actuales, no son más que gotas de sudor de un mosquito, hayan invadido y atravesado impetuosamente inmensas comarcas y hayan empujado y llevado con irresistible fuerza á considerables distancias, los séres que poblaban la tierra y no es más natural aun, que anfibios como los sauros, encontrándose á la sazon en las aguas y necesitando pisar tierra firme, hayan seguido en el líquido elemento su marcha, en busca de un terreno seco hasta encontrarlo á alturas muy distintas de las de costumbre, internándose entre rocas más ó menos cubiertas, provistas de vegetacion y cuya configuracion cambiaba bajo las fuerzas eruptivas que las estaba trabajando? Qué de particular tiene por consiguiente que mi Saharasaurus haya salido de su centro, que lo mismo puede haber estado al pié de los Atlas, como al sur del Darfor y que las aguas detenidas por alguna barrera, cuyos restos son hoy dia las montañas de la Luna y las Azules, le hayan dirigido hácia las faldas de alguna montaña de aquella region? Allí el sauro ha sido sorprendido por movimientos de masas erráticas, cantos rodados, por cieno y arenas arcillosas y cuarzosas, ha penetrado en la caverna donde fué hallada su pata fósil, tal vez en persecución de alguna presa refugiada en ella y allí ha encontrado la muerte por asfixia dentro del limo de un espesor demasiado considerable, para que lo pudieran levantar ni sus poderosos músculos.

—Me conformo con la explicacion, con más motivo cuando con efecto, todos sabemos que en Inglaterra misma, se encuentran masas graníticas, notoriamente pertenecientes á los terrenos primitivos de Noruega y que de allí han venido arrastradas y atravesando el mar del Norte por las fuerzas del diluvio. Es pues perfectamente admisible con mayor razon todavía, el largo viaje de un cuerpo animado. No me resta más que dirigirle la última pregunta, que es la siguiente: Usted ha dicho al capitan, que no era el pié de ninguno de los sauros que él citaba; á mí me ha dicho lo mismo con referencia á los indivíduos por mí enumerados; despues ha repasado Usted con admirable paciencia, todo el catálogo de los saurianos conocidos, acabando por declarar que tampoco allí estaba, hasta nombrarlo por fin. Lo que me interesa pues saber, es en qué se funda Usted para rechazar todos los nombres conocidos y

aplicarle el de Saharasaurus, sobre la sola base de esta extremidad.

—En un detalle muy sencillo que Ustedes todos pueden fácilmente observar. Reparen Ustedes lo que tienen los dedos entre la primera y segunda falanje. Es un espolón ó cuerno de once centímetros de alto, un puñal encima de cada dedo, como defensa ó como mayor medio de ataque, pudiendo la pata servir como una doble arma, las uñas para clavar la presa al sostenerla, el cuerno para despancijarla durante la lucha. Esta particularidad no se encuentra en ninguna extremidad de un sauro y además reparen Ustedes como no lleva guantelete como sus congéneres, sino que todo es una malla completa, formada de placas ó escudillos óseos, que envuelve la pata entera y guarnece lo mismo la parte de encima como la de debajo, otra eminente ventaja para la lucha y que acaba de hacer del animal una formidable máquina blindada á la vez que destructora.

—El profesor tiene explicacion para todo, dijo Lord Cleaventod. Sin embargo me llaman la atención dos cosas: la primera que ni el doctor ni yo, hayamos nunca oido hablar de tal sauro y francamente si no tiene inconveniente en decirlo, bien quisiera saber por dónde ha obtenido este conocimiento. La segunda es que se me figura estamos en frente de un anacronismo, porque si mal no recuerdo la permanencia de los sauridos en la tierra, ha sido relativamente corta, se entiende por supuesto en cuanto á las épocas, no al tiempo, puesto que habrán trascurrido seguramente muchas decenas de millares de años, entre la aparición del primer protorosauro en el periodo permiano y la desaparicion del último sauro de Maastricht en el cretáceo. Despues de este periodo no se han encontrado que yo sepa en las capas geológicas consecutivas, rastros de lagartos prehistóricos y como Usted se refiere á la época cuaternaria al hablar de los diluvios y de los glaciales, cuyas convulsiones arrojaron al Saharasauro, encuentro en ello un metacronismo, que me haría un favor en explicarme.

—Perfectamente observado; parece, en efecto, que aquí subsiste una antilogía entre la existencia de mi Saharasaurus y la época en que estos primitivos reptiles han vivido en la tierra; sin embargo, no hay tal y me apresuraré á borrar de su mente, toda duda sobre el particular. Por la mucha mayor facilidad en las investigaciones, ha sido Europa la parte de la tierra donde más des-

cubrimientos paleontológicos se han hecho; su densa poblacion, los trabajos mineros, la perforacion de túneles para las obras de ferrocarriles, todas estas circunstancias han contribuido á que las observaciones del subsuelo europeo, han podido efectuarse mejor que en las demás partes, aun cuando tambien en América y en Ásia se han hecho muchos estudios, lo mismo que en África y en la Nueva Holanda. Nuestros sábios han dado nombres europeos á la estructura de la costra terrestre y no nombres africanos ó asiáticos, por la sola razon que la paleontología, ó sea la ciencia que trata de los restos de séres orgánicos hoy extinguidos, descubiertos en los estratos terrestres, ha sido desarrollada casi únicamente en Europa y fuera de ella por Europeos. Los terrenos europeos han ofrecido un estudio tan inmensamente extenso á estos descubrimientos, que por de pronto se ha llenado el catálogo de esta ciencia de nombres, sacados de nuestra geografía y en prueba de lo que digo, no tengo más que recordarles que la denominacion de periodo siluriano, procede de Siluros, un pueblo celta que vivía en su país de Ustedes en tiempo de Julio César, en el hoy condado de Shrop, donde mayores sedimentos se han encontrado del terreno primitivo; que la de devoniano ó devónico, proviene del condado Devon, donde fueron hallados con más abundancia que en otra parte, las plantas y zoólitos que le son propios; que el periodo pérmico ha recibido su nombre á causa de haberse encontrado en la provincia rusa Perm, los terrenos areniscos y calizos cual en ninguna otra parte; que el periodo jurásico ha tomado su nombre de los montes Jura; que las rocas que representan el terreno cretáceo superior, se encuentran muy desarrolladas en la isla de Seeland, perteneciente al reino de Dinamarca, por cuya razon ha recibido el nombre de dánico y otros muchos ejemplares más. Ahora bien; el haberse escogido Europa, como teatro principal de las investigaciones, no excluye por cierto el hecho, que hombres como Humboldt hayan hecho bastantes descubrimientos en las otras partes de la tierra y hayan hecho comparaciones sobre la distribucion geográfica de los fósiles, con lo cual han podido constar un hecho, estampado hoy dia en todos los tratados de esta ciencia y reconocidamente exacto, que es el siguiente: los terrenos de las mismas épocas suelen variar segun la situacion geográfica y está fuera de duda, que los fósiles de Africa y de la Polinesia, están agrupados de distinto modo que los de Europa. Se observa en el África aus-

tral, en Madagascar y ya vén Ustedes que no estamos muy distantes de la caverna de Lord Cleaventod, una mezcla de especies pertenecientes en Europa á distintas capas y así tambien los séres que en los terrenos de los Estados Unidos representan al grupo silúrico, se parecen al jurásico de Europa. No tiene, por lo tanto, absolutamente nada de particular que mi Saharasaurus haya existido todavía en épocas mucho más modernas, cuando en Europa los demás sauros que tan profusamente se encuentran en Alemania é Inglaterra, habían dejado ya de figurar entre la fauna viviente, para que viniesen á reemplazarles las primeras imperfectas serpientes. En cuanto á la circunstancia de que Lord Cleaventod no había oido nunca hablar del Saharasaurus, esto no tiene tampoco nada de extraño, en vista de que no mucho tiempo há fueron encontrados en la Colonia del Cabo, unos animales fósiles muy singulares, los Dicynodontes, que participan á la vez de los caractéres del lagarto, del cocodrilo y del quelonio y de los cuales nunca he oido decir que haya sido descubierto un solo ejemplar en Europa. Tambien en el légamo diluvial pampero del Rio de la Plata que ocupa una enorme superficie, acaban de hacerse diferentes é interesantes descubrimientos de fósiles, no solamente de un esqueleto humano en cuya region dorsal existen trece vértebras y de varios Megaterios completos, sino que se ha demostrado con ejemplares á la vista, que los tubos caudales atribuidos por el gran paleontologista paisano de Ustedes, Owen, como formando parte del Glyptodon, no son de este animal que ostenta muy distinto apéndice y sí del Hoplophorus, así como se ha descubierto igualmente una especie nueva de Scelidotherium parecida al Mylodon por la analogía que ofrecen los arcos cigomáticos y además especies inéditas del Entalus y del Typotherium, placas del escudo del Doedicurus, que ofrecen la particularidad de que están llenas de agujeros y varios huesos más, que parecen pertenecer á carnívoros todavía sin clasificar.

—¿Y Usted conocía la existencia del Saharasauro hace ya tiempo? Podría contarme dónde ha adquirido una noticia tan importante?—preguntó Lord Cleaventod.

—Señores; quisiera merecerles el favor que no insistiesen sobre este punto,—contestó el profesor algo contrariado.

—¡Hola! Esas tenemos!—exclamó riéndose el artillero.

—Les doy mi palabra de honor,—replicó Herr Ehrlich,—y

conste que no vengo de la Normandía, donde los oriundos empeñan diez veces su palabra por una manzana y cuidado que el país no produce más que manzanas,—que todo lo afirmado por mí sobre el Saharasaurus es muy cierto; no he inventado nada, no les he contado ningun cuento, pero desearía reservarme para otra ocasion el contestar á la pregunta.

—Como Usted quiera,—observó el ingeniero.—Sin embargo, me parece que si fuéramos á los museos, allí podríamos satisfacer nuestra curiosidad.

—No quedaría satisfecha.

—¿Que nó?

—Nó. He perdido tres dias en buscarlo en todos los centros y á mi inmensa satisfaccion, no hay ningun rastro, ni entre los fósiles, petrificaciones, manuscriptos, dibujos, libros, ni en parte alguna.

—De modo que,—preguntó el doctor:—¿su venida á Lóndres, su visita á los museos es tal vez debida á ciertas investigaciones, que Usted ha querido practicar sobre el objeto mismo de que estamos tratando? Ahora que me acuerdo, Usted exclamó al ver la lámina de esquisto ¡Dios mio, tanto buscarla y encontrarla aquí! Ya vé Usted que todavía entiendo el aleman.

El profesor nada replicó. Se conocía que se libraba en su interior un combate entre su prudencia por un lado, que le aconsejaba no contentar la curiosidad de sus amigos, el disgusto tal vez de ya haber dicho demasiado, de haber levantado algo del velo que cubría un secreto y por otro lado el deseo y el orgullo de brillar con su descubrimiento y de no pasar por embustero á los ojos de la sociedad dando la callada por respuesta, despues de ser interrogado con sobrada razon. Seguramente su prudencia habitual le hubiera dominado en circunstancias normales, pero las emociones experimentadas á consecuencia de su caida y del descubrimiento, la fuerte comida copiosamente rociada, la ausencia de señoras, que había dado lugar á mayores libaciones, todo ello influyó en Herr Ehrlich, lo mismo que en todos los demás, á que estuviesen las cabezas un tanto alegres y despreocupadas. Así fué que á un toast que propuso Mr. Plemperton:

—Al fantástico competidor del pájaro Roc, al misterioso Saharasaurus y su bromista inventor.

—Protesto,—exclamó el profesor,—de este toast que ofende

mi descubrimiento. No me he burlado de Ustedes; por lo tanto, no hay tampoco motivo para burlarse de mí. No, no, señores, no me pico, no es eso; pero Ustedes dudan de mi aserto. ¿No es así?

—Hombre, no insisto,—contestó Mr. Plemperton.

—Como Usted lo estaba explicando tan bien, y de repente nos deja con la pena de Tántalo..... observó el doctor.

—Ninguno de nosotros duda;—dijo el ingeniero—deseos de saber, sí tenemos bastantes.

—Hablemos ya de otra cosa—opinó el oficial.—Saben Ustedes que mañana dará su último concierto en el Royal Albert Hall, la famosa diva.....

—Nadie—interrumpió el sábio aleman—nadie ha dudado jamás del profesor Probus Ehrlich, y ya que hasta el mismo Santo Tomás no quiso creer hasta haber visto, Ustedes tambien van á ver. Sepan, pues, que si me he encargado de una mision muy molesta en el África, ha sido porque ella me facilitaba un proyecto hace un año concebido, de emprender una expedicion al Sur del Gran Desierto, en busca del animal que la casualidad no solamente ha puesto hoy en mi camino, sino lo que es más todavía, que me ha demostrado que no iba yo equivocado en buscarlo en su verdadero sitio, sobre el cual pensaba haber podido encontrar algun dato en esta capital, despues de haberlo buscado inútilmente en los museos de Alemania, y en prueba de que no es una fantasía de mi imaginacion, que no es creacion de mi celebro, que no es cuento de las Mil y una noches, el Saharasaurus que yo me he propuesto descubrir y presentar á la admiracion del mundo científico como el Saharasaurus Ehrlichii, magnífica adquisicion paleozoológica, con que voy á enriquecer el museo imperial de Berlin,—aquí tienen Ustedes un dibujo que lo representa y aquí una carta de persona tan respetable como el intrépido viajero Steudner, que lo acredita. Y con esto, ya *non cadit questio.*

El profesor sacó de su cartera un pliego ya amarillento, lo abrió y puso dos papeles en la mesa, el uno un croquis al lápiz de un horrible sauro, el otro una carta en aleman, del famoso explorador del África Steudner, el compañero de las señoras de Tinne, fechada en Yamgaga, país de los Niam-Niam 3 de Enero 1863, dirigida al secretario de la Sociedad Africanista en Hamburgo.

Herr Ehrlich miró á todos con aire de triunfo. Efectivamente estaba rehabilitado por completo en la opinion de sus amigos; co-

mo lo había dicho, no quedaba lugar á duda, el dibujo constituía una prueba auténtica; existía, y en él se podía observar que realmente el sauro tenía cuatro patas iguales al fósil, todos los dedos corneados y cubiertos con escudos. El profesor había dicho la verdad y á ninguno de los cuatro que curiosamente contemplaban la lámina y el dibujo les quedaba ya la menor duda.

—Escuchen Ustedes ahora el contenido de la carta que les voy á traducir al inglés, por si el doctor no se atreve á confesarme que ha olvidado la letra alemana que en otros tiempos le he explicado.

Como Mr. Leading se sonrió, el profesor empezó á leer como sigue: «Mi apreciable amigo: Me refiero á mis últimas líneas, escritas hace quince dias desde Ngomtuwa y que había confiado á los embajadores del rey Khumitubo, del país de Nsakkara, los que me prometieron cuidar de mi carta como de su mgannga, que quiere decir mágico ó hechicero, invocando el nombre de Warrassu, un diablo en forma de cocodrilo, á quien teme mucho la tribu, porque tiene la costumbre de arrancar de noche las uñas á los que le falten de dia. Me satisfizo más un juramento por su diablo, que si hubiesen invocado la luna, divinidad muy bonaza, según dicen, y de la que por lo tanto no hacen gran caso. El jefe de los embajadores, que se llama Kurwana, nombre que significa guerra, mozo de atléticas formas, de color de chocolate, me dijo que había conocido Livingstone, al Norte del lago Njassa, quien le había regalado un lápiz y unas hojas de papel, que conservaba todavía intactas para no gastarlas. Esto me lo refirió al verme retratarle, y me pareció de buena política ofrecerle, como recuerdo de nuestra entrevista, un espejo de mano y una sombrilla, que le llenaron de alegría. Pero figuraos mi sorpresa cuando le ví abrir mi carpeta, coger una cuartilla de papel, tomar mi lápiz en la mano y trazar, con bastante correccion, un dibujo que representa un sauro fósil, y que llamó Warrassu. Os lo mando adjunto para que tengais un dibujo como pocos lo poseerán. Le pregunté si existían animales vivos de esta especie; me contestó que no los había visto y que solamente sabía, por los sacerdotes ó hechiceros, que muy al Norte de su país, lejos, muy lejos, había antes un lago muy grande, donde la luna se deleitaba en mirarse y cada noche entraba para bañarse; que el diablo Warrassu primero había echado á perder las aguas, que se habían vuelto saladas, y que en vista de que

la luna continuaba, sin embargo, en tomar sus baños, había soplado sobre las aguas, las que se habían ido juntándose con otro lago ó mar, que en el sitio había quedado ceniza candente; y desde entonces la luna había venido á su país y Warrassu detrás; que aquí el diablo no tenía poder sobre ella, pero sí molestaba á los habitantes y se les aparecía de noche bajo la forma que él había dibujado, por cuyo motivo los sacerdotes le habían construido una buena casa delante de la del rey y habían erigido dentro un gran pedestal con su figura encima, ofreciéndole frutas y aves. Como comprendereis me ha dado que pensar esta ingénua tradicion, que bien puede ser se refiera al antiguo mar del Sahara y á uno de sus habitantes para nosotros desconocidos. Mi salud no ofrece novedad y felizmente desde que me fué tan diestramente extraido el gusano filaria, no he vuelto á tener esos fuertes dolores de cabeza y los tumores se han curado. La gente como siempre floja; mañana pienso seguir adelante, si las lluvias lo permiten porque estamos en la época de ellas. Me despido de vos hasta mi próxima, como vuestro sincero amigo Steudner.»

Muy bien en verdad, dijo el doctor. Pero ¿cómo ha llegado á su poder una carta y un dibujo tan curioso que no le vienen dirigidos?

—Por una casualidad. Hace cosa de un año estaba en Leipsic, donde me había llamado un asunto de familia y una tarde pasando por delante de la Auctionshalle, entré por curiosidad para ver qué clase de objetos se estaban vendiendo en el martillo. Se subastaban muebles y libros de un jurisconsulto que había fallecido hace tiempo, y no sé bien por qué ofrecí unos cuantos marcos por un grueso paquete con disertaciones latinas, que como nadie pujara, me fueron cedidos. En casa empecé á hojearlas distraidamente, cuando me encontré dentro de un discurso sobre metafísica, esta carta y no necesito decirles si me quedé contento de mi compra, porque de seguida comprendí que el escrito debía haberse extraviado en medio de los folletos hace veinte y tantos años, su contenido desde entonces relegado al olvido y que por lo tanto era más que probable que como yo, que creo estar al corriente de lo que se sabe sobre la historia natural fósil, no tenía noticia de la novedad que encerraba la carta, nadie se había enterado, ó despues de tanto tiempo lo había olvidado por completo. Había por consiguiente algo que descubrir, existía, pues, algo de nuevo para las ciencias

zoológica y geológica; una ocasion se me presentaba para recoger prez y honra para mí al dotar con un desconocido sér prehistórico los tesoros de mi país. Averigué que los libros del difunto habían estado durante muchos años encerrados en una bohardilla, de donde los herederos los habían sacado para llevarlos al martillo. Esto ya constituía una prueba que nadie los había registrado. Fuí á Hamburgo y como entonces vivía todavía el secretario de la Sociedad á quien había sido dirigida en el 63 la carta de Steudner, una de las últimas que este mártir de la ciencia ha escrito, le interrogué hábilmente y pude convencerme que no tenía ninguna noticia sobre el particular, porque hasta llegamos á consultar el registro de entrada de las comunicaciones recibidas en el referido año y en el siguiente para quedarme completamente seguro sobre punto tan importante. La carta de Steudner por consiguiente no llegó á manos del secretario por una causa desconocida, yendo á parar entre un paquete de folletos en Leipzic, quién sabe de qué manera y la persona que la haya abierto, la dejó olvidada, traspapelada, por falta de interés para quien la recibiera. El secreto, pues, era mio solo en absoluto; los restos de Steudner descansaban en el tenebroso continente y no podían reclamar, las dos señoras holandesas tambien han muerto allí. Desde entonces no he dejado de pensar en los medios para ejecutar mi proyecto de ir al país de los Niam-Niam y no descansaré hasta dar con un ejemplar del gran sauro del Sahara, porque creo que nadie de Ustedes podrá dudar un momento que el lago ó mar que se ha ido, dejando en pós ceniza candente segun la tradicion de aquella gente, se refiere efectivamente á las cálidas arenas del Sahara, así como que aquel diablo representado por un mónstruo fósil, ha de haber sido encontrado en aquellas regiones, máxime cuando concuerda con el aproximado sitio que nos ha señalado Lord Cleaventod. Y ahora que lo saben Ustedes todo, amigos mios, ¿quién quiere acompañarme? Yo ofrezco el viaje libre á Zanzibar ó hasta Bagamoyo, porque mis mandatarios me dan la facultad para ello y allí le convido á aceptar la recíproca del honor, que recibo hoy de ser su convidado.

Todos se miraron y miraron al sábio alemán; su inesperada proposicion se había hecho á quema ropa y no dejó de sorprenderles, de modo que por de pronto nadie contestó.

—Acepto,—exclamó despues de un momento Mr. Plemperton.

Soy uno de los sócios más activos del Travellor's Club y para mí no reza el artículo primero, que dice que solamente queda admitido como sócio, el que prueba haber hecho un viaje por lo menos de 500 millas, que no son más que 805 kilómetros. Vuelvo del Mediterráneo y salgo para el mar Indico, no tengo nada que me lo impida; de todos modos ya le tengo ofrecido una comida el año que viene en Egipto; así comeremos juntos dos veces en lugar de una y si el vapor de Usted tiene sitio, me llevo á mi primo tambien.

—Richard ¿qué dice Usted? ¿Y mis negocios? Ni soy bastante rico para dejar de trabajar como ingeniero, ni podría yo costear mi parte en un viaje tan costoso.

—Lo último es cuestion mía, primo; hace tiempo que deseo, bien lo sabe Usted, me acompañe una vez. En cuanto á sus quehaceres, ¿cree Usted, Alexander, que en el Africa no habría nada en que ganar dinero? Al contrario; en aquellos paises vírgenes, se necesitan más líneas de ferro-carriles y más fábricas que aquí; no hay más diferencia que en el pago, que en Lóndres se hace en banknotes, mientras que allá, si Usted se encarga de una obra para Tippu Tib, cobrará Usted en colmillos de elefante y plumas de avestruz, y si Usted prefiere dedicarse á construir molinos y granjas, ó una fábrica de instrumentos de agricultura para el rey de Uganda, éste le dará, segun ha dicho Stanley, en cambio de tres azadas y una docena de cabras que le traiga, una mujer y el resto en cauris, moneda de conchas blancas de que 2.500 equivalen á cuatro chelines de nuestra moneda. ¡Hombre! es una ocasion para establecer ventajosamente y obtener la mano de una morenita; con una poca de buena voluntad se hace Usted rey de aquel país y en un dia no lejano entabla relaciones diplomáticas con nuestra Graciosa Reina y la pide Usted de potencia á potencia un gallardo capitan de artillería para organizar el ejército, que le será mandado en la persona del futuro generalísimo Lord Cleaventod.

—Gracias Richard, no aspiro á tanto; no me tienta la felicidad de aquel viajero suizo, que se casó pocos años há con la hija del rey de Unyawesi, una jóven que se dijo por entonces pesaba por encima de 140 kilos; tenía la nariz tan aplastada que desaparecía entre sus megillas, con lábios más gruesos que dos pulgadas y orejas enormes, alargadas por el excesivo peso de dos pelotas de cobre. Parece que cuando la vió por primera vez, su cuerpo color de chocolate, no llevaba ninguna prenda de vestir, por considerarlo

asaz inútil; estaba como la costilla de Adam que se hizo Varona y además untada con manteca de cabra lavada con orina que se fabrica en el país y cuyo uso por lo visto apesar de su fétido olor es muy general entre los habitantes. No, le acompañaré con gusto para ver cosas nuevas, pero si he de casarme un dia, lo haré en Inglaterra.

—Corriente, replicó Mr. Plemperton. Falta saber si el profesor nos admite á bordo á los dos y si tenemos unos dias para prepararnos para el viaje, caso de poder ir.

—No solamente quedan Ustedes dos desde luego admitidos, sino que para todos los que estamos aquí hay camarotes suficientes en el vapor. Usted, doctor ¿se quiere venir? El médico de la expedicion ha sido tan tonto de despedirse para un viaje de donde no se vuelve; dígame Usted que sí y pongo un parte á la Sociedad, diciendo que si no se ha nombrado otro todavía, yo propongo á Usted y quedará admitido, en las mismas condiciones del muerto, aunque no es Usted Aleman. ¿Qué me contesta?

—Amigo mio ¿y mi hospital, mis asilados? Vivo de mi destino, que no puedo abandonar por otro que solamente me ocupará un año ó año y medio. Tantas gracias, pues, por la honra que me ofrece Usted, pero que no puedo aceptar.

—Pues yo insisto, Leading; yo necesito de Usted para el viage; el doctor Ungeduld que ha fallecido tan de golpe, había sido escogido por mí, porque ya me acompañó hace cuatro años por las pampas de la Argentina y por Chile. No me acuerdo por ahora de ningun médico en Berlin en quien pueda tener confianza, caso que se me ocurra algo en el camino; en Usted sí la tengo Leading, Usted me ha cuidado bien en el Cabo, Usted ha nacido en África, allí ha estudiado, practicado, ejercitado y vale, por lo tanto, más que otro, que nunca ha estado bajo el sol de los trópicos. Eso de que no puede Usted separarse por la duracion de nuestro viaje, del Christ's Hospital, es pura escusa. ¿No hay allí, acaso, algun facultativo suplente para los casos de enfermedad ó ausencia del que lo es en propiedad? Que sí, eh? Pues entonces se puede obtener licencia por asuntos de familia ó de salud, y si bien se queda Usted durante este tiempo, con solo una tercera parte de su sueldo, no tenga Usted por eso cuidado, la Sociedad abona á su médico expedicionario mil marcos imperiales al mes, viaje, ida y vuelta, manutencion á bordo y durante el tiempo de servicio todo pagado. Me pa-

rece, pues, que no pierde Usted nada en el cambio; además, ya se lo he dicho, yo necesito de Usted y por lo tanto voy á telegrafiar.

—Pero Ehrlich, de veras, su proposicion es tan brusca. ¿Cómo vá á ser posible pedir permiso á la superioridad y esperar su resolucion en tan pocos dias, porque supongo que Usted se marchará mañana ó pasado para embarcarse para su destino? Tengo algun que otro asunto pendiente en Lóndres, mi equipo no está hecho tan pronto, como que hace tantos años no he viajado; luego estoy escribiendo una obra sobre la fitología patológica de Inglaterra y además no olvida Usted que tengo una hija.

—¿No me ha dicho que su hija vive con su cuñada y que tiene una privilegiada salud? Pues entonces está la muchacha bien cuidada y la trae Usted un bonito regalo á la vuelta, aunque no sea más que un par de colmillos de elefante para su alcancía. ¿Que no tiene tiempo para sus preparativos? Le concedo quince dias y con tal de estar en Hamburgo el 30 de este mes, está bien; así tiene Usted tiempo para todo, hasta para concluir su botánica y si no lo alcanza, no pierde tampoco nada bajo este concepto, puesto que de aquí á quince ó diez y ocho meses que estaremos fuera, se habrá descubierto algun liquen nuevo en una de las islas Orcadas ó Shetland, que Usted podrá incluir en su obra cuando vuelva y con eso la publicacion ha de ganar. ¿Telegrafío?

—Hombre, hombre, Usted sabe allanar las dificultades con una facilidad tal, que casi, casi me decidiría. Le confieso con franqueza que no tendría inconveniente en volver á ver el cielo de mi país; con ganas visitaría otra vez al África donde he pasado treinta y nueve años de mi vida y le daría á Usted el sí, si no fuera por Julia. Déjeme un plazo de veinte y cuatro horas para contestarle definitivamente.

—Como Usted quiera. Hubiera preferido desde luego una aceptacion terminante y ahora tengo que poner un parte al Presidente, para prevenirle que si no se ha nombrado todavía el médico, yo me reservo la facultad de indicar uno á mi gusto. Mi querido Lord, ahora entre nosotros. Me parece haber observado mientras el médico estaba acumulando dificultades, que los demás señores le animaban á Usted para ser de los nuestros, pero no he llegado á oir su contestacion. ¿Nos iremos todos los que estamos aquí reunidos?

Me dirá Usted,—contestó el jóven capitan de artillería,—que

yo tambien pongo dificultades, si le hago presente que estoy actualmente en Inglaterra con licencia, pero que pertenezco al 15 montado que está en Ismailia, en que tengo que volver á ingresar para mediados de Octubre, época en que expira mi licencia. Ahora bien; en prueba de que sería inútil decirme que soy oposicionista, le diré por mi parte que cuando la comision hidrográfica escocesa me declaró no poder prolongar su estancia por más tiempo entre los Latanto deseo de explorar la caverna de Rad Abah y quedé bien degos, dejé con verdadero sentimiento aquellos sitios, donde tenía cidido á reanudar mis pesquisas para encontrar el animal cuyo pié poseo, tan pronto se presentara una ocasion propicia. Esta me la ofrece Usted y quiere la casualidad que tambien Usted está buscando lo que yo busco con afan, con sola la diferencia que yo ya conozco el sitio donde encontrarlo. Aquí, pues, hay dos intereses unidos. Sin una expedicion tal como Usted está organizando, yo no puedo lograr mi objeto y sin que yo le acompañe, Usted no podrá nunca dar con el sitio donde con toda probabilidad hemos de encontrar el fósil completo, que no es de suponer se encuentre tambien en otros puntos. Por lo tanto yo me vengo con Ustedes, siempre que me sea posible arreglar la cuestion de servicio. ¿Puedo hacer más, Brown?

Si á no haberse inclinado hácia el ingeniero para dirigirle la pregunta que acabó de hacer Lord Cleaventod, se hubiera quedado mirando al sábio aleman y si los demás amigos no hubieran estado distraidos hablándose de la expedicion, habrían visto palidecer la de por sí descolorida cara de Herr Ehrlich y comprimir sus lábios, mientras que arrugaba las cejas. El profesor acababa de oir del capitan unas palabras que le habían sobrecogido. El oficial buscaba lo mismo que él buscaba. Esto era para él una terrible revelacion; vió su descubrimiento comprometido, desde el momento que otro iba con la misma idea, porque si bien Lord Cleaventod no era más que un aficionado, ¿quién le garantizaba que no se le pudiera ocurrir de presentar un Saharasaurus, caso de encontrarlo, al Museo Británico? Entonces, ¡adios las glorias soñadas por el profesor para él solo!

Comprendió que ya no podía retractarse y que solamente la astucia podría salvarle de este mal paso. Pero resolvió salirse con lo suyo, cueste lo que le costara y obrar segun las circunstancias lo exigirían para alcanzar lo que se había propuesto, aunque tu-

viese para ello que deshacerse de cuanto y de quien le estorbara. Se levantó y despues de anunciar al despedirse, que al dia siguiente tendría el gusto de visitar á sus amables convidadores, se fué con el doctor á la fonda, no olvidando en el camino entrar en la oficina de Charing Cross para telegrafiar á Berlin. Cuando se separaron, el médico le dijo, que tomaría al dia siguiente por la mañana el primer tren para Bedford, con objeto de ver á su hija y hablar con sus cuñados, citándose desde luego para la noche en casa de Mr. Plemperton.

Capítulo V.

Preparativos para la expedicion.—Salida de Londres.—Heligoland.—El vapor *Afrika für uns*.—Seguros contra lesiones.—Una carta en Suakin.—Avería de consideracion en el Mar Rojo.—Hay que arribar á Aden.—Desgracia con los cañones Krupp.—Fondeo en Bagamoyo.—Diferentes caminos desde el litoral al centro de Africa.—Ventajosa adquisicion.

Todo había ido conforme á los deseos de Herr Ehrlich. El doctor había consentido agregarse á la expedicion. Había llegado un telegrama del Presidente de la Sociedad alemana, facultando al profesor para escoger el médico que quisiese y advirtiendo que el vapor saldría del 24 al 25. Lord Cleaventod había concertado con su pariente en el ministerio de la Guerra, los medios para poder ausentarse sin perjuicio para su carrera y en el Parlamento, como no aspiraba todavía, á las luchas de la política, había dado poderes á un miembro conservador como él, para representarle en los votos y demás incidentes. No había por lo tanto que cuidar de otra cosa más, que de equiparse para la expedicion, embalijar ropa de viaje ligera, propia para aquel clima en los puris y partes bajas, mantas é impermeables para las estaciones de las lluvias, las comarcas montañosas y mesetas, calzado especial, armas de fuego y blancas, con municiones bastantes, dos tiendas de campaña grandes, dos velocípedos para cualquier reconocimiento, todo ello aparte de lo que comprara Herr Ehrlich para la expedicion, y una razonable cantidad de latas de artículos alimenticios, para cuando la cacería y la pesca ó las compras en los pueblos ó aldeas por donde se pasara, no abas-

teciesen á los caminantes. Como servidumbre, se convino llevarse á Mocky que siempre acompañaba á Mr. Plemperton en sus viajes, y su primo llevaría al suyo, Belt. Lord Cleaventod, acordándose que el sargento James Queen, que le había acompañado el año pasado y había recibido la licencia absoluta despues de terminar la expedicion á lo largo del Nilo, había venido con él á Europa y vuelto al Yorkshire, á casa de sus padres arrendatarios de labor de la familia Goldley y sabiendo que este hombre era tan valiente como inteligente, le escribió para proponerle que se viniese con él en calidad de criado de confianza. El doctor, de costumbres más modestas, acostumbrado á contentarse en su vida particular de los servicios de un viejo matrimonio, sirvientes del Hospital que se lo hacían todo, no quiso llevarse á nadie, satisfaciéndole que el profesor le dijera que podía disponer de Franz, el cual bien podría servir á los dos. Se ocupó, pues, mayormente de reunir un abundante surtido de medicinas y de proveer su cartera de instrumentos quirúrgicos.

Habiendo el profesor oido celebrar en la mesa redonda de su fonda por unos compatriotas, las bellezas de la fuente geológica situada en la parte sureste del Crystal Palace de Sydenham y de la bien parecida imitacion de varios animales antediluvianos, estuvo por entrar en la estacion de London Bridge y gastarse un florin en un billete de ida y vuelta incluso la entrada, con el único fin de ver dicha fuente, pero resolvió no gastar una pieza de dos chelines para encontrarse solamente delante de unas reproducciones, que se temía resultasen medio fantásticas, medio idealistas, de un megalosauro, un ichthyosauro, un pterodáctilo, un paleotherium, un megatherium y del Irish Elk, el ante de la isla de Man. Las demás innumerables maravillas, tan profusamente reunidas en este admirable recinto de arte y belleza, no le interesaban.

No teniendo, pues, nada más que hacer en Lóndres y no queriendo tampoco comprar nada en Inglaterra por patriotismo, aunque le hubiera faltado algo, se despidió el 10, tomando el vapor directo para Hamburgo, seguido de Franz, para preparar la instalacion á bordo de todo, quedando los cuatro amigos en encontrarse acompañados de sus criados y su equipaje el 23 en dicho punto.

Los dias que restaban todavía antes de embarcarse fueron bien aprovechados para acabar de abastecerse de todo lo que juzgaban iba á serles útil, encerrándolo en baules y cajas, no de madera, sino

de hoja de laton forrados con tela impermeable, y procurando, que cuando llenas estas, tanto de ropa como con víveres, armas y municiones, batería de cocina, é instrumentos físicos y químicos, no excediesen del peso de 35 kilos, que generalmente están acostumbrados los negros y los otros indígenas del Africa ecuatorial á llevar en la cabeza, además de las armas y municiones colgadas del cuerpo, contra pago de seis á ocho libras esterlinas por hombre por el viaje desde la costa hasta los Lagos, ida y vuelta, andando diez y ocho millas inglesas ó sean veinte y nueve kilómetros al dia y recibiendo como manutencion medio kilo de arroz diario ó su equivalente en harina, etc.

El doctor, que había tomado especialmente á su cargo el cuidar de las medicinas y accesorias, tenía preparado un voluminoso botiquin, que contenía principalmente hilas, vendas, compresas, férulas, apósitos para fracturas, agujas y alfileres, bálsamos, ungüentos y emplastos, amoniaco alcalí, tintura de árnica, percloruro de hierro líquido para contener la hemorragia de las heridas, quinina, quina, ácido arsenical y otras muchas más para combatir principalmente fiebres y calenturas, no olvidando una disolución por él preparada, que neutraliza la ponzoña introducida en el organismo animal por la mordedura de animales rabiosos, compuesta de agua régia, salmuera, ácido sulfúrico, permanganato de potasio y aceite de eucalyptus.

Además, había comprado en casa de los ópticos Negretti & Zambra, barómetros aneróide, termómetros Fahrenheit, brújulas, telescópios binoculares, un psicrómetro ó sea el más recomendable de los higrómetros por su exactitud y fácil manejo en determinar la cantidad de agua que hay en el aire, un microscópio sistema Nachet, pilas, bobinas y accesorias para producir electricidad, una cámara oscura para fotografiar de 8 × 10, con un excelente objetivo rectilíneo instantáneo de Ross & Co., cantidad de cajas con placas y todos los ingredientes necesarios para revelarlos. Tambien metió entre sus efectos un pirheliómetro, instrumento para medir el calor de los rayos solares que llegan á la tierra y que sirve para los estudios de actinometría y un ombrómetro para hacer observaciones sobre las cantidades de lluvia, con cuyos dos instrumentos Mr. Leading pensaba hacer curiosos apuntes durante su permanencia debajo del ecuador.

Los gastos de todos los artículos habían sido suplidos por los

tres más ricos amigos, que habían reunido por su lado los siguientes objetos, además de los ya enumerados: cajas de conservas con latas de carne de vaca asada, carne cocida de cerdo, pastas para sopa, féculas, extracto de Liebig, café, thé Souchong, vinagre, aceite, leche condensada, queso Chester, cognac, espíritu, azúcar en polvo, bujías, pastillas jabon Pear, cacao, etc., todos artículos de primera necesidad para el uso personal de los siete Ingleses, no comprándose nada de lujo, ni supérfluo. Luego catorce magníficos Westley express rifles, que costaron á razon de £ 45 pieza y veinte revólveres con sus fundas, correas y doble-cartucheras, destinándose para cada uno un rifle, dos revólveres y un sable-bayoneta propio para montar en el rifle, ó para ser empuñado y aunque habían sido elegidas y ensayadas las armas de fuego, por persona tan competente como el capitan de artillería, éste sin embargo, compró de todo un doble, tanto por si se inutilizaba alguna, como por si se perdiera ó robara en la marcha. El ex-sargento, que desde la primera indicacion se había puesto á las órdenes de su landlord, llevaba además una cajita con tornillos, muelles y piezas sueltas en cantidad bastante, para las armas que se descompusiesen. Como artículo indispensable para el tránsito por las tierras de tantos reyes, reyezuelos, jefes y subjefes, se compró tambien una buena provision de fardos de tela, algodon azul, pañuelos de vivos colores y abalorios, todo ello para los casos donde fuera necesario tratar la cuestion de hongos—derecho de tránsito—con algun régulo, ú obtener provisiones por separado de Herr Ehrlich.

El 20 de una mañana muy hermosa se embarcaron todos con sus cajas y fardos á bordo del pequeño vapor *Douglas*. Al poco tiempo de salir de las aguas del Támesis á la altura de los bancos Gabbard, empezó á extenderse una espesa neblina, por la que navegó el buque con reducida velocidad toda la tarde y la noche y gran parte del dia siguiente, hasta que cerca de Heligoland, el horizonte se despejó al levantarse un viento fresco de nordeste y pudieron los amigos saludar esta roca inglesa en aguas alemanas, isleta del perímetro de cuatro kilómetros y de extension superficial de 550 metros solamente, que no tardaría la política inglesa en entregar á Alemania, en pago de las concesiones obtenidas por la Gran Bretaña en los límites de las respectivas zonas entre los Grandes Lagos y la costa Oriental africana no solamente, sino además en las fronteras entre las esferas de influencia en el Africa

Sud-Occidental (Damaraland y Ngamiland), en las de Togoland en el golfo de Guinea y la cesion de Alemania á Inglaterra de su protectorado sobre Vitu y Somafiland. (*)

Poco antes de entrar en la ría del Elba, á la altura de Cuxhafen, cayó un copioso aguacero que duró hasta el muelle de Hamburgo, donde llegaron pasado las once de la noche, despues de recorridas 417 millas náuticas inglesas en 41 horas, demasiado tarde ya para desembarcar, de suerte que todos se quedaron á bordo del vapor hasta el 22 por la mañana, cuando se metieron en la primera fonda que avistaron, el hotel Germania. Con excepcion de Mr. Brown y de Belt, que nunca habiendo navegado habían sufrido del balanceo, todos llegaron muy bien. El doctor Leading mandó avisar á Herr Ehrlich y este contestó desde á bordo del vapor *Afrika für uns*, que no podía venir á la fonda, que ya estaba instalado y no pensaba bajar más á tierra, aconsejando que viniesen á hacer lo mismo los Ingleses. Se dieron por lo tanto las órdenes para el trasbordo de sus cajas y efectos al vapor aleman y despues del almuerzo salieron del hotel y se transportaron al buque que les había de llevar á la costa oriental del Africa. Las averías en las máquinas habían sido de consideracion; una de éstas, de triple expansion con condensador superficial, había hecho explosion por la torpeza de un ayudante fogonero, pero cuando los amigos subieron á bordo, se habían puesto ya piezas nuevas y visto que todo funcionaba debidamente. Se trabajaba mucho en los últimos preparativos, en acabar de llenar los pañoles de carbon y en recibir un resto de carga, porque el vapor además de embarcar los

(*) Se entregó esta antigua isla dinamarquesa el 9 de Agosto 1890 por el gobernador inglés Mr. Barkley en nombre de la Gran Bretaña al ministro de lo Interior de Alemania Herr Geissler en representacion de su país, viniendo al dia siguiente el mismo emperador á tomar posesion de Heligoland, en medio del entusiasmo de los Alemanes que entonaron el himno nacional *Deutschland über Alles* (Alemania encima de todo). Ni Heligoland, ni la inmediata isleta Sandy Island, que fué separada de la primera isla en 1720 por una violenta tempestad y es hoy una pequeña playa concurrida por los bañistas de Hamburgo, tenía importancia alguna para la Gran Bretaña, que las tomó á los Dinamarqueses en 1807, cuando este reino se declaró á favor de Napoleon I y se quedó definitivamente con ellas por el tratado de Kiel en 1814. Pero para Alemania sí la tiene y mucha, como punto estratégico, puesto que en caso de una guerra, la ocupacion de Heligoland por un enemigo, constituiría un constante peligro por su situacion tan inmediata al centro naval de Wilhelmshaven en el golfo de Jade, en frente de la desembocadura del canal del Eider, que es la vía marítima para el puerto militar de Kiel, de ninguno de los cuales puertos las flotas alemanas podrían salir á operar, sin tener que pasar bajo el fuego de las baterías isleñas.

efectos de Herr Ehrlich y de sus compañeros ingleses, estaba admitiendo carga general de varios comerciantes para los establecimientos nuevos de los Alemanes en el sultanato de Zanzibar y además una regular cantidad de barriles de pólvora, cajas de municiones y fardos con balas de cañon, que ocupaban una parte separada de la bodega y finalmente dos piezas de Krupp de 24 cm. Estos pertrechos de guerra, que iban custodiados por un oficial de administracion militar y seis números, habían sido embarcados por el ministerio á bordo de un vapor mercante, por necesitarse con urgencia en Bagamoyo y no convenirle en el momento al gobierno, destinar algun barco del estado para este servicio.

En virtud del recordatorio que hizo Lord Cleaventod al profesor, sobre la necesidad de avisar á Rad Abah, para guiarles por el distrito montuoso, donde se encontraba la consabida caverna, sin cuya ayuda costaría gran trabajo y se perdería mucho tiempo en dar con ella, se convino hablar con el capitan del vapor. El guia había prometido el año pasado al separarse de Sir Henry, dejar en la administracion del correo inglés en Suakin, cuando allí concluyera sus quehaceres, una carta en que indicaría el punto de su destino, la duracion del viaje y el camino para la vuelta y por lo tanto era preciso ir en busca de ella. El capitan Hans Seehund se hizo cargo que al salir del canal del istmo, tenía que dirigirse hácia Suakin, detenerse en rada el tiempo necesario para que Milord pudiera llegar á tierra, reclamar la carta, volverse á bordo y despues proseguir su marcha á su destino. El vapor tenía desde luego que pasar á la vista de Suakin y no pudiendo ser la detencion de más de una á dos horas, no originándose por lo tanto, ni gastos ni pérdida de tiempo, el capitan tuvo la abnegacion de no pedir al oficial más que cuatrocientos marcos.

Por la tarde vino á bordo el representante de una compañía de seguros «contra toda clase de lesiones corporales ocasionadas por accidentes durante viajes en tierra ó por mar, lo mismo en ferro-carril como en coche, tríneo, á caballo, en vapor ó lancha, ya al subirse, ya al bajarse», fundada con un fuerte capital efectivo, segun decía el prospecto. El agente propuso á todos asegurarse, segun la categoría de las personas, en cantidades desde mil marcos hasta cincuenta mil, contra el pago de una modesta prima de medio marco por mil, para la travesía hasta el destino, ó dos marcos y medio para la duracion de un año. Exceptuando al coci-

nero y un grumete, que aceptaron seguros por tres mil y mil marcos respectivamente para la duracion del presente viaje, con el importe de cuyas primas tenía el agente justamente para pagar al botero que le había llevado á bordo, y cuatro copas de ginebra que había tenido que sacrificar para entrar en negocio con sus clientes, nadie quiso suscribirse, por lo sabido que es que luego todo se vuelven dificultades y enredos para los herederos, agarrándose la compañía á cualquier pretexto para excusarse del pago, como por ejemplo, el de exigir la precisa presentacion del asegurado, para cerciorarse de su identidad, cuando éste descansa sobre el resto de un tablon, con una bala de 32 atada á los piés, en el fondo del mar, ó que una avalancha ha enterrado al asegurado bajo cien mil toneladas de nieve y de peñascos alpenses. En Inglaterra la *Railway Passengers' Assurance Company*, ofrece tambien mil libras esterlinas de indemnizacion por tres peniques de prima, sin hacer negocios que valgan, desde que la estadística del último quinquenio publicado, ha demostrado que la proporcion de los accidentes es relativamente insignificante, y en cuanto á los casos mortales, son tan raros, que no se ha registrado más que uno solo sobre cuatro millones y medio de viajeros.

Por fin, el 24 de Mayo, á las doce del dia, el capitan pronunció el *Fertig*, despues de haberle dicho su segundo, que el vapor no esperaba más que la órden de marcha, y este oficial gritó por el tubo acústico: *Vorwärts*, á cuya voz, el maquinista mayor contestó por la boca de su cilindro de metal con un silbido estridente; la pequeña pieza de proa lanzó su lengua de fuego y ronco estampido, como saludo á las tres banderas, hamburguesa, alemana y de la cruz de hierro, que fueron izadas simultáneamente en los palos y como despedida al puerto. La hélice se puso en movimiento, el vapor retembló, pasó por entre los demás buques anclados en el Elba, y al poco rato desapareció á la vista de Hamburgo.

El *Afrika für uns* era un vapor de hélice, de 3.200 toneladas de carga, de fuerza de 450 caballos, construido el año 81 en los astilleros de Kebs & Katze, clasificado en Lloyd 100 A 1, midiendo 272 de eslora, 39 de manga y 22 de puntal, 33 . 54 . 86 diámetro de los cilindros, curso del émbolo 56, haciendo sus doce nudos con facilidad. Llevaba 49 hombres de tripulacion entre todos y cuatro lanchas grandes y una pequeña chalupa de vapor; había hecho ya cuatro veces el viaje á Zanzibar, siempre sin novedad,

y si continuaba su marcha del modo como la empezaba aquel dia, la travesía prometía ser de las mejores. El 30 por la madrugada pasó delante del sombrío peñon de Gibraltar; el 3 de Junio, por la tarde, favorecido por un viento de oeste, se divisó el faro de la Valette y cuatro dias despues llegó á Port Said en demanda del canal de Suez. Atravesó, sin percance, sus 160 km., entrando por el golfo de su nombre con una profundidad de 30 brazas, que una vez pasado el monte Sinaí aumentaba en el Mar Rojo hasta las 644 y se dirigió á Suakin, en cuya rada se detuvo para dar lugar á que Lord Cleaventod bajase en un bote á la ciudad.

Puestos los piés en tierra, se dió á conocer el oficial inglés en la oficina del correo, encontrando allí una carta á su direccion, es decir dirigida á Sir Henry Goldley, de cuyo contenido quiso enterarse antes de volver á bordo, por si fuera preciso contestarla ya que estaba dentro del correo. Rad Abah, como buen *mouslim* (musulman) y buen *moumin* (creyente), empezaba su carta con la misma invocacion de todos los 114 capítulos del Koran (con excepcion del noveno) que dice: *bismillahi'rrahmani'rrahimi*, ó sea en nombre del Dios clemente y misericordioso y luego le participaba que en víspera de emprender su regreso al interior, le avisaba que iba con dos traficantes europeos al Dar-Fertit y al Dar-Banda en busca de sitios no visitados todavía por los mercaderes árabes ú otros, que se dedican á la compra de colmillos de elefante y de rinoceronte, para hacer un acopio grande de marfil, ya que este artículo se paga en la costa oriental con 14 á 16 chelines el kilo, segun el grano y el color y á veces se puede obtener colmillos de proboscídeos de 60 kilos, en pago de unos 20 metros de tela y otros tantos de cinta multicolor, un fusil antiguo y un par de libras de pólvora con un puñado de balas, valor en junto de 24 chelines, con lo cual el kilo resulta á cinco peniques solamente, es decir, que con £ 1.4/— de capital se realiza un beneficio líquido de £ 43. 16/—. Añadía la carta que por lo tanto no le era posible precisar el tiempo que tardaría en el camino, porque así podría ser que diesen desde luego con un rey, que tuviese una regular existencia de marfil y encontrándose como sucede casi siempre en guerra ora con un vecino, ora con otro, acogería favorablemente una proposicion de cambiar su valioso tesoro, contra algunas decenas de fusiles de percusion desechados por los parques hace treinta años y la pólvora necesaria; pero tambien podía ser que tuviesen que ir buscando para arriba y

para abajo, en cuyo caso sería fácil se invirtiesen varios meses, sobre todo si las lluvias hiciesen los caminos impracticables. En cuanto al punto donde despues se dirigirían para embarcar el marfil, decía el guía que dependía de las circunstancias. Concluía la carta, que estaba escrita de cerca de tres meses há diciendo, que si por casualidad Sir Henry pensaba en volver á visitar la caverna donde estuvieron los dos, mientras Rad Abah estaba de viaje, que caso de no dar con el camino, se acordase de ciertos detalles que á continuacion le indicaba para su gobierno.

La carta no tenía réplica. Lord Cleaventod sintiendo mucho la ausencia del guía, pues temía que sin él ofrecería alguna dificultad el dar con la caverna, volvió á bordo y participó el resultado á sus amigos. Lo que les leyó de la carta de Rad Abah sobre las enormes utilidades que se podían realizar con el marfil—se entiende engañando ó abusando de la ignorancia ó malos instintos de crueles indígenas—fué escuchado con mucho interés por Herr Ehrlich, quien se propuso aprovechar cualquier oportunidad que se le presentara, para recoger así mismo esas ganancias. Sentía no haber pensado estando aun en su país, en embarcar unos cuantos cajones con viejos fusiles, que le hubieran producido un beneficio de por encima de cuatro mil por ciento.

El *Afrika für uns* se puso de nuevo en marcha, para acabar cuanto antes el trayecto por el Mar Rojo, siempre tan molesto para los navegantes, á causa del gran calor y de la dificultad de una ámplia respiracion, por estar la atmósfera cargada de polvo y de arena, que el viento lleva desde los desiertos que bordan el Nilo á ambas orillas, cuando entre el archipiélago de Farson y las islas de Dahlak, tocó el vapor en un arrecife de los muchos que existen en este parage, compuestos de corales y otros pólipos. Era el 11, el viento récio de hace dos dias había aumentado aquel día y por la noche era un huracan, el que elevaba las espumosas olas con espantosa violencia. Sin luna que alumbrara el firmamento, en medio de las tinieblas y el ruido de los elementos desencadenados, no se oyó ese ruido particular de los rompientes, hasta que una ola monstruosa del mar furioso, levantó el vapor sobre su encrespado lomo y de repente se sintió un choque. El buque había tocado de popa, cabeceó varias veces y quedó encallado entre los peñascos aparentemente sin que se declarase una vía de agua.

El disgusto producido á bordo al tener conocimiento que el

Afrika für uns había varado á bastante distancia de su destino y aun de la costa, aumentó con la circunstancia de la profunda oscuridad que reinaba y hasta que aparecieran por el horizonte los primeros albores matutinos y que las brumas del mar se disipasen, no era posible tomar medidas para salir de este difícil trance. Felizmente el furor de las olas se había ido calmando poco á poco, disminuyendo los golpes de mar que se estrellaron contra el buque, cuya solidez salió ilesa de esta prueba y á medida que subió el sol, fué bajando paulatinamente la marea y como el vapor por lo visto había varado una hora despues de pleamar, se podía abrigar la esperanza de ponerlo á flote en la primera marea, arrojando al mar parte del cargamento con objeto de aligerar su peso y salir de este modo del escollo. El capitan Seehund bajó á la bodega con el carpintero, para reconocer por sí mismo si la carga llevaba señales de que filtraba agua por alguna avería, vía de agua ó hundimiento en el casco, á la vez que un marinero al bajar la marea y no dejar nada más que la parte inferior de la quilla debajo del agua, inspeccionó atentamente la situacion por fuera. El resultado fué que si bien entraba agua, no era cosa mayor y con las bombas se podría fácilmente sacar y luego tapar el boquete, calafateándolo todo muy bien, siendo en efecto una suerte asombrosa que la avería no fuese de más consideracion. Los palos no habían sufrido, la jarcia y las velas sí, pero con poco trabajo se podían componer y renovar; la máquina estaba en buen estado, pero la hélice se había partido al chocar contra la roca y componerla con los medios de que se podían disponer á bordo, era un imposible. El buque hasta tanto de recibir una nueva hélice, no podía funcionar como vapor y debía de servirse de sus velas para navegar.

Temiendo el capitan que como el barómetro no subía sino despacio, pudiera volver el mal tiempo y empeorar el daño haciéndolo tal vez irreparable, no quiso perder momento en tomar las medidas conducentes para aligerar su barco y mandó en primer lugar fueren arrojados los objetos de más peso, los dos cañones Krupp, sus cureñas, los proyectiles y las cajas con cartuchos de fusil. El teniente encargado de su custodia, sin embargo, protestó contra esta órden del capitan y declaró que habiéndole sido confiada la conduccion del material de guerra, para entregarlo en Bagamoyo al mayor Wissmann, no permitiría que fuera tirado al mar y que en caso necesario, sabría hacerse respetar con la fuerza de su mando.

Esta declaracion tan terminante del oficial obligó al capitan, despues de haber inútilmente tratado de llevar al convencimiento de aquel funcionario, que con su oposicion comprometía mayores intereses, á buscar una fórmula conciliatoria que contentando al teniente, haría posible, sin embargo, aligerar el buque. Esta consistía en construir á toda prisa una balsa de bastante superficie, capaz para llevar gran peso, sin que por ello se fuera á pique y una vez construida y cargada con los cañones y demás, llevarla á remolque. Adoptada esta idea, por más que el capitan Seehund no se ocultaba in petto, que milagro sería si de este modo llegarían á Zanzibar, se puso pronto manos á la obra para construir rápidamente la balsa, para cuya formacion un bosque de gomeros, sicomoros, mangleros, tamarindos, baobabs y palmeras, en una pequeña isla distante como medio kilómetro, ofrecía toda la madera necesaria. El segundo con el carpintero y diez marineros se embarcaron en la chalupa, en direccion á la isla á la que dieron la vuelta para reconocerla y averiguar si estaba habitada y no observando rastro alguno sospechoso, saltaron en tierra, dando principio al poco tiempo á cortar árboles y quitarles sus ramas. Al anochecer, cuarenta vigorosos sicomoros yacían por tierra y como al dia siguiente para activar, el capitan mandó que llevara la chalupa el mismo número de gente y volviera por diez marineros más, á los que se unieron Messrs Brown y Plemperton, así como Lord Cleaventod, para distraerse con la cacería, el segundo dia cayeron cien árboles, necesitándose todo el tercer dia para reunir noventa más.

Ya con esta cantidad se calculaba poder construir una armazon sólida, en la que descansaría la plataforma de la balsa de doble grueso, que ocuparía unos sesenta metros de largo por veinte de ancho, y cruzadas y bien clavadas las vigas, bien sujetos los objetos que recibiera encima, ofrecería la solidez y capacidad necesarias. Se vaciaron todas las pipas y bocoyes disponibles y esta vasija bien tapada y amarrada á las vigas aseguraría la flotacion. El 16 de Junio quedó la balsa concluida y fué botada al mar, donde quedó flotando con la mitad de las pipas debajo del piso inferior, fuera de agua y sujeta con un cable al buque.

La corta de la madera había ocupado tiempo, pero más trabajo costó sacar los cañones de la bodega é izarlos encima de la balsa, aunque tambien se efectuó á satisfaccion y cuando todo el material de guerra estaba colocado, la primera línea de árboles más

la mitad de la segunda, quedaron sumergidas con el peso que las oprimía, pero flotaba perfectamente con ello. No había ahora más que esperar la mayor altura de la marea, todas las velas estaban puestas, el mar ligeramente hinchado, el viento empezaba á refrescar á medida que entraba la noche y cuando llegó el momento, el *Afrika für uns* se estremeció, se levantó suavemente y como si en el astillero se le botara al agua, se deslizó con toda tranquilidad y acabó por flotar en el mar libre.

Una semana se había perdido con este accidente y Herr Ehrlich estaba muy enfadado por este retraso, que le hacía perder un tiempo precioso, además que con la falta de vapor, duraría el viaje más que el doble. El capitan Seehund, á pesar de la impaciencia de su compatriota, juzgó prudente no forzar velas hasta haber doblado el cabo de Guardafui, ó al menos pasado el estrecho de Bab-el-Mandeb, porque para el prudente marino, no era tanta la cuestion de navegar con toda rapidez, como la de llegar al destino sin nuevos accidentes. La balsa bien amarrada al buque, seguía su marcha y éste, que con el peso de los cañones había navegado algo sobrecargado, andaba ahora mejor, además el teniente no reclamaba que se volviese á embarcarlos. Se habló sobre si sería conveniente, estando muy cerca la costa de Massua ocupada por los Italianos, dirigirse allí para gobernar la hélice y poder volver á hacer uso del vapor, ó seguir con el mismo fin hasta Aden, posesion inglesa. El elemento aleman á bordo, á pesar de la triple alianza de tres gobiernos tan heterogéneos, era refractario á la primera idea, en la suposicion que los operarios italianos, no fuesen capaces de hacer el trabajo, y como los Ingleses aconsejaban en favor de sus nacionales, se determinó continuar hasta Aden.

La travesía hasta esta península se efectuó en once dias á causa del viento contrario que soplaba constantemente del sudoeste y tanto los pasageros como la tripulacion, tuvo que sufrir bastante de él por venir tan caldeado. Por fin se echó el ancla en el puerto, que tiene en pleamar cerca de cuatro millas de largo de norte á sur, sobre la mitad de ancho, pero que los bancos de arena en las mareas vivas angostan cerca del tercio de las indicadas dimensiones. Al fondear preguntó sonriéndose Mr. Plemperton á Herr Ehrlich, si en lugar de llevarle al Africa, había mudado de parecer y le hacía poner el pié en Asia, á lo cual contestó el profesor algo, como de que bien se conocía que los Alemanes no son dueños del

Mar Rojo, que si así fuese, ya se habría cuidado la administracion hidrográfica alemana, de hacer saltar todos los arrecifes que ofrecen peligros en este mar para los intereses nacionales, que para eso sirven las sustancias explosivas, la pólvora de mina con base de nitrato sódico ó de clorato potasio, el algodon-pólvora, la nitramita, el ácido pícrico, el picrato potasio, la nitroglicerina, la melinita, la cresilita, la piroxilina, la roburita, la rexita, la ecrasita, la belita, la binitro-benzina, la trinitro-naftalina, la mononitronaftalina, el fulminato de mercurio, la helofita, el silotvor ruso, la romita sueca y hasta el protóxido de nitrógeno liquidado y que para reintegrarse de los gastos, no había más que ocupar al Ras Menheli en frente de la isla inglesa Perim en el mismo estrecho y establecer allí una aduana flotante para el cobro de derechos de limpieza.

Efectivamente los mecánicos en Aden se comprometieron á componer la hélice y de poner el *Afrika für uns* en condiciones de marcha, en lo que se invertirían, aun trabajando á deshoras, diez ó doce dias. Los pasajeros dedicaron este tiempo á visitar la ciudad vieja y la nueva, situada más al interior de la bahía al oeste, sus fortines que tienen comunicacion entre sí por puentes de hierro colgantes, todo en medio de un país muy árido y triste, puesto que hasta donde alcanzaba la vista, no se veía ni un árbol frutal, ni un arroyo, de modo que los 60.000 habitantes entre Europeos y Árabes tienen que beber agua de lluvia recogida en las cisternas talladas en la roca y cuando ésta se agota, no hay más remedio que servirse de agua de mar destilada. Así es, que la vida en Aden para los Europeos, ya sean militares, ya empleados civiles, que no tienen más remedio que estarse allí, ya comerciantes en café del cercano Moka, que han obtenido pingües beneficios cuando la gran superioridad del café de Liberia sobre todos los demás cafés, aun sobre el de Java, no era conocida todavía, no es muy divertida, aunque esta punta meridional de Arabia forma parte del Yemen ó sea Arabia Feliz. Se comprende, por lo tanto, fácilmente, que tanto los cuatro amigos como el profesor, fastidiados en alto grado, estaban contentísimos cuando en la mañana del 10 de Julio el capitan Seehund declaró que por la noche se continuaría el viaje.

Tambien lo hubiera estado el oficial de administracion militar, si no hubiera pasado un contratiempo, porque en vista de lo molesto que era arrastrar una balsa cargada, el capitan había dado órden, para volver á meter dentro del vapor los cañones y sus acceso-

la mitad de la segunda, quedaron sumergidas con el peso que las oprimía, pero flotaba perfectamente con ello. No había ahora más que esperar la mayor altura de la marea, todas las velas estaban puestas, el mar ligeramente hinchado, el viento empezaba á refrescar á medida que entraba la noche y cuando llegó el momento, el *Afrika für uns* se estremeció, se levantó suavemente y como si en el astillero se le botara al agua, se deslizó con toda tranquilidad y acabó por flotar en el mar libre.

Una semana se había perdido con este accidente y Herr Ehrlich estaba muy enfadado por este retraso, que le hacía perder un tiempo precioso, además que con la falta de vapor, duraría el viaje más que el doble. El capitan Seehund, á pesar de la impaciencia de su compatriota, juzgó prudente no forzar velas hasta haber doblado el cabo de Guardafui, ó al menos pasado el estrecho de Bab-el-Mandeb, porque para el prudente marino, no era tanta la cuestion de navegar con toda rapidez, como la de llegar al destino sin nuevos accidentes. La balsa bien amarrada al buque, seguía su marcha y éste, que con el peso de los cañones había navegado algo sobrecargado, andaba ahora mejor, además el teniente no reclamaba que se volviese á embarcarlos. Se habló sobre si sería conveniente, estando muy cerca la costa de Massua ocupada por los Italianos, dirigirse allí para gobernar la hélice y poder volver á hacer uso del vapor, ó seguir con el mismo fin hasta Aden, posesion inglesa. El elemento aleman á bordo, á pesar de la triple alianza de tres gobiernos tan heterogéneos, era refractario á la primera idea, en la suposicion que los operarios italianos, no fuesen capaces de hacer el trabajo, y como los Ingleses aconsejaban en favor de sus nacionales, se determinó continuar hasta Aden.

La travesía hasta esta península se efectuó en once dias á causa del viento contrario que soplaba constantemente del sudoeste y tanto los pasageros como la tripulacion, tuvo que sufrir bastante de él por venir tan caldeado. Por fin se echó el ancla en el puerto, que tiene en pleamar cerca de cuatro millas de largo de norte á sur, sobre la mitad de ancho, pero que los bancos de arena en las mareas vivas angostan cerca del tercio de las indicadas dimensiones. Al fondear preguntó sonriéndose Mr. Plemperton á Herr Ehrlich, si en lugar de llevarle al Africa, había mudado de parecer y le hacía poner el pié en Asia, á lo cual contestó el profesor algo, como de que bien se conocía que los Alemanes no son dueños del

Mar Rojo, que si así fuese, ya se habría cuidado la administracion hidrográfica alemana, de hacer saltar todos los arrecifes que ofrecen peligros en este mar para los intereses nacionales, que para eso sirven las sustancias explosivas, la pólvora de mina con base de nitrato sódico ó de clorato potasio, el algodon-pólvora, la nitramita, el ácido pícrico, el picrato potasio, la nitroglicerina, la melinita, la cresilita, la piroxilina, la roburita, la rexita, la ecrasita, la belita, la binitro-benzina, la trinitro-naftalina, la mononitronaftalina, el fulminato de mercurio, la helofita, el silotvor ruso, la romita sueca y hasta el protóxido de nitrógeno liquidado y que para reintegrarse de los gastos, no había más que ocupar al Ras Menheli en frente de la isla inglesa Perim en el mismo estrecho y establecer allí una aduana flotante para el cobro de derechos de limpieza.

Efectivamente los mecánicos en Aden se comprometieron á componer la hélice y de poner el *Afrika für uns* en condiciones de marcha, en lo que se invertirían, aun trabajando á deshoras, diez ó doce dias. Los pasajeros dedicaron este tiempo á visitar la ciudad vieja y la nueva, situada más al interior de la bahía al oeste, sus fortines que tienen comunicacion entre sí por puentes de hierro colgantes, todo en medio de un país muy árido y triste, puesto que hasta donde alcanzaba la vista, no se veía ni un árbol frutal, ni un arroyo, de modo que los 60.000 habitantes entre Europeos y Árabes tienen que beber agua de lluvia recogida en las cisternas talladas en la roca y cuando ésta se agota, no hay más remedio que servirse de agua de mar destilada. Así es, que la vida en Aden para los Europeos, ya sean militares, ya empleados civiles, que no tienen más remedio que estarse allí, ya comerciantes en café del cercano Moka, que han obtenido pingües beneficios cuando la gran superioridad del café de Liberia sobre todos los demás cafés, aun sobre el de Java, no era conocida todavía, no es muy divertida, aunque esta punta meridional de Arabia forma parte del Yemen ó sea Arabia Feliz. Se comprende, por lo tanto, fácilmente, que tanto los cuatro amigos como el profesor, fastidiados en alto grado, estaban contentísimos cuando en la mañana del 10 de Julio el capitan Seehund declaró que por la noche se continuaría el viaje.

Tambien lo hubiera estado el oficial de administracion militar, si no hubiera pasado un contratiempo, porque en vista de lo molesto que era arrastrar una balsa cargada, el capitan había dado órden, para volver á meter dentro del vapor los cañones y sus acceso-

rias y para economizar los gastos algo crecidos de la grua á vapor, se había convenido que de una sola vez las dos piezas bien envueltas por cadenas, serían levantadas de la balsa é izadas dentro de la sentina del vapor. Estaban en esta faena y el pesadísimo bulto levantado ya á una altura de cinco metros, colgado de una cuádruple cadena, cuando al dar una media vuelta encima de la pasavela, para dirigirlo hácia la escotilla, se rompió el gancho, lo que produjo que se aflojaran y abrieran las cadenas y se desplomaran los cañones sobre la obra muerta del vapor, que saltó hecha astillas. Cayeron los cañones sobre un lado de la balsa, que al recibir de golpe tanto peso, se inclinó y se abrió, cayendo no solamente ambas piezas al mar, sino que escurriéndose cajas, sacos y barriles, fueron tambien precipitados en el abismo, que en este sitio tenía una profundidad de más de cien piés. Además de la pérdida material hubo que deplorar una desgracia. El teniente y cuatro marineros que estaban en la balsa con dos trabajadores de la grua, cayeron al agua y el primero con tan mala suerte, que recibiendo varias cajas y sacos encima se fué á fondo y se ahogó, mientras que los otros pudieron librarse nadando, de la muerte por asfixia y de los dientes de los tiburones.

El cónsul de Alemania dió parte á Berlin por el cable de lo sucedido y á falta de buzos de las empresas particulares, solicitó del gobernador inglés uno de los que estaban ocupados en las obras del puerto militar, sin poderlo conseguir porque las autoridades de la plaza, se excusaron en formas muy parlamentarias, con la evasiva de que no era posible interrumpir por ahora el conjunto de los trabajos emprendidos, aunque tal vez fuera porque no les daba cuidado que los cañones y los demás pertrechos, se quedasen para siempre perdidos para una nacion muy buena amiga por supuesto, pero que empezaba á pescar en aguas de la Gran Bretaña y á quien no se debía ayudar, cuando se puede evitar, como sí se hubiera hecho tal vez con una nacion de segundo ó tercer órden, si esta hubiese pagado con creces los gastos. El capitan Seehund despues de haber cumplido con los requisitos con motivo de esta ocurrencia y dejando al representante consular de su país, el cuidado de tomar los acuerdos que mejor creyera, se hizo á la mar por la noche del dia siguiente, dobló por la mañana del 15 el cabo de Guardafuí, ó Ras Assir y seis dias despues antes de ponerse el sol, se divisó la isla de Zanzibar, fondeando el *Afrika für uns* en la tarde

del 22 de Julio en Bagamoyo, es decir, á los cincuenta y siete dias de su salida de Hamburgo.

Herr Ehrlich, tan pronto como bajó á tierra, se inquirió en la casa del gobierno, de la residencia de Herr Speichel, el vice-presidente de la Sociedad. El resultado fué una decepcion ó un contratiempo para el profesor. Hacía ocho dias que cansado de esperarle, Herr Speichel había partido en direccion de Mwapwa, con una escolta de seis soldados alemanes indígenas y veinte hombres entre Somalis y Suahelis para llevar los bultos de equipaje, dejando una carta para su colega, en que le informaba que viajaría á pequeñas jornadas, dando de este modo lugar á Herr Ehrlich para alcanzarle, con la otra mitad de la fuerza militar concedida para acompañar á la expedicion, que había quedado esperando en el cuartel. Lo mejor era, pues, emprender la marcha en seguimiento de Herr Speichel lo más pronto posible. El vapor estaba descargando los efectos, se buscaron cincuenta indígenas Zanzibaritas y Somalis como conductores ó porteadores para llevarlos en el viaje y como el guía y un intérprete, que habían sido aceptados por el vice-presidente, iban delante, no había que ocuparse de punto tan importante, bastando con que algunos de los Somalis conociesen bien el país á veinte jornadas tierra adentro y entendiese uno de los Zanzibaritas algunas palabras de inglés, para no equivocarse en dar pronto alcance á los que iban delante.

Herr Speichel había escogido el camino de Mwapwa, por ser más recorrido por la fuerza á las órdenes del comisario del imperio aleman para el Africa Oriental, el mayor Wissmann, que con argumentos contundentes—fusilando, como por lo demás lo hacen todas las naciones civilizadas europeas, al desembarcar en las playas africanas, para convencer á los naturales cuyo país invaden, que ya están demás en la tierra de sus mayores y que, sangriento sarcasmo, la nueva religion que ellas importan, manda que la víctima bendiga á su opresor, procedimiento que sin ser *suaviter in modo*, es siempre *fortiter in re*, sustituyendo la africana barbarie con europea ferocidad—se había enseñoreado de una gran extension de terreno en el interior. Sin embargo, hay otro camino un poco más al norte, que conduce igualmente al Victoria Nyanza; es el que empieza en Pangani y pasa por el gran territorio de Massai, los montes Irangi, por el país de Umbugwe y las áridas llanuras de Gimbu, para reunirse en Ussure con el camino de Mwapwa. Se-

gun le había informado el guía, este país estaba sufriendo á la sazon hambre por la escasez de la cosecha y esta circunstancia le había inclinado á emprender el viaje por Msuwa y Mwapwa, para luego seguir desde este último punto á Kisokweh, Tschunio, Kikombo, Dudoma, Zinge, Pempere, Kicaru, Mbahi, Mtika, Gange, Uveriveri, pasar el rio Muaru Liwumba, á Ulala, Ussure é Igira, pasar los rios Wembare y Seligwa, á Mombiti, Masimbo, Mtini, Nindo y Solwa, pasar el rio Isanga á Msalala, burgo cuyo homónimo se encuentra al sudoeste de Nindo, á Usambiro en el extremo meridional del Gran Lago, atravesando los montes de Sabuko, los paises de Ugogo, Wataturu, Uniamwesi, Ussukuma, Ukhanga y Usinja, en lugar de tomar desde Mwapwa un poco más al oeste por Ugogi, Kanjenjeh, Mdaburu, Kirurumo, Kualeh á Kaseh ó Tabora, cortando por los paises de Ugogo, Ukonongo, Ugunda y Unyamwesi y desde Tabora, que es punto muy céntrico, de donde salen tambien los caminos al lago Tanganika y al más pequeño lago Rukwa ó lago Leopoldo, por el país de Unyamjembe y Unyamwesi, por Ukamba, Ukumi, Senagongo, Khahama, Nindo y Salaweh al lago Ukerewe. Hay otro camino todavía tal vez el más cómodo, pero está situado fuera de la esfera alemana, en territorio inglés, al norte de la isla Zanzibar, por cuya razon Herr Speichel no lo había querido tomar (*). Este camino empieza en la costa cerca de un punto llamado Mombas (Mwita) entre los rios Ruvu y Sabacki, donde los Ingleses están haciendo trabajos de suma importancia, para mejorar el puerto, y ya han establecido una línea de ferro-carril hasta Taveta en que se han invertido £ 400.000, línea que por lo visto están decididos á continuar hasta el lago Victoria. Veremos luego

(*) Las dos esferas de influencia inglesa y alemana fueron determinadas en un acuerdo celebrado del 29 de Octubre al 1.° de Noviembre 1886. La zona alemana está comprendida entre el Rovuma y la desembocadura del rio Uanga ó Umbe y la zona inglesa entre este último rio y una linea partiendo de la desembocadura del Tana, dirigiéndose hácia el punto de interseccion del Ecuador con el grado 38 de long. E. y continuada en linea recta hasta la interseccion del primer grado de lat. N. con el grado 37 de long. E. de Greenwich. La linea de demarcacion partiendo de la desembocadura del Uanga, se dirige hácia el lago Jipe, corta por medio los paises de Taveta y de Chagga, pasa rodeando el vertiente septentrional del Kilima Nedcharo y acaba en el punto donde el primer grado de latitud S. llega al lago Victoria. Poco despues cada una de las Compañías inglesa y alemana, que habian empezado la explotacion de las zonas de influencia reservada á sus respectivos paises, ha obtenido del sultan de Zanzibar por cincuenta años, la administracion de una de las dos partes de la costa situadas al norte y al sur del rio Uanga, y como hubo diferencia de pareceres con res-

si es fácil realizar en el interior del continente africano, el país de lo inesperado, el itinerario mejor estudiado teóricamente y seguir un camino convenido á priori. Tambien había optado Herr Speichel en combinacion prefijada con el profesor antes de salir de Berlin, por el uso de indígenas para llevar los bagages y no de camellos, mulos ó asnos, en vista de que la gran mayoría de los expedicionarios europeos, prefieren hombres á animales á causa de los gastos, de la mortandad y de las dificultades del viaje, además que siempre hacen falta hombres para cuidar de las caballerías. Si bien es muy cierto que estos hombres, sean Árabes, mestizos, negros ú otros aborígenes, cuando prestan servicio en calidad de conductores, porteadores, soldados del país, etc., dan mucho que hacer en estas regiones á un Europeo, por su pereza, codicia, falsedad, pasion por el robo, cobardía, desercion, mala voluntad y rebeldía, es diferente cuando van once Europeos juntos y estos son hombres enérgicos, acostumbrados á hacerse obedecer, rechazando la fuerza con mayor fuerza y por completo decididos á obrar, cuando el caso diera lugar, como un capitan á bordo de su barco en alta mar, ante la tripulacion sublevada,—tambien se ha visto por las notas, reseñas y los diarios de viaje de los descubridores de ayer, Livingstone, Speke, Burton, Baker, Junker y tantos otros y de los exploradores de hoy Stanley, Mountenay Jephson, el capitan francés Trivier, el capitan italiano Casati, el doctor Peters, Emin Bajá, etc., que los animales de montar y de carga, no avanzan sino con demasiado trabajo, siendo preciso para que adelanten un paso, abrirles camino con el hacha en las espesuras tan frecuentes de los mismos senderos, donde un hombre suele fácilmente pasar á pié.

---

pecto á las islas Lamu, Manda y Patta, se recurrió al arbitrage del Rey de Bélgica, quien falló en favor de Inglaterra. El 1.° de Julio 1890 las dos naciones vecinas han celebrado un tratado, con objeto de prolongar la línea de demarcacion y de resultas de este nuevo convenio, quedó convenido que los Ingleses obtendrán el país de Uganda, apesar del tratado hecho el 20 de Febrero del mismo año entre el explorador aleman doctor Peters en beneficio de su país con el rey Muanga. Dicha línea corta el lago Victoria siguiendo el primer grado de latitud S. y continúa hasta la frontera del Estado del Congo.

Al norte la zona de influencia británica está limitada por una línea empezando en la desembocadura del rio Juba, remontando este rio y confundiéndose con la frontera de los territorios reservados á la influencia italiana en los paises de Gallas y de Abisinia, hasta las fronteras del Egipto y al oeste, Inglaterra puede extender sus posesiones hasta el Congo y hasta la línea de division de las aguas limitando la cuenca del alto Nilo.

La suerte hubo de sonreir al profesor antes de ponerse en marcha para el interior tenebroso. En Aden no había encontrado fusiles viejos y ya había pensado que no tendría más que resignarse, cuando hé aquí que un pobre compatriota, recien establecido en Bagamoyo, le manifestó que un paisano suyo que tenía casa de comision en Zanzibar, le había engañado, declarándose en quiebra y que no había podido retirar en lugar de buen dinero, más que seis cajones con escopetas de caza ordinarias de aguja, cartuchos de balas y de perdigones zorreras algo averiados y dos cajas con diez uniformes fuera de uso de hulanos, objetos todos para él completamente inútiles. Herr Ehrlich comprendió en el acto el gran partido que podría sacar de los uniformes, puesto que si más de un viajero aislado en el interior del Africa, ha dejado sus huesos en sitio ignorado, el motivo de su asesinato ha sido por regla general la codicia, para hacerse dueño de un par de botas, un sombrero-casco ó una sombrilla, cuantos deseos no levantaría la vista de unas botas altas con espuelas, un gran sable de caballería, las vistosas prendas de vestir de un hulano, los botones dorados, su casco relucientes, con cuyo atavío el jefe de un pueblo ha de considerarse por lo menos hermano de la luna y de las estrellas, que adoran sus administrados y qué fácilmente se desprendería tal jefe de su marfil para cambiarlo contra estas prendas, ya que vería con bastante sentimiento que veinte rifles en manos de Europeos, no dejan lugar á adquirirlas por otro procedimiento más breve. El profesor, pues, compadecido del apuro de su compatriota que perdía diez mil marcos y calculando que si hubiera comprado esta pacotilla en Alemania le hubiera costado mil marcos mal contados, le ofreció generosamente quinientos, que el otro aceptó gimiendo. De este modo pudo felicitarse el honrado Herr Probus Ehrlich de haber hecho una excelente adquisicion, á la par de haber realizado un acto de cristiana caridad, por haber sacado de apuros á un compatriota.

SEGUNDA PARTE

DE ZANZIBAR Á LOS LAGOS ECUATORIALES

Capítulo VI.

Encuentro con Herr Speichel.—El guía Abu-Dakar-ben-Yusuf.—Pasages del Korán.—En marcha para el lago Victoria.– Insubordinacion de los porteadores, dominada por un procedimiento físico.—Guerras entre tribus. —Fiebres generales.—Reconocimiento del país, por haberse perdido el camino.

Durante una hora larga el cónsul de Inglaterra acompañó á la expedicion, en atencion á la posicion social de los cuatro compatriotas que de ella formaban parte y despues de una cordial despedida, volvió aquél á la cancillería y continuó esta su marcha hácia el lago Victoria. La época era á propósito para el viaje, porque si bien en la costa oriental llueve casi todos los meses, los rios de aquella zona no salen de madre más que en las dos verdaderas estaciones de lluvia, que son de Marzo á Mayo, de Septiembre á Diciembre, y como se estaba yá á 28 de Julio al salir de Bagamoyo, no había que temer nada de caminos intransitables é inundados, de barrizales tan profundos que el cuerpo entra hasta la cintura, de pantanos que exhalan miasmas pútridas, de calenturas, ni del terrible mal de la disentería, que hace tantas víctimas, especialmente entre los Europeos que frecuentan estos sitios tan malsanos durante aquellas épocas.

Hasta Mwapwa el camino no está demasiado mal cuidado por la administracion alemana, que ha tendido ya hilos telegráficos á larga distancia para comunicar con sus estaciones militares del Hinterland. Al tercer dia por la mañana cruzaron los expedicionarios el rio Kingani ó Rufu, que traía un caudal de agua de bastante

importancia y donde todavía no hay establecido un sistema de comunicacion, rápido ni suficiente, de modo que para pasarlo los hombres tuvieron que hacer la cadena, cogidos de una mano al cinturon del compañero, sosteniendo con la otra los fardos en la cabeza, metiéndose en el agua hasta el cuello y teniendo justamente la fuerza necesaria para contrarestar el ímpetu de la corriente. Los Europeos fueron llevados en hombros de la gente hasta el otro lado y con excepcion de dos bultos que se cayeron al rio y pudieron ser alcanzados á tiempo, se efectuó la travesía sin novedad. De allí pasaron luego por las aldeas de Rosaka y Lusango para llegar á Msuwa, cuyo burgo alcanzaron el 3 de Agosto. Aquí descansaron un dia y se supo que Herr Speichel con su gente había estado en él hace ocho dias, de modo que se conocía que viajaba muy despacio, para dar lugar á que su colega podría reunírsele no muy lejos de la costa. De Msuwa se dirigieron por terrenos muy accidentados y montañosos, á Kisimo, cruzaron el rio Gerengere, luego fueron á Kikundi y á Simbabweni, pasaron con gran trabajo los montes Kihondo Mindu, caminaron por el ancho valle de Sima, atravesaron el rio Makata para llegar á Njombo, despues pasaron el rio del mismo nombre, llegaron á la aldea de Mbumi, siguieron hasta la ciudad de Kiora, cruzando otra vez dos rios, el Mukondokwa y el Ugombe, para llegar por fin á Mwapwa, cuyo burgo alcanzaron el 16 del referido mes, cuando los futuros compañeros tambien acababan de entrar en dicho pueblo. Al acercarse á Mwapwa saludó la gente como es su costumbre para festejar la llegada, disparando sus fusiles, á cuyas estrepitosas detonaciones contestaron los sonidos roncos del tamtam y los aullidos salvages de los porteadores y conductores de Herr Speichel.

El vice-presidente, hombrecillo bajito de cuerpo, grueso y muy rubio, de unos cuarenta años, abrazó su colega y este hizo las presentaciones, despues de lo cual aquel presentó tambien al guía y al intérprete, así como al sargento aleman que mandaba la pequeña fuerza indígena. El primero era un Arabe del Sudan egipcio, de Sennaar del nombre de Abu-Dakar-ben-Yusuf, que se había ofrecido á Herr Speichel, diciéndole que conocía bien todo el país de los Lagos, donde había ido su familia á establecerse más de seis años há, por disgustos que habían ocurrido en su residencia anterior y como referencia había dado el nombre de una casa árabe de

Zanzibar, para la que acababa de conducir una partida de polvo de oro desde el país de Dinka al norte del de Sandeh. El geógrafo había mandado informarse en la isla y como la contestacion recibida no era desfavorable al guía, le admitió y sobre la recomendacion de este, aceptó al intérprete, un gran negro del Congo de la tribu de las Masombis, en el país de Batta, que declaró poseer tres lenguas de los paises por donde había que pasar y llamarse Kohojo. Abu-Dakar al parecer tenía unos cincuenta años, era un hombre corpulento, robusto y bien formado, de barba corta y espesa, llevaba como único traje una especie de larga camisa, con mangas que le llegaban hasta cubrir las rodillas y los codos, sus piés calzaban sandalias de cuero amarillo, llevaba en la cabeza un turbante rojo con envoltura blanca y como armamento sobre el hombro una larga espingarda como llevan los beduinos, un saquito con balas y un cuerno de búfalo con pólvora y en la mano una lanza. Como guía demostró en lo sucesivo tener buenas condiciones; parecía conocer los paises del tránsito y saber escoger los mejores sitios para los descansos; pero notóse por lo pronto que tenía un defecto, el de ser poco escrupuloso observador de la ley mahometana (*), como la generalidad de aquellos naturales, que son bastante dados á la bebida, sean vinos ó licores importados por las caravanas del bajo Egipto, ó el *merissah* brevaje espirituoso sacado de dátiles y sorgho fermentados, más capitoso que el *hek nezem*, la cerveza dulce de los Egipcios. Cuando Abu-Dakar había probado bebida alco-

(*) El *Korán*, como todos los libros teológicos, tiene sus contradicciones, natural consecuencia del *errare humanum est*, de cuya circunstancia se han valido para torpes fines de lucro, los sacerdotes que de algo tienen que vivir y que al leer los versículos á su ignorante grey, pueden aplicarlos conforme á las necesidades del momento, ya á un caso ya á otro. Así es, que refiriéndose á la palabra vino, *jamr*, se encuentra esta tres veces en *Alkorán*. La primera vez en el capítulo II, vers. 216 que dice como sigue: *Te interrogarán sobre el vino y el juego. Diles: tanto en el uno como en el otro, hay maldad y ventajas para la gente, pero la maldad supera á las ventajas que procura. Tambien te interrogarán sobre lo que han de gastar en larguezas. La segunda vez en el capít. V, vers. 92 y 93: ¡Oh creyentes! el vino, los juegos de azar, las imágenes* (el texto dice *ansab*, plural de *nasb*, que son altares de piedra donde los idólatras hacian las libaciones), *y la adivinacion de las flechas, son una abominacion inventada por Satan; absteneos y sereis felices. Satan desea excitar entre vosotros el ódio y la aversion por medio del vino y del juego y alejar de vosotros el recuerdo de Dios y de la oracion. ¿No os abstendreis por lo tanto? Obedeced á Dios, obedeced al profeta y teneos todos sobre vuestra guardia; porque si os desviais, sabed que el apóstol no está obligado á otra cosa más que á la predicacion.* La tercera y última vez en el capít. XLVII, vers. 16: *Hé aquí la descripcion del paraiso que ha sido prometido á los hombres piadosos: corrientes cuyas aguas no se pudren nunca, corrientes de leche cuyo gusto no se altera jamás, corrientes de vino, delicias de los que lo beberán.*

holizada, se volvía pendenciero, agresivo, afecto á lo ageno y daba mucho que hacer, para que no pasara una desgracia.

La reunion en Mwapwa de los Ingleses y Alemanes se había celebrado con una buena comida y el guía había podido apoderarse de dos botellas de ron, que estaba disfrutando á grandes tragos en un tugul ó choza de paja cercana, donde estaban depositadas multitud de cajas, y como el intérprete lo había observado y reclamaba su parte, le aconsejó hacer lo que él había hecho, coger una botella sin ser visto de los Europeos. Con el ascendente que el Árabe tiene sobre los negros y supersticiosos como son estos, no le fué difícil convencer á Kohojo, que la religion permite despojar á un Europeo, un perro cristiano, de lo que pueda servir de provecho á un fiel musulman y el negro se metió entre las cajas y los fardos, con objeto de hacerse dueño de un par de botellas. Fué sorprendido en esta faena por el mismo profesor Herr Ehrlich, quien habiendo oido ruido, había sacado por una oreja al delincuente, acurrucado en un rincon y le había hecho revelar quién era el instigador. Encontraron á Abu-Dakar tendido en el suelo, gesticulando con las manos y vociferando en su borrachera, palabras que de órden del sábio tradujo Kohojo en inglés, palabras que si bien no coordinadas, hacían referencia á sufrimientos que había experimentado por parte del ejército inglés, muertos y pérdidas que había tenido en su familia por estos soldados, maldiciones que evocaba sobre el nombre inglés, *cheitan* (demonio), excitaciones que dirigía á Mahoma para que los aniquilara por el fuego de *al hotama* de Eblis (el infierno de Satan) y votos que hacía para que antes de ir al *Firdous* (paraiso), llevado por el ángel Israfil, le fuera dado llevar diez cabezas de Ingleses degollados por su mano, á la Ka'ba (la casa santa en Bekka (Meca) y dar las siete vueltas en su alrededor, recitando los versículos del *fatihat ol kitab*, ó sea el primer capítulo de Alkorán.

Herr Ehrlich no hizo mucho caso de las voces del borracho que se dirigían á súbditos ingleses y no á uno imperial aleman, quitó prudentemente la espingarda y le dejó á que durmiera, reservándose observar la conducta de Abu-Dakar para el caso que este, dejándose llevar tal vez un dia por su ódio á los Ingleses á un exceso, no le confundiera á él con aquellos. Este era el guía que la suerte había destinado á los exploradores europeos.

Del sargento Peter Säufer, soldado raso en la batalla de los Düppeler Schanzen contra Dinamarca el 18 de Abril 1864, cabo

en la de Sadowa contra Austria el 3 de Julio 1866 y sargento el 1 de Septiembre del 70 en Sedán contra Francia, no hay tanto que decir. Se había reenganchado por dos veces en el servicio activo al cumplirse su tiempo, por no saber otro oficio más que disparar un fusil, ó dar sablazos en la efectiva aceptacion de la palabra, y como tenía modales bastante brutales, se le había propuesto incorporarse al cuerpo expedicionario del Africa Oriental, para la instruccion de las fuerzas indígenas.

Despues de un descanso de cuatro dias y muy abundante comida que pidieron los porteadores, para adquirir nueva fuerza para las fatigas y penalidades del resto del viaje, se pusieron los expedicionarios de nuevo en camino. Desde Mwapwa hasta Ussambiro se calcula hay en línea recta una distancia de 567 kilómetros, que á razon de 29 km. al dia, suponen 19 á 20 dias de marcha, haciendo caso omiso de enfermedades, vueltas y rodeos accidentales y hostigamiento por parte de los naturales; pero como hay que atravesar tres cadenas de montañas y cinco rios, estos 567 km. se convierten acaso en 900 desarrollados y á los veinte dias habría que añadir diez ó doce más. Este camino recorrido ya en 1855 por Speke y varias veces despues por Wilson, Stanley, el Dr. Fischer y tantos otros exploradores, es muy conocido, y sin embargo, ofrece siempre variadas peripecias é incidentes diversos, segun la época del año, la tranquilidad de sus habitantes, las cosechas y demás circunstancias.

Durante los primeros 230 kilómetros, es decir, hasta Uveriveri, no ocurrió nada de particular, solamente los porteadores de bagages, se quejaron más de una vez que se exigía demasiado de ellos, que los fardos pesaban más que de razon, que era demasiado el andar, subir y bajar las colinas peñascosas durante cinco horas al dia y sobre todo tres hombres del país de Galla de muy mal genio, daban malos consejos á los Somalis, Suahelis y Zanzibaritas, incitándoles á pedir que los *msungus*, los blancos, tomasen más gente á su servicio para aligerar el peso, á lo que los dos sábios alemanes contestaron, que si más allá, en Nindo, hubiese proporcion de alquilar hombres, tomarían algunos más, con lo cual y en vista de no encontrar en los paises del tránsito, gente disponible á venirse, tuvieron que conformarse los murmuradores, aunque refunfuñando y á regañadientes.

De Uveriveri á Nindo hay sobre poco más ó menos la misma

distancia, pero el camino no es menos accidentado, tal vez más molesto para transitar y por consiguiente se comprende que si en el primer trecho, se habían invertido en lugar de los ocho, quince dias, en el segundo serían veinte y dos dias, los que tendría que invertir en el camino la expedicion para llegar cerca de Nindo y siguiendo de esta manera, en lugar de llegar al lago Victoria en la primera decena de Septiembre, sería tal vez en la primera semana de Octubre. Mucho antes de llegar á Nindo, las quejas de los porteadores habían sido tan repetidas y su mala voluntad tan manifiestamente hóstil á la disciplina, que ya en Ussuri se habían declarado en huelga, como si fuesen trabajadores socialistas europeos y se habían negado á continuar la marcha. Herr Ehrlich había sido designado por la suerte en Mwapwa, para dirigir con el guía la expedicion. Al efecto, se habían echado en un casco seis tiritas de papel dobladas, con los nombres de Messrs Cleaventod, Plemperton, Brown, Leading, Ehrlich y Speichel y uno de los soldados indígenas había sacado la que llevaba el nombre del profesor. Este había hecho observaciones á la gente, por medio del intérprete, sobre la sinrazon de sus quejas, puesto que no se aumentaba en nada el peso de los bagages; al contrario, que á medida que iban avanzando, cada dia disminuía este por el consumo que se hacía de los artículos alimenticios, al sacar latas, cuando no se podía comprar nada en los pueblos, ó que la cacería no producía recursos, con lo cual tambien disminuía el peso de los cartuchos que se quemaban y de este modo á la llegada á la gran Nyanza, estarían diez porteadores completamente desocupados, siendo fácil repartir entre todos un peso tan aligerado. No quedarón satisfechos sin embargo; dijeron que habían andado ya más que nunca en su vida, que no querían morirse de fatiga, que no comían á gusto, ni á sus anchas y que se negaban á seguir adelante. Herr Ehrlich entonces les hizo decir que mantenía su promesa de contratar más gente en Nindo y que al no conformarse, eran libres de volverse á la costa, pero que no les pagaba hasta que él mismo concluido el viaje, estaría de vuelta en Zanzibar. Dicho esto dió la señal de marcha. Ninguno de los indígenas hizo ademán de haber oido el agudo silbido que siempre tocaba el profesor en señal de marcha y todos se quedaron sentados ó acostados. Repitió dos veces el silbido y tampoco abandonaron su pasiva resistencia. Entonces mandó al sargento Säufer á que sus soldados hiciesen levantar á los desobedientes á culatazos de fusil,

consiguiendo así hacerlos ponerse de pié, entre imprecaciones y rechino de dientes, pero negándose despues á cargarse los fardos.

Herr Ehrlich al ver su autoridad comprometida, se puso muy colérico y le gritó al sargento que hiciera fuego sobre la masa de los rebeldes, cuando el doctor Leading se adelantó y dijo algunas palabras al profesor, quien le contestó:—bueno, hágalo Usted si quiere, pero vive Dios pronto y si no sirve, le voy á hacer saber á esta chusma que yo mando en los fusiles.

El doctor movió la cabeza afirmativamente, y entrado en su tienda, sacó de entre sus efectos unos objetos que preparó, se quitó la ancha blusa que llevaba, metió algo debajo y despues de haberse puesto de nuevo la prenda, salió fuera. Hizo que todos los setenta hombres se formasen en una sola fila y poniéndose de frente á ellos, con ambos brazos á lo largo del cuerpo, para que todo el mundo viera que no llevaba armas en las manos, empezó á contar á medida que pasaba delante de cada indivíduo, uno, dos, tres, etc. y llegado al décimo, le mandó avanzar tres pasos, continuando á contar, once, doce, trece, etc. hasta el vigésimo negro, á quien mandó igualmente adelantarse los tres pasos, y así á cada hombre que hacía la decena. Entonces dijo á estos siete Africanos que diesen media vuelta para ponerse de cara á sus compañeros y el doctor pasando detrás de ellos, no hizo más que tocarles ligeramente la nuca con su mano derecha, para que uno tras otro, todos los siete, cayesen desplomados como heridos por un rayo.

El efecto que produjo esta escena en el ánimo de los porteadores no era para decir. La primera impresion al ver caer al suelo á sus compañeros, sin exhalar un solo grito ó suspiro, sin que se oyera detonacion alguna, sin que se percibiera la causa, ni se viera sangre brotando de una herida, ni siquiera esa pequeña señal que deja en la garganta de su victima el leopardo, fué de un espanto tan tremendo, que empezaron á temblar como azogados y un momento despues, todos se prosternaron exclamando: *bula matadi, banabuya, banabuya*, ¡gran rey, perdon, perdon! El doctor les hizo decir por el intérprete que le estaba mirando atónito, murmurando *muzimu*, ¡el espíritu! que todo hombre que persistiera en su desobediencia á los Europeos y no cargara en el acto los bagages, sería castigado de igual misterioso modo. Con esa facilidad de pasar de repente de la mayor tristeza á la más loca alegría, propia de aquellos indígenas, se levantaron estos, saltando, dando palmadas

y riéndose, cargando los bultos, esperando la voz de mando, el *ügao* y el agudo silbido, para ponerse en marcha, sin preocuparse en nada de los siete infelices tendidos por tierra, que el médico hizo llevar dentro de su tienda.

Herr Ehrlich, satisfecho del resultado obtenido por su amigo, le preguntó qué había hecho con aquellos indivíduos para aniquilarlos tan instantáneamente y quedó sorprendido al oir la contestacion del doctor, de que afortunadamente nadie de ellos estaba muerto, y tan solo privado de sentido. Mr. Leading, ya lo hemos dicho, al trazar á grandes rasgos sus líneas biográficas, era buen físico y aquella mañana se había entretenido en algunos experimentos eléctricos, cargando por medio de dos pilas Grenet un acumulador de gran fuerza en forma de disco, sistema Faure-Thomson, perfeccionado por él. De este instrumento se había servido para imponerse á la gente; lo había metido debajo de su blusa, unidos sus reóforos positivo y negativo á una bobina de Ruhmkorff, de donde salían los dos hilos conductores bien envueltos entre la manga derecha y su brazo, viniendo á reunirse en la palma de la mano en una pequeña placa metálica forrada por debajo de caucho. Ocultas todas estas piezas por la ropa y su mano, al tocar con la placa una parte tan delicada como la nuca, obtuvo el resultado que hemos presenciado; los indivíduos se quedaron instantáneamente aturdidos y paralizadas sus funciones vitales, pero despues de terminar su explicacion, hizo respirar á los siete hombres sales amoniacales, que produjeron la necesaria reaccion, los negros recobraron los sentidos y sin acordarse de nada, salieron para incorporarse á retaguardia de los demás. De este modo, sin tener que derramar felizmente ni una gota de sangre, el conflicto se había resuelto y la marcha pudo continuar hasta Nindo.

En este punto bifurca el camino, como ya se ha dicho; uno remonta al lago Victoria, y el otro baja al de Tanganika. Contra lo que se esperaba, no se encontró en Nindo casi á nadie, y averiguada la causa, se supo que entre los pueblos de Ussukuma y de Uniamwesi, había estallado hacía un par de meses una guerra feroz, motivada por el hecho de que habiéndole gustado al rey de este país la hermana del rey de aquel, destinada ya al padre del rey de Uniamyembe, y siendo negada su pretension, invadió el segundo con sus hordas el país del vecino, quemándolo, devastándolo todo á su paso y matando ó haciendo prisioneros á sus adver-

sarios, segun la resistencia que encontrara en los habitantes. El rey de los Uniamyembes, en vista de que todavía su padre no había contraido matrimonio con la jóven, objeto de la discordia, no quiso entender en la cuestion, aunque su futuro pariente le pidiera auxilio con mucha urgencia para detener al invasor, á cuya determinacion habían probablemente contribuido las noticias recibidas por sus emisarios, con respecto á las fuerzas lanzadas sobre el país por los de Uniamwesi.

Estas noticias sobre el estado del país no tenían nada de agradables, ni dejaba de preocupar la proximidad al teatro de la guerra. Por gran fortuna hasta la presente, la expedicion no había hecho todavía ningun encuentro peligroso, no constituyéndolo alguna que otra pequeña tribu, que por lo general había huido al acercarse los Europeos, ni un incidente completamente aislado, ocurrido cerca de Uveriveri una noche muy lóbrega, en que por un descuido de un soldado, que estaba de guardia en un extremo del campamento, fué éste sorprendido por unos cuantos merodeadores, que robaron tres cajas de víveres, y al despertarse el centinela al sentir ruido, recibió un flechazo, que casualmente fué rechazado por la cartuchera, donde había tocado. Nadie tenía ganas de ser arrollado en el conflicto, y habiéndose dicho por algunos de los pocos habitantes que por estar enfermos y ser viejos, no habían salido todavía del burgo de Nindo, que el camino hácia el Norte ofrecía peligro, por ser aquél teatro de la lucha; que toda la comarca estaba en ebullicion, y que los caminos eran recorridos por bandas de foragidos, que cometían atropellos y depredaciones sin freno alguno, decidió Herr Ehrlich, despues de consultar con Abu-Dakar, tomar el camino de Tabora con el propósito, sin embargo, de no seguir hasta dicho punto sino buscar, durante el trayecto, el mejor sendero por donde dirigirse de nuevo hácia el Norte, en direccion al Muta Nzigé.

Este lago, que fué llamado el Albert Edward Nyanza por Stanley, situado al sur del Mwutan Nzigé, ó lago Albert, está unido con el último por el Semliki, un rio de unas noventa millas, que son 145 kilómetros de largo, que sale por el norte del primero de éstos, para entrar en la parte sur del segundo, y durante la estacion de las lluvias recibe tal caudal de aguas, que saliéndose de su cáuce por ambas orillas, lo inunda todo, siendo motivo para que algunos de los primeros viajeros, que vieron esta superficie líquida

hayan declarado, que no son dos lagos sino uno solo, el que forma la gran masa de agua al oeste del Victoria Nyanza.

La caravana tomó, pues, el 27 de Septiembre la direccion de Tabora, y aquí se conoció lo bien que había obrado Mr. Plemperton cuando hizo grandes provisiones de conservas, objeto de crítica por parte del profesor. El país que atravesaron, pobre ya de por sí, había sidó completamente devastado por el enemigo, que en la actualidad continuaba su obra de desolacion hácia el norte y hasta donde alcanzaba la vista, no se distinguía más que terreno cubierto de cenizas, rastros que habían dejado los incendios. De pastores, de ganado, de pastos, de chozas, ninguna traza; de esqueletos de habitantes de las aldeas asaltadas, degollados por sus feroces enemigos, sí había bastantes en los senderos y en medio de las cenizas de las *bomas*, — que son las estacadas planteadas al rededor de la mayor parte de las aldeas compuestas de cuarenta ó cincuenta chozas, como preservativo contra la invasion de las fieras; — infelices que no habían podido huir, ó que no pudiendo servir como esclavos á causa de su avanzada edad ó sus defectos físicos, habían sido muertos, cortadas sus cabezas y puestas estas en estacas á la entrada de las bomas, y abandonados los troncos en el suelo, donde en menos de un dia los buitres y las hienas lo habían reducido todo al estado de esqueletos. Para la caza no se ofreció nada tampoco; de modo que si hasta la presente la carne fresca no había faltado casi ningun dia, gracias á la destreza de los buenos tiradores ingleses, que alcanzaban búfalos, gacelas, cobos ó antílopes, ahora era preciso destapar latas y más latas y suerte fué que no escaseaba el agua potable, porque como no llevaban los viajeros este indispensable elemento, se hubieran visto muy comprometidos si llegase á faltarles tan necesario líquido.

Despues de cuatro dias de penosa marcha, con un sol abrasador, por un terreno arenoso, sin vegetacion, sin otros árboles que la acacia hórrida con sus miles de púas, las quejas de los porteadores, cada dia mayores, llegaron nuevamente al extremo que se repitió la escena del camino entre Ussuri y Nindo, es decir, que se negaron á pasar adelante, quejándose esta vez, y era verdad, de las fiebres que empezaban á hacer presa en los negros y de que habían sentido ya los primeros síntomas Lord Cleaventod, así como Mr. Brown y Herr Speichel. El doctor, afortunadamente, no se había descuidado al llenar su caja de medicamentos y conocedor

de los efectos del clima ecuatorial, buen piretologista, como sabemos que era, había llevado una gran provision de quina, sulfato y tanato de quinina, tintura de eucalyptus, antifebrina, antiperina, salicilato de soda, ácido tánico, hydroclorato de amoniaco, hydroferrocyanato de potasa y de urea, para los diferentes casos que tuviera que tratar. El primer dia, que era el 1 de Octubre no hubo más que ocho negros atacados, pero al dia siguiente, cincuenta y tres hombres estaban tendidos en el suelo jadeantes y sin fuerzas, y entre los atacados había, además de los tres Europeos ya referidos, tambien Mr. Plemperton, Belt, Mocky, Franz y el sargento Säufer y al tercer dia los demás Africanos con excepcion de Abu-Dakar y cuatro Somalis padecían de las mismas calenturas. El doctor, el exartillero James Queen y el profesor, tambien se libraron de la enfermedad. Con una paciencia nunca desmentida, con un amor inmenso para su noble profesion, con una habilidad extrema en prescribir y administrar los medicamentos segun las necesidades de los enfermos, el buen doctor cuidó de tantos atacados á la vez, no dejando á ninguno sin asistencia, multiplicándose hasta lo infinito para ejercer su facultad concienzudamente y siendo ayudado en la parte no científica por el ex-sargento inglés, que cuando su landlord estaba algo más tranquilo ó dormido, prestaba buenos servicios á Mr. Leading. Si en estas circunstancias hubiera acertado á pasar alguna tribu por allí, seguramente ni uno solo de toda la caravana hubiera escapado á una muerte violenta, siendo realmente un milagro que ni vencedores, ni vencidos, ni siquiera algunos fugitivos, pasasen durante tantos dias por el sitio donde estaban acampados.

Los efectos de las calenturas fueron muy distintos entre tantos casos. Lord Cleaventod al cabo de diez dias estaba ya de pié, mientras que los demás Europeos fueron curándose uno más pronto, otro más tarde dentro de los quince dias de la invasion, siendo el criado del ingeniero el que más tardó en sanarse. Desgraciadamente no sucedió lo mismo con la gente de color. De los ochenta y cuatro indígenas, once sucumbieron, entre ellos dos de los soldados y los otros porteadores. Herr Ehrlich se incomodó al enterarse de la muerte de los dos soldados, no importándole gran cosa la de los otros negros; pero como al tenor del compromiso firmado en Bagamoyo, era la comision de la Sociedad de Descubrimientos, responsable de la devolucion y reingreso al cuartel de doce hombres equipados y armados, la pérdida de los dos números era cuestion de

dinero; había que buscar á la vuelta dos hombres útiles para reemplazar á los difuntos y pagarlos bien para este objeto. El guía pretendió que no había sido atacado por la fiebre, porque como preservativo había bebido una más que regular cantidad de pombeh, cuando notó entre la gente los primeros síntomas de la enfermedad, y en efecto, despues de haber pasado dos dias y dos noches en una borrachera contínua, se levantó y no fué invadido por el mal.

El 17 se puso otra vez la caravana en marcha. Si la gente había ido de mala gana antes de las fiebres, peor fué ahora que tenían el cuerpo todavía flojo y disgustado. Al anochecer se llegó al pié de una cadena de colinas de poca elevacion, en cuyo paso se invirtió todo el dia siguiente, porque tras la ladera de las primeras, se encontraron con otra más elevada, que se apoyaba en una tercera que superaba á estas segundas en altura. Habiendo por fin pasado estas últimas, los viajeros se encontraron en frente de una sábana verde que se extendía hasta el horizonte más dilatado, sin que ni la vista armada, descubriera vestigio alguno de habitantes. El guía aseguraba que se iba por buen camino, por más que Kohojo pretendía que aquel se había equivocado, que se había apartado del bueno y que el camino para Tabora iba mucho más al sur. Esta diferencia de pareceres, dió lugar á un ágrio cambio de palabras entre los dos hombres y en la disputa se acaloraron tanto, que hubo necesidad de intervenir para que la cuestion no alcanzara proporciones mayores. Los dos dias siguientes no bastaron para atravesar la sábana de yerbas, que cuanto más andaban, parecía siempre extenderse más. Lord Cleaventod preguntó al intérprete si continuaba todavía en la misma creencia, de que Abu-Dakar se había equivocado, á lo cual el primero aseguraba, que habiendo hecho hace tres años el viaje de ida y vuelta entre Ukungwé, el gran mercado de marfil en la orilla este del lago Tanganika y Tabora, no recordaba ni por asomo, haber visto esta comarca y por lo tanto se ratificaba en lo dicho, no ofreciéndole duda que la caravana marchaba extraviada por terrenos desconocidos.

Participó Lord Cleaventod esta contestación al profesor, quien le contestó que sin querer fallar entre lo dicho por el guía y lo sostenido por el otro, le merecía, sin embargo, siempre más crédito aquél y que además, de tres años á esta parte, bien podría estar trascordado Kohojo. Consultados los amigos sobre el particular, fueron tambien distintos los pareceres, optando el doctor,

el ingeniero y su primo por el parecer del intérprete, mientras que los dos señores alemanes declararon que se fiaban en todo de Abu-Dakar. Mr. Leading propuso interrogar al horizonte á la salida del sol al otro dia, á ver si se descubría algun punto elevado, desde cuya altura se podría abarcar mayor estension de terreno y entrever alguna aldea, á donde se dirigirían entonces el guía y alguno de ellos para tomar informes de los naturales.

Al dia siguiente, antes de amanecer, con todas las largavistas y los gemelos, mirábase afanoso en todas direcciones, buscando una variacion á la inmensidad monótona de yerbas, sin descubrir nada de lo que pretendían. Resolvieron, pues, seguir á la aventura, encargando á la suerte sacarlos de duda, hasta encontrar indígenas á quienes preguntar y durante dos dias más anduvieron por el mismo terreno, caminando siempre en derechura en la misma direccion tomada hasta el dia. Por fin, al amanecer el sexto dia, divisaron un país montuoso, al cual llegaron por la noche, acampando á la orilla izquierda de un rio, de menos de cincuenta metros de anchura, que se deslizaba muy tranquilo hácia el oeste, y tenía en aquel sitio apenas cuatro metros de profundidad. Interrogado nuevamente Abu-Dakar, si todavía afirmaba que se estaba en el buen camino, cuál era este rio, si había próximo á este sitio algun burgo y qué clase de habitantes ocupaba el país, respondió el guía que el país era de los Ukhangas, el rio el Msene y que á poca distancia siguiendo el rio, se encontraba la aldea de Makaka, que por lo tanto todo iba perfectamente y que pronto podría dirigirse en derechura al lago Victoria. El intérprete mientras tanto meneaba la cabeza en señal de no conformarse con lo dicho por el guía y para salir una vez para todas de duda, convinieron los amigos que al rayar el dia, Lord Cleaventod, James Queen, Herr Speichel, el profesor, dos soldados, Abu-Dakar, el intérprete y cuatro porteadores, seguirían la corriente del rio, hasta llegar á la aldea y allí averiguarían lo que les interesaba.

Capítulo VII.

El hombre segun Platón.—Falta de galantería para con una negra.—Hostilidades de los indígenas,—Asalto de un desfiladero.—Lucha y muerte del guía; otro nuevo.—Trata de esclavos.—Operaciones mercantiles; una partida de marfil.—Un peligro de muerte.

Al dia siguiente temprano se fueron, en efecto, los once expedicionarios, todos armados convenientemente, siguiendo la orilla izquierda del rio y ya por la tarde llegaron á un sitio, donde éste se ensanchaba en un doble y había varias grandes piedras que sobresalían del agua, en esta parte menos profunda de su lecho. Por la regularidad con que estaban puestas de una á otra orilla, diseminadas á corto trecho, se podía calcular que no habían llegado allí accidentalmente, empujadas por la corriente y sí que estaban colocadas por las personas que tenían interés en establecer una comunicacion con la orilla de enfrente, á quienes habían seguramente de servir para atravesar el rio con carga. Por este sitio cruzaba, pues, un camino y era de importancia saber á dónde conducía. Los expedicionarios resolvieron pasar el rio, saltando de una piedra á otra, operacion que en honor á la verdad, efectuaron los hombres de color con más destreridad que los Europeos, sobre todo con más suerte que Herr Speichel, quien poniendo un pié en falso en una piedra algo movediza en medio del rio, resbaló y tomó vestido un baño, contra su intencion. No tuvo consecuencias este percance; uno de los dos soldados que venían detrás, le sacó del agua y llegado á la orilla derecha, se quitó el vice-presidente toda su ropa, la estrujó bien y volvió á

ponérsela, dejando al cuidado del sol á que se la secara en breve tiempo.

Al ver Herr Ehrlich que su colega, abrigado por unos arbustos, se desprendía de todas sus prendas de vestir, le llamó riéndose, bípedo implume, broma que no hubo de gustar al caido, el cual acordándose en el acto de lo que pasó un dia entre Diógenes y Platón, (*) le contestó que aquello lo decía por envidia, por no ser como él, Speichel, autor del libro *Die Vorzüge der Hähne über die Männer*,—las ventajas de los gallos sobre los hombres—obra escrita en defensa de los Mormones, á quienes los demócratas americanos menguan los derechos de poder vivir sin mayores formalidades, como el gallo con sus gallinas.

El lado opuesto no era tan fácil para transitar, puesto que el rio bañaba el pié de una montaña pedregosa, que iba elevándose casi perpendicularmente en unas partes, en otras estaba cortado verticalmente, y solo en frente del vado, dejaba una angosta garganta ascendente, trinchera natural, apenas suficiente para el paso de un hombre. Entraron por este desfiladero, que por lo visto indicaba el camino por seguir, que iba torcido y con muchas revueltas, siempre subiendo, y no era de comprender cómo se las compondrían los naturales, al encontrarse en esta angostura, unos subiendo y otros bajando al mismo tiempo. Por fin, despues de varias paradas, llegaron á una meseta, que se calculaba en más de trescientos metros de elevacion sobre el nivel del rio. Desde este

---

(*) Como es sabido, Platón haciendo la calificacion del hombre, le llamó en su obra titulada *hóroi*, un *zôoon dípoun ápteron*, bipedo implume, con cuyo motivo Diógenes, que no estaba conforme con la definicion, le mandó un gallo pelado con una etiqueta fijada en su pechuga, que decía: *ho toû Platónou ánthroopos* el hombre segun Platón (*oo* por la *omega*.)

Otros pretenden que arrojó el gallo un dia en medio del local donde Platón estaba con sus discípulos y que entonces pronunció la citada frase en tono burlesco. Es muy posible tengan razon los que así refieren este hecho, porque es difícil admitir que Diógenes, dígase lo que quiera, haya sabido leer y escribir y haya sido otra cosa más que un grosero pecus campi en medio del faex populi, un especie de vulgar curandero naturalista y burdo santón de aldea, pretencioso é ignorante, adulado como lo es cualquier embaucador por la tosca grey de cuyo seno ha salido y tanto que no sabía contestar en su grotesco orgullo irracional, á la exclamacion un tanto burlona del rey grande de Macedonia, tan gran guerrero como entusiasta admirador de Homero, dirigida al hombre metido en su tonel:—«si yo no fuera Alejandro, quisiera ser Diógenes,» más que las absurdas palabras de:—«está bien tu admiracion por mi persona; pero ya que me has mirado lo bastante, quitate de allí que tú estorbas, para que el sol pueda llegar hasta mí y me caliente.»

punto veían deslizarse tranquilamente á sus piés el rio, apoyado contra su pétrea pared, y más allá, tierra adentro, un valle por donde serpenteaba un arroyo, en cada una de cuyas márgenes, se podía contar un ciento de cabañas y chozas, bastante bien alineadas. A lo lejos, al Este se divisaba un bosque, tal vez una selva, puesto que la entrante oscuridad no permitía distinguirlo ya, ni la distancia apreciar su extension.

Se decidió pernoctar allí, buscando el mejor sitio, dejando para cuando fuera de dia el reconocimiento del pueblo, sobre la amistad ú hostilidad de cuyos habitantes, no se podía anticipar ningun cálculo. Con toda cautela para ver sin ser visto, bajó al siguiente dia el guía al burgo y se escondió cerca de la primera estacada, esperando á que viniera á pasar alguno de los naturales para interrogarle. No tuvo que esperar mucho, pues al poco tiempo salió una mujer con una canasta en la cabeza y fingiéndose malo, la llamó con voz débil, extendiendo hácia ella la mano, en que balanceaba un rosario de cuentas doradas. La mujer se asustó primeramente, pero el brillante adorno ejercía cual poderoso imán, tal atrayente atractivo sobre su codicia, que se acercó al desconocido y echóle mano al rosario. Pero Abu-Dakar presentaba este cebo para entrar en conversacion y para tranquilizarla sobre sus pacíficas intenciones, se cruzó los brazos sobre el pecho, luego abriéndolos y extendiendo ambos dedos pulgares, describió con ellos dos líneas paralelas desde su cráneo, pasando sobre sus ojos y bajando hasta su abdomen. Segura ya la mujer que el forastero era de confianza, se sentó, no quitando su vista de encima del rosario, jugueteando con él y riéndose al contacto de las relucientes cuentas. Pronto conoció, sin embargo, el guía que no había contado con la huéspeda, porque la mujer no entendía palabra alguna de lo que le preguntaba, ni él lo que ella le contestaba. En esta situacion sintió Abu-Dakar no haber venido con el intérprete y resolvió volver á donde estaba éste, para que en su lugar viniese y aprobara sus conocimientos linguísticos. Se levantó, pues, repitió la escena de los dos dedos, para dejar buena impresion á la mujer y con las mismas precauciones con que había venido, el cuerpo agachado, aprovechándose de cualquier objeto que formara bulto, peña, árbol, grupo de bambú, quiso deslizarse inapercibidamente fuera de la vista de los habitantes de la aldea, que á esta hora ya debían salir de sus cabañas para dedicarse á sus faenas y pensó retirarse de este modo

sin peligro. Propone el hombre dice el proverbio y dispone..... la mujer. Efectivamente la mujer no se conformó con la retírada del hombre, que tenía tan codiciada joya en su poder y fué detrás de él, reclamándosela primero en tono suave de alegre súplica y luego como el guía no hiciera caso y precipitara el paso, á grito herido y con imprecaciones, llenándole de improperios, á medida que la distancia entre ambos aumentaba. Con haber sacrificado el rosario Abu-Dakar, se hubiera librado de un grave daño, pero cometió la grave imprudencia de no pensar en las consecuencias de su falta de galantería y pronto hubo de ver á lo que esto conduce aun entre salvajes. A los agudos gritos de la mujer, salieron los negros en tropel en direccion á donde la vieron correr y á sus ojos de lince no costó mucho trabajo descubrir, que un hombre huía á cierta distancia. Pronto toda la tribu rodeaba á la mujer quien la enteró que un hombre, que no hablaba la lengua del país, llevaba adornos preciosos. Con atronadores aullidos se lanzaron todos detrás del fugitivo, en quien si no vieron un enemigo, ó un espía, vieron á un sujeto dueño de algo, que despertaba el ánsia de apoderarse de ello. Abu-Dakar comprendió que de sus piernas dependía su vida, corrió con una extraordinaria velocidad, devoró la distancia, hasta al fin alcanzar la entrada del desfiladero, donde esperaba poder defenderse contra la horda, que á causa de la estrechez del paso, no podía presentar más que un solo hombre de frente y sin haber sido alcanzado por ninguna de las muchas flechas que se le dirigían.

Desde su guarida los expedicionarios lo habían visto todo y resueltos á defender al guía, se prepararon á sostener un choque con los negros si fuera necesario. Sonó un tiro, era el largo fusil de Abu-Dakar, que cargado como de costumbre con cinco ó seis balas, había lanzado sus proyectiles contra el primero de los perseguidores, que cayó de espaldas alcanzado en pleno pecho. Era el jefe de la tribu que iba delante y al verle caer sus súbditos, rompió en una gritería verdaderamente infernal esta horrible horda. Abu-Dakar apenas había descargado su arma, continuó veloz su camino ascendente, mientras volvió á cargarla y cuando le pareció que no le seguían ya, se echó al suelo para descansar un momento, porque su respiracion estaba ya tan fatigada, que no pudo adelantar más, presintiendo que iba á ahogarse. Despues de un rato volvió á seguir adelante, cuando de repente un enorme peñasco cayendo desde arriba, pasó rozando con su cuerpo, rompió

su espingarda y le cerró el paso del camino. Al mismo tiempo horrorosas voces estallaron encima de él; parte de los negros habían escalado las altas fallas del desfiladero, con objeto de dominar á su enemigo desde arriba y desde lo alto lanzaban grandes piedras al camino y encima del fugitivo, para aplastarle ó para cortarle el paso. Abu-Dakar se agachó todo lo más posible contra el peñasco y con los destrozos de su fusil encima de la cabeza, apartó y se resguardó de las piedras que caían, pero no tuvo la misma habilidad para desviar las flechas que llovían desde lo alto y de que cuatro hicieran blanco en un hombro, en una pierna y en un pié. La situacion del guía se volvió más crítica aun, cuando varios de sus perseguidores con una agilidad de monos, se vinieron abajo, deslizándose por las fallas, aprovechándose de las más leves desigualdades para no desplomarse. Abu-Dakar acosado de este modo, encontrándose con enemigos detrás, encima y delante, se vió perdido sin remedio y no le quedó ni siquiera el consuelo de sucumbir peleando, dando muerte muriendo. Estaba destinado á ser muerto á flechazos ó apedreado como una fiera en su cueva, cuando sonó una descarga cerrada y rodaron diez negros desde lo alto encima del guía, seguida casi en el acto de otra detonacion que hizo venirse abajo á otros tantos. Era tiempo que los Europeos y la escolta interviniesen de este modo. Habían visto á los negros escalar las rocas y tirar piedras y flechas y comprendiendiendo que el guía era su blanco, resolvieron hacer una salida, acercándose con gran trabajo al sitio de la embestida. Los indígenas que no habían caido, huyeron espantados y Abu-Dakar aprovechó esta circunstancia para dejar su postura, levantarse, trepar sobre el peñasco, sirviéndose como pedestal de los cuerpos caidos de arriba y continuar por el desfiladero para unirse con sus compañeros. No le fué posible sin embargo seguir mucho; las dos flechas que habían dado en su pierna derecha y la que había entrado en su pié, le dolían mucho y casi le impedían el andar. Quiso arrancarlas de las heridas, pero como las puntas de las flechas de bambú, eran de una madera muy dura y cortadas en forma espiral, no consiguió más que romper las cañas, quedándose las puntas dentro de la carne, de donde brotaba bastante sangre que inútilmente trató de vendar y que acabó por hacerle perder el conocimiento. Así lo encontró Lord Cleaventod, quien seguido de su fiel servidor y de los demás, venía camino abajo y le hizo levantar y llevar entre

dos porteadores. Cuando llegaron al sitio donde habían pasado la noche, tendieron al guía sobre un lecho de yerbas, le lavaron las heridas y Lord Cleaventod hizo girones su pañuelo para hacer vendas. Uno de los soldados meneó la cabeza y dijo: ¡qué lástima de pañuelo! lo que dió motivo á que el Lord le preguntara porqué lo decía, á lo cual contestó el indígena que el guía era hombre muerto, porque las puntas de las flechas estaban envenenadas. Efectivamente así era: las bronceadas carnes de Abu-Dakar fueron adquiriendo un color de oliva y se hincharon, sus facciones expresaban agudos sufrimientos, se torcía en fuertes cólicos, sus ojos salían de sus órbitas, de su boca salía una espuma viscosa sanguinolenta, su pecho batía impetuosamente, la calentura le devoraba. De repente se incorporó, miró con expresion de ódio y de venganza á los negros que tenía delante y fijándose en Lord Cleaventod le sobrevino un acceso de rábia; arrancó violentamente una de las puntas con un trozo de flecha de su pierna derecha y se arrojó en un supremo esfuerzo sobre el referido oficial exclamando: —muere perro inglés. Lord Cleaventod hubiera sido indudablemente víctima del rabioso, si James Queen que estaba á su lado, no hubiera tirado violentamente de su amo hácia sí, por cuyo brusco movimiento el loco impulsado por la tensión de su abalanzamiento, vino á echarse sobre uno de los porteadores que ocupaba el sitio detrás del de donde acababa de ser separado el capitan; se abrazó con vehemencia á este infeliz con brazos y piernas, le clavó la punta de la flecha en la espalda y con la violencia de su asalto, cayó rodando con su víctima como un solo cuerpo al suelo, mordiéndole en la cara como una fiera. Causaba horror ver el furor con que se cebaba en el negro, el que en vano trataba de deshacerse de su enemigo que le tenía enlazado, y oir los terribles gritos de dolor que el pobre lanzaba. Los negros se apartaron asustados, no atreviéndose á socorrer á su compañero, por el temor de ser cogidos ellos tambien por el rabioso. Lord Cleaventod trató de echar su cinturon alrededor del cuello de Abu-Dakar y de tirar de él á falta de una cuerda para hacer un lazo, pero con toda su fuerza no consiguió hacerle soltar su presa. Entonces James Queen aprovechando un momento oportuno, se echó encima del guía y á riesgo de ser mordido tambien si la fuerza de este bombre resultase mayor, le apretó el cuello entre sus robustas manos con tanto vigor, que le hizo soltar al negro, pero con una brusca sacudida,

se libró el loco é iba á acometer al ex-sargento que cayó de espalda, tropezando con un guijarro, cuando Lord Cleaventod de un tiro de revólver bien dirigido, puesto que dió en la frente, puso fin á los desmanes del energúmeno, antes que este pudiera causar nuevas desgracias.

El negro horriblemente desfigurado en la cara y el cuello, brotando sangre por todas partes, cuando se vió libre, echó á correr, desoyendo la voz de sus compañeros, en direccion al rio, con tan mala suerte, ya porque no viera bien á causa de la sangre que caía de su frente, ya porque el temor á su enemigo le cegara, que resbaló, cayó y se despeñó de lo alto de la meseta, viniendo á dar el mutilado cuerpo contra los agudos peñascos, que bordaban el rio, de donde se deslizó al agua, que pronto arrastró el cadáver en su corriente.

Lord Cleaventod dispuso que antes de marchar, se diese sepultura á los restos de Abu-Dakar. En la meseta donde se estaba, el terreno no ofrecía por su excesiva dureza y por la falta de herramientas á propósito, posibilidad para hacer una zanja y como habían tenido lugar de observar, que los naturales habían huido á la desbandada hácia sus cabañas, despues de las dos descargas de fusilería, no había que abrigar temor que volviesen á hostigar. Bajaron por lo tanto todos por el sendero encima del cual revoloteaban grandes aves de rapiña, hasta el sitio donde había caido herido el guía y diez y ocho negros y llegados á la boca de la garganta, donde había tierra, cavaron los porteadores con sus manos una huesa en que depositaron al muerto, cubriéndola despues con varias pesadas piedras, para que las hienas no lo desenterrasen.

Los Zanzibaritas cuando durante la marcha muere uno de los suyos, tienen la costumbre de dar sepultura del modo siguiente. Abren una zanja perpendicular á tres metros de profundidad y partiendo luego del fondo, excavan otra al lado de la primera, sacando la tierra sin tocar al humus. Esta segunda huesa en la que meten el cadáver, queda por lo tanto cubierta de una capa espesa de humus no removida, á la cual no tocan las hienas, porque estas fieras al escarbar la tierra, guiadas por sus nervios olfativos, no tocan á la parte que encierra el cadáver, á causa de la precaucion tomada. Como Abu-Dakar-ben-Yusuf era en vida Árabe, no tomaron los Zanzibaritas con su cuerpo la misma precaucion y se contentaron de reunir unas pesadas piedras encima de la zanja cubierta.

Concluido el sepelio volvieron de nuevo sobre sus pasos y al llegar á un recodo del desfiladero, vieron cómo los buitres, atraidos por las emanaciones de los cuerpos de los indígenas, ó guiados por su portentosa vista, se habían echado sobre éstos, despedazándolos con sus formidables picos y disputándose con gran ruido, los girones sangrientos de carne. La llegada de los hombres no fué bastante para ahuyentar á las voraces aves de rapiña, que continuaron en su lúgubre festin y hubo necesidad de unos cuantos tiros del revólver de James Queen para echarlos fuera. Al pasar por encima de uno de los negros, un jóven de apenas quince años, se le figuró que respiraba aun y movido á compasion registróle, no encontrándole herida de arma de fuego y sí solamente en la sien derecha, la señal de un proyectil que le había rozado, quemando el rizado pelo y tostando la piel. La bala había causado sin duda al sujeto un desmayo, que le hizo desprenderse desde arriba y la circunstancia de llegar á caer dentro de la trinchera encima de otro, le había evitado la muerte, así como afortunadamente para él, los buitres no habían llegado todavía á tocarle.

El jóven tan socorrido á tiempo, abrió los ojos; pero los volvió á cerrar, aterrorizado á la vista del blanco. El ex-sargento hizo que se levantara y anduviera y como se convenció que no tenía ninguna lesion, pensó que tal vez podría servir á la caravana, aunque no fuera más que por él se podría averiguar por fin adonde se estaba, siempre que el intérprete lograra hacerse entender del muchacho. Cuando todos habían llegado á la meseta, Lord Cleaventod le hizo interrogar por Kohojo, prometiéndole no hacerle ningun daño, si contestaba debidamente, interrogatorio que no dejó de ofrecer ciertas dificultades, puesto que el muchacho se expresaba en un dialecto, de que el intérprete no entendía gran cosa.

Por él se pudo aunque con trabajo llegar á saber, que la aldea donde había llegado Abu-Dakar, se llamaba Ganina, distante una jornada de Usenyé, que el país estaba habitado por los Uvinsas y que el rio que habían pasado á vado era el Malagarasi, por todo lo cual se conoció que el difunto guía se había equivocado por completo. Interrogado sobre si conocía el mejor camino al gran Nyanza, se dedujo de su contestacion, que con su padre había venido de allí hacía dos lunas y cuando un rato despues se le hubo dado de comer y prometido una camisa azul de algodon como la llevaba el intérprete, si quería conducir la caravana al lago, hizo con la cabeza un

gesto, que se interpretó como que aceptaba la proposicion. Reemplazado de este modo el difunto guía, la expedicion emprendió su marcha de regreso al campamento, alumbrada por una hermosísima noche de luna y en la madrugada del 26 de Octubre se había reincorporado á la caravana.

En vista de los muchos datos aportados por el muchacho, Herr Ehrlich dió la órden de marcha y se movilizó la columna, siguiendo el curso del Malagarasi, que segun el jóven declaraba, sería cuestion de ocho jornadas todavía de camino, antes de llegar á su desembocadura en el lago. El primer dia pasó sin nada de particular; se siguió siempre la orilla del rio sin que el paisage ofreciera novedad alguna y al medio dia del siguiente, acamparon á un kilómetro de distancia de la aldea de Usenyé. Durante la comida el intérprete y el muchacho hablaron sobre la ruta que se seguía, pareciéndole al primero, que el nuevo guía conducía la caravana en la misma direccion que lo había hecho el Árabe y por lo tanto segun él tambien equivocadamente; pero al ver que el jóven afirmaba que conocía muy bien el camino y en vista de que la conversacion ofrecía siempre tanta dificultad para comprenderse mútuamente, no insistió. Hizo Kohojo, sin embargo, presente á Herr Ehrlich lo que pensaba, obteniendo de este la poca satisfactoria contestacion, que no habría lugar á tales dudas si supiera mejor su oficio de intérprete, que si poseyera el idioma ó dialecto de la tribu á que pertenecía el muchacho, las explicaciones se harían en regla y que no pensaba pagarle á la vuelta en Zanzibar los gages convenidos, por no poseer todas las condiciones de un buen intérprete. Herr Ehrlich estaba ofuscado por la pérdida que había sufrido de dos mapas alemanes de Petermann y de Stülpnagel, que se le habían estraviado del bolsillo de su blusa ya hace un mes y no quiso manifestarlo como conductor de la expedicion á los Ingleses, quienes una vez que la suerte había designado al profesor como tal, no querían por espíritu de delicadeza, intervenir en la cuestion del itinerario.

No se atrevió Herr Ehrlich acercarse al burgo, en razon á lo que había pasado en Ganina, ni quiso tampoco dejar de ir al muchacho, temeroso que no volviera, quedándose con sus paisanos. Sin embargo, esta medida aconsejada por la más rudimentaria prudencia, no hubo mucho tiempo de servirle de norma, porque habiendo visto con ayuda de su buen catalejo, que dentro de una

cerca que al parecer pertenecía á la mayor choza de la localidad y bien podría ser la del jefe, había en el suelo un monton de objetos blancos de forma larga y curva, se le metió en la cabeza, que serían colmillos de elefante, artículo que aun no había visto desde que había pisado el africano suelo, y pensó que había llegado por fin el momento de sacar á lucir los uniformes prusianos. Hizo preguntar al muchacho, qué clase de gente habitaba el pueblo y tuvo la satisfaccion de oir que los habitantes eran pacíficos y no ofrecería cuidado acercarse á ellos. Con esta seguridad participó á los amigos, que pensaba ir al pueblo para su compra-venta, con cuyo objeto se llevó al intérprete y al guía, á su Franz y á una docena de porteadores con un tambor, despues de haber metido un solo uniforme en un paquete. Ya cerca del pueblo dió órden al negro que llevaba el tambor, de tocar un redoble marcial que le había enseñado, recuerdo de la infancia del profesor, cuando el pregonero necesitaba llamar la atencion de los aldeanos, para anunciar una venta de órden del burgomaestre y le pareció que en esta tierra de grandes niños traviesos, surtiría igual efecto.

Efectivamente, las delicias de la música, clásica ó nó, encantan á todas las orejas, sean de blancos ó de gente color de chocolate y si tal vez á los indígenas, les gustara más el sonido ronco del tam-tam ó el cavernoso ruido del voluminoso tronco de árbol ahuecado, instrumento de música para las grandes ocasiones, que un vigoroso y acompasado redoble, no por eso tardó en llegar á tropel una multitud de hombres y chiquillos,—las mujeres estaban labrando el campo, mientras que sus maridos dormían, hacían flechas, ó jugaban á la taba en el pueblo,—que al ver á los viajeros, no dieron señal de malquerencia. No parecían estos naturales tan pobres como los expedicionarios estaban acostumbrados á ver en otras aldeas, cuyos habitantes adultos de ambos sexos, iban por regla general completamente desnudos, cubriéndose solo y no siempre, el vientre con yerbas trenzadas y sin casi cultivar la tierra, sin ganado, sumergidos en la mayor miseria, llegaban aquellos infelices hasta el extremo que los padres vendían á sus propios hijos. La caravana había presenciado un dia cómo un matrimonio, él completamente desnudo, ella con un trapo grasoso y roto, que cubría el medio cuerpo bajo, llevaba una hija suya, muchacha bien formada de unos doce años de edad tal vez, á un traficante árabe que iba acompañado ya de varios esclavos de ambos sexos, niños y adultos;

como el padre había exigido en pago de su hija, dos viejos fusiles de piston con cien cargas de pólvora, otras tantas balas y unas cajitas con fulminantes y la madre cuatro dotis ó sean veinte metros de tela de algodon blanco, exigencia que el Árabe había rebajado despues de largos debates en que invirtieron varias horas, á un fusil con solo la mitad de cargas y doce metros de tela; como la niña llorando fué amarrada por el cuello y las manos liadas por detrás, para que no se escapara, mientras que el comprador acarició su menton y la miraba con una horrorosa sonrisa y como en fin el matrimonio, despues de consumar la horrible venta, se marchaba tranquilamente, sin volver siquiera la cabeza.

El aspecto del país acusaba cierto bienestar alrededor de la empalizada de la aldea que era grande. Una buena porcion de tierra estaba labrada y cultivada, el dura, algodon, añil y las patatas prometían abundantes cosechas, merced al trabajo de las mujeres que allí, como generalmente en los pueblos donde no hay esclavos que lo efectúen, cual sucede en los burgos ó pueblos mayores, estaban encargadas del cultivo de las tierras, cuando no tegían telas con el líber de las ficáceas, que crecían allí por doquiera y cuya tela tiene un parecido á la jerga fabricada en Europa, ó no elaboraban así mismo cestos y hacían vasijas de arcilla de forma hemisférica pintadas en encarnado. Las chozas como siempre de forma cilindro-cónicas, estaban bien alineadas y no demasiado súcias, ni en ruina; los niños tenían la custodia de un poco de ganado y los hombres cuando no estaban fuera de la aldea, trabajaban en la confeccion de sus armas y fumaban en grandes calabazas un cáñamo que les producía mucha tos. Llevaban los hombres unos cortos calzoncillos de fabricacion casera pintados en azul, cuyo último detalle gustaba sobre todo al profesor, porque comprendió que en un pueblo, que tenía alguna nocion de vestirse, al jefe ó rey le había necesariamente de gustar una prenda vistosa para distinguirse de los demás, y en aquellos pueblos no hay otra persona más que con el jefe con quien se debe tratar, él es el dueño de todos los productos, sean colmillos, plumas de avestruz ó arenas de oro, los súbditos no pueden poseer nada absolutamente.

Herr Ehrlich había dado sus instrucciones al intérprete, quien á su vez las había trasladado al muchacho lo mejor posible, viniéndole en ayuda en las negociaciones, un negro de los que se tenían cerca del jefe, que por lo visto entendía un poco de los idiomas que

hablaba el intérprete. Al profesor le pareció prudente no empezar por hablar del motivo de su venida y entabló la conversacion, manifestando que viajaba con sus amigos para ver tierras y aguas, que no quería entrar en ninguna poblacion para que constasen sus intenciones pacíficas y que sólo le animaba el deseo de ver á un gran jefe, ofrecerle un regalo de hermano y descansar en su territorio un medio dia. Cuando acabó el guía su alocucion, preguntó el jefe, hombre alto, tipo enérgico, vestido como los demás, con la única diferencia, de llevar alrededor de su cintura y de su cuello un cinto de plumas de avestrúz, qué *hongo*, ó qué regalo, le venía á traer. El profesor, por toda respuesta, sacó de su ámplia blusa un pequeño espejo, una gran navaja de muelle y una caja de música, á la que dió cuerda, enseñándole estos objetos y poniéndoselos en las manos. El jefe se mostró satisfecho sobre todo de la navaja é hizo señas, para que los dos Europeos le acompañasen al pueblo. Allí, dentro del recinto de su casa y corral, donde guardaba su propiedad, fué á sentarse sobre unas esteras toscamente trenzadas, indicando á Herr Ehrlich y á Franz que se sentasen en frente de él en otras, quedando los demás hombres de pié. Hizo venir y poner entre él y sus huéspedes una vasija ahuecada en el tronco de un grueso bambú, llena de una leche espesa y ágria, y dando el ejemplo, inclinó su cabeza encima, metió dentro sus dos manos juntas en forma de tazón, llevando de este modo el líquido á su boca por dos veces é indicando luego con la cabeza que ahora bebiesen sus visitantes. El profesor, aunque con cierta repugnancia, hizo lo mismo y bebió reprimiendo una expresion de disgusto, comprendiendo demás, que de no corresponder á la finura de su elevado convidante, no sólo perdería la ocasion de hacer un gran negocio, sino que se expondría á la cólera é ira de un hombre ahora pacífico y presentándose en buenas formas, pero cuando despreciado y no reciprocado en su recibimiento, podría hacerle pagar caro su desdén ó falta de política.

Cuando iba de nuevo á sentarse Herr Ehrlich, experimentó un considerable susto. Debajo de las esteras en que él y Franz se sentaban, habíase metido antes de que entrasen en el patio, una de aquellas delgadas y muy elásticas serpientes, que los negros llaman ngakka, del largo de apenas un metro, de color negruzco, en alto grado venenosas y que cuando apoyadas en el extremo de su cuerpo, saben dar saltos á distancia del triple de su longitud, para

clavar sus agudos y huecos dientes en la presa y verter el líquido tóxico depositado en sus glándulas, en las heridas que la mordedura abre, produciendo en sus víctimas que se hinchan desmesuradamente tan rápida muerte, que la intervencion facultativa siempre viene demasiado tarde. Al sentarse, pues, despues de haber correspondido, bebiendo «en el vaso de su hermano» en señal de fraternal amistad, observó casualmente que entre el trenzado se movía algo y vió erguirse la ovalada cabeza de la culebra. Saltó horrorizado á un lado cuyo movimiento imitó instintivamente Franz y por suerte que lo hicieron pronto, puesto que el ofídio, sacando rápidamente el resto del cuerpo fuera, se lanzó sobre el profesor y le hubiera alcanzado indudablemente, si el intérprete que vió el grave peligro que corría el sábio, no hubiera levantado con fuerza y gran prontitud un fino bambú que llevaba en la mano, con el cual alcanzando la serpiente en su salto, la partió en dos trozos. Pero no pudo impedir que la parte superior variando de direccion por el latigazo, viniera á caer encima del pecho de uno de la comitiva del jefe, y que los dientes del medio reptil que quedó colgado de una tetilla, quedaran incrustados en la blanda carne. Los efectos fueron instantáneos; el pobre negro lanzó un solo agudo grito, cayó al suelo, donde se retorció en las contorsiones de la agonía y no pasaron cinco minutos cuando ya era cadáver.

Capítulo VIII.

Colmillos de elefante contra armas de fuego.—Experimentos químicos.—Una noche oscura.—Industria de un gusto especial.—La justicia en la antigua Roma.—Mocky y Franz detrás de treinta y dos negros.—Momento crítico.—Los primeros disparos.—Misiones inglesas.- El rio Malagarasi.—En las orillas del Tanganika.

Restablecida la calma que este desgraciado accidente había interrumpido, pidió Herr Ehrlich frutas, carnes, manioc, arroz y unas cuantas gallinas para la caravana, que obtuvo en cambio de una pieza de tela, otra de cinta, tres cuchillos y una pistola de dos cañones con accesorias. Terminado este particular, preguntó al jefe de donde le venía el marfil que allí estaba amontonado y qué hacía con ello. El jefe le contestó que la cacería de elefantes, que desde el Oeste donde había grandes bosques, venían á desalterarse en el rio, producía todavía alguna cosecha, pero mucho menos abundante que en otros años, porque los agentes árabes, organizaban batidas en grande escala por el otro lado del lago; que los paquidermos se alejaban más y más hácia el Congo, donde había selvas negras, en que nadie se había atrevido á entrar para darles caza. Añadió que hacía más de un año que no había venido ningun traficante árabe á comprárselo y que por lo tanto tenía la intencion, de llevar los cuarenta colmillos á uno de los mercados de Ukungwé ó de Oujiji, donde de seguro no faltarían marchantes. Herr Ehrlich evaluó el peso del marfil, uno más otro menos, á razon de unos trenta kilos por colmillo y graduó su valor en diez y siete mil marcos imperiales mal contados. Entonces mandó á Franz que abriese el fardo que ya repetidas

veces había sido objeto de las curiosas miradas del jefe negro, sacó de él el traje y armamento militar y empezó á vestirle las prendas con gran sorpresa del criado, que acostumbrado á prestar este servicio á su amo, se admiraba al ver lo bien que ese amo á su vez sabía vestir á un negro. A cada pieza que le ponía al jefe, este estaba visiblemente contento y enorgullecido; pero guardaba, sin embargo, el sentimiento de su gerarquía, el respeto á su dignidad, mientras que sus súbditos daban rienda suelta á una ruidosa manifestacion de admiracion, que se traducía en saltos, risas y gritos, rayando en frenesí cuando el jefe tenía su pantalon azul turquí y botas altas con espuelas puestas, su levita blanca con vivos y bocamangas encarnadas y dorados botones, su brillante casco con penacho blanco en la cabeza, su largo sable colgado al lado y una escopeta de cacería en la mano. Viéndose tan admirado por los suyos que daban palmadas y aullidos de contento, mientras brincaban de gozo y no admirándose menos á sí mismo, dijo el jefe algo á uno de sus hombres, el que dirigiéndose á la pila de colmillos, sacó una pareja que puso delante del profesor. Este al ver que el contra regalo, si bien importaba bastante más que el uniforme, quedaba muy por debajo de sus pretensiones, cambió de proceder y preguntó cuánto pensaba cobrar en Ukungwé por el monton de marfil, á lo cual el jefe contestó, que si su hermano blanco diera diez de los mismos uniformes, con otras tantas armas de fuego y blancas, dos vestidos de muchos colores para su esposa, diez piezas de tela colorada y de cintas varias, diez machetes, pólvora y plomo bastante para cien disparos de cada fusil y últimamente el tambor, le cedería el marfil. El profesor no quiso deshacerse de su compra de Zanzibar de una sola vez y contestó que su hermano le pedía más de lo que él poseía, que podía entregar otros cinco trajes con sables, escopetas y municiones para doscientos tiros en todo, que daría el tambor tambien y buscaría si le quedaban todavía cintas y tela encarnada y alguna hacha, con todo lo cual su hermano podría hacer ventajosos cambios, con otras tribus y aumentar su riqueza en ganado.

Hubo un momento de indecision; el jefe pareció consultar á sus dignatarios, sin que el guía ó el intérprete pudiera repetir palabra alguna á Herr Ehrlich, puesto que el jefe se había retirado un poco á distancia con los suyos. Sin duda que los uniformes y las armas de fuego les parecieran el *nec plus ultra*, porque acercándose de nuevo al profesor le preguntó si lo tenía todo en el campa-

mento, en cuyo caso iría á visitarle allí. Como el profesor comprendió que el jefe quería curiosear, para ver si encontraba algo más á su gusto, se vino con los suyos y el jefe acompañado de un séquito de diez notables al campamento, donde ya se habían recibido las frutas y la carne. Contó á sus compañeros su entrevista y fué felicitado por los buenos negocios que había realizado. El jefe fué obsequiado con una ligera colacion de galletas, salchichon, queso y confituras, con refresco de ron y café, y era de ver la admiracion que causó á los naturales, el ver, que los Europeos se servían de platos, tenedores y vasos, que todos eran naturalmente de metal blanco para que no se rompiesen en el viaje. Mr. Plemperton regaló al jefe dos botellas de ron y dos vasos, que fueron recibidos con una mueca de agrado. Todo lo que allí veían los negros, despertaba su codicia, de lo que despues de su marcha pudieron juzgar los expedicionarios, cuando notaron la falta de dos tenedores, un tirabuzon, tres platos y dos latas de conservas, que si se tiene presente que lo único que los hombres tenían cubierto, era su bajo vientre y caderas, es de admirar cómo lo han podido esconder, porque lo que es en sus manos no se llevaron nada.

Entraron el rey y los notables tambien en la tienda donde estaba Mr. Leading, á la sazon ocupado en preparar una combinacion de algunos cuerpos químicos. El médico tenía en un mortero cianuro mercúrico y al ver que los negros, traviesos como niños mal criados, tocaban á todo y hasta introducía uno de ellos sus dedos dentro del mortero é iba á meterlos en su boca para probar esta sal, tuvo que intervenir rápidamente para que el infeliz no lo pasara mal, recibiendo como recompensa de su buena accion, un diluvio de invectivas en usenyés, que le dirigía el negro, contrariado en su deseo de probar el mercurio y los demás resentidos por el desaire recibido. Para volver á hacer las paces, imaginó el buen doctor hacerles decir por el intérprete, que les iba á demostrar que lo que el compañero quería regalar á su estómago, eran gusanos de fuego que le hubieran quemado vivo. Acto contínuo echó al cianuro de mercurio un poco de azufre, lo trituró muy bien, hasta que el todo quedó reducido á polvo muy fino, humedeció luego esta mezcla y formó unas pastillas cilíndricas de tres centímetros de largo y como de medio de grueso en diámetro, que prensó bastante en un pequeño molde y las dejó secarse. Despues de un rato encendió una cerilla de fósforo, y arrimando la llama al extremo de

una pastilla, empezó esta á quemarse, tomando primero una forma abultada esférica ú ovóide y extendiéndose luego con ondulaciones como si fuera una culebra, formó en un par de segundos varias circunvoluciones, pareciendo extraño que tan pequeño cilindro pueda aumentar tan considerablemente de volúmen y desarrollar tanta cinta, experimento que causó gran admiracion á los estupefactos indígenas que lo estaban presenciando.

Herr Ehrlich hizo sacar por Franz cinco uniformes completos, ocho escopetas, trecientos cartuchos de los de Zanzibar, cinco machetes y otras tantas hachetas, dos piezas de lanilla y unos rollos de cinta multicolores y lo extendió todo delante del jefe en el suelo. A Lord Cleaventod no le gustó la cesion de los fusiles, porque segun dijo él, las armas de fuego que los industriales británicos, mercaderes antes que patriotas, están vendiendo lo mismo á amigos que á enemigos, así para los Ingleses, como á los agentes del Mahdi y á los indígenas de Nueva Zelanda, se tornan luego contra los mismos pechos ingleses.

El trato quedó cerrado, incluyendo el tambor y un pequeño farol, que el jefe vió por casualidad, un paquete de velas y una latita de fósforos. El profesor exigió que se le llevasen los colmillos hasta el lago, á lo que contestó el negro que el rio desembocaba en el lago y que bajándolo en canoas ó balsa, no se necesitaba porteadores más que hasta pasado el rio Walé Nullah que se echa en el Malagarasi, un poco más arriba del pueblo de Mpete, puesto que hasta dicho punto la navegacion ofrece grandes dificultades á causa de varias cataratas, en unas de las que el agua cae de una altura de mas de diez metros. De Usenyé á Mpete hay de dos y media á tres jornadas, cien kilómetros escasos, en cuya ruta no hay extravío posible, puesto que con seguir la orilla izquierda del rio para abajo, salvo cuando se llega á la mitad del camino, todo vá bien. Llegando á este punto es menester abandonar la orilla para reclinarse más hácia el sur, en vista de una larga extension de terreno pantanoso donde no es prudente internarse.

El jefe de Usenyé había consentido en dar treinta y dos hombres para el transporte del marfil, hasta donde el Malagarasi ofreciera condiciones de navegacion y en lugar de llevar los colmillos como de costumbre en la cabeza, habían trenzado ocho grandes esteras, que atravesada cada una por dos bambús resistentes, descansaban sobre los hombros de cuatro negros, repartiéndose los

1.200 kilos de peso graduado entre ocho dobles parejas de porteadores. No sospechando nada de la buena fé de estos, porque no habían dado motivo para ello ni en el pueblo, ni durante la marcha, cuando llegó la noche, el profesor no creyó necesario hacerles objeto de una vigilancia especial; al contrario sumisos como se habían demostrado y en vista de ser oriundos del terreno, había encomendado á cuatro de estos hombres, la guardia de aquel extremo del campamento donde se habían agrupado, algo separados de los demás indivíduos, lo cual no ofrecía nada de particular, teniendo presente que hablaban un idioma tan distinto, mientras que en el otro extremo y en el centro estaban vigilando los Somalis, y que aquella noche les tocaba la guardia á Franz y á Mocky el criado de Mr. Plemperton.

Herr Ehrlich no conocía todavía lo bastante los defectos de estos africanos del interior, tan esencialmente aficionados al embuste y á lo ajeno, que cuando no mienten para divertirse un rato, roban para distraerse un poco. Fué muy oscura la noche y el viento que soplaba entre la arboleda del distrito pantanoso, aumentando con el ruido que causaban los habitantes cuadrúpedos que venían á beber y á refrescarse en el rio, mal humorados por la vista de los fuegos de guardia, hacía que ni se podía ver á alguna distancia, ni podía distinguirse la voz de los centinelas que de noche tenían órden de tocar á menudo un pito para hacer constar que no estaban dormidos, exigencia impuesta por el profesor, aunque Mr. Brown le había hecho observar que le parecía imprudente, porque podía llamar la atencion de alguna tribu errante, que sin los pitos no hubiera notado la presencia de la caravana.

Cuál no fué la sorpresa general cuando al dia siguiente al levantarse todo el mundo, se notó la desaparicion de los Usenyéses y lo que más importaba, la ausencia de los colmillos de elefante. Herr Ehrlich, pasado el primer momento de sorpresa, causada por un hecho tan imprevisto como inaudito, descargó todo el peso de su cólera sobre su criado, á quien acusó de dormilón y le despidió para siempre de su servicio, si no procuraba la devolucion del marfil. El pobre Franz confesó llorando, que para matar el tiempo en el principio de la noche había hablado á Mocky de las maravillas de Berlin; cómo de allí salían todos los nuevos inventos, hijos del saber aleman y cómo entre muchos, existía desde hace poco tiempo, una fábrica de que el profesor había concebido la idea y

era principal accionista, establecida bajo el patronato de las más encopetadas damas alemanas, fábrica para la elaboracion de esencias para el pañuelo, obtenidas por un ingenioso procedimiento químico, de las materias fecales de las cloacas y que dejaba pingües resultados por la gran venta que tenían en todo el imperio. Que despues de charlar así un par de horas, contando Mocky que no quiso quedarse corto, lo que había visto con Mr. Plemperton en sus viajes, habían hecho unas partidas de cartas y que luego sin saber cómo, el sueño les había cogido á ambos, sin que ningun ruido más que el del viento y el rugido de las diferentes fieras, habían llegado hasta sus orejas.

Era evidente que los treinta y dos Usenyéses habían recibido la órden de su jefe de volver á traerle el marfil, pero Herr Ehrlich no era hombre para dejarse burlar de esta manera y anunció á sus compañeros su firmísima intencion de volver atrás y hacerse dueño de nuevo de los colmillos. Herr Speichel emitió tímidamente su opinion, que siendo el objeto de la expedicion hacer descubrimientos en la cuenca del Congo, no se podía buenamente exponer al azar de una contingencia problemática, la suerte de tanta gente, que el robo era una lástima, sí, pero que si lo quería castigar, buesor llamó á su colega cobarde y preguntó á los Ingleses, si les parecía tambien que mejor sería dejar el dolo impune. Lord Clavennod contestó que en cuanto á él, que se podía contar con su persona para rescatar los colmillos, que era de buena justicia castigar un delito real y efectivo. Mr. Plemperton opinó que como en el país no se tropezaba todavía con los modernos adelantos de la administracion de justicia, ni con una curia rapaz que con bastardos fines, sale á la defensa de cualquier ruin malhechor con perjuicio del hombre de bien ofendido, no había otro riesgo, que el corporal de ser alcanzado en una eventual refriega por un flechazo, á lo que como hombre de honor no le tenía miedo, á las infamias legales que hoy se perpetran, sí.

Herr Ehrlich á pesar de su mal humor, no pudo menos de rectificar de paso las palabras que acababa de emitir Mr. Plemperton, diciéndole que si el momento fuera más adecuado, le probaría que la administracion de la justicia, fué siempre la misma que la de hoy, que ahora no es peor que antes y que para demostrárselo, aunque en breves palabras, le contaría unos episodios de pleitos habidos

en la Roma pagana, donde como Ciceron refiere, sobre la misma puerta de la sala de justicia se veía á menudo escrito con carbon: *quid pretium legi?*—¿á cómo se cotiza la justicia? y encima del mismo sillon del juez Verres se había colgado un dia una tablilla con invectivos contra su favorita Pipa, que disponía de la justicia segun la cantidad de sestertius y aureus, que se la pagaba, *aurum lex sequitur*, la ley sumisa al dinero, como ha dicho Propercio.

Tambien Mr. Brown juzgó que era de necesidad volver sobre las trazas de los ladrones, aunque no fuera más que como ejemplo para los porteadores, que sin ver la aplicacion del castigo serían capaces, contando con la impunidad, de llevarse todas las cajas y los fardos de la caravana; que luego siempre habría lugar para discutir sobre los medios más adecuados para reintegrarse. Consultado el doctor dijo, que aunque siendo en el fondo del mismo parecer que sus compatriotas, debía recordar sin embargo que todos los negros, gastaban casi siempre flechas envenenadas y que si bien los rifles y los Winchesters los echaban á tierra á más de un kilómetro de distancia, es decir, á un alcance ocho veces mayor que las flechas, las armas de precision no podrían impedir que desde el momento de un ataque contra un pueblo, era lógico tener que esperarse en todo el trayecto y á cada momento del dia y de la noche, á recibir flechazos lanzados por manos invisibles, escondidas en cualquier parte entre las malezas, flechazos que producen en noventa y ocho casos sobre ciento, un pronto desenlace fatal y que por lo tanto deseaba que Herr Ehrlich considerara, si compensaba el marfil la constante exposicion de vida de más de ochenta personas.

El profesor dió las gracias á sus compañeros é iba á dar la primera advertencia de prepararse para la marcha, cuando se le acercó Franz y con ademán humilde, le preguntó si permitía á su criado pedirle un favor, á cuya pregunta respondió su amo que no tenía ya criado, que si era para pedirle un certificado de buena conducta, no se lo iba á dar, que buscara colocacion sin ello en la ciudad más inmediata, si no prefería que le vendiese al primer traficante árabe de esclavos que encontrase en el camino. Franz volvió á insistir y explicó que su peticion se reducía á que se le prestara los dos velocípedos, que habían servido algunas veces á la caravana cuando había que reconocer un punto algo distante, para no fatigar las piernas; que ya que él tenía la culpa, así como Mocky,

del quebranto sufrido, si Mr. Plemperton concediera permiso á su criado para acompañarle y los señores quisiesen darles á cada uno un indígena en grupa, todos armados, ellos irían en busca de los infieles negros y tratarían de recuperar el marfil.

Mr. Plemperton contestó que no esperaba menos de Mocky y de Franz, dicho lo cual subieron estos en los asientos delanteros de los velocípedos, hicieron sentarse á dos porteadores de los que á la vista parecían pesar menos en los asientos traseros, les enseñaron cómo tenían que dar con los piés vueltas á la rueda, en combinacion con ellos, que se encargaban de la direccion y partieron á gran velocidad, gracias á un rádio de la rueda delantera de ochenta y dos centímetros. Los dos criados habían calculado que los ladrones no podían estar muy lejos, aunque hubiesen andado de prisa, que si acaso tendrían una ventaja sobre los Europeos de cuatro horas y que marchando á razon de por lo menos veinte y cuatro kilómetros por hora, podrían alcanzarles al cabo de una hora y tres cuartos.

Efectivamente, á las ocho de la mañana dieron con los treinta y dos hombres, que seguramente no habían descansado y habían hecho los cuarenta y dos kilómetros, cargados como estaban, en seis horas. Los velocipedistas pasaron los ocho grupos, dieron una rápida media vuelta cuando llegaron á la cabeza de la columna y poniéndose juntos, apuntaron los porteadores con las cuatro carabinas, gritandoles: *buawi*, palabra que habían aprendido del nuevo guía y que significa atrás. La repentina llegada de los velocipedistas, de los desconocidos animales que montaban y no menos de los cañones de los fusiles, cuyos efectos conocían, causaron no poco espanto entre los indefensos negros, que echaron á correr en todas direcciones, dejando las esteras con los colmillos en el suelo. Comprendiendo que no podían contar con la vuelta de los porteadores, bajaron Mocky y Franz así como los dos Zanzibaritas, reunieron en cuatro esteras todo el marfil, las ataron dos á dos con sus pañuelos y sus cinturones y luego con las correas de los rifles, sujetaron dos á cada velocípedo por detrás, hecho lo cual se subieron otra vez y trabajando con piernas y piés, hicieron mover las ruedas, aunque con dificultad, arrastrando tras ellos la propiedad recobrada. El camino de la vuelta iba por suerte con un poco de declive, que si no hubiesen sido favorecidos por esta circunstancia, habría sido un imposible el arrastre de bultos tan

pesados, ya que con la ventaja del terreno y todo, iba la locomocion muy penosa y despacio, adelantándose poco.

Habían caminado de esta manera como media hora, cuando percibieron á lo lejos detrás de ellos un sordo ruido, que gradualmente venía aumentando en intensidad, oyéndose un murmullo confuso de voces y de pasos acelerados de personas que corren y distinguiéndose algun que otro alarido más acentuado á medida que la vocería se aproximaba. Mocky miró atrás y vió á cierta distancia una masa de negros que corría hácia los dos velocípedos, que por su número calculó no la podían constituir los porteadores solos, sino los habitantes todos del pueblo, con cuyo motivo apretaron los cuatro ginetes todo lo posible, la rotacion de los vehículos. Sin embargo, el gran peso que tenían que arrastrar, dificultaba la marcha, mientras que los indígenas ganaban corriendo más y más terreno y ya caía alguna que otra flecha á corta distancia. Haciendo un último esfuerzo consiguieron los Europeos llegar hasta un enorme baobab, tendido atravesado en el camino, se bajaron allí, pusieron los velocípedos delante del tronco y se echaron detrás de todo su largo, muchas flechas pasando ya encima ó clavándose en en el árbol ó en el suelo.

Comprendieron Mocky y Franz que su salvacion consistía en mantener á distancia á los negros, para no ser atropellados por el número, si el enemigo se acercaba más y para conseguirlo no había más remedio que abrir el fuego, á lo que por lo demás estaban perfectamente autorizados, ya que los contrarios habían abierto las hostilidades. Convinieron no tirar sobre la masa, sino apuntar cada uno de los cuatro, mientras lo permitiera el humo, á cuatro pechos, sitio donde los tiros yerran menos, que cuando se apunta á la cabeza de un indivíduo que se mueve, por más que la cabeza sea siempre el mejor blanco para el tiro. Cuatro detonaciones causaron otras tantas bajas y produjeron horribles aullidos, seguidos de una granizada de flechas; otros cuatro disparos hicieron blanco en otros tantos enemigos, quedando estos entonces parados. De repente salieron de entre los contrarios unos cuantos fogonazos, seguidos de una fogata y casi en el mismo instante una espesa humareda, sonaron varias explosiones que parecían unidas en una sola y poco despues un clamoreo, un aullido, un movimiento de espanto general y una loca huida en todas direcciones. Herr Ehrlich acababa de prestar inconscientemente un verdadero servicio á su criado; las

escopetas ya viejas de por sí, almacenadas hace tiempo en Zanzibar en sitio húmedo y no registradas por un armero, acababan de reventar en manos del jefe y de sus cortesanos más adictos, á quienes había distinguido con la concesion de estas armas y todos yacían por tierra, el que no con la cara destrozada, con una mano de menos, ó con el pecho abierto. Aprovechando esta fortuita circunstancia, se levantaron pronto los cuatro, subiéronse de nuevo y volvieron á arrastrar las esteras con los colmillos, sin ser hostilizados más.

Marcharon así otra media hora y segun su cálculo, les quedaba todavía otro tanto camino que recorrer antes de llegar al campamento, cuando divisaron un grupo de hombres que parecía venir á su encuentro y caminaba con paso precipitado. No pensaron sino que serían nuevos enemigos y ya buscaron con la vista el mejor sitio para parapetarse, cuando Mocky exclamó que eran Europeos, puesto que distinguía sombreros-cascos. Efectivamente lo eran y nada menos que Messrs Plemperton y Brown, Peter Säufer con sus soldados y veinte porteadores, que habían salido para venir en ayuda de los velocipedistas. Reunidas las dos expediciones se mandó á cada indígena llevar un colmillo y aligerado de este modo el peso, quedó reducido á la mitad, con lo cual pudieron los motores maniobrar con menos trabajo y llegar al campamento á las dos de la tarde.

Cuando el profesor se vió otra vez en posesion del marfil y que Franz le preguntó si todavía era menester que buscara una colocacion en el primer punto donde llegasen, le contestó su amo, que merced á su nacionalidad y á haber dado como Aleman una leccion á los negros, le perdonaba su falta; pero que hubiera debido á lo menos quitar al jefe caido el uniforme y traérselo, como compensacion de que su gente no había vuelto, para llevar el marfil hasta Mpete, y que por este descuido de Franz, se veía en la necesidad de quitarle la mitad de sus gajes, por el presente mes.

Se pernoctó en el mismo sitio y al dia siguiente llegaron á la vista de Mpete. No teniendo nada que hacer en el pueblo y aleccionados por los recientes recuerdos de los sufrimientos pasados, convinieron pasar á poca distancia como si no existiese. El profesor tuvo que prometer un plus á los hombres por el aumento de tanto peso y dárselo por escrito, cuyo papel uno de los Zanzibaritas, en quien ellos depositaban confianza, por haber sido el que los había

reunido en Bagamoyo, guardó en su cartuchera. Continuando caminando llegaron al rio Walé Nullah, que vierte sus aguas en el Malagarasi y no pudiéndolo pasar á causa de su anchura, corriente y profundidad, no existiendo allí ningun paso, tuvieron que buscar más arriba de su confluencia un sitio á propósito. Encontraron uno donde en ambas orillas había árboles, ataron á uno de estos una cuerda del grueso de un dedo, que luego un hombre llevó nadando á la ribera opuesta, donde lo afirmó á otro árbol y con ayuda de este pasamano, á que todos se agarraron con una mano, mientras que con la otra tenían los bultos sujetos sobre la cabeza, se pasó el rio sin que la corriente arrastrara á los hombres y sin que se mojara algo.

Segun les habían dicho en Usenyé, desde la reunion de las aguas del Walé Nullah con las del Malagarasi, este último rio ya ancho y profundo, era navegable por no tener rápidos, y como el jóven guía dijo que todavía les quedaba de cuatro á cinco dias de marcha, y se notaba que no faltaba arboleda corpulenta en los alrededores, preguntó Herr Ehrlich qué opinaban sus compañeros sobre el modo de continuar avanzando, si del mismo modo, ó construyendo algunas canoas de la manera fácil y primitiva como lo hacen los naturales, es decir cortar el árbol más grueso, quitarle una tercera parte en todo lo largo y luego ahuecarlo en su longitud con candela hasta conseguir darle la profundidad suficiente para poder contener personas y efectos. El doctor y Lord Cleaventod dieron un voto en contra, por el tiempo que se invierte en prepararlos y lo poco que sirve esta clase de angostos botes para cajones y fardos y Mr. Plemperton y su primo, propusieron construir más bien una almadía ó balsa, como se había hecho ya en el Mar Rojo y que se termina más pronto, ofreciendo además la ventaja de mayor comodidad, sobre todo viajando rio abajo. Los dos colegas alemanes daban la preferencia á seguir caminando.

Estaban en esta conversacion, cuando la casualidad llegó á ofrecerles una ocasion oportuna, puesto que vieron á lo lejos bajar el Walé Nullah seis canoas de tan grandes dimensiones que en cada una había sitio bastante para treinta hombres. Cuando estaban cerca Herr Ehrlich mandó preguntar por el guía á los conductores que ocupaban la primera canoa, si iban hasta el Gran Lago y si tenían inconveniente en llevarles con su equipage y fué la contestacion, que se dirigían más lejos todavía, que la caravana podía por

lo tanto embarcarse hasta donde quisiera, sin tener que abonar nada como premio del pasage. Realmente mejores formas no se podían pedir; se conocía que los canoeros estaban acostumbrados á tratar con la gente que viajaba y comerciaba, y como en lugar de cuatro dias de fatigosa marcha, se presentaba un medio tan cómodo de locomocion, justo era remunerar estos honestos y desinteresados negros, los primeros á quienes encontraban en su camino, cuyos servicios no había que pagar. Se les prometió, pues, á la llegada al Nyanza, regalarles un par de piezas de tela y se empezó á cargar los bagages, luego á hacer entrar los porteadores y soldados y finalmente los Europeos ocuparon la última canoa, que estaba atada á la anterior, como esta á la precedente, etc., y en cada una á popa y á proa había un conductor con un remo, con que mantenían las canoas en medio de la corriente y evitaban los sitios donde el rio ofrecía algun obstáculo que eran frecuentes.

Durante el viaje hubo motivo para confirmarse en la idea de que en efecto estos boteros estaban acostumbrados, á tratar con las caravanas que cruzan estas regiones, y que era gente de trato muy distinto de la del centro ó de la costa Oriental. Refirieron ellos que á principio del año habían sido alquilados por dos misioneros ingleses, establecidos en una gran casa con muchas dependencias, situada en la parte meridional del lago, para la conduccion de maderas de construccion, y mercancías. Los misioneros además de haber formado una capilla, para el servicio divino, se dedicaban no solamente á predicar el evangelio, sino á la educacion de los niños de un burgo vecino, á enseñarles elementos de instruccion primaria y los deberes cristianos. Como por lo visto estos centinelas avanzados de la civilizacion, no contaban con sobrados medios para el desarrollo de su gestion bienhechora, hacían el cambio con los pueblos circunvecinos, de marfil contra telas y herramientas de labranza y aprovechaban el paso de una caravana, siempre que esta se dirigiera hácia el territorio ocupado por Europeos, para llevar los colmillos á la costa á un agente comercial suyo, el cual contra el líquido producto de la venta, les mandaba luego á la primera oportunidad nuevas remesas de telas é instrumentos de labor, con cuyas transacciones los buenos misioneros podían aumentar los elementos de creciente bienestar de la pequeña colonia que se estaba creando. Últimamente se había unido á ellos un Liberiano, que había estado algunos años en los Estados Unidos de América,

hombre que unía á vastos conocimiéntos, la ventaja de ser negro y de adquirir por su nacimiento africano, un gran dominio sobre sus todavía salvajes congéneres.

Los conductores conocían bien el rio y por lo tanto en lugar de parar la marcha de noche, la continuaban para ganar tiempo. Por la madrugada del dia siguiente atravesaron el punto donde el Kululu Nullah desemboca en el Malagarasi y acaba de hacer de este último un rio muy caudaloso, anchísimo, de gran profundidad y cuando iba á ponerse el sol el dia 31 de Octubre, una fuerte brisa y el horizonte cerrado por todas partes por el agua, anunciaban que se acababa de llegar al término de la primera parte de la expedicion. Los conductores amarraron las canoas para desembarcar todo por la mañana, los amigos se hicieron servir la comida en la playa, contentos de poder estirar las piernas y al concluir la mesa, exclamó el profesor:

—Señores,—bien venidos en las orillas del gran Victoria Nyanza.

—Bien venido profesor,—respondió Mr. Plemperton sonriéndose,—bien venido en éste lago.

—El lago Victoria,—repitió Herr Ehrlich,—extrañando la sonrisa y la acentuacion de la palabra.

—Sí,—contestó siempre sonriéndose,—poco falta para llegar á él; la friolera de cuatrocientos kilómetros en línea recta, nada más.

—No entiendo á Usted,—volvió á decir el profesor.—¿No estamos aquí en la punta meridional del gran Lago?

—Estamos cerca de la punta de un gran lago, sí,—replicó su interlocutor,—pero nó del lago Victoria.

—Pues entonces ¿dónde estamos?

—En la parte norte del Tanganika.

Capítulo IX.

Legiones de ranas.—Los batracios en la antigüedad, en física y como buen alimento.—Heráldica y divisas.—Episodio de la historia de Inglaterra.—Relaciones con América antes de los viajes de Colon.—Hecatombe con ocasion de la muerte del rey Basonga.—Cacería de cocodrilos.

No tuvo más remedio el profesor que rendirse á la evidencia. Los canoeros le contestaron á su pregunta, que el lago era efectivamente el Tanganika y cuando preguntó al guía por qué le había conducido al Tanganika en lugar de llevarle al lago Victoria, contestó el muchacho que el profesor le había hablado siempre del gran lago y como no conocía el lago Victoria y sí el Tanganika, le había guiado hasta este lago, que es un gran lago, no cabe duda. Entonces preguntó á Mr. Plemperton cómo sabía, lo que él nó y por toda contestacion le enseñó éste un mapa inglés de Mac Pherson de la region de los Grandes Lagos, en que los puntos recorridos estaban indicados.

Casualmente para el objeto de la expedicion, que era el descubrimiento de la cadena de montañas que encerraba la caverna con los fósiles, no ofrecía diferencia el punto donde habían arribado, puesto que igual distancia, igual mal camino, iguales dificultades existen desde el Tanganika, como desde el Victoria Nyanza. Lo que había que procurar era hacer el trayecto hasta la punta septentrional del lago, del modo más cómodo, para lo cual sería siempre más conveniente hacerlo embarcado, en lugar de costear el lago caminando por el país de Utongwé. Se convino, pues, tratar

las ranas son en la actualidad objeto de tal consumo en los Estados del Sur, que el precio vá subiendo cada vez más. Todos los estanques y pantanos de Wisconsin y de Michigan, están despoblados de ellas, pues el consumo excede en mucho á la produccion. Para remediar este inconveniente y satisfacer los gustos gastronómicos de los consumidores, se trata de establecer viveros de ranas; pero se tropieza con algunas dificultades, entre ellas la que siendo este anfíbio un animal insectívoro, no es fácil proporcionarse la cantidad de moscas y de insectos necesaria para todo un vivero. Además los renacuajos tienen una porcion de enemigos, empezando por la rana adulta que suele devorarlos y por último estos batracios, como todos los reptiles, tardan mucho en desarrollarse, de lo cual resulta que se necesitarían lo menos diez años, para que las ranas pudieran ser pescadas y vendidas y esto haría la explotacion muy onerosa. Mientras se resuelven estas dificultades, los Americanos importan las ranas del Canadá y de los Estados, cuyos habitantes no han podido vencer todavía la repugnancia que les inspiran las ancas del animal en que el célebre Galvani hizo sus experimentos, dando lugar á fines del siglo pasado á los dos bandos en que se dividían los físicos, los unos que llamaron flúido galvánico á la electricidad desarrollada en las experiencias de Galvani con las ranas, los otros partidarios de Volta, que seguían su opinion y le dieron el nombre de electricidad voltáica. Concluyó Herr Speichel diciendo, que era una lástima que por falta de medios de trasporte, fuera preciso dejar allí una cuantiosa fuente de riqueza, de que ni los negros sabían aprovecharse.

El *brekekekex, koax, koak*, como Aristófanes escribe, imitando la gritería de las ranas por la onomatopeya, no cesó en toda la noche, ni por algunos tiros que se dispararon dentro de las yerbas, ni por piedras que se tiraron; y se comprende que todo el mundo saludara la aurora de la mañana siguiente con agradecimiento, porque el ruido iba disminuyendo á medida que el sol subía, y acabó por fin cuando fué de dia. Mr. Brown quiso dejar un recuerdo suyo al país de Utongwé; tomó á bordo un testero de una caja vacía y su caja de pinturas y dijo que iba á dotar al país de armas heráldicas parlantes. Con este fin, pintó en la tabla un escudo, cuyo campo de plata (el lago) está cargado en abismo, de un roel de gules con una estrella de oro de seis puntas (en representacion de los seis amigos); el roel acompañado de cuatro haces

de cañas del mismo metal, puestas en sotuer (las orillas del agua), y una bordura de sable (la noche) cargada de ocho ranas al natural, 3, 2, 3. Cubrió luego el escudo con un pabellon de púrpura y armiños y corona régia, en atencion al título de rey que por regla general se dá á los jefes de los pueblos en África, y le puso dos negros al natural como tenantes. Antes de clavar la tabla en un corpulento árbol solitario, le advirtió su primo que el soberano de Utongwé estaría probablemente más contento, si en la concesion de las armas no rezaran los negros, artículo que en África ya es cosa vulgar ó corriente, y que más bien pintase en su lugar tenantes ó soportes, que no existen en el país, del mismo modo que Inglaterra tiene un leon y un unicornio; Rusia y Austria un águila de doble cabeza, ó sea explayada; España dos columnas; Dinamarca dos salvajes; Holanda dos leones, etc.

Borró el ingeniero los tenantes y bajo la impresion todavía de lo que había tenido que sufrir por la música nocturna, empezó á pintar dos ranas de sinople. Pero pronto consideró que los batracios no llenaban tampoco las condiciones é interrumpió la faena empezada, porque le hacían un poco el efecto de la col, que el rey de Francia Luis XIV, en un momento de buen humor, ó tal vez de desprecio por el enriquecido abastecedor plebeo Savoie, hombre vulgar é insignificante, pero casado con una reproduccion en vida de la Vénus de Medicis, quien había podido llegar á ser ennoblecido por medios que no debía desconocer un rey tan admirador de lo estético en la mujer, como quisquilloso en cuestiones de pura limpieza de sangre de las personas de su alrededor,—tuvo á bien designarle como armas, es decir una col de sinople (en francés las coles se llaman coles verdes de Savoya, *Savoie*) en campo de plata, ocurrencia del rey, que si bien causó una general hilaridad entre los antiguos cortesanos, no por eso curó al advenedizo é improvisado ennoblecido, demasiado feliz con su flamante título.

Decidió entonces pintar á ambos lados del Escudo, una cruz latina, emblema de esperanza del porvenir para los pueblos de esta parte del gran continente y cuando lo tenía listo, preguntó Herr Ehrlich al parasematógrafo Mr. Brown, si no le ponía divisa alguna para acabar de hacer las cosas en óptima forma y crear unas armas en que no faltara nada.

En vista del deseo del profesor, propuso el pintor trazar una cinta con las palabras:

While I live I'll croak (mientras vivo coacaré) (*)

pero objetó el profesor, que la divisa debía escribirse en aleman, por formar el país de Utengwé, parte del inmenso territorio que se extiende desde la costa hasta el lago Tanganika, y desde la mitad meridional de Ukerewe hasta la mitad septentrional del Nyassa, ó sea de los 30° á los 39° de longitud Este segun el meridiano de Greenwich y desde el grado 1 hasta el 11 de latitud Sur, cuyo territorio es tributario ó está bajo la proteccion del imperio germánico. Mr. Plemperton respondió que no por espíritu nacional, no por haber sido un Inglés, Mr. Stanley, el descubridor del lago Tanganika, ni para hacer la oposicion, debía objetar contra esta proposicion, que la lengua en que está escrita una divisa, no ha de ser por eso precisamente la del país, y en prueba citó las divisas *Honni soit qui mal y pense* de las armas de la Gran Bretaña, *Nec plus ultra* de España y *Je maintiendrai* de los Paises Bajos. Herr Ehrlich que ne se dió por convencido, contestó que ya que Mr. Plemperton citaba á Inglaterra, quería él tambien nombrar á una parte del mismo país, al principado de Gales, cuyo escudo tiene por divisa *Ich diene*. Salió á la defensa de su país de representacion parlamentaria, Lord Cleaventod y dijo que esas palabras *yo sirvo*, estaban así mal escritas desde el advenimiento al trono de la casa de Hanover y que hay que leerlas conforme antiguamente se escribían y cual han de ser leidas: *Eich dyn* en idioma cimria, es decir *este es vuestro hombre* y como el profesor dió á comprender que no entendía el idioma del antiguo país de Cambria, el Lord inglés dió la explicacion que copiamos á continuacion.

—A fines del siglo noveno,—dijo,—el principado que hoy

(*) Hé escrito con perdon de la Academia de la Lengua «*coacaré*», teniendo que crear el verbo *coacar*, extrañándome que no se le haya dado vida todavía, cuando cantidad de otras lenguas poseen un verbo especial, expresando onomatopeyicamente el sonido que emite la rana. Como prueba los siguientes ejemplos:

en griego	:	ho bátrachos *koázei*.
» latin	:	rana *coaxat*.
» inglés	:	the frog *croaks*.
» ruso	:	lliagouchka *kvakayete*.
» holandés	:	de kikvorsch *kwaakt*.
» francés	:	la grenouille *coasse*.
» italiano	:	la rana *crocida* ó *gracida*.
» aleman	:	der Frosch *quakt*.

y tal vez haya otras lenguas, que no hé estudiado, que añadir á la enumeracion que antecede.

está administrativamente dividido en doce condados con su capital Pembroke, formaba un país dividido políticamente en tres estados, al norte Gwynedd, al sur Demetia y al centro Damnonia, que su rey Koderich II dió á gobernar á sus tres hijos Amarawd, Kadel y Mervin. Estos, á su vez, legaron sus estados á sus hijos y siguiendo este sistema, los descendientes de Koderich subdividieron el país en tantos pequeños fragmentos, que sus reyes perdieron todo poderío y de estados independientes, se volvieron vencidos y tributarios de los reyes sajones de Inglaterra, á quienes en el año 924, los Cymries tuvieron que pagar un tributo anual consistiendo en doscientos cazadores de lobos, de cuyos animales Inglaterra estaba tan infestada y de que los Ingleses sabían tan mal librarse, que el rey Adelstan, en lugar de exigir un tributo en metálico, lo pidió en hombres para dar caza á las fieras. Esta situacion continuó cuatro siglos hasta que uno de los mayores reyes llamado Leslin, perdió la vida en una batalla contra el rey inglés Eduardo I, despues de cuyo suceso y favoreciéndole siempre la suerte, fué este rey venciendo paulatinamente á los demás pequeños reyes, hasta hacerse dueño de todo el país. Sin embargo, no por eso pudo lograr Eduardo I, ser aclamado rey por los Cymries, que orgullosos de su procedencia, no admitían á un Sajon como rey y constantemente tuvo que luchar contra el espíritu de independencia de los moradores, imponiendo estos al conquistador la obligacion de darles un rey natural del país.

Cuenta la crónica, que entonces Eduardo I se sirvió de un ardid, prometiendo á los habitantes darles para gobernarles un príncipe, que hubiera nacido en el país, no hablara ni una sola palabra de inglés y cuya vida no registrara antecedente alguno desfavorable para el país. Aceptada esta oferta por los Cymries bajo fé de juramento y sabiendo el rey que una palabra empeñada sería religiosamente observada, hizo venir en 1285 á Gales su esposa que estaba por dar á luz y que una semana despues dió vida en el castillo de Caernarvon á un infante, que andando los tiempos fué Eduardo II. Al nacer este príncipe y reunidos en la sala de honor todos los magnates cimrios, el rey les llevó al vástago, diciendo: —*Eich dyn*, este es vuestro hombre, ha nacido en el país, no habla palabra alguna de inglés y en su vida no ha cometido ningun acto contrario á los intereses del país. Ahora bien, dijo para terminar Lord Cleaventod, se pretende que las palabras *Ich diene* fueron

puestas en lugar de la divisa original, por el Príncipe Negro que mató en la batalla de Cressy al rey de Bohemia y adoptó el lema que este llevaba en su escudo como un recuerdo de su victoria; pero estoy seguro que caso de haber continuado en el trono la misma casa reinante, los Stuarts, la antigua divisa no hubiera sido bastardeada y quedarían conservadas dos palabras conmemorativas de aquel idioma en que el Padre Nuestro empezaba de este modo: *Ein tad yrshwn wyt ynyneſoedd sancteiddier dy enw*, idioma que ya no se habla.

En esto, le interrumpió el profesor, hay un error; esta lengua no se ha perdido por completo, puesto que me acuerdo haber leido en un tratado etnográfico sobre los aborígenes de América, que no hace muchos años un marinero de Gales, hizo naufragio con su buque en la Bahía de Hudson, salvándose él solo de la catástrofe; que no encontrando en el punto donde pudo llegar á tierra, á nadie, se internó hácia el Oeste, nutriéndose de las frutas que el suelo norteamericano le proporcionaba y que despues de muchísimas semanas de andar vagando, dió con una aldea de un centenar de wigwams bien construidos, donde media docena de graves sachems con el tomahawk en el cinturon, fumaban silenciosamente sus adornados kalumets, mientras una horda de squaws alborotaban y figúrense Ustedes el asombro y el contento del marinero, cuando oyó salir de las bocas de aquellas mujeres frases en su dialecto natal, se hablaban en galo. Considerándose en familia saludó á los ancianos, quienes le enteraron que ellos eran descendientes de Madok, segundo hijo de Owen Guynnedd, que á principio del siglo XII había dejado su país con diez barcos tripulados de descontentos y que en busca de una nueva pátria habían llegado á esta parte de América, donde en el trascurso del tiempo se habían cruzado con las naturales, creando de este modo un tipo de raza variada, pero conservando su idioma primitivo. Ya vé Usted querido Milord, que el dia que tenga ganas, puede todavía oir hablar el antiguo galo, orgulloso como debe Usted estar, que sus compatriotas pisaron el suelo del Nuevo Mundo más de trescientos años antes que Cristóbal Colon, aunque á la vez tengo que advertirle, que ellos no han sido tampoco los primeros en abordar las costas americanas, ya que ha quedado fuera de duda que los célebres Fenicios, comerciaban con los habitantes de la América meridional, mucho antes que Caton pronunciara diariamente su lúgubre *delenda est Carthago.*

El ingeniero había, mientras tanto, concluido su trabajo; había pintado una cinta de azur con una divisa en oro que decía:

Vis unita fortior (la fuerza unida es más fuerte),

aludiendo tal vez á las legiones de ranas. Iba á colgar el escudo, y Herr Speichel le advertió que tanto la República Sur-Africana (Transvaal) que lleva bajo su escudo de armas el lema *Eendragt maakt magt*, como el Rey de los Belgas que lo es el honorífico del Estado limítrofe del Congo, podrían llamarlo plagiato, por llevar las armas de Bélgica la divisa *l'Union fait la force*, frase adoptada por ésta nacion cuando se desunió de Holanda en 1830. Mr. Brown iba á borrar la cinta para dejar el escudo sin divisa alguna, en vista de la poca suerte que tenía para idear un lema, cuando el doctor dijo, que si bien un renglon en aleman tenía su razon de ser, ésta lengua, sin embargo, no se entendía todavía lo bastante, para que todo el mundo pudiera apreciarla; que por razones de alta política se debía eliminar cualquier lengua viva, con excepcion de la del país en que se estaba, pero que no se podía utilizar ésta, por no haberse publicado todavía una gramática utengwesa y que, por lo tanto, no quedaba más que el latin, cuya lengua es tan adecuada puesto que en un mínimum de palabras se expresa un máximum de pensamientos. La quiero mucho, añadió, y como aquí estamos seis compañeros que todos hemos tenido que estudiarla durante algunos años en nuestro buen tiempo y como cada uno de nosotros nos acordamos más ó menos todavía de varias máximas, sentencias y aforismos, allá ván algunos que someto al criterio de Ustedes. Acto contínuo escribió en una hoja arrancada á su libro de apuntes de viaje, las siguientes líneas, que empezó á leer con pequeños intérvalos para dejar un momento de tiempo para su exámen:

Fiat lux (haya luz)

A Mr. Plemperton no gustó esta máxima, por parecerle irreverenciosa, en atencion á que el Génesis la pone en boca del Supremo Hacedor, al apartar la luz de las tinieblas y concluir el primer dia, contra cuya palabra de *dia* hizo objecion Herr Ehrlich, invitando á Mr. Plemperton de poner en su lugar «periodo», por ser más apropiada traduccion del hebreo, ya que indudablemente por los seis dias de la creacion segun el enseñamiento Mosáico, se entienden seis largos periodos de á miles y miles de años.

Aut Caesar aut nullus (ser el amo ó nada)

Fué desechado por el profesor y el vice-presidente, que dijeron

que Utengwé nunca podría ser Caesar, que esto lo era el Imperator-Rex Guillermo II de Alemania y que, por lo tanto, ya se sabía que lo que quedaba para el país, era *nullus*.

Felix qui nihil debet (dichoso el que nada debe).

Fué igualmente desechado á consecuencia de la observacion qne hizo el ingeniero, que dijo debía protestar de la idea que encerraba esta frase bursatil, puesto que mal podía un ministro de Hacienda pensar en la emision de un empréstito, mientras que el alfabeto de la lengua escrita no estaba todavía formalizado; que por lo tanto no había lugar á preocuparse de una deuda que aun no existía, ni de un ministro del Tesoro para quien todavía no había llegado la hora de ponerse las botas.

Nec temere nec timide (ni temerario ni tímido).

Fué asímismo desechado, como tambien:

Nec timeo nec sperno (ni temo ni desdeño),

ambas frases no por no ser bellas, pero un tanto altivas para un país, cuya historia no señala todavía arranques de heroismo en el vencer ni en el sufrir.

El bueno del doctor no perdió la paciencia y apuntó:

Nunquam non paratus (siempre dispuesto)

que tampoco fué aceptado, puesto que los amigos refiriéndose á las ranas, preguntaron riéndose, que si era por su disposicion para el canto, ya se sabía demás que no les faltaba.

Entonces Mr. Leading propuso:

Multum in parvo (mucho en poco)

pero el jurado continuaba desechando, alegando que si bien se puede interpretar que aunque lo poco puede valer mucho, lo cual estaría muy bien dicho, tambien es cierto que dá lugar á leer este renglon de un modo distinto.

Spero melioro (espero mejorar)

preguntó por fin el doctor: ¿no puede servir tampoco, ó es que Ustedes me ván á decir que lástima fuera si este país con el tiempo no mejorara? Y como no se le contestó, Mr. Leading cansado de proponer con tan poco éxito, cerró su agenda y se quedó esperando que alguien dijera algo mejor. Pero nadie pronunció una palabra, todos quedaron pensativos, probando este silencio una vez más cuán fácil es la crítica, cuán difícil el arte. El doctor murmuró entre dientes: *chalepòn hoútoo ti poiẽsai, hóoste medèn hamartein*, cuya frase dió lugar á que Mr. Brown, siempre con el pincel en la

mano, le preguntase lo que decía, porque no había entendido bien y que el profesor le contestase sonriéndose, que el amigo físico estaba hablando *in mentem* con Sócrates, porque citaba un renglon de la *Memorabilia* de Jenofonte, que dice que *es difícil hacer una cosa de modo tal que no se yerre en algo.* (*)

Por fin Lord Cleaventod exclamó, que donaba la divisa de los Goldley:

Maximus in minimis (grande en cosas pequeñas)

que ostenta su escudo de armas, desde que uno de sus antepasados por cierto buen mozo y escudero de la reina Elisabeth (**),—la que como es sabido hablaba perfectamente el latin,—encontrándose un dia con la reina en una cacería, donde ella se acaloró mucho y se quedó sedienta, sin que hubiera algo á mano para apagar su sed, tuvo la suerte de encontrar en un bosque cercano un puñado de fresas, que fueron comidas con avidez por la reina, la cual le dijo sonriendo al atento escudero:—*Ago tibi gratias. Quamvis ingentia dona, nunquam possunt esse reginae amabilia tanquam nunc fragorum. Semper es maximus in minimis* (te doy las gracias. Regalos por grandes que sean, no pueden nunca ser tan gratos á una reina, como en este momento estas fresas. Tú eres siempre grande en casas pequeñas.)

Aceptada esta divisa á falta de mejor, quedó por fin terminado

(*) Xenophontos Apomnemoneumaton bibl. B', keph. etha.

(**) Encuentro generalmente traducido el nombre tan querido del pueblo inglés *Queen Beth* con Isabel, traduccion con la que no me atrevo de conformarme, en vista de la etimología hebrea tan distinta de ambos nombres, significando Elisabeth *la escogida del Señor* é Isabel *la con quien ningun hombre se ha unido todavía.*

Cuenta una crónica satírica de Essex del año 1599, en comprobacion de lo fácil que le era hablar en latin á la Reina, que asomándose ésta una tarde á un balcon de su palacio de Greenwich, con sus ministros Barleigh y Walsingham, dijo concluyendo una conversacion que versaba sobre las ventajas de la riqueza: «*dat census honores, census amicitias*» (la riqueza da honores y gana amistades), cuando en el mismo momento apercibió que en el camino debajo del balcon, estaba recostado un hombre jóven, no mal parecido, pero cuyo exterior denotaba pobreza. Al ver á este sujeto, añadió la Reina sonriéndose: «*et pauper ubique jacet.*» Por la mente del pobre jóven, un travieso estudiante de Cambridge que tambien sabía su latin, pasó entonces un pensamiento loco é interpretando el verbo *jacere*, no en el sentido poético de estar postergado—el pobre en cualquier parte está abandonado ó desatendido—sino en el sentido más vulgar, de estar acostado ó descansando, dirigió á la Reina la siguiente frase: *in thalamis hac nocte tuis Regina jacerem: sic facet hoc verum pauper ubique jacet*» (en tu cama ¡oh Reina! me acostaré esta noche, asi será verdad que el pobre en cualquier parte descansa).

Lo que añade la crónica sobre la réplica de la Reina, me lo callaré.

el escudo, y para hacer las cosas bien, saludaron los expedicionarios las nuevas armas con tres hurrahs, no queriendo gastar ciento y un tiros, para no disminuir la existencia de cartuchos, que podían hacerles mucha falta para otro objeto.

Herr Ehrlich hizo preguntar á los canoeros si les convenía llevar á todos al norte, hasta donde el agua le permitiera llegar y despues de un rato de conferencia entre los negros, éstos contestaron que estaban dispuestos á prestar sus canoas para seguir hasta la punta septentrional y si posible fuera remontar algo el rio Rusizi, abonando los blancos esta vez un pequeño salario, ya que ellos iban destinados á Makalumbi, ciudad en el Congo, á la orilla del Lukuga, rio que desemboca en el lago Tanganika, cerca del cabo Kahangwa, bajo el sexto meridiano Sur.

Eran 230 kilómetros de distancia en línea recta hasta el punto donde los rios Rusizi y Ruanda unidos, desembocan en el lago y si no sobrevenía alguna adversidad, si los vientos favorecían, la travesía podría efectuarse en estas grandes canoas en cinco dias, remando seis hombres en cada canoa, mudándose de hora en hora con otros seis y alternando de esta manera tres veces al dia. Pero estos 230 km. se vuelven en realidad 300 mal contados, puesto que los canoeros no se atreven á atravesar un lago de tanta importancia, cuya superficie total se evalúa en cerca de 40.000 kilómetros cuadrados, que ocupa una longitud de 630 km. por un mínimun de 47 y un máximun de 97 km. de anchura. Su elevacion es de 825 metros sobre el nivel del mar y suele estar muy combatido por los vientos llegando á alborotarse sus aguas con todos los efectos de un verdadero mar, por cuyo motivo los navegantes ván costeando á corta distancia las orillas con sus numerosos cabos.

El primer dia se adelantó poco; los porteadores no habían tenido que prestar ninguna ayuda mientras se bajaba el Malagarasi, cuyas aguas conducían sin esfuerzo las embarcaciones al lago, pero una vez dentro del Tanganika faltó esta corriente, había que remar y ayudar á los boteros y la gente no tenía esta costumbre, cayéndose más de una vez un remo al agua, que no siempre pudo ser recogido con facilidad. Al anochecer habían hecho cuarenta kilómetros escasamente, llegando hasta Kavele, burgo de cierta importancia en esta costa, inmediato á la pequeña isla de Bangwé y como el tiempo estaba muy bueno, el estado del mar en bonanza,

el conductor en jefe no tuvo que tomar precauciones para el fondeo. Al segundo dia, ya con una poca de más práctica, se hicieron cincuenta y cuatro kilómetros de camino y se llegó hasta Kakunga, despues de haber pasado enfrente de Kigoma y de Oujiji, tan conocido por el encuentro allí verificado de los dos más importantes, más enérgicos exploradores de la region de los Grandes Lagos, el doctor David Livingstone y Henry Morton Stanley, el 3 de Noviembre 1871, el primero de los cuales murió al poco tiempo, el 4 de Mayo 1873, en Kabinda al sur del lago Bangueolo, llamado tambien Bemba, situado al sur del lago Tanganika, mientras que el otro está destinado todavía á alcanzar mayores glorias y prestar nuevos servicios, si la Providencia le conserva la vida, su señora no se opone á que siga sus viajes de descubrimientos y exploraciones, si las sociedades científicas continúan facilitándole los medios para ello y si puede armonizar las obligaciones de un jefe militar que en aquellas regiones necesita una firmeza y voluntad de acero, á los sentimientos filantrópicos, no permitiendo actos de barbarismo á sus compañeros, llámense el mayor Barttelot, Jameson ú otros. (*)

Durante los seis dias siguientes se pasó delante de la desembocadura de varios pequeños arroyos, que nacen en la cadena de montes que rodea todo el lago y que desde allí hácia el Norte vá aumentando en altura y extension. La orilla en esta parte del Tanganika era muy peñascosa, formados los peñascos de granito, gneiss ó pizarra micacea, y en algunos sitios existen fuentes termales, cuyos efectos se notaban hasta en el agua, cuya limpidez en varias partes estaba enturbiada, adquiriendo un color lactescente que prestaba un gusto unas veces á agua de mar, otras veces á materias minerales. El viento soplaba constantemente del Nord-Nordeste, por cuya razon era poco lo que se adelantaba cada dia; se pasó la localidad de Kasokwe, se dobló el cabo Kikamba, pasaron delante

(*) El verdadero nombre de Stanley es John Rowlands. Nació en Denbigh en la parte norte de Gales el año 1841, recibió la primera enseñanza en la Escuela libre de St. Asaph y se fué siendo muchacho todavía á Nueva Orleans. Recogido y luego adoptado por hijo, tomó el nombre de su bienhechor, cambiando el suyo por el de Henry Morton Stanley, á la vez de cambiar la nacionalidad inglesa contra la de ciudadano de los Estados Unidos de América. Se casó el 12 de Julio 1890 en la abadía de Westminster con Miss Dorothy Tennant, hija de Charles Tennant of Cadoxton Lodge en Neath, Glamorganshire y de Gertrude Barbara Rich, que fué hija del almirante H. T. B. Collier R. N.

de la aldea Kisembesi, del cabo Kasofu y de la aldea Katanga, frente á la península Ubwari, situada en la costa opuesta, cuya elevada cadena de montañas se podía distinguir perfectamente, sin tener deseos de acercarse á este territorio, donde segun refirieron los conductores, al pasar enfrente de esta península, se había desarrollado, á principios del año, uno de esos dramas, tan corrientes entre aquellos feroces pueblos.

El rey de Basonga había fallecido despues de una larga existencia dedicada á batallar sin cesar y entregarse á todos los excesos y como la poligamia no solamente está en favor en su país y en todas las regiones alrededor, sino que el poseer muchas esposas es un artículo de vanidad, que dá más esplendor al primer magistrado de la nacion, este rey poseía unas ochenta. Ahora bien; en el interior del Africa, aunque no sean mahometanos sus habitantes, existe la misma costumbre de los Arabes, es decir, que la primera mujer es siempre la señora de las otras, las que le deben respeto y obediencia. Sucede, sin embargo, que pasada la edad de 23 á 25 años las mujeres del país, si jamás han tenido alguna belleza, ya empiezan á desmejorar rápidamente y cuando llegan á los 32 años, se han vuelto físicamente tan obesas, feas y asquerosas, á la vez de volverse su carácter insufrible por los celos y mal humoradas que están constantemente, que no pueden sufrir á las demás esposas de su señor y amo, y menos á las de mucho menos edad, que paulatinamente ha ido adquiriendo, maltratando á estas jóvenes durante la vida del rey, acusándolas contínuamente de los delitos de robo é infidelidad y siendo causa no pocas veces de que cuando dominado por los vapores del pombeh, se ha embrutecido el jefe, éste, excitado entonces por su primer consorte, manda á las pobres al suplicio. Murió el soberano, y ella aprovechó una circunstancia tan favorable, para dar libre suelta á su feroz ódio hácia todas las de su sexo. Dispuso unos funerales brillantes en que ordenó que cincuenta y dos de las esposas, todas escogidas por ella, una por una, acompañarían al difunto, para que al presentarse éste, ante el Muzimu, ó sea el espíritu, llegara con un cortejo propio de su alta investidura en la tierra. En efecto, el dia del entierro, al principiar la ceremonia fúnebre, hizo degollar las cincuenta y dos esposas, y despues mandó inmolar un centenar de esclavos, en cuya eleccion, por tratarse de hombres, ya no demostró interés en escogerlos, saciando su terrible encono, su implacable celo,

en la sangre de tantas y tantas jóvenes sacrificadas en aras del más desbordado ódio, contra toda mujer de más mérito y menos edad que ella.

Cuando el más viejo de los conductores había acabado de referir esta página de la historia de Ubwari, observó el doctor con cierta uncion en su modo de expresarse, que dichosa la mujer europea que, como buena cristiana, no es capaz de hacer daño ni querer mal á ninguna de su propio sexo, ni aún por cuestiones de celos, que es la pasion más desarrollada en la mujer, contra cuya opinion, el incorregible himeneoapático, el antimatrimoniomático Herr Ehrlich tuvo la osadía de objetar, sin anfibología, que si hasta la presente había sabido resistir á los embates de sus paisanas, por cierto enamoradas cual en ninguna otra nacion,—hecho suficientemente probado por los cuadros estadísticos demográficos comparados de nacimientos legítimos y naturales,—era por el temor de que, si durante su vida cambiara la forma de gobierno de su pátrio suelo y se hiciera gynecocrática, estaba seguro que, caso de que á su media manzana, si él se hubiera casado, se le ocurriera la fantasía de creer tener motivos de celos, en vez de ocupar el tiempo y sus facultades mentales en cosas útiles, las penas corporales que idearía un tribunal de lo criminal femenino, serían el resultado de los estudios de la más refinada crueldad, aplicada por el más loco capricho, y que él no había nacido para aumentar el catálogo del martirologio casero.

Despues de pasar Ubwari se dobló el cabo Panza, luego el de Sentakeyi, se pasó delante de Magala y de Kisuga, y dejando las múltiples islas Katangara á la izquierda, se llegó al fin al punto donde los rios Rusizi y Ruanda, mezcladas sus aguas, vierten su masa líquida en el Tanganika. Desde este sitio al golfo de Beatrice, en la parte meridional del Albert Edward Nyanza, hay una extension que se puede recorrer en diez ó doce jornadas.

Ocho dias se habían invertido en la navegacion, puesto que se estaba á 8 de Noviembre, cuyo trayecto, merced á un tiempo constantemente bueno, se había podido efectuar en las mejores condiciones de comodidad y de seguridad, y tan satisfecho había quedado Herr Ehrlich de este modo de viajar, que quiso que los canoeros remontasen el Rusizi hasta donde fuese navegable, país de Urundi adentro, para luego seguir á pié siempre hácia el Norte, atravesando los territorios de Urundi, Meru, Unyambungu, Ruanda,

Batwa, Ankori y Unyoro hasta las Montañas de la Luna, donde el profesor se proponía recoger el premio de sus fatigas, y una vez conseguido este objeto, cubrir el expediente asistiendo en sus trabajos á su colega y ayudándole en sus operaciones al otro lado de los lagos Albert y Albert Edward. No se había convenido todavía si Herr Speichel acompañaría al profesor en su visita á la caverna, ó si dejándole al pié de la cordillera Ruwenzori, continuaría por el territorio de Awamba, al ancho valle del Semliki, para dirigirse á los montes Balegga y los Azules. Tampoco se había decidido aún si concluida la exploracion y encontrado al Saharasauro, los compañeros ingleses continuarían su fatigoso viaje con los dos sábios, ó si entonces la sociedad quedaría disuelta y cada parte iría por su lado, aquellos volviendo á Zanzibar ó á Mombasa y estos internándose más y más hácia el Occidente.

En un principio la navegacion sobre el Rusizi no ofreció nada de particular; el rio era ancho, sin correr con gran velocidad y los habitantes ribereños se mostraron sorprendidos al ver á los blancos, pero se mantuvieron pacíficos. Del Oeste, otro rio llamado Ruanda, viene á mezclar sus aguas con las del Rusizi, ambas turbias y cenagosas corriendo entre las orillas cubiertas de altas yerbas, por un terreno llano hasta donde alcanzaba la vista. Los canoeros no habían nunca remontado el rio y, por lo tanto, no conocían nada del país que bañaba; seguían remando con la ayuda de los porteadores, á quienes este trabajo era más grato que el de ir caminando cargados con los fardos, hasta que al final del segundo dia el rio, cuya suave corriente iba recibiendo á menudo el tributo de pequeños arroyos que á ambos lados se deslizaban hácia él, parecía cerrar el paso. El obstáculo era un mar de yerbas y de cañas, sobre todo de papyrus cuyos tallos y ramas, encierran una médula de un sabor azucarado muy apreciado por los indígenas, á través de cuya masa espesa no se avanzaba sino muy despacio, teniendo los hombres que apartar ó cortar con hachas y machetes, los juncos y gramíneas que se oponían al paso de las embarcaciones. Aumentó tanto este casi impenetrable cañaveral, donde á menudo repugnantes cocodrilos asomaban las cabezas, que á pesar de los esfuerzos de todo el mundo, llegó á ser un imposible seguir adelante. Los viajeros viendo que de continuar luchando con esta dificultad, no se adelantaba casi nada, resolvieron abandonar la direccion al Norte y buscar en la orilla izquierda del rio, es decir al Este,

un sitio que no fuera pantanoso, para desembarcar los efectos y volver á emprender el viaje á pié.

Con este objeto los hombres dirigieron las canoas á la orilla y despues de un fatigoso ejercicio en el que se invirtió medio dia, se llegó á una pequeña laguna en cuya ribera se elevaban unas treinta grandes colmenas, que eran chozas construidas sobre altas estacas, cuyos habitantes en atencion á que no se veía por ningun lado rés alguna vacuna ni lanar, debían de ser sumamente pobres y necesariamente nutrirse del producto de la pesca. Al acercarse las canoas, los negros creyendo que les iba á pasar algun daño, huyeron pero no tardaron en volver, cuando apercibieron que los extranjeros se dedicaron tranquilamente á llevar á tierra parte de sus equipajes, empezaron á hacer candela y á comer. Eran hombres enclenques, visiblemente enfermizos, aunque de una corpulencia igual á la corriente, á consecuencia del régimen ictiofágico de su alimentacion, que ya de padre en hijo les había ocasionado una constitucion débil, blanda, llena de una grasa laxa y fluída, produciendo ese estado de palidez, de inercia, que tiende á la degeneracion de los humores, á la languidez, á la leucoflegmasia y á la anasarca y predispone á la diatesis verminosa.

Ni el guía, ni el intérprete, ni hombre alguno entre los soldados y porteadores, entendía el dialecto de estos negros; pero los canoeros, acostumbrados á visitar los paises alrededor del Tanganika, poseían varios de los que allí se hablan y por su intermedio, se supo que el país no producía nada, que todos eran pescadores, que nadie se acordaba de haber tenido ganado, por más que tampoco lo deseaban tener para no excitar la codicia de los pueblos de más arriba, que se lo robarían y los maltratarían por encima. Contaron estos infelices que se nutrían exclusivamente de animales acuáticos, peces, culebras, ratas, tortugas, cocodrilos, etc., dando una marcada preferencia á esta última carne á causa de su gusto y olor á almizcle; que se apoderaban de su alimento lanzando sus arpones á la casualidad á través de las cañas; que algunas veces sucede que la fuerza del animal alcanzado, arrastra el arpon y el cordel hecho de lianas, en cuyo caso tienen que echarse detrás de la presa, meterse en el agua y seguirla á nado hasta que el animal pierde fuerza y puede ser cogido, aunque exponiéndose á ser presa ellos á su vez por algun cocodrilo, por más que tienen una dexteridad suma en esta cacería y cuando se aproxima uno de

estos anfibios nadando, en lugar de huirles, se dejan casi alcanzar, luego con rapidez grande, se echan al lado del mónstruo, se meten á caballo encima de su nuca y con una porra de ébano ú otra madera muy dura, precipitan en un nada de tiempo un sin número de golpes en la cabeza del animal que atontado, cuando no muerto, es conducido á la orilla y pronto despachado. Sucede en la estacion de las lluvias que no pueden encender lumbre, porque la humedad hace imposible la frotacion de la madera; en este caso, se vuelven omófagos, porque devoran su caza cruda y cuando ésta es muy escasa y el hambre aprieta, hasta machacan huesos y espinas entre dos piedras para formar de ello una pasta y tambien sácian su hambre comiéndose pescados maleados ó podridos á falta de pesca viva. Así se explicaba, por qué presentaban estos naturales en sus cuerpos tantas úlceras pútridas ó cacoéticas y padecían de calenturas gástricas y adinámicas, haciéndolos más repugnantes y pestilentes, séres más miserables aun que sus congéneres vistos en diferentes partes, que se frotan todo el cuerpo con ceniza, mezclada con orina de ruminantes y despiden un olor nauseabundo y fétido, pero que por lo general son todos indivíduos más robustos, más guerreros é intrépidos cazadores á consecuencia de su régimen alimenticio mixto, siendo ellos sarcófagos ó creófagos, á la par que frugívoros.

Segun informes recogidos de estos negros, todo el país al Norte era pantanoso y la locomocion, por lo tanto, bastante difícil. Esta circunstancia y los consejos de Mr. Leading de sobre todo no parar muchos dias en esta region húmeda, tan propensa á engendrar calenturas y disentería, hicieron desde luego desistir del proyecto de ganar el Muta Nzigé, en una línea la más recta posible, aunque se tuviera que invertir mayor tiempo en el trayecto haciendo rodeos. Se pagaron, pues, generosamente los conductores de las canoas y como en realidad el muchacho de Ganina no podía servir ya como guía, se le dió permiso para volver con los canoeros á su tierra. Uno de los comedores de pescado se ofreció llevar á la caravana hasta llegar al terreno montuoso, oferta que fué aceptada. Lord Cleaventod quiso hacerle probar un buen plato en recompensa de la buena voluntad que demostraba y le hizo comer los restos de una lata de carne de buey asada; pero á poco de haberlo tragado con glotonería, este fuerte alimento le produjo en su estómago no acostumbrado á un manjar bien acondicionado, un malestar

tan grande, que no solamente devolvió lo comido, sino que siguió provocando aguas gástricas y biliosas acompañado de fuertes dolores, que el médico hizo cesar, haciéndole tomar por dos veces un gramo de clorhidrato de cocaina en un buen trago de cognac francés.

Los Romanos en tiempo de Calígula, al decir de Séneca, estaban mejor dispuestos para comer mucho y bien, sobre todo mucho, cuando dicho sábio dice sin rebozo: *edunt ut vomant, vomunt ut edant*, porque en efecto, tanto el anfitrion como sus gastronómicos convidados, cuando ya no podían absolutamente comer más y que, sin embargo, las mesas estaban todavía llenas de suculentos manjares excitando á ser comidos, mientras que los esclavos no dejaban de entrar con nuevos apetitosos platos, para no dejar de disfrutar aun más y siempre más de tantas delicias, se hacían introducir en la garganta una pluma de pavo real para desocupar el estómago, operacion que es de suponer no les fuera molesta, y así comiendo hasta vomitar, vomitaban para comer todavía.

Como ya era tarde la marcha quedó convenida para las primeras horas del dia siguiente, y pronto se conoció que no eran demás los servicios de un guía por este terreno, donde á menudo las piernas entraban hasta las rodillas en el fango y la gente adelantaba poco camino. El terreno durante todo este dia y el siguiente ofrecía las mismas condiciones y sólo al tercer dia se divisó hácia el Nordeste un terreno montañoso, donde se llegó al dia despues y desde una de cuyas primeras filas de colinas, se apercibió en la misma direccion una gran extension de agua que segun los mapas de los Ingleses, debía ser el lago Alexandra ó Akenjaru, como lo denominan los indígenas. Estaba el lago, sin embargo, más lejos de lo que parecía y pasaron todavía dos jornadas antes de llegar hasta sus riberas. Este lago tiene menos que la trigésima parte de la superficie del de Tanganika, aunque siendo el mayor de los que existen entre éste y el lago Ukereve, porque el de Kivo Kovoé al Oeste y los de Thema, Werabanje y Kiwandare al Este, son todos de superficie bastante inferior, no habiendo más que el lago Urigi, cuyas dimensiones pueden compararse al lago Alexandra, aunque varían ambas á menudo de dimension segun llueva más ó menos en una ú otra comarca por donde pasan los rios que les abastan en gran cantidad de agua.

La parte del lago á donde llegaron los expedicionarios, estaba

situada al sudsudoeste, y por más que hubiesen preferido costear el lago en sentido longitudinal, siguiendo adelante, pronto se convencieron que continuaba la misma dificultad con el terreno fangoso, imposibilitando ir hácia el Norte. Así no tuvieron más remedio que descender hasta la extremidad meridional del Alexandra y tomar en direccion de los montes de Kagera, que fueron alcanzados al cabo de dos dias de pisar ya tierra firme. Luego siguieron durante otros tres dias constantemente en direccion septentrional, hasta el rio Ruvuvu, que recibe un poco más al Este al Masongo y unido con éste á una jornada de distancia, se echa en el rio Kagera que sigue su curso primero al Norte, describiendo luego una gran curva para dirigirse al Victoria Nyanza, donde desemboca con el nombre de Nilo de Alexandra, considerándose este rio, que nace á unos cincuenta kilómetros al Este de Magala en la ribera nordeste del Tanganika, como una de las fuentes del Nilo, ó como se decía antiguamente, *Caput Nili*, al hablar del rio Ægyptus.

Capítulo X.

Querer la cabeza del Nilo.—Opinion de Herodoto.—Sistema primitivo de cazar por el fuego.—Toma de una aldea.—El dardo de los Parthos.—El sargento empalado.—Noche Buena en el Ankori.—Ejemplares vivos del *homo troglodytes*.—El lago Albert Edward.—Cómo traficaban los Cartagineses.—La cordillera volcánica del Ruwenzori.—Otra vez Rad Abah.

Cuando el 20 de Noviembre se acampó en la orilla izquierda del Ruvuvu, Herr Ehrlich sacó la conversacion sobre la tan debatida y tantísimas veces secular cuestion de estas legendarias fuentes, que durante dos mil quinientos años quedó envuelta en el mayor misterio y rodeada de una atmósfera fantástica, dando lugar á la frase *Nili caput quaerere*, —querer la cabeza del Nilo,—es decir, querer lo imposible, cuestion que aun hace muy poco tiempo apesar de las constantes exploraciones, verificadas en estos últimos años y de gran trabajo de paciencia y de estudios hidrogeológicos para aclarar el misterio, quedó sin resolver, hasta que hoy dia, por fin, es cosa averiguada la procedencia. El Nilo es la reunion de una infinidad de rios más ó menos caudalosos, de los que son los más importantes Bahr el Abiad (el rio blanco) y Bahr el Asrak (el rio azul) que confluyen en Chartum. De estos dos rios, el primero procede en cuanto á su brazo más occidental, de las aguas del Muta Nzigé, que las vierte con gran fuerza, en consideracion á su situacion de cerca de 300 m. mayor altura que la del Alberto Nyanza, por el Semliki, rio con varias cascadas y cataratas que desemboca en este último lago en cuya punta septentrional viene á recibir el otro brazo, el más oriental. Este proviene del rio que se acaba de nombrar,

el Kagera, que al echarse en la parte Oeste del Victoria Nyanza toma el nombre de Alexandra Nilo y al salir al Norte—ó sea el vertedero de este gran lago, tal como lo es el Semliki del Albert Edward Nyanza, si no se admite con igual razon que uno de tantos riachuelos como vierten sus aguas en este último lago, sea ya la fuente del Nilo más occidental, que luego entre todos ván á confundirse con el Semliki—el nombre de Victoria Nilo y en la curva que forma, el de Somerset Nilo, hasta su confluencia cerca de Magungo, con las aguas del lago Alberto. Desde este punto corren reunidas las arterias fluviales de los tres referidos lagos, tomando el nombre de Bahr el Djebel, hasta que éste, uniéndose con Bahr el Ghazal, Bahr el Sarafe y el Sobat, cerca del punto de este último nombre, toma el de Bahr el Abiad, el rio blanco y corre como ya se dijo hasta la ciudad, donde el Mayor general inglés Sir Charles Geo. Gordon R. E. fué víctima del Mahdi, Chartum donde se une con el rio azul. Sobre la procedencia de este último brazo del Nilo descubierto hace muchos siglos, no ha habido nunca esas controversias, puesto que naciendo en los montes de Godjam en Abisinia, en el territorio de los Agows, al norte del lago Tzana, llamado tambien Dembea, desemboca en este y vuelve á salir al sur, para desde allí con una curva muy pronunciada al Sudeste, dirigirse despues al Noroeste hácia Chartum. Al rio azul llaman los Abisinios Abbai; es el Astapus de los antiguos.

Herodoto, el verdadero padre de la historiografía, que escribió en un estilo tan sencillo y naivo como juicioso y creyente, la reseña de sus viajes y la historia de los pueblos que había visitado (500 años antes de nuestra era); él, que lo mismo describe en *Kleió* 198, 199 la moralidad de los habitantes de Babilonia, como refiere las costumbres de las Amazonas en *Melpoméne* 113, las de los Nasamones *ibidem* 172 y las de los Gindanes *ibid.* 176; que cuenta lo que hizo el rey Periandros, en *Terpsichóre* 92, 7 y dá curiosos detalles en *Thaleiá* 108 á 113 sobre la historia natural; que hace consideraciones filosóficas sobre calamidades en *Erató* 27 y habla de los leones en Grecia en *Polúmnia* 126 y de los sepulcros de cristal (feldspath) de Etiopia en *Thaleiá* 24; que relata como el hijo del arquitecto del rey Rhampsinites era un astuto ladron en *Eutérpe* 121 y dice la clase de contestacion que dió Amasis al mensajero de Apries, *ibid.* 162; que hace conocer el horror del rey de la Bisalcia cegando á sus propios seis hijos por desobediencia en *Ouranie*

116; que registra el hecho del adivino Hegesistrates, quien encadenado por un pié, se lo corta para huir, en *Kalliópe* 37 y que describe una sangrienta escena en el serrallo de Jerjes *ibid.* 110 al 113; —Herodoto ha dado las primeras noticias sobre el orígen del Nilo, en la segunda parte de sus «Historias», *Eutérpe* 28 y siguientes.

En su obra cuenta el historiógrafo, que estando en el Egipto, el tesorero del templo de Athena en Sais refirióle que entre las ciudades Syena y Elephantina, hay dos montes cuyas cimas forman conos, llamados Crophi y Mophi y que entre los dos están las fuentes del Nilo, que brotan de un abismo sin fondo; que una mitad baja en direccion del Norte á Egipto, y la otra al Sur á Etiopia y que el rey Psammítico, habiendo mandado medir la profundidad del abismo, no la había podido alcanzar ni con cuerdas de muchos millares de brazas. En el párrafo 33 admite Herodoto que el Nilo viene del Occidente de la Libia, la que atraviesa por medio, lo que vendría á significar que pasa por el desierto del Sahara. Unos seiscientos años despues, Claudio Ptolemeo escribió una geografía matemática, *Geographikè aphégesis*, en ocho partes, un compendio mayormente de lo que hasta su tiempo se había escrito sobre geografía y astronomía por Hipparco, Flavio Arriano, Strabon y otros. En esta obra hablando del Nilo, dice que sus seis primeros brazos desembocan en dos grandes lagos situados hácia el Sur, pero no precisa el sitio, lo cual por cierto es de sentir, porque de haberlo aclarado se hubiera podido apreciar si ya en aquella remota época, se conceptuaban los lagos Victoria y Albert Edward como la cuenca hidrográfica indicada por Ptolemeo. Un geógrafo árabe, Scheabeddin, que vivió en el siglo XV y escribió igualmente sobre el Nilo, dijo que el brazo occidental de este rio procede de las nieves de las Montañas de la Luna. No iba muy descaminado por cierto este escritor, como así mismo admitió la existencia de montañas nevadas, hecho perfectamente verdadero, de que Herodoto se burla diciendo, que en un país donde los hombres son negros y los vientos soplan abrasadores, no puede caer nieve como lo pretende Anaxagoras (*Eutérpe 22*).

Pasado el Ruvuvu, despues de otra jornada tuvieron los expedicionarios que atravesar otro rio, el Kiolag, que nace en la vertiente meridional de Ankori, en cuyo lado septentrional toma orígen el rio Ruesi, cuyas aguas se unen con el Kagera poco antes de desembocarse este último en el lago Victoria. El camino que

nuestros amigos siguieron siempre entre dos cadenas paralelas de montes poco elevados, les condujo en cuatro dias al lago Thema, desde cuyo punto el terreno viene subiendo, lo que les permitió, por fin, inclinarse hácia el Oeste en busca del Muta Nzigé.

El guía les dijo entonces que ya no hacía falta acompañarles más, puesto que hasta dicho lago el camino no podía ofrecer dificultad alguna. Sobre esta seguridad dada, fué despedido el ictiofago y los amigos, siguiendo el último consejo del guía, fueron avanzando en línea recta para llegar al lago Kivo Kovoé, camino más cómodo que si hubiesen atravesado oblícuamente el país. El terreno continuaba quebrado, pedregoso los dos primeros dias y si bien durante el tercero no ofrecía esta molestia, el cuarto y quinto volvió á ofrecer la misma incomodidad por lo petroso que era y si no hubiera sido porque las cajas iban agotando ya su contenido, y que se abandonaban cajas y latas vacías, como objetos inútiles en medio del camino, los porteadores se hubieran seguramente quejado otra vez del peso, que incomodaba para trepar ásperos montes y luego bajar á barrancos descarnados. Al llegar al último rio, el Mvorongo, costó trabajo pasarlo porque corría entre dos escarpadas riberas con bastante velocidad y una profundidad tal, que la gente no se atrevió á pasarlo nadando, ni formando cadena, por cuyo motivo fué preciso buscar un árbol en la cercanía de suficiente elevacion, para que despues de cortarlo y echarlo encima del rio, alcanzara al lado opuesto y pudiera servir de paso. Despues de este rio, el terreno se volvió completamente llano, aunque con una suave y contínua subida, que sin interrumpirse iba siempre en aumento hasta el lago Albert Edward. Por todos lados se extendía una inmensa pradera, solamente cortada por grupos de árboles diseminados por en medio, consistiendo en tamarindos, sicomoros, palmeras, mimosas, acacias y hasta limoneros y naranjos, cuyo paisage continuó siendo el mismo hasta la orilla norte del lago Kivo Kovoé, á donde se llegó al séptimo dia despues de la salida del lago Thema, ó sea el 2 de Diciembre.

La region donde habían llegado, pertenecía al extenso país de Ruanda, tambien llamado Unyaringi por los habitantes de Ankori y de Usongora, como sucede con frecuencia que distritos, rios y aldeas tienen diferentes nombres así en los mapas, como en boca de los guías, segun el país de que estos procedan, porque no es raro oir hablar en una superficie de seis grados geográficos en

cuadro, seis distintas lenguas como si se estuviera en Europa (*). El guía de la laguna había advertido á los viajeros que los indígenas de Ruanda tenían fama de muy guerreros y que entre las diferentes tribus, unas más, otras menos belicosas, se solían hacer una guerra constante y tenaz, pocas veces interrumpida por cortas temporadas de armisticio, cuando las épocas de siembra y recoleccion de las cosechas lo exigían en beneficio de ambos combatientes. Se iba, pues, prevenido contra cualquier mal encuentro, ya que desde el Tanganika acá, no habían tenido ninguna dificultad con los habitantes de las aldeas por donde habían pasado, por lo general gente muy pobre, pastores de escaso rebaño ó agrícolas. Herr Ehrlich que continuaba dirigiendo la caravana con la ayuda de los excelentes mapas que desde la aventura del Tanganika, los Ingleses habían puesto á su disposicion, comunicó á estos que le parecía lo más oportuno dirigirse en derechura al norte del golfo de Beatrice, donde el mapa indicaba algunos minutos al sur del primer grado de latitud S., una ciudad ó lo que fuera del nombre de Awatba, en la esperanza que en dicho punto podría conseguirse canoas para la travesía del Muta Nzigé, hasta el sitio más cercano á la cadena del Ruwenzori.

Aprobada esta idea, que en efecto, ofrecía ventajas conocidas, se siguió en direccion al citado golfo y ya el primer dia tuvieron ocasion de observar una de las consecuencias del estado del país por donde tenían que pasar. Hácia el Oeste una gran extension de terreno poblado de árboles y altas yerbas estaba envuelto en denso humo, del que salían de vez en cuando llamaradas. El intérprete opinó que no había bastante motivo para alarmarse y creer que de un momento á otro la caravana podría ser cogida entre dos tribus hóstiles, ó ser alcanzada por una de esas hordas nómadas míseras que necesitan hacer la guerra porque sí, para procurarse de qué vivir; que bien podía ser que el incendio que se veía á lo lejos,

(*) Tirando el primer meridiano por el muelle de Norwich en la parte más oriental de Inglaterra, alcanza el sexto grado á las costas occidentales de Dinamarca, donde se encuentra el cabo Blaavands Huk en la parte meridional de Jutlandia y contando desde este mismo punto seis grados de latitud, abarca este espacio Holanda ó sean los Paises Bajos y Bélgica por completo y Alemania y Francia en parte, es decir seis naciones donde se hablan seis distintas lenguas, el inglés, el danés, el holandés ó neerlandés, el flamenco (que no se puede llamar un dialecto en Bélgica), el aleman y el francés.

procediera tal vez de alguna caza nacional, cuando los habitantes de una ó más aldeas que están establecidas cerca de un bosque que por sus condiciones se sabe dá albergue á animales herbívoros, se unen para rodearlo y estrechando poco á poco el círculo, gritando desaforadamente y haciendo con palos un espantoso ruido, para que los antílopes, búfalos, cuaggas, zebras, girafas y si acaso elefantes y rinocerontes bicornios ó keitloas, se espanten y se internen, acaban por pegarle fuego por todo alrededor. Los animales rodeados de humo y de fuego tratan de refugiarse en el centro del bosque, lanzando terribles gritos, berridos y bramidos y cuando al cabo de seis ó más dias el fuego se apaga por falta de alimento, los negros se encuentran con una compacta masa de carne asada y de animales moribundos, con lo cual durante dos dias, ya que el calor del clima no permite más tiempo, hay abundante comida para aquellos elásticos estómagos que parece pueden recibir alimentos para las necesidades de siete ú ocho dias. Luego la tierra fecundada por las cenizas del incendio, se destina á la siembra y como hay mucha arboleda, no les dá ningun cuidado á los habitantes de repetir el mismo procedimiento á la primera ocasion que se presente.

Los expedicionarios no se metieron en averiguar la causa del fuego si efecto de discordias ó de fraternal cacería y como no fueron molestados por nadie, que tal vez nadie les viera, prosiguieron su camino, prometiendo á los porteadores un regalo de telas si adelantaran más que de costumbre. Tambien el segundo dia pasó sin novedad, no ofreciendo más particularidad que la de haber tenido que abrirse paso durante varias horas por un verdadero bosque de euforbias heptágonas y de strychnos, que al cortarlos á hachazos y sablazos para ensanchar el sendero, dejaba escapar tanta cantidad del líquido blanco emponzoñado que el suelo de color rojizo, se ofrecía luego á la vista como si estuviese rociado con yeso. Al siguiente dia cuando calculaban que ya no les faltaban más que otras tres jornadas para llegar al lago y esperaban escapar á cualquier contingencia, al pasar unos montes bajos poblados de árboles, á cuyos piés se extendía un estrecho valle que hácia el Oeste iba ensanchándose y terminaba en el horizonte con un espeso bosque, se encontraron de pronto enfrente de una gran aldea en medio de una espesa plantacion de plátanos. El profesor dió órden á unos cuantos porteadores de bajar al pueblo, cerciorarse de las disposiciones de sus moradores y comprarles leche, frutas, harina, maiz,

hortalizas y lo que más querían vender. No habían bajado todavía la mitad del camino, cuando de en medio de los platanares les fué dirigida una infinidad de flechas, que alcanzaron á dos de los hombres, retrocediendo todos en el acto. En vista de esta agresion Herr Ehrlich dispuso que el sargento Peter Säufer con sus diez soldados bajaran el monte por el lado opuesto para llegar al flanco derecho del pueblo, con objeto de no exponerse á las flechas sin estar resguardados por algun árbol ó las altas yerbas y de desalojar la aldea. Mientras tanto los agresores creyendo que los caminantes no estaban en fuerza suficiente para atacarles y que tal vez serían porteadores de objetos de que podían desbalijarles, salieron de sus escondites y se vinieron para el monte en número de unos trescientos indivíduos.

Hubiera sido una gran imprudencia el dejar acercarse á los negros, cuyo número hubiera probablemente arrollado á los expedicionarios en una lucha de cuerpo contra cuerpo, sobre todo cuando no se podía saber, si en un caso dado los porteadores ayudarían á la defensa comun, ó si huirían del peligro. Por lo tanto, Lord Cleaventod opinó que antes de que las flechas pudiesen alcanzar hasta la cumbre donde se estaba, sería preciso dar á conocer á esa gente que había medios de rechazarles con la fuerza, haciendo demostracion de las armas de fuego, aunque sin hacer daño, por si fuera posible evitar un conflicto, cuyas consecuencias podrían acarrear peligro para la continuacion del viaje, en la eventualidad de que en los dias siguientes, los demás pueblos cercanos se levantasen en masa contra la caravana. Comprendiendo la justicia de este razonamiento, todos se echaron por tierra, ó se resguardaron detrás de los árboles para ponerse al abrigo de las flechas y dirigiendo los cañones de las carabinas hácia los negros, pero apuntando un metro por encima de ellos, hicieron una descarga cerrada, que tuvo por resultado que los acometedores se echasen confusamente atrás hasta el pié de la colina. Sin embargo, pasado el primer momento de susto, vieron que nadie de ellos estaba muerto ni herido siquiera, lo cual produjo una fuerte gritería no se sabe si de contento ó de coraje por haberse asustado sin motivo y creyendo tal vez que los extrangeros no tenían balas con qué tirar, se lanzaron con ensordecedores gritos nuevamente al ataque. Quisieron los Europeos para no verter sangre sino en un último extremo, probar de otro disparo y apuntando al suelo á unos veinte metros delante

de los embestidores, hicieron fuego á la vez, saltando la tierra y las chinas contra los cuerpos de los negros, que no entendiendo nada de la táctica de los extrangeros, se mofaron de ellos por lo que les parecía mala puntería y volvieron á correr hácia arriba. Entonces dijo Herr Ehrlich: ahora ó nunca y á los pechos,—y convencidos todos de la triste necesidad, considerando que ni atemorizando, ni por las vías diplomáticas se podría llegar á entrar en relaciones amistosas con estos naturales y que las circunstancias obligaban á realizar un acto de imposicion de fuerza, que al fin es el argumento de más eficacia para estas hordas, hicieron fuego los diez Europeos y veinte de los hombres que llevaban carabinas, quemando cada uno una decena de cartuchos. Cuando el humo se había retirado un poco, pudo apreciarse el efecto de la fusilería; una treintena de cuerpos yacían en el suelo, los demás negros iban huyendo, algunos con trabajo á causa de heridas recibidas. Al mismo tiempo se oyeron estampidos de fusil desde el platanar y se levantó una gran llamarada entre las chozas, producido lo uno y otro por los soldados alemanes, que habiendo alcanzado por un rodeo un extremo de la aldea, habían hecho una requisa en las chozas, donde encontraron cabras y gallinas que declararon buena presa, encerrando el botin en una choza aislada y echando fuera á culatazos y á tiros á los habitantes, mujeres, niños y viejos que no habían salido al asalto de la colina, incendiando luego sus viviendas de paja. Los indígenas cogidos entre dos fuegos, se echaron desesperadamente en los platanares y en atencion á que en las circunstancias dadas, lo mejor era aprovechar de la ventaja obtenida, se dió la órden de bajar por donde los soldados lo habían hecho, posesionarse del pueblo y limpiar la plantacion de bananos de sus ocupantes. Así se hizo y cuando el destacamento se había vuelto á unir con el grueso de las fuerzas, todos se internaron escalonadamente en el bosque de musas, cortando al paso todos los plátanos y disparando cada vez en direccion á los bultos oscuros que se movían entre aquellos. Los negros no volvieron á presentarse más, permitiendo esta tranquilidad que todo el mundo comiera copiosamente, de lo que se había encontrado en el pueblo y cuando horas despues se continuó la marcha, los porteadores se llevaron colgados sobre las espaldas cuantas gallinas vivas pudieron coger, atando, así mismo las cabras y llevándoselas por derecho de conquista para reemplazar las provisiones de boca que ya

iban escaseando, y que tal vez no se podrían tan fácilmente renovar en los venideros dias.

Se consideró terminado este incidente del que se había salido sin otro mayor daño, que unos porteadores con heridas de flechas, de cuya curacion el doctor Leading se había inmediatamente hecho cargo y los cuales hombres felizmente no ofrecían peligro de muerte, por no estar envenenadas las flechas. Esta era una circunstancia bastante rara y que solo se podía atribuir á un descuido de los que las habían tirado, por no haberlas untado con el veneno tan usado entre los negros ecuatoriales, y tan fácil de obtener y de preparar, puesto que consiste en una mezcla de hormigas rojas (que contienen el corrosivo ácido fórmico), de arañas y orugas cocidas con aceite de palma, cuya pasta produce, si preparada hace poco tiempo, la muerte á los dos dias, cuando no antes por el tétano.

Sin embargo, hubo de tener todavía fatal consecuencia el encuentro de estos negros y por desgracia el incidente no había terminado. Entre estos naturales cuando habitan un país donde las hostilidades son endémicas, la malicia y la traicion son cosas corrientes. Como si hubiesen estudiado la historia de la antigua Grecia, procuran que cuando huyen, el dardo de estos nuevos Parthos hiera al vencedor. Sus aldeas tienen dos senderos de acceso: el uno parece ofrecer ventajas por conducir en derechura al objeto, y mayor comodidad para el tránsito, puesto que tiene el parecer de estar más cuidado y más andado, mientras que el otro aparentemente descuidado, dá grandes rodeos, y parece no conducir al pueblo. Para los iniciados, es decir, para los habitantes del pueblo y sus aliados cercanos, sirve el camino malo y largo, que es el seguro: para engañar, para matar, han construido el otro, el que ofrece comodidad para llegar á la aldea y que no es otra cosa que una acechanza.

La caravana había caminado como unos diez minutos por un buen camino; delante iban, como de costumbre, el sargento aleman con la fuerza de su mando, seguido de los colegas Herr Ehrlich y Speichel, de Franz y de la mitad de los porteadores; marchaban luego los cuatro amigos ingleses; seguía despues el resto de los negros con el intérprete Kohojo, y al final venían los tres criados ingleses, cuando de repente se hundió la tierra bajo los piés de los que formaban la cabeza de la columna de marcha,

se levantó una gran polvoreda, se oyó el ruido de ramas y cañas secas que se quebraban, sonó un disparo de fusil y de un profundo hoyo que medía más de veinte metros en cuadro, salieron gritos de espanto y de dolor. Era que una de esas grandes excavaciones, pérfidamente cubiertas de cañas, ramas finas, hojas y liañas, tan bien disimuladas con tierra y polvo, que lo mismo engañan á las manadas de elefantes y rinocerontes, como á los hombres desprevenidos, había cedido bajo el peso de los primeros veinte caminantes, precipitándolos á una profundidad de cuatro metros, sobre un fondo erizado de agudas y duras estacas.

Los Ingleses se precipitaron en ayuda de los profesores, que con algunos de los porteadores se movían en confuso tropel dentro del hoyo encima de los soldados y con ayuda de cuerdas que sostenían los negros, bajaron los Europeos para prestar un pronto socorro á los caidos. Herr Ehrlich y su colega fueron sacados, el primero con los pantalones rotos y una herida punzante entre la tíbia y el peroné de la pierna derecha, el otro con una herida que rozaba el cúbito del brazo izquierdo, habiéndose lastimado ambos señores en las referidas partes, que tocaron con las púas, mientras que felizmente para ellos, sus cuerpos cayeron encima de los que delante de ellos iban marchando un momento antes. De los demás que fueron precipitados al hoyo, el sargento y sus soldados, Franz y nueve negros, la mayor parte estaba gravemente herida y sobre todo el sargento, con cinco de sus subordinados y tres porteadores estaban muy mal parados. Peter Säufer había caido verticalmente y una afilada y dura estaca había recibido su cuerpo que ya era de por sí pesado y el militar á quien las balas danesas, austriacas y francesas habían respetado, estaba asiáticamente empalado, la púa le había entrado por el rectum y le salía por la garganta. Cuando le faltó la tierra debajo de sus piés, había por instinto de conservacion abierto los brazos, se le escapó el fusil de las manos, el cual dió con la culata contra el duro suelo abajo y por el choque maniobró la aguja contra el fulminante del cartucho, é hizo salir el tiro, que fatalmente alcanzó á Franz. Este, por casualidad, había caido cabeza abajo en el espacio libre entre cuatro estacas, que no hicieron más que cogerle por la chaqueta y amortiguar su caida, cuando en el mismo instante la bala hizo blanco en su muslo izquierdo. Dos soldados caidos de frente tenían los pechos atravesados y al recibir luego encima al profesor

y á los negros, acabaron de ser perforados de parte á parte, hiriendo estas mismas puntas á los que fueron precipitados sobre los primeros. Otros tres soldados se habían clavado las estacas en diferentes sitios: uno estaba extendido horizontalmente con un pié y un hombro clavados, otro con la espalda y el tercero con el bajo vientre atravesados. Los tres porteadores más peligrosamente heridos lo fueron dos en las clavículas y el otro en la boca con salida por el cráneo. Los once restantes habían recibido heridas de menos gravedad en diferentes partes de sus cuerpos.

La operacion de sacar á tantos desgraciados de su crítica situacion, fué en extremo penosa y requirió toda la habilidad del médico asistido por sus amigos. Los levemente heridos ayudados por sus compañeros, agarrándose de las cuerdas que les echaron desde arriba, franqueaban ellos mismos una mano ó un pié clavado en las estacas, pero en los mal heridos era más difícil, principalmente á causa del poco espacio, y todo erizado de largas púas en que había que moverse. Algunos heridos fué posible levantarlos para arriba, saliendo de este modo las estacas de la carne; con otros hubo necesidad de aserrar la madera cerca del sitio donde había penetrado en el cuerpo, por no poderse extraer éste de las estacas. Cuando por fin las veinte y tres personas estaban arriba y extendidas en el suelo sobre hojas de plátanos y armadas con prontitud las dos mayores tiendas, Mr. Leading les prestó todo el auxilio que reclamaba su estado, lavando las heridas y vendándolas. Peter Säufer exhaló el último suspiro cuando fué acostado y la misma noche fallecieron tres soldados, además del negro que tenía el cerebro atravesado, así como al dia siguiente sucumbió tambien el herido en el cremaster, el testículo y conducto inguinal. A Franz le fué sacada la bala, que no había interesado ningun hueso ni músculo y que no le había atravesado el muslo por la circunstancia de llevar en sus anchos pantalones, sujetos por polainas de búfalo á prueba de mordeduras de los reptiles en las yerbas, una cartera de cuero que si bien la cónica bala había perforado, entrando el proyectil en la blanda carne, no causó honda herida por venir ya con apagada fuerza. Suerte fué para los menos gravemente heridos, que las estacas de la trampa, no estuvieran envenenadas, como no lo habían sido tampoco las flechas horas antes disparadas, ni siquiera embarradas con jugo de euforbias, porque de haberlo estado, nadie hubiera escapado con vida, cuando ahora este funesto

accidente no privó de la existencia más que á siete desgraciados, pues al tercer dia, á pesar del solícito cuidado del doctor, un soldado y otro porteador más sucumbieron, los cuales, lo mismo que sus cuatro compañeros y el sargento, recibieron sepultura en el mismo hoyo, limpiado primero de sus estacas, y despues rellenado con tierra.

Las heridas de Herr Ehrlich y Speichel, de Franz, de los restantes seis soldados y de los siete porteadores, obligaron á los expedicionarios á permanecer, diez y nueve dias en el sitio de la catástrofe, durante cuyo tiempo se hizo una vigilancia extremada para no ser sorprendidos por los habitantes de la aldea incendiada, que ya desde el primer dia habían mandado espías para ver si los Europeos se habían retirado. El 24 de Diciembre, apoyado en un baston el profesor, lo mismo que su criado, el vice-presidente con el brazo en cabestrillo y los demás convalecientes, entre los que algunos eran llevados en camillas por sus compañeros, pudieron volver á emprender la marcha y todos los Europeos, cuando por la tarde hicieron alto, celebraron á medida de las circunstancias en fraternal cena, una alegre Noche Buena, sintiendo el elemento jóven, Lord Cleaventod, Mr. Brown y James Queen, que este año no había para ellos reunion de jóvenes de ambos sexos, ni baile, ni el clásico *mistletoe*, debajo de cuya rama tantos años habían conducido traidoramente á lindas muchachas, para usar del derecho concedido por la tradicion,—un abrazo—y los dos solterones alemanes, acordándose tal vez de su edad de inocencia, cuando en union de tantos rubios chiquillos, se bailaba en dichosa inconsciencia en casa de los abuelos, alrededor de un pino lujosamente adornado con cintas, nueces doradas, dulces y regalitos, alumbrado el arbolito por un sinnúmero de velitas de todos colores.

Las jornadas en el país de Ankori, fueron cortas los primeros dias; el dia de Natividad y el siguiente se adelantó poco para no exigir demasiado de las fuerzas de los que habían estado malos. El segundo dia de fiesta hicieron un encuentro que proporcionó un rato de risa á los blancos, para los negros no era una novedad. El bosque que ya habían visto durante algunos dias en el horizonte al Oeste, que probablemente formaba una extremidad de las inmensas selvas del Congo, estaba aquel dia más cerca del sendero que seguían y se vió á corta distancia venir hácia la caravana unos cincuenta negros en cuyo medio iban con paso inseguro

unos diez ó doce indivíduos más robustos, que parecían llevar sobre las espaldas pieles de animales con rabos, porque se distinguía perfectamente estos apéndices. Siempre prevenidos contra cualquier encuentro, dirigieron los amigos sus gemelos sobre el grupo, pero los bajaron pronto, riéndose al apercibirse que los que habían tomado, si nó por ejemplares vivos del *homo troglodytes*, por lo menos por robustos indígenas, eran grandes gorilas que iban embriagados, cogidos de la mano de los negros, como media hora despues, cuando se cruzaron con la expedicion se pudo observar. Se mandó preguntar por Kohojo y por algunos de los porteadores, de dónde venía y á dónde iba esta singular columna y porqué estos tetrapodos caminaban como hombres, pero nadie comprendía su lengua y solo por señas dieron á entender que venían de la region forestal, que se extendía al horizonte, é iban á llevar los monos lejos, muy lejos, por cuenta de hombres blancos.

El intérprete contó luego que los otros se habían marchado, que él había formado parte años atrás, de una expedicion organizada por dos ricos hermanos árabes, que se dedicaban á la captura de fieras y demás animales salvajes, por cuenta de agentes de las grandes sociedades que abastecen á los jardines zoológicos y exhibiciones ambulantes de la fauna africana. El procedimiento para coger gorilas, chimpancés, cinocéfalos porcarius ú otras especies de monos, dijo era el siguiente. Los naturales fabrican con sorgho, maiz, bananas, sago ó manioc, el merissah y el kawú, brevajes dulces y agradables al paladar, que emborrachan mucho como el vino de la palmera y el pombeh, á que son muy aficionados monos y elefantes; llenan unos treinta cacharros con cualquiera de estos líquidos y los dejan en el suelo en un sitio donde se nota la presencia de prímates en los árboles del bosque, teniendo buen cuidado de entretenerse allí un buen rato, haciendo como si bebiesen en las vasijas, para de este modo despertar la curiosidad de los monos y luego poniéndose en acecho. Los animales ocultos entre el ramaje, no han perdido nada de lo que han visto, no tardan en bajar, empiezan á beber y bien pronto se emborrachan hasta tal grado de embriaguez, que no distinguen entre un mono y un negro. Entonces uno de estos se acerca, coge á un mono de la mano y tira de él hácia el pueblo; al animal que lleva agarrado el negro, se coje otro animal, á éste otro y así sucesivamente hasta que todos los monos embriagados hacen una cuerda que vá pegando tropezones

á donde la llevan. Los negros continúan dándoles de vez en cuando kawú y vino de palmera, para mantenerlos alcoholizados y para que no recobren la razon, en cuyo estado serían muy temibles por su enorme fuerza, su terrible dentadura y su estatura igual á la del hombre cuando no más, por su ferocidad indescriptible, su calidad de malicioso, traidor y vengativo y porque su grueso, velluda piel, casi cuero, que apenas una bala esférica con regular carga de pólvora puede agujerear, les proteje cual duro escudo y poco á poco les ván domesticando, hasta entregarlos á los agentes extranjeros en el interior del país, quienes tienen jáulas dispuestas para el viaje á la costa, desde donde dirigen las fieras á los grandes mercados europeos y norte-americanos.

Cuatro dias despues vieron nuestros amigos á lo lejos extenderse una larga superficie brillante. Era, por fin, el lago Albert Edward, donde hace tantos dias deseaban llegar y á cuya orilla sudeste despues de otro dia de marcha, llegaron al cabo de no escasas molestias. Allí por casualidad descubrieron una aldea de pescadores y conductores para pasar al otro lado del golfo de Beatrice, camino del Congo y lo que desde luego fué observado con satisfaccion, allí había varias canoas, más de las que hacían falta para la expedicion, lo que tal vez había que atribuir á la circunstancia que los pescadores iban á prepararse para la pesca de un momento á otro. Los hombres de color no se asustaron al acercarse los Europeos, pero unos y otros no pudieron hacerse entender por el idioma que hablaron en la aldea, aunque por señas y con un poco de trabajo quedó todo arreglado, el bagage y los colmillos del profesor cargados, los hombres embarcados y con una hermosa noche de luna del dia de año nuevo y un tiempo sereno, empezó la travesía en direccion al archipiélago de Ulwawa, entre cuyas innumerables islas hay una de gran extension llamada Utuka por los canoeros, frente á la cual empiezan los montes Gordon Bennett, Edwin Arnold y Lawson, sobre los que se cernía una espesa bruma por encima de la cual se destacaban muchos picos cónicos, precursores de la parte Sur de la cadena del Ruwenzori ó Ruwenjura, el rey de las nubes ó creador de las lluvias, como dicen los indígenas, ó sean las montañas que desde el tiempo de Ptolomeo, han recibido el nombre de montañas de la Luna ó Komri, ramificacion de las de Lupata ó Sina Mundi, como se denominaba antiguamente la cordillera que se suponía atravesar en forma de una Y el gran

continente, montañas que por su posicion topográfica forman efectivamente una luna en su cuarto menguante, con las puntas ambas en direccion al Este, orígen de su nombre y que mide en su curva 90 millas inglesas ó sean 145 kilómetros.

El viaje por el lago fué uno de los más agradables que habían hecho los exploradores hasta la presente, con excepcion de un pequeño incidente ocasionado por el paso de una manada de hipopótamos, porque un remero dió imprudentemente un remazo en la cabeza de un hijuelo que su madre llevaba á cuestas, con cuyo motivo ésta enfurecida se irguió y dando terribles gruñidos, se echó encima de la embarcacion que con el peso de tal masa de carne zozobró. Los negros tuvieron que defenderse nadando de las acometidas del animal y ser ayudados por los disparos de rifles de los Ingleses, que sin ello no hubieran podido poner de nuevo la canoa á flote y volver á meter dentro las cajas que nadaban á flor de agua. Pasaron delante de la meseta del país de Uyampaka, sin ser molestados por los fríos que habían tenido que sufrir dias pasados al atravesar el alto país de Ankori, porque el lago está más de mil metros más bajo que dichas mesetas, llegando al distrito de Usongora, país poco fértil que se extiende á ambos lados del lago.

En un pueblo de unas doscientas cincuentas chozas, cuyo nombre segun lo pronunciaban los naturales, era Chiukake, situado en una de las muchas islas, cerca de la punta norte del lago, donde pararon con objeto de comprar frutas, maiz y harina, observó Franz que siempre curioseaba y escudriñaba cuando se encontraba en alguna parte donde la recepcion no fuera hóstil, una partida de marfil poco más ó menos de la misma importancia que la comprada en Usenyé. Lo comunicó á su amo, quien sin perder tiempo se vistió con uno de los uniformes, agarró una de las famosas escopetas y fué á ver al jefe del pueblo para tratar con él por la mímica, del cambio de su marfil. La proposicion no fué mal recibida por el potentado negro; llamó éste á uno de sus súbditos, quien le trajo una vasija hecha de barro arcilloso endurecido, llena de agua. Metió el jefe dentro ambas manos y echó el agua así recogida para arriba, que al caer mojó á los dos interlocutores, teniendo Herr Ehrlich buen cuidado de no apartarse para evitar las salpicaduras de las gotas de agua, con lo cual hubiera grandemente ofendido á él, quien con esta ceremonia daba la más alta prueba de consideracion al msungo ó jefe blanco y daba á entender al visitante que

era el bienvenido en su tembeh, sin obligacion de tener que pagar un forzoso hongo.

El trato se hizo más pronto que de costumbre se hace, tal vez porque como no se podían decir nada por palabra, podían engañarse menos el uno al otro. Todo lo que le quedaba todavía al profesor de uniformes, armas viejas y municiones de valor problemático, fué cedido contra treinta y un colmillos enteros y cinco trozos y embarcado con el equipage de los Europeos, con cuya operacion mercantil Herr Ehrlich acababa de realizar otro magnífico negocio, lo cual le puso de buen humor y fué causa que sin regatear, le pagó á Franz el medio mes que desde el acontecimiento de Usenyé, no había querido abonarle. En efecto; si se considera que los traficantes árabes, haciendo el cambio de marfil contra telas, dan de 30 á 35 *dotis* de á cinco metros, de tela blanca por *frasilah* ó pesada de 15 kilógramos de marfil, el cambio del sábio aleman le resultó mucho más lucrativo aun que á los mismos solapados Arabes.

El profesor preguntó á Mr. Plemperton con ocasion de esta compra si conocía el modo de traficar de los antiguos Cartagineses en el Africa y como le contestó que no recordaba, continuó Herr Ehrlich, que lo refería por lo curioso del caso. Cuenta Herodoto, dijo, que más allá de las Columnas de Hércules, hay un lugar en la Libia, con el que los Cartagineses comercian; que descargan sus mercancías en la playa, vuelven luego á su barco y hacen una gran humareda. Los habitantes al ver los humos se encaminan á la playa y como contravalor de los objetos allí expuestos, ponen oro al lado y despues se retiran. Los Cartagineses vuelven entonces, miran si la cantidad de oro les parece suficiente como equivalente de sus géneros, se llevan el oro y se marchan. Si no hay bastante, se vuelven por segunda vez á su barco y se quedan á la expectativa. Los naturales vuelven á acercarse y añaden oro hasta que aquellos quedan satisfechos y nunca ni por una parte, ni por otra, se comete una injusticia, porque ni tocan al oro los unos hasta que no alcance al valor de las mercancías, ni los otros meten mano á éstas antes que no se haya llevado el oro. (*)

El 3 de Enero desembarcaron en la parte septentrional del Muta Nzigé, desde cuyo punto ya veían distintamente las elevadas

(*) Herodoto en Melpoméne, 196.

y nevadas cimas de la volcánica cordillera del Ruwenzori, cuyo picacho más alto tiene una altura de 5.600 y algunos metros, y á la izquierda el rio Semliki ó Kakibbi, que saliendo del lago por la gran depresion del terreno, corría violentamente con una velocidad de cuatro nudos, ocupando una anchura de poco más ó menos de cien metros, entre sus orillas arenosas cubiertas de una compacta vegetacion de yerbas, para echarse despues de un curso muy tortuoso y de recibir gran cantidad de afluentes, principalmente de las laderas del Ruwenzori, en el Albert Nyanza. Más todavía á la izquierda y pasado el ancho valle por cuyo medio corre el Semliki, se distinguían las Montañas Azules, así llamadas en 1862 por Samuel Baker, quien hizo primero referencia de ellas, pero que despues han podido observarse, no son sino la parte posterior de una altura de unos 2.000 metros, de una série de mesetas, que bajan con suave declive hácia la cuenca del Congo y que por contra por el lado Este están cortadas verticalmente, teniendo cerca de ellas á los Montes Balegga.

Ya se iba acercando Herr Ehrlich al sitio tan anhelado, que Lord Cleaventod esperaba poder volver á encontrar, una vez internado en la cadena de montañas, pensando más de una vez en su viejo guía Rad Abah, cuya presencia le hubiera sido tan útil ahora. El Nubio ya estaba, sin duda, á estas horas en la costa oriental con su marfil, como que habían transcurrido nueve meses desde que fechó su carta en Suakin, ó tal vez viajaba nuevamente en direccion al interior, dirigiendo una nueva expedicion. Tambien se acercaba el momento en que Herr Speichel se separaría con parte de la caravana, para ir á sus quehaceres al otro lado del Semliki y quedaría por lo tanto dividida y por ende debilitada la fuerza de cada expedicion.

Dos dias despues llegaron al pié de la cordillera, donde una expléndida vegetacion daba abundantemente de comer á los numerosos habitantes del país y cuál no fué la sorpresa de los Europeos, al encontrarse allí con una expedicion de unos treinta hombres acampados con algun bagaje y sobre todo el asombro y la alegría de Lord Cleaventod, al enterarse que ellos formaban la vanguardia de una caravana mayor, conducida por el mismo Rad Abah que venía una jornada detrás, atrasada su marcha por el mucho marfil que llevaban sus porteadores y porque los jefes de la expedicion se habían detenido un poco en el país de Awamba, en la esperanza

de poder hacer allí algunas adquisiciones más y aumentar sus compras, aprovechándose de la circunstancia de ser este país á la sazon poco trabajado por los pequeños traficantes árabes, que por lo visto no se atrevían á acercarse mucho á las regiones rocorridas por los mahdistas, ni tampoco por los emisarios de Tippu-Tib, que parecía preferir evitar rozamientos con los agentes y recaudadores del jefe guerrero, para no llegar al caso de ver comprometida su autoridad en las extensas regiones donde la tenía bien acreditada y no indisponerse tampoco con los blancos en el libre Estado del Congo, donde tenía intereses que guardar.

La casualidad había servido á los amigos, cual nadie lo hubiera podido esperar; si hubiesen ellos llegado un par de dias más tarde, nada de particular hubiera tenido que ni siquiera se enterasen del paso reciente de Rad Abah y hé aquí cómo justamente, cuando no lo podían esperar, y tan inmediato al sitio donde lo necesitaban, estaba el viejo Nubio á su alcance.

TERCERA PARTE

LAS CAVERNAS ZOOLÍTICAS DEL RUWENZORI

Capítulo XI.

El Semliki.—Otra caravana.—Emin-bajá y Stanley.—Excursion al Ruwenzori.—Los perros y gatos en el Egipto.—Efectos seismèticos en el pozo.—Principales procedimientos de adivinacion.—Aparatos Davy y Bathwell. Paseos subterráneos laberínticos.

Mucha algazara y tiros al aire, produjo dos dias despues la llegada del grueso de la expedicion conducida por el viejo Nubio y que iba dirigida por dos blancos y dos Egipcios, que se habían asociado para ella con un fin puramente mercantil, valiéndose aquéllos de los servicios de éstos, por lo que su nacionalidad ofrecía de ventaja en un viaje comercial de tal índole. Uno de los blancos era de nacionalidad sueca, Hr. Karl Nysilfver, el otro Norte Americano de Chicago y se llamaba Mr. Isaac Througham, sócios establecidos en Suakin para la compra y exportacion de productos del país; los dos mahometanos eran viajantes suyos, á quienes esta vez habían querido acompañar en esta gran excursion, interesándolos en los beneficios. Habían salido á principios de Febrero de Suakin y mediante una gratificacion nada disparatada exigida por un jefe político-militar del Mahdi, como derecho de tránsito por los territorios ocupados por este pretendiente, no fueron molestados en su viaje hácia la ex-provincia ecuatorial de Emin Bajá, aquel médico hebreo aleman Eduard Schnitzer, que nació el 28 de Marzo 1845 en Oppeln, provincia prusiana Silesia, fué bautizado por casualidad el 7 de Abril 1846, á consecuencia de que su madre al enviudar, casóse en aquella fecha en segundas nupcias con un cristiano que así lo exigió;

que estudió medicina en Breslau y en Berlin y se fué á fines de 1864 á Turquía donde cambió nuevamente de religion, abrazando el islamismo por motivos de intereses, consiguiendo de este modo un empleo de médico del mudhir Ismael-Hakki Bajá. Con éste efectuó largos viajes en las provincias europeas y asiáticas, casándose con una parienta del bajá de Janina, y trasladándose al morir el bajá al Egipto, donde obtuvo la plaza de médico del gobierno, agregado á la persona del entonces todavía coronel Gordon, que había sido encargado del gobierno superior de la provincia egipcia ecuatorial. Revestido de este empleo, adoptó el nombre de Emín, que quiere decir *el fiel*, y fué agraciado con el título de Efendi y cuando Sir Charles fué nombrado gobernador de todo el Sudan egipcio, encargó éste á Emín algunas misiones cerca de los reyes de Uganda y de Unyoro, que le valieron el nombramiento de mudhir de Hatt el Estiva y el rango de bey, hasta conseguir el título de bajá, gobernando durante diez años la provincia, con su capital Wadelai, un poco al norte del Albert Nyanza, al cabo de cuyo tiempo, no pudiendo sostenerse por más dias con un resto de ejército desmoralizado, falto de municiones y de vestuario, contra la invasion de los fanáticos derviches de Mohammed Ahmed il Mahdi, le fué preciso abandonar su provincia y venirse con la expedicion de Stanley, organizada por el comité bajo la direccion de Sir William Mackinnon y del coronel Francis de Winton, con un capital efectivo de £ 20.900. El 10 de Abril 1889 salió, pues, Emin Bajá con Stanley de Kavalli para Bagamoyo, donde llegó el 5 de Diciembre del mismo año por la mañana y donde por la noche, despues de un banquete, cayó por una puerta-ventana desde una altura de cinco metros al suelo, estando largo tiempo malo y pasando al servicio aleman tan pronto como estuviese curado, para emprender en Abril 1890 una expedicion militar á la region de los Grandes Lagos y asegurar en aquellos países el dominio germánico, solicitando para su objeto el concurso del negrero Hamid-ben-Mohamed, más conocido bajo el nombre de Tippu-Tip, no obstante conocer el comportamiento de este Árabe para con Stanley y sus oficiales, el grave daño que les causó y la imputacion de haber sido el instigador del asesinato del mayor Barttelot.

Desde el Egipto habían pasado los comerciantes al Kordofan, Denka, Dar Fertit, Asende y al Maoggu, habían recogido una gran cantidad de marfil y de plumas, un poco de polvo de oro, y algunos

cientos de pieles, con todo lo cual estaban largamente compensadas las fatigas del viaje y ya lo daban por concluido, emprendiendo el camino de vuelta por el país de Uganda y por el norte del Lago Victoria, si su rey no ponía el veto.

Como es tan raro el encuentro de dos expediciones de blancos en las inmediaciones del Africa, nuestros amigos convidaron á los recienvenidos á una fraternal comida. De una parte y otra contaron las vicisitudes del viaje, haciendo los profesores alemanes varias preguntas sobre los países allende el Semliki, donde les llamaba su obligacion. Lord Cleaventod y el viejo guía se entretenían hablando de los acontecimientos del viaje de hacía dos años y combinaban un plan de exploracion de la caverna, plan que no ofrecía más que una dificultad, pero muy séria, cual era que se necesitaban varios dias para ejecutarla y que sus amos actuales deseaban cuanto antes volver al Mar Rojo. Como la cuestion interesaba poderosamente á Herr Ehrlich, bajo el doble concepto de encontrar su Saharasauro y de no hablar de su proyectado descubrimiento, sino á las personas cuya intervencion fuera rigurosa y estrictamente necesaria, llamó aparte á Rad Abah y al capitan de artillería y propuso al primero conducir á los dos al sitio, pretextando una pequeña excursion, que con indicar la caverna era lo suficiente, ya que para su exploracion no hacía mayormente falta su presencia. El guía dió su conformidad y el profesor obtuvo de Hr. Nysilfver y de Mr. Throughan permiso para disponer de su guía tres ó cuatro dias, mientras que las dos caravanas quedarían acampadas en donde estaban. Tambien arregló con ellos una cuestion que más de una vez le había tenido preocupado, es decir, la conduccion de su marfil, porque alejándose cada dia más de la costa, tenían los porteadores que llevar este peso, se puede decir inútilmente para arriba, cuando luego á la vuelta lo tenían que bajar de nuevo á Zanzibar. Convino, por lo tanto, con los dos comerciantes, que separaría á treinta hombres de su caravana, haciéndoles ingresar en la de Hr. Nysilfver, á quien entregó una carta-órden para el banquero en Zanzibar que tenía los fondos para abonar, al regreso de la comision exploradora, los gajes á la gente. Tomó la precaucion de poner su firma en todos los colmillos, para no mezclarlos con el marfil que llevaban los otros y pidió á éstos un recibo, excusándose con que todos somos mortales.

Arreglado de esta manera satisfactoriamente el asunto, se fijó

la madrugada del 9 de Enero para que Lord Cleaventod con James Queen, Herr Ehrlich con Franz, Mr. Plemperton y su primo, se pusieran en camino, guiados por Rad Abah y acompañados de ocho negros, quedando Mr. Leading y Herr Speichel con los dos criados ingleses, en el campamento para la guardería de los efectos. Segun había dicho el viejo Nubio, el desfiladero recorrido por Sir Henry Goldley y él, estaba bastante más al Noroeste y para no invertir demasiado tiempo, se prometió dar una gratificacion á los porteadores, si en lugar de las cinco horas de marcha diaria reglamentarias, hiciesen por lo menos ocho horas, ya que no tenían que llevar sino muy poco peso en este distrito donde una riquísima vegetacion, ofrecía por doquier abundantes frutas para la manutencion, aves y cuadrúpedos bastantes que proporcionaría la caza.

En el camino el Lord inglés y el Nubio se contaron lo que á cada uno le había pasado, desde que se habían separado; aquél su vuelta á Inglaterra, éste sus aventuras de viaje con los dos industriales, del espíritu mercantil de los cuales, había formado un alto concepto, segun se desprendió de un detalle que refirió. Los señores Throughgham y Nysilfver por lo visto traficaban un poco en todo artículo existente, menos en carne de ébano por supuesto. Una vez un corresponsal suyo de Liverpool, se había quejado accidentalmente de la carestía del guano de superior calidad y fué lo bastante para que probasen de hacer un ensayo con los perros que por millares vagan por las calles del Cairo, sin casa ni hogar, viviendo de la caridad pública, la que se cuida sobre todo de poner en las calles al lado de cada porton de casa, un dornillo lleno de agua, precaucion impuesta por las autoridades municipales, para el resguardo de las pantorrillas de los transeuntes, en una capital donde no se echa la estrignina al amigo del hombre, como algun distraido poeta llama á los canes, porque si se le administrara ¡horror! las legiones de ratas lo infestarían todo.

Comisionaron un sinnúmero de rapazuelos para recoger perros, pero el municipio prohibió enérgicamente esta caza y matanza. Entonces los comerciantes pensaron en apoderarse de otros animales y la casualidad hizo que haciendo excavaciones en un terreno suyo entre Cairo y Giseh, dieron con inmensas bóvedas subterráneas, que encontraron llenas de gatos embalsamados, puestos en ordenadas filas unos sobre otros, que habían estado sepultados en esta necrópolis desde más de dos mil años antes de nuestra era,

depositadas en aquella remota edad en medio de la mayor veneracion de los creyentes y de los más exquisitos cuidados por parte de los sacerdotes. Había una fabulosa cantidad de felinos y el embarque de estas momias, restos de antiguas divinidades tan queridas ó respetadas de los Egipcios, les había proporcionado pingües beneficios. Aquí el caso de citar el *sic transit gloria mundi:* los gatos que eran sagrados entre lo más sagrado en tiempo de los Faraones y tanto que si por imprudencia temeraria, ó solamente por un descuido, por una desgracia, un hombre cometiese un gatocidio, las leyes exigían rigurosamente la muerte del infeliz criminal, como lo refiere Diodoro, en su *Bibliothéke historiké* I, 81, ó cuando se quemaba una casa, como lo dice Herodoto en *Eutérpe* 66, lo primero que se salvaba eran los gatos y si un *miau* moría de viejo en una casa, sus habitantes se afeitaban las cejas en señal de duelo, —estos gatos han sido ahora cogidos por manos impías, metidos en barricas y destinados á servir de vulgar abono.

Dos veces descansando durante el dia, habían recorrido á la caida de la noche 47 kilómetros y si en otro dia y parte de la noche se podían andar otros tantos, se habría llegado al destino. Con efecto; por la tarde, despues de haber seguido siempre el pié de la cordillera, tomó Rad Abah por la derecha, subiendo todo el mundo á una meseta de poca elevacion, terminada por una pared vertical, que ofrecía al sur una depresion flanqueada de colinas y mesetas, por la que los expedicionarios fueron bajando. Lord Cleaventod no recordó el camino, lo cual consistía en la circunstancia que la otra vez, había venido desde el Este y entrado por el otro lado de la cordillera y solamente despues de más de dos horas de bajar contínuamente por la garganta, cuyos accidentados lados demostraban la naturaleza volcánica de esta region, sin rastro de vegetacion alguna, se paró Rad Abah y vió el oficial á algunos pasos de distancia, donde el desfiladero parecía por fin inclinarse en sentido ascendente, una resquebraja en el suelo parecida á la por donde habían bajado ambos en busca de la caverna, llamándole, sin embargo, la atencion que al asomarse al borde, se le figuraba que la otra vez el orificio, de lo que había llamado un pozo natural, era casi un esferoide y parecía ahora bastante más reducido y más bien formando un óvalo y tambien observó que el agua que antes estaba á una gran profundidad, había subido tanto, que por poco alcanzaba á bañar el peñasco saliente, desde el cual se había introdu-

cido en la caverna con el guía. Este hizo la misma observacion, miró atentamente al suelo y dentro de la grieta, la olfateó varias veces y concluyó por decir: —Allah es grande.

Preguntado Rad Abah por Lord Cleaventod sobre cuál pudiera ser la causa, segun su entender, de la variacion observada, contestó que Allah separa las tierras ó las cierra á su voluntad y cuando interpelado de cerca por el profesor, si creía que habría peligro en bajar, no varió de contestacion. Los cuatro compañeros se consultaron sobre lo que iban á hacer, dada la novedad con que se encontraban, puesto que era patente que por alguna causa todavía desconocida, había tenido lugar en las entrañas de la tierra un fenómeno seismético, que había influido en la variacion de la corriente del agua subterránea, cuyo lecho se había elevado notablemente, al mismo tiempo que las paredes del pozo habían efectuado una aproximacion. Nadie podía explicar si el acontecimiento había tenido lugar recientemente, ó si tal vez á raiz de la estancia de Sir Henry Goldley y nadie tampoco podía saber si el fenómeno volvería á presentarse ó nó. Ningun ruido subterráneo se notaba al inclinarse sobre la grieta y en medio de la absoluta tranquilidad que reinaba en la naturaleza, no se oía más que el zurrido en la profundidad producido por el agua espumosa.

Mientras los Europeos se consultaban sobre lo que procedía hacer, Rad Abah, que apesar de su rozamiento con aquellos durante muchos años en varias expediciones, ya científicas, ya comerciales, en que había dado pruebas de un entendimiento poco comun entre los de su clase, no dejaba de conservar sus costumbres superticiosas en que había nacido, había sido educado y había vivido tantos años, costumbres que habían sido las de sus padres, de sus ascendentes, de sus agnates y cognates, y en la presente ocasion, volviéndose otra vez retrógrado musulman, se entregó á varios sortilegios, para que su fato se revelara á él. Empezó con la alectriomancia, que consiste en dejar pasearse dos gallos que había comprado aquella mañana, sujetas las patas con una guita y escuchar atentamente el diapasón de su canto. No le satisfizo, por lo visto, este experimento, puesto que echó mano á otro, que era la giromancia, la adivinacion que se practica dando vueltas. Con este objeto, empezó á dar vueltas alrededor del orificio, ya pausadamente, ya corriendo á todo correr, tropezando un par de veces contra las peñas del suelo y seguramente, si Lord Cleaventod no

le hubiera interrumpido, habría continuado en estos ejercicios de obsecracion, por medio de la belomancia, y varias prácticas más, invocando su agathodaîmon y su kakodaîmon, su buen génio y su mal génio (*).

El oficial inglés puso término á tanta supersticion, ordenando á su criado fijar sólidamente entre los peñascos la escala que se había traido, cuya parte inferior vino á caer encima de la pequeña plataforma, hecho lo cual quiso bajar el primero, pero se le adelantó James Queen, que bajó con destreza y sujetó la escala en la meseta para que no tuviese movimiento. Siguióle su amo y mientras que el profesor hacía señas á Franz para que bajara tambien, lo hicieron el ingeniero y su primo. A Franz, por lo visto, no le entusiasmaba el introducirse debajo de la tierra, puesto que hizo observar á su amo, que era cosa bastante temeraria que todos los Europeos bajasen y dejasen á los negros solos custodiando la escala, estando á la merced de un capricho suyo ó de un acto de fanatismo posible, y que, por consiguiente, sometía á su criterio si nó sería prudente que él se quedara arriba vigilando. Herr Ehrlich no le

(*) Además de los ya citados procedimientos de adivinar ó profetizar que la supersticion ha ideado, y que se usaban tanto en la antigüedad, como hoy dia están todavía en favor entre muchas razas, se pueden citar tambien los siguientes:

Aeromancia —ó sea la adivinacion por el aire.
Alfitomancia (ó aleuromancia)—por la harina.
Amniomancia — por la membrana diáfana que envuelve el feto.
Anomatomancia —por las letras que componen el nombre de una persona.
Aritmomancia —por los números.
Aruspicia —por los intestinos de los animales sacrificados.
Apantomancia —por los objetos aparecidos repentinamente.
Astragalomancía —por huesecillos.
Austromancia —por el viento.
Axinomancia — por las hachas.
Belomancia —por las flechas.
Botanomancia — por las plantas.
Brizomancia —por el sueño.
Capnomancia —por el humo.
Catoptromancia —por los espejos.
Cefalonomancia —por la cabeza de un burro cocido.
Ceromancia —por las figuras que forma la cera echada por gotas al agua.
Cleidomancia —por las llaves.
Coscinomancia —por el agua pasada por una tamiz ó criba.
Cranoscopia —por el cráneo.
Critomancia — por la harina con que se rociaba los animales sacrificados.
Culismamancia —por los jugos de las plantas.
Dactilomancia —por los dedos.

contestó nada, comprendiendo tal vez que no era el momento de profundizar el verdadero motivo de la advertencia de su criado, preocupado como andaba con su descubrimiento y bajó seguido de Rad Abah y de cuatro porteadores, todos provistos de piochas, picas, zoletas, martillos, cuerdas resistentes con nudos de pié en pié y de lámparas de seguridad para cada persona una, lámparas sistema Humphry Davy, que se habían traido expresamente de Europa para alumbrar las cavernas. Cuando bajaron Sir Henry y el guía la primera vez al interior, se sirvieron de velas, á falta de lamparillos de minero; pero considerando que se iba á efectuar una excursion subterránea en toda regla, el dia cuando todos habían quedado conformes en Grosvenor Square, el ingeniero había aconsejado no prescindir de estas lámparas y dejar de usar cualquier otro productor de luz con llama, fundándose en la prevision de la eventualidad de encontrarse durante los trabajos en un pozo ó en una galería de la caverna, con un nacimiento de hulla, en cuyo caso una inflamacion del hidrógeno protocarbonado, ó sea el grisú, por falta de precaucion acarrearía las más funestas consecuencias, peligro que no puede ocurrir llevando la lamparilla de seguridad

Dafnomancia —ó sea la adivinacion por hojas de laurel masticadas y arrojadas al fuego.
Demonomancia —por inspiracion del espíritu maligno.
Emfalomancia —por el cordon del ombligo.
Extispicia —por los intestinos de los animales.
Gastromancia —por los ruidos del vientre.
Geloscopia —por la risa de una persona.
Genetliomancia —por el natalicio de id.
Giromancia —por los círculos y óvalos.
Glossomancia —por la lengua.
Halomancia —por la sal.
Hepatoscopia —por el hígado.
Hieroscopia —por las ofrendas.
Hippomancia —por el relincho de los caballos.
Hydatoscopia —por el agua.
Ichthyomancia —por los peces.
Lecanomancia —por agua echada en un lebrillo.
Libanomancia —por la elevacion del humo de las ofrendas.
Licnomancia —por la luz de una lámpara.
Lithomancia —por las piedras.
Metopomancia (ó metoposcopia) —por la fisonomía de una persona.
Miomancia —por los ratones.
Molibdomancia —por el plomo derretido.
Nairangia —por el sol y la luna.
Neciomancia —por los huesos y tendones de un animal muerto.
Necromancia —por los espectros.

bien cerrada, porque su mechero encendido está aislado dentro de un tubo de tela metálica que consume el gas al interior del tubo, sin nunca dejar propagar la inflamacion á fuera. Mr. Brown había indicado tambien la conveniencia de agregar á los efectos algunos aparatos Bathwell, modificacion del sistema Galibert, recipientes de zinc llenos de aire comprimido, que se llevan como un morral, de los que salen dos tubitos de cauchu terminados en una chapita con boquillas de hueso que se meten entre los dientes, cerrándose la nariz con unas pinzas. Con estos aparatos no hay que temer la asfixia por el ácido carbónico que se desarrolla en un caso de grisú, despues de la inflamacion y previstos con ellos se puede durante diez ó doce minutos impunemente atravesar una zona saturada del gas deletéreo, antes de tener que buscar una atmósfera pura. No se sabe cómo en el último momento se había olvidado llevarse estos útiles respiraderos; lo cierto es que durante los dias de arribada en Aden, el ingeniero, que los había visto llevar durante una visita hecha á unas minas de carbon en los Highlands de Escocia, los echó de menos al repasar la lista de los objetos adquiridos y en Aden no los había á la venta, como tampoco en Zanzibar.

Nefelemancia —ó sea la adivinacion por las nubes.
Oculimancia —por los ojos.
Oenomancia — por el vino.
Ofiomancia —por las serpientes.
Oneiromancia — por los sueños.
Onicomancia —por las uñas.
Oomancia (ó ooscopia)—por los huevos.
Ornithoscopia —por el vuelo de las aves.
Palmoscopia —por los intestinos.
Parthenomancia —por el agua virginal.
Pegomancia —por el agua de fuente.
Peratoscopia —por los fenómenos atmosféricos.
Pyromancia (ó causinomancia ó ignispicia)—por el fuego.
Quiromancia —por las líneas de las manos.
Rhabdomancia —por barras de metal.
Rhapsodomancia (ó stichomancia)—por la combinacion de diferentes renglones de un verso.
Selenomancia —por la luna.
Siderомancia —por las chispas de la candela.
Sycomancia —por las hojas de higuera.
Tefromancia —por las cenizas de los sacrificios.
Teratoscopia —por la aparicion de fantasmas.
Xylomancia —por la madera.

Desde el suelo donde se abría la apertura, hasta el peñasco saliente al pié de la grieta de la caverna, había que bajar ciento treinta y tres escalones y estando éstos colocados á distancia de veinticinco en veinticinco centímetros, en toda la escala resultaba una profundidad de treinta y tres metros, á que estaba situada la entrada. Las paredes del pozo estaban casi cortadas á pico y bajaban verticalmente, no presentando más escabrosidad notable, que el ángulo saliente del peñasco delante de la grieta, una roca sólidamente encajada en la pared. A medida que uno de los expedicionarios llegaba al peñasco, no solamente tenía que agacharse, sino entrar á gatas por un espacio como de dos metros de largo, hasta que aumentando gradualmente la elevacion del techo y el declive del suelo, permitía esta altura el ponerse de nuevo de pié. La vista desde allí abrazaba una superficie en forma de cuadrilátero, encerrada en irregulares paredes de roca viva que terminaban en una bóveda ogival de igual construccion, mientras que el suelo, muy desigual, estaba sembrado de peñascos desprendidos de las paredes y de la bóveda por algun derrumbamiento. Esta nave podía tener una extension en su largo de cuatrocientos pasos y calculando que el declive del suelo se extendía con una pendiente suave y uniforme de cinco centímetros, se podía graduar que al llegar á la pared de enfrente, habían bajado ya los caminantes unos quince metros. Lord Cleaventod se dirigió al ángulo izquierdo de esta pared, donde tenía recuerdo de la existencia de una grieta parecida á la que daba salida al pozo y por la que se había engolfado la anterior vez; pero ni él, ni Rad Abah, por más que ambos buscaron en toda esa parte del muro, pudieron dar con entrada alguna, que indudablemente se había cerrado por la aproximacion de las paredes ó por la caida de parte de la bóveda. Herr Ehrlich, malhumorado por esta circunstancia que ponía su proyecto en inminente peligro de no poder llevarse á cabo, habló ya de la necesidad de hacer con la barrena unos taladros en la pared cerca del sitio donde se suponía que había existido una apertura y de abrirse paso violentamente por medio de unos cuantos cartuchos de cresilina ó de melinita introducidos en los huecos abiertos, con una mecha suficientemente larga, para dejar tiempo á los expedicionarios para retirarse á distancia. Mr. Brown, sin embargo, rechazó en absoluto este procedimiento y rogó muy sériamente al vehemente profesor, de no hacer nunca uso de los cartuchos que

se hubiera traido, puesto que no le cabía duda que la vida de todos correría gran riesgo de acabar allí mismo, desde el momento que agentes de destruccion tan formidables, como lo son las citadas materias explosivas, fuesen llamadas á funcionar en un sitio que no ofrecía la suficiente solidez, como bien lo demostraba el desprendimiento de los peñascos y que solamente podría prenderse fuego á una mina en las presentes condiciones, si se hubiese traido las pilas del doctor Leading y bastante cantidad de metros de alambre, para desde arriba establecer la corriente eléctrica, pero que aun así se expondrían á un completo hundimiento de la caverna y á perder para siempre la probabilidad de encontrar lo que se buscaba. El profesor, impelido por su ardiente curiosidad, hubiera querido avanzar á costa de cualquier obstáculo y para que no cometiera alguna imprudencia, mandó Lord Cleaventod á los negros que empezasen á franquear el paso donde él suponía su existencia, quitando con las herramientas traidas los peñascos grandes y chicos que estaban amontonados contra la pared. Aunque todo el mundo ayudó en esta penosa faena, despues de una hora de contínuo trabajo, quedó todavía bastante roca que remover y consultando Mr. Plemperton su cronómetro que señalaba las nueve, se convino parar y dejarlo hasta el dia siguiente. Todos salieron, pues, y volvieron á subir la escala, prefiriendo pasar la noche al aire libre que dentro de la caverna.

Despues de más de dos horas de asíduo trabajo en la mañana del dia siguiente, los viajeros tuvieron la satisfaccion de ver aparecer la grieta que buscaba Lord Cleaventod, que cuando completamente franqueados sus contornos, ofrecía el espacio necesario para el paso de una persona, arrastrándose sobre las manos y rodillas. Tomando Davy la lámpara en una mano, se engolfó el oficial por la brecha en una oscura galería ó mejor dicho alcantarilla, que siguiendo un plan horizontal, tenía como unos veinte metros de largo y tras él se metieron los demás. De repente se paró Lord Cleaventod lanzando una exclamacion. Era que súbitamente al adelantar, á la mano que llevaba la luz, le faltó el apoyo y abriéndola instintivamente, soltó la lámpara que con trozos de roca y tierra, cayó en un abismo de una profundidad tal, que tardaron varios segundos antes de producir el ruido sordo que anunciaba haber tocado al fondo. Este obstáculo no existía la anterior vez y constituía otra prueba más que desde la anterior visita á la caverna,

esta parte del subsuelo había sufrido una convulsion, formando ya depresiones, ya levantamientos, indicio de una poderosa dislocacion de las capas terrestres inferiores.

Herr Ehrlich, que iba detrás del capitan de artillería, le pasó á este su lámpara para poder darse cuenta de la anchura de la fractura del terreno y con este auxilio, Lord Cleaventod pudo cerciorarse de la imposibilidad de continuar, puesto que no solamente esta grieta ocupaba una anchura demasiado grande para pasarla con cuerdas ó palos, sino que al otro lado la estrecha alcantarilla estaba cerrada, más bien que obstruida, por el hundimiento de la parte superior, imposibilitando por completo el pasar adelante.

El profesor lanzó una atroz maldicion al encontrarse con este nuevo obstáculo, tanto mayor que el del dia anterior, cuanto que no se le ofrecía á la imaginacion ningun remedio al mal. Forzoso era retroceder, saliendo hácia atrás, para volver á la primera gruta y deliberar sobre lo que convenía hacer. Mientras Herr Ehrlich dió rienda suelta á su despecho, Mr. Brown, que si bien no era ingeniero de minas, tenía bastante conocimiento de ellas y era hombre práctico y tenáz en encontrar solucion á lo que llevaba entre manos, volvió con su lámpara á penetrar en la alcantarilla, llevado por la esperanza de descubrir si en alguna parte á la derecha ó izquierda, existiera un sitio que indicara la boca de un paso transversal, que tal vez condujera á la apetecida caverna. Por más que lo mirara é inspeccionara todo minuciosamente, no encontró en las paredes más solucion de continuidad, que alguna que otra cortadura entre los esquistos de que estaban construidas, que al tocarlas con la palanqueta un sinnúmero de veces, no ofrecían en parte alguna indicios de la presencia de un paso. Ya iba á dejar su investigacion, cuando alumbrando la bóveda en que no se había fijado todavía á causa de su incómodo modo de moverse en este angosto y bajo paso, encontró á la mitad de su extension un orificio casi redondo y de una circunferencia como el grueso de dos hombres, que parecía ser la boca de un tubo vertical ó chimenea, segun la poca luz de la lámpara permitía apreciarlo. Llamó el ingeniero á uno de los negros y poniéndose de pié debajo del boquete, se subió en los hombros del negro, sosteniéndose con una mano á la roca y elevando con la otra la luz, que dirigía todo alrededor en busca de un túnel que desembocara en la chimenea.

Su trabajo recibió su recompensa; divisó á una altura de un

par de metros por encima de su cabeza una boca y ayudándose con las manos y los piés, valiéndose de cualquier anfracto, como punto de apoyo y de subida, llegó al sitio que era la entrada de una galería lo suficientemente alta para poder transitar con comodidad. Se introdujo en ella y á los pocos pasos vió que ésta torcía hácia la derecha, es decir, en sentido contrario á la direccion que deseaba seguir para penetrar en la excavacion, donde esperaba encontrar las osamentas fósiles. Mr. Brown dió una voz para hacer saber á sus compañeros el resultado de su descubrimiento y no tardaron mucho éstos en imitar el modo de trepar por el tubo ascendente y de llegar á donde les esperaba el ingeniero.

Todos se internaron en la galería, cuyas paredes estaban hechas de esquistos, capas de calizas y asperon, separadas por estratificaciones de arcilla compacta y aplastada. Despues de torcer primero á la derecha, la galería seguía durante una buena media hora en la misma direccion, que segun indicaba la brújula, era la de Nordnordeste, bajando siempre por una rampa bastante suave, siguiendo la línea recta hasta llegar á una encrucijada, en que desembocaban dos pasadizos de granito entrambos estrechos y sombríos. No sabiendo por cuál de los tres caminos optar, si seguir adelante, ó tomar á la derecha ó la izquierda, despues de vacilar un momento, se echaron los amigos en brazos del azar y se internaron en el túnel del Este, cuyo suelo presentaba una pendiente de próximamente 45° de inclinacion, en cuya seccion se hubieran deslizado con demasiada rapidez, á no ser que por un capricho de la naturaleza, varias erosiones y protuberancias del suelo hubiesen hecho el servicio de escalones, cuyo auxilio evitó el peligro de llegar abajo más que de prisa. Despues de bajar así un largo distrito, siguiendo casi siempre una direccion uniforme hácia el Este, llegaron á una curiosísima excavacion compuesta de innumerables alvéolos de toda forma, de todo grandor y con numerosos pisos, una gigantesca aglomeracion de celdas de abejas. El suelo que se pisaba era de granito mezclado con toba silícea. De allí salía un verdadero laberinto de galerías y pasadizos, unos más altos que la nave de una catedral, otros apenas á altura de una persona de mediana estatura, ya anchos, ya estrechos, ora tortuosos, ora siguiendo una línea recta, éstos en un plano horizontal, aquéllos subiendo ó bajando oblícuamente. Se internaron en una galería de las anchas y altas, cuyo suelo ofrecía en un principio bastante uniformi-

dad, pero despues de pocos minutos de andar por ella, el piso se modificaba con gran inconveniente para los transeuntes, puesto que de la bóveda filtraba un chorrito de agua, que si bien fué recibido con aprecio por su frescura y buen gusto, incomodaba mucho para el tránsito, porque con frecuencia los piés resbalaban á causa de la humedad y se rodaba al suelo. Así anduvieron un cuarto de hora, cuando se modificó la direccion de la galería, al mismo tiempo que de alto de techo se volvió tan bajo, que apenas si inclinando la cabeza y casi en cuclillas, podía pasar el cuerpo á la vez que acercándose más, las paredes estrechaban notablemente el paso. Bien pronto se revolvió éste en infinitos tortuosos giros, presentando recodos bruscos é inesperados; pero lo que más preocupaba, su direccion principal tendía marcadamente hácia el Sudoeste, de suerte que el camino conducía ahora en sentido contrario á el recorrido anteriormente.

Capítulo XII.

Criptas, subterráneos, grietas, túneles, abismos y encrucijadas.—Lipotimia del profesor.—Marcha del Nubio.—Una gruta con estalactitas y estalagmitas.—Medicion matemática de la profundidad de un precipicio.—Formacion de un puente.—Filigrana pétrea.—Un salto de agua destapado.—Heúreka.—Arquímedes y la corona del rey Hieron.

Los amigos continuaron penetrando más y más profundamente en esta cripta, donde seguramente ningun pié humano había jamás puesto su planta; el suelo horizontal del camino recorrido hasta la presente, se iba elevando ahora, sin que siempre correspondiera la altura de la bóveda á esta modificacion y á veces no era ya galería, ni paso, sino una angosta alcantarilla por donde había que arrastrarse, mientras que en otros momentos la bóveda se elevaba más de treinta metros y el suelo lleno de inmensos peñascos que dificultaban notablemente el paso, demostraba nuevamente cuán violentamente las conmociones subterráneas habían trabajado esta parte de las montañas. De repente, despues de haber subido á lo alto del monton de peñascos, notaron que otra grieta como en la tarde anterior, cortaba el paso, pero esta vez por suerte, el oscuro abismo que veían anchuroso abierto á sus piés, no impidió la continuacion de la exploracion por estas tenebrosas regiones. A la luz de las lámparas reunidas con que sondearon lo mejor posible este precipicio, observaron que por una caprichosa construccion, de la pared derecha de granito salía una seccion de arco, que cruzando la grieta en una extension de cerca de tres metros, iba á empotrarse en la fachada de enfrente, donde un espacioso, negro orificio indicaba, que existía la continuacion de

la galería. Los amigos, despues de haber probado la resistencia del medio ojo de puente, se izaron encima y sentados á caballo en este rugoso espinazo, franquearon la distancia que les separaba del túnel opuesto, donde llegaron sin más accidente, que la caida de una lámpara que se le escapó á uno de los negros.

Para orientarse consultó el ingeniero de nuevo la brújula que seguía indicando el Sudoeste, sin que esta direccion diera motivo á satisfaccion ó á disgusto alguno, puesto que lo mismo ésta como la anterior, podía conducir finalmente á la caverna, cuyo acceso costaba tanto trabajo. Ya empezaban á estar cansados los excursionistas y antes de seguir adelante, tomaron la merienda para reponerse algo, continuando despues con nuevo brío la marcha. Al poco tiempo, se vieron nuevamente delante de un obstáculo. La última seccion de camino recorrida había sido, si nó uniforme, á lo menos bastante practicable y con techo elevado; pero hé aquí que el suelo fué subiendo primero suavemente, y de repente se elevó casi perpendicularmente y si no hubiera sido por dos de los negros que prestaron un buen servicio, demostrando su destreza y agilidad en el trepar, no hubieran tal vez podido vencer esta dificultad. Los porteadores, provistos de las cuerdas con nudos, subieron como verdaderos monos á lo alto, valiéndose de las más insignificantes escabrosidades ó huecos, apenas suficientemente capaces para apoyar los dedos de sus piés, agarrándose á los más pequeños puntos salidizos, hasta alcanzar á unos diez metros, á cuya altura el muro terminaba en una breve plataforma, que un poco más allá daba principio á una pendiente ascendente, la que presentaba tanto ángulo obtuso como se necesitaba para formar con el agudo de la descendente de por la mañana, un acabado semicírculo. Desde la plataforma, dejaron los negros caer las dos cuerdas, que sujetaron bien en la pared y por ellas subieron los de abajo perfectamente. El talud luego fué recorrido con escaso trabajo, pero como parecía extenderse á lo infinito, empezaron los expedicionarios á encontrar el camino ya demasiado largo. Eran las cinco de la tarde, cuando llegaron á una encrucijada, que en medio de la sorpresa de los Europeos y á su gran disgusto, reconocieron todos ser la misma que habían visto por la mañana, mediante una cruz que el previsor Mr. Brown, para no equivocarse, había trazado entonces en la pared, con objeto de indicar el túnel por donde habían desembocado al venir desde abajo, y por el cual tenían que volver necesaria-

mente una vez concluida la visita á la caverna de los fósiles. Habían entrado por la galería del Este y salieron por la del Oeste, despues de haber descrito un círculo marchando. El trabajo de todo el dia estaba perdido y había que volver á empezar las investigaciones en busca de otra comunicacion con el departamento que se escondía á las pesquisas, entrando por otra galería.

Como ya se había hecho tarde y se temía que las lámparas no alcanzasen y no tardarían en apagarse, quedó convenido volver encima de la tierra, aunque esta vez Herr Ehrlich, más nervioso que el dia anterior, opinaba que prefería pasar la noche en el sitio en que estaba, para ahorrarse el ir y venir luego al dia siguiente; pero al reflexionar que se encontraba sin suficientes provisiones, desistió de su idea. Todo el mundo bajó, pues, á la gruta de entrada y el profesor que iba delante, estaba justamente para asomar su cabeza fuera de la grieta y extender una mano para agarrarse á la escala, cuando desde arriba sonaron dos tiros de revólver, de que uno hizo blanco en la meseta del pozo al pié de la grieta, rozándole por poco la mano, seguidos con breve intérvalo de otros dos disparos, éstos de carabina, cuyos proyectiles desaparecieron en el agua.

No comprendiendo la causa de este tiroteo é incomodado por el peligro que había estado á punto de correr su mano, pronunció Herr Ehrlich algunas palabras delante de la grieta, que tenían todo el parecido de:—¡animal! por poco me dás en la mano; otra vez que mires mejor ¡bruto! añadiendo en voz más alta:—¿qué ocurre, Franz? El criado contestó una cosa que el profesor no oyó bien, por el ruido que hacía el agua borbotando en el pozo tan inmediato á la meseta, pareciéndole le gritaba algo como de que tuviera cuidado, por cuya razon y para cerciorarse mejor, contando con que ni Franz, ni los negros volverían á disparar, asomó medio busto fuera. Empezó á repetir su pregunta, cuando en el mismo momento vió deslizarse encima de su cabeza algo de que de pronto no se daba cuenta lo que podía ser y antes de poder retirarla, recibió en medio de la cara un cuerpo pesado y frío que daba latigazos; llevó instintivamente ambas manos á su cabeza y su cuello y notó con espanto que una gran serpiente ensangrentada, retorciéndose en la agonía, se le había caido encima de la nuca, de modo que la cabeza y la cola, ambas en bruscos movimientos agitándose, estaban colgadas de su cuello.

La situacion del profesor no tenía nada de tranquilizadora, porque en las múltiples ondulaciones del ofidio, no hubiera tenido nada de particular, que el sábio recibiera algunos mordiscos. Herr Ehrlich no se atrevió á moverse y se quedó con medio cuerpo fuera de la caverna y la otra mitad dentro de la grieta, esperando que sus compañeros le viniesen en ayuda, lo cual dado el reducido sitio, no era cosa tan fácil. Mr. Plemperton le dijo que se quedara sin moverse y que le iba á echar encima de la cabeza el saco en que se habían traido diferentes herramientas, para que el yute interponiéndose entre la cara del amenazado profesor y la hinchada y silbante cabeza del reptil, sirviera en algo de preservativo contra las eventuales mordeduras de éste. Con mucho tino le echó el saco encima y previniéndole que iba á hacer uso del revólver, apuntó durante un par de segundos la movediza cabeza del mónstruo y disparó. Había tenido buena puntería Mr. Plemperton; la bala destrozó el cráneo de la serpiente y el animal, haciendo una última torcedura, irguió la cola, dió un latigazo y deslizando sacudidamente su cuerpo, acabó por desplomarse en el abismo.

Los amigos felicitaron á Herr Ehrlich por haber escapado á este peligro y se admiraron al ver que no se movía; el profesor se había desmayado. Le bajaron dentro de la caverna, donde le extendieron en el suelo, quitándole el saco y observaron que no era un síncope, puesto que respiraba, sino una simple lipotimia. A falta de médico, que hubiera administrado los reactivos y excitantes que el caso requería, le abrieron la ropa, le quitaron el cinturon y le echaron encima de la cabeza agua fresca, que sacaron de la profundidad, friccionándole con amoniaco, de que Mr. Plemperton iba siempre provisto como antigua costumbre del viajero, cuando se pasa por terrenos de escorpiones, escalopendras, alacranes, víboras y demás huéspedes del suelo, que inadvertidamente muerden y cuyas mordeduras se cauterizan con el alcalí volátil. Una vez ya había administrado con éxito el contenido del pomo, cuando en el Uniamwesi su criado Mocky fué mordido por un díptero de la especie africana más mala, por la mosca tsetsé, insecto del tamaño de una abeja pequeña, que excepcionalmente había atacado á un hombre, cuando es su costumbre echarse sobre los animales y cebarse en ellos, hasta producir muchas veces su muerte. Esta vez le sirvió el amoniaco para producir la consiguiente irritacion en las membranas olfactivas del profesor, y en efecto, el olor penetrante

que despide este producto de la orina y los excrementos de los ruminantes, le hizo extremecerse, abrir los ojos, estornudar y ponerse de pié.

Poco despues y cuando todos vieron que Herr Ehrlich estaba completamente repuesto para poder subir por la escala sin temor de dejarse caer, salieron á fuera y ganaron la superficie, donde Franz que echado medio cuerpo encima del pozo había sido espectador del incidente acaecido á su amo, le echó llorando los brazos alrededor del cuello, besando con vehemencia las manos del profesor. Interrogado sobre lo que había pasado, contó el criado que amodorrado por el fuerte calor, había echado su manta encima de la parte de la escala que estaba sujeta en el suelo y habiéndose extendido en esta prenda, había pasado no sabía bien cuánto tiempo, cuando fué despierto por el grito de uno de los negros y al incorporarse apercibió á dos pasos de distancia, una gran serpiente asomada la cabeza al borde del pozo. Instintivamente había desfundado su revólver y sin darse cuenta si lo hacía para librarse del reptil, ó para que no se internara dentro del pozo, y de este modo en la caverna é hiciera daño á su amo, hizo fuego con bastante tino, porque el proyectil produjo una herida en medio del cuerpo. El ofidio entonces se había enroscado en la escala y Franz le disparó otro tiro sin hacer blanco esta vez, como tampoco dos de los negros con sus carabinas pudieron lograr alcanzar al animal, en vista de lo cual y oyendo la voz del profesor desde abajo, le gritó que no se asomara, cuya advertencia Herr Ehrlich, á causa del borbollón que producía el agua, no había podido aprovechar.

Concluída la comida declaró Rad Abah, que no habiendo recibido licencia de sus amos más que por cuatro dias y habiendo ya pasado este plazo, le era imposible acompañar por más tiempo á los expedicionarios; que además su presencia no era ya necesaria, una vez que les había guiado hasta la caverna y que no podía prestar ningun servicio debajo de tierra en busca de una entrada al subterráneo de las osamentas. Conociendo el carácter sério del viejo Nubio, comprendió Lord Cleaventod que sería contraproducente cualquier paso que se diera cerca de él, para hacerle desistir y por esta razon no lo intentó siquiera. Al despedirse de Rad Abah le entregó una esquela dirigida al doctor Leading, dándole cuenta de lo que ocurría en la caverna y encargándole hiciera dono al guía, de uno de los rifles y unos cuantos paquetes de cartuchos, que

le rogaba aceptara de él como recuerdo de su hermano cristiano. Una hora más tarde, el Nubio se puso en camino para volver sólo al campamento del Semliki.

Cuando salió el sol el 13 de Enero, ya estaban todos listos para bajar y reanudar sus trabajos. El profesor propuso volver á la encrucijada y entrar por el túnel al Norte, á ver si éste tal vez conducía al objeto, idea que no encontró oposicion entre sus compañeros. A Mr. Brown tambien le pareció lo mejor, siempre que despues de haber entrado otra vez por la alcantarilla abajo y vuelto á explorar la falla, ésta no ofreciera posibilidad de franquearla por alguna parte. Se introdujo, por lo tanto, el ingeniero nuevamente por el angosto paso y llegado hasta el precipicio, registró atentamente con su lámpara Davy las paredes. La luz no proyectaba con bastante claridad sus rayos en este tenebroso abismo y como había prevenido esta dificultad, sacó de un bolsillo una de esas pequeñas lamparitas al magnesium, en forma de una cajita redonda y plana, que encierran un pequeño rollo de cinta de magnesio, el que con la presion del dedo, sale progresivamente por una pequeña ranura terminada en el centro de un espejito metálico cóncavo á medida que vá ardiendo. Incendió el aparato, obteniendo de seguida una vivísima luz proyectada en una ancha superficie por la combustion del metal, con cuya ayuda la vista podía distinguir perfectamente los contornos de la fractura á la derecha é izquierda. Por este medio llegó á notar que á cinco metros escasos debajo de él y á igual profundidad en la pared de enfrente, existía en ambos lados una apertura anchurosa, que si hubiera posibilidad de entrar en la de enfrente, habría esperanza de llegar dentro de la deseada excavacion. Al volver á reunirse con sus compañeros, que esperaban el resultado de su descubrimiento en la primera caverna, les dió conocimiento de lo que había observado y comunicó su resolucion de dejarse bajar por medio de una cuerda, liada alrededor de su cintura, para inspeccionar aquellos boquetes. Encargó antes de poner su idea en práctica, á los negros que se subieran á la superficie, buscaran tres árboles que tuviesen cada uno como diez metros de largo y siete ú ocho dedos de grueso y los trajesen hechos palos.

Despues de haber concluido esta recomendacion, se ató alrededor del cuerpo una cuerda en que se habían practicado varios lazos para pasar las muñecas y los muslos y dando la extremidad

á su primo y á los demás amigos, se engolfó de nuevo en la alcantarilla. Esta vez entró con el cuerpo echado boca abajo y las piernas primero y moviéndose para atrás, por no haber dentro sitio para dar la vuelta, tan pronto como advirtió que había llegado al final y que ya sus piés se movían en el espacio, dió una voz para que se tuviera cuidado de deslizarle suavemente.

La bajada se efectuó sin otro inconveniente que el de recibir encima de su sombrero-casco algun que otro menudo pedazo de roca que se desprendía por la frotacion de la cuerda y que iba á hundirse en el abismo. Mr. Brown había colgado su Davy de su cuello y cuando se encontró al nivel del suelo de la apertura, entró dentro, sacó sus piernas de los lazos y sujetó la cuerda á un ángulo saliente. Estaba en la boca de una galería que se ensanchaba á medida que se internaba, su direccion era al Norte y el suelo se inclinaba suavemente. Como el objeto principal era el reconocimiento de la boca de enfrente, de que el precipicio le separaba á más de doce metros de distancia segun graduaba, se fijó en aquella y sirviéndose de nuevo del magnesio, pudo cerciorarse de la existencia de una galería de poca profundidad que terminaba en una espaciosa gruta de estalactitas y estalagmitas, que con la potente luz de la cinta quemada, ofrecía un preciosísimo aspecto.

De todo ello dió parte el ingeniero á sus compatriotas, no invitándoles á bajar donde él estaba, porque como observaba con sobrada razon, hasta poder comunicar con la apertura de enfrente, no había necesidad de que se molestasen en venir tambien, ya que al cabo pudiera ser que tampoco por allí se diera con la caverna de los fósiles. Además, el profesor había pasado una mala noche, tenía el cuerpo disgustado y aunque había bajado por la escala un poco más tarde que sus compañeros, no tenía mucha gana de bajar á la nueva galería, cuando no hacía urgente falta. Lord Cleaventod por contra no teniendo nada que hacer en la gruta de entrada, quiso entretenerse en algo ó ayudar al ingeniero y entrar en la galería donde paraba Mr. Brown, mientras que éste tenía que quedarse allí hasta la llegada de los negros con los palos, quedando Mr. Plemperton con Herr Ehrlich en la primera gruta. El oficial bajó del mismo modo como lo había efectuado el ingeniero y detrás de él, James Queen.

La galería ya se ha dicho era ancha, más ancha que alta, aunque se podía andar por ella sin tener necesidad de agachar la,

cabeza. El suelo iba ligeramente subiendo; era un tanto molesto el tránsito por él, á causa de la multitud de peñascos de granito, mezclado con sílice, cuarzo y depósito de aluvion. Habían andado ya una hora por esta galería, que parecía no tener fin, y continuaba siempre en la misma direccion, sin que ningun túnel la atravesara en toda la seccion recorrida, cuando de repente vieron á corta distancia un rayo de luz que entraba del exterior por una estrecha grieta en la bóveda y sentían una bocanada de aire fresco que venía á darles agradablemente en la cara, en medio del calor que reinaba en la galería. Llegado á este sitio inundado por la luz solar, observaron que allí existía una raja, que atravesando perpendicularmente la roca hasta considerable altura, comunicaba por medio de una apertura triangular con el exterior. Segun se podía estimar, esta grieta mediría más de doscientos metros y terminaba probablemente en la ladera del monte por encima del pozo, pero nunca podría ser utilizada para introducirse dentro de la galería donde se estaba, á causa de su angostura y la imposibilidad de ensancharla; además no ofrecería tampoco ventaja alguna mudar de punto de entrada.

Los Ingleses continuaron todavía andando media hora más, hasta que cansados por la monotonía del trayecto, resolvieron volver atrás, considerando que cuando llegarían de nuevo al punto de partida, habrían pasado ya cerca de cuatro horas y que los porteadores tal vez estarían esperando con los palos cortados. Al volver, pues, á la boca de la galería, dió el ingeniero una voz para avisar su vuelta y preguntar si los negros estaban ya allí. No habían llegado todavía y pasaron cerca de tres horas más, antes de su venida cargados con tres palos de acacia arábiga.

Para ocupar el tiempo se entretuvo Mr. Brown en medir matemáticamente la profundidad del abismo, á falta de cordeles bastante largos para sondearlo del modo usual. Con este objeto tomó una piedra de un tamaño regular y en el acto de dejarla caer, miró su cronómetro, que indicaba las once en punto. A las once y ocho segundos se oyó el choque que producía la piedra contra el fondo del precipicio, de modo que sobre la base de ocho segundos, tenía que establecer su cálculo de la caida de la piedra y de la subida del sonido.

Para resolver este problema, se dijo el ingeniero, hay que tener presente lo siguiente:

1.° que la capa de temperatura invariable ó fija bajo el Ecuador se encuentra á los veinte metros, dato que puede aceptarse así mismo para la latitud del paraje donde actualmente nos hallamos, la que cuidadosamente medida aquella misma mañana temprano, resultó ser O°54'18" N. del Ecuador;

2.° que el calor medio segun resulta de diferentes observaciones en esta region, es de 26° centígrados.

3.° que el movimiento uniformemente acelerado, ó sea la aceleracion de la gravedad, es en el mismo sitio, de 9,78 m. por 1";

4.° que la temperatura aumenta en las profundidades un poco más de 1° por cada 30 m.;

5.° que habiendo bajado 53 m. desde el orificio del pozo, es decir, 33 m. por el concepto de la escala dentro del pozo, 15 m. por el plan inclinado de la caverna de entrada, largo de cuatrocientos pasos, calculados en 300 m. á 5% y 5 m. más que había bajado últimamente, la temperatura resulta tanto más elevada como corresponda á esta profundidad, deducida la capa invariable;

6.° que por la misma razon, el calor vá tambien gradualmente en aumento dentro del precipicio á medida que se llega abajo;

7.° que el sonido recorre 331 m. por 1" con una temperatura de O° y 340 m. con una de 15° y finalmente

8.° que es menester aceptar como base de cálculo, el número 351 m., velocidad del sonido á 35°, como término medio de las velocidades que por razon de las temperaturas hay que obtener, y además una profundidad hipotética del abismo de 240 m., basada en lo que en el cálculo se demostrará, aunque luego no resulten estos números, sino ser otros distintos los verdaderos.

Desarrollando el problema con los anteriores datos, estableció en primer lugar, que los 8" al cabo de cuyo tiempo se oyó el choque del cuerpo en el fondo del abismo, equivalen al tiempo T empleado en el descenso de la piedra, más t invertido por el sonido en llegar desde abajo hasta el conducto auditivo, por lo tanto:

$$T + t = 8" \quad (1)$$

El trayecto E recorrido por la piedra con movimiento uniformemente *acelerado* es igual á $\frac{1}{2}$ g T^2

$$E = \frac{g}{2} T^2 \quad (2)$$

El mismo trayecto recorrido por el sonido con movimiento *uniforme*, es

$$E = Vt \qquad (3)$$

Igualando (2) y (3) obtuvo:

$$\frac{g}{2} T^2 = Vt \qquad (4)$$

y despejando t en (1):

$$t = 8 - T$$

así como sustituyendo este valor en (4) resultó:

$$\frac{g}{2} T^2 = V (8 - T):$$

ecuacion de segundo grado con respecto á T que preparada le dió:

$$g T^2 + 2 VT - 16 V = O \qquad (5)$$

y resuelta con respecto á la incógnita T, produjo:

$$T = \frac{-2 V \pm \sqrt{4 V^2 + 64 g V}}{2 g} \qquad (6)$$

en la cual ecuacion había de sustituir los valores de g y de V para conocer el tiempo T, y conocido este, poner su valor en la ecuacion (2) con objeto de saber la profundidad.

Siendo ahora, prosiguió, la temperatura invariable á la profundidad de 20 m. . . . . 26°

Aumentando por el concepto de los 53 m. menos estos 20 m. ó sean 33 m., que importa un poco más que un grado 1

Agregando por la profundidad del abismo calculada hipotéticamente ó al capricho, en 240 m. . . 8

Resulta un calor de . . . . . 35°

La velocidad del sonido á esta temperatura, siguió razonando, se deduce de la fórmula aceptada en física de:

$$V_t = V_o \times \sqrt{1 + \alpha t}$$

en la cual α representa el coeficiente de dilatacion de los gases, equivalente á 0,00366 y que en el presente caso sería:

$$V_{35} = 331 \times \sqrt{1 + 0{,}00366 \times 35}$$

Tomando entonces los logaritmos obtuvo:

Log. V_{35} = Log. 331		= 2,5198
+ Log. 1,128 = 0,0522		
	su mitad	= 0,0261
Log. $-^1$		= 2,5459

=N.° 351 m., que es la velocidad en metros por segundo del sonido en el aire á la dicha temperatura de 35°

Por consiguiente:

$$T = \frac{-2 \times 351 \pm \sqrt{4 \times 351^2 + 64 \times 9{,}78 \times 351}}{19{,}56}$$

y verificando los cálculos:

$-351 \times 2 = -702$

$351^2 = 123.201 \times 4$	=	492.804
$64 \times 9{,}78$ = 625,92		
y $625{,}92 \times 351$	=	219 698
		712.502

$\sqrt{712.502}$ =	844
restando los	702
quedaron	142

que divididos por 19,56 ó sea 2 g ó $2 \times 9{,}78$ dieron un resultado de 7,26 segundos, como la parte alícuota correspondiente á T y por lo tanto 74 centésimos de segundo la misma de t.

Elevando luego al cuadrado y para concluir los 7,26 segundos y multiplicando el resultado con $\frac{g}{2}$ ó sean 4,89 metros, llegó al resultado de 257'75 metros como profundidad del precipicio.

Como prueba de este resultado, quiso Mr. Brown buscar el espacio recorrido por el sonido en su parte alícuota 0,74 seg. y halló 259,74 met., lo cual demostró la aproximacion del resultado obte-

nido. Tambien quiso averiguar la profundidad en el caso de que el sonido fuese instántaneo, valiéndose de la fórmula ya mencionada, de:

$$E = \frac{g}{2} T^2$$

que dá por resultado:

$$4{,}89 \text{ m.} \times 64 = 312{,}96 \text{ m.}$$

pero como el sonido no sube instantáneamente, la piedra no estuvo bajando durante la totalidad de los 8" y por consiguiente no debió bajar hasta tal profundidad de 312,96 m., sino á tanta cantidad de metros menos, como representa la distancia que recorre el sonido para llegar arriba, y de aquí tomó base para adoptar el número hipotético 240.

Si el ingeniero no hubiera tomado como velocidad del sonido 351 m. correspondiente á 35°, sino la que éste tuviese á una temperatura media entre la superior y la inferior, que es 31°, derivado de la máxima de 35° y la mínima de 27°, hubieran desaparecido estos dos metros de diferencia, porque la velocidad del sonido á dicha temperatura de 31°, deducida de la fórmula precitada, sería 349 m. por seg., que multiplicados por la parte alícuota de 0,74 seg., dan 258,26 m., cantidad que en relacion á los 257,75 m. antes obtenidos, se aproxima en un dos por mil al otro valor.

Lord Cleaventod y sus compañeros estaban por subir, para enterarse del por qué tardaron tanto los porteadores, cuando los negros por fin llegaron. Estos en su disculpa dijeron que habiendo subido en lo alto del monte más cercano, para abrazar desde allí un horizonte más extendido, en busca de un sitio donde hubiera arboleda, ya que todo alrededor no eran más que áridos peñascos, habían tenido que subirse por el desfiladero hasta el pié de la sierra y andar mucho más allá antes de encontrar arboleda á propósito.

Mr. Brown tan pronto como le bajaron los palos y las cuerdas que había pedido, los ató con la ayuda del capitan y de James Queen, para formar un largo y sólido puente. Luego valiéndose de la cuerda que les había servido para bajar, fué pasando lo que acaban de arreglar en direccion á la boca de enfrente, en la que vino á entrar más de un metro, quedando otro tanto en el suelo donde se estaba.

Aunque el improvisado puente parecía ofrecer la suficiente solidez, no querían prescindir de la cuerda de bajada; se la suje-

taron cuidadosamente alrededor del cuerpo y montando á caballo en el palo, atravesaron de este incómodo modo uno despues del otro el abismo, hasta poner los piés dentro de la galería opuesta cuyo suelo tapizaba finísima arena como si fuese un lecho de algun arroyo. Despues de haber adelantado cincuenta pasos escasos, se encontraron los tres en una verdaderamente encantadora gruta cubierta de una bóveda ogival, desde la cual filtraba gota á gota agua impregnada de carbonato de cal y otras sustancias minerales, que en el trascurso de los siglos había formado infinitas columnas y pilares caprichosos de estalactitas y estalagmitas, de las formas más variadas y raras. Las paredes parecían cubiertas en su mayor parte de una blancusca sábana rugosa, petrificada, sembrada aquí y allá de cristales transparentes, que irradiaban brillantes colores al reflejarse en ellos la luz de las lámparillas, mientras que otros sitios ostentaban verdadero trabajo artístico de filigrana, tan caprichoso como primorosamente tegido y colgado de las asperezas de la roca.

Despues de haber admirado tanta belleza, buscaron una salida ó comunicacion con otros departamentos, que les permitiera continuar sus exploraciones; pero por más que buscasen, y registrasen por todos lados, la gruta no ofrecía en parte alguna señal de la existencia de otra apertura más que la por donde habían entrado. Era esta una cruel decepcion despues de un dia de trabajo y de espera, que el fantástico expectáculo de las estalactitas no podía compensar y no había otra cosa que hacer que volver á atravesar el precipicio y reunirse con los compañeros para combinar nuevas pesquisas y empezar nuevamente á buscar. En el momento de abandonar la gruta, quiso Lord Cleaventod llevarse como curioso recuerdo un trozo de la filigrana pétrea que se encontraba cerca de la salida á la altura de su cabeza, formando una reja de ventana con su cortinita del tamaño como de medio metro en cuadro, que pendía de un peñasco, y para mejor poder arrancarlo, ya que difícilmente alcanzaba con las manos, se subió en hombros de James Queen, quien con este objeto se arrimó á la pared debajo de la figurada reja.

Para no desgraciar la fina cortinita, rompió uno por uno con el martillo que llevaba, las petrificaciones que la tenían sujeta al húmedo peñasco saliente, sujetándose con la mano izquierda á este y como estaba muy adherida á uno de los lados, tuvo que hacer un

esfuerzo, golpeando tan recio contra la roca que el peñasco se rajó, lo que le facilitó el sacar la raiz de la petrificacion y con ella intacto el objeto ambicionado. Pero no había acabado de bajar todavía, cuando por la apertura que había producido, empezaron á filtrar gotas, humedeciéndose además los contornos de la raja, y que fueron cayendo piedrecillas y motas de tierra, empujadas por una fuerza interior á fuera, seguido casi en el acto de un silbido agudo, de una granizada de fragmentos de roca y de tierra que se desprendió con fuerza de la pared y de un chorro de agua que saltó del sitio, y fué á estrellarse contra un grupo de estalagmitas en el suelo. Al amo y al criado les faltó tiempo para apartarse y por lo tanto despues de sufrir la explosion de las piedras, recibieron en plena cabeza un chorro de agua impelido con una fuerza de pitorro de manga de cuatro dedos de diámetro, que á ambos hizo tambalearse. El agua salía con mucha energía y el boquete por donde saltaba, iba agrandándose poco á poco, al mismo tiempo que el peñasco saliente parecía recibir empujones por invisibles manos operando al anterior y querer desprenderse de la pared. Se oía distintamente un ruido de agua que caía, procedente del mismo sitio, lo cual hacía presumir que existía un paso de agua, probablemente un arroyo subterráneo que corría encima de la corteza de la bóveda ó por el flanco de la pared. El chorro de agua aumentaba en volúmen á medida que se iban desprendiendo más fragmentos de piedra y el líquido que caía al suelo, tomando por la galería abajo, se perdía luego en el abismo. De repente el peñasco cediendo al empuje interior, fué despedido de la pared y arrojado á distancia y trás él rodaron más piedras, roca y tierra al suelo, dejando entonces paso franco á una imponente columna de agua, que siempre aumentando su creciente volúmen y á momentos más impetuosa, saltaba ruidosamente dentro de la gruta.

Los expedicionarios empezaron á encontrar su situacion, sinó peligrosa, por lo menos su permanencia allí por más tiempo supérflua. Además no se les ocultó que nada de extraño tendría, que si el arroyo que se había abierto esta salida fuese abundante, continuaría arrastrando todo lo que encontrára á su paso y podrían desprenderse peñascos de tamaño tal, que hasta interceptasen el paso por la galería, sin que entre los tres fuesen bastante fuertes para hacerlos desaparecer. Tambien podía temerse que la fuerza del agua hiciera rodar los bloques hasta la boca, en cuyo caso se rom-

pería el puente, el que además estaba expuesto á ser empujado y caerse por la sola fuerza del líquido descendente.

Salieron, pues, con precipitado paso á la galería y con el agua terrosa que les llegaba hasta la mitad de las piernas y en medio de las piedras movedizas llegaron á la apertura, en cuyo punto el puente, si bien no había sido empujado hácia fuera, empero á causa de su forma cilíndrica, se movía á la derecha é izquierda bajo las sacudidas de la corriente del agua. Esta semirotacion podría ofrecer un inconveniente, el que dificultára la travesía de la persona que se sentara encima; pero esperaban que metiéndose los tres á la vez el palo entre las rodillas, su peso combinado de cerca de doscientos kilos sobre poco más ó menos, sería lo suficiente para contrabalanzar el empuje de la corriente. Cuando se ataron la cuerda, Mr. Brown tocó su pito como convenido para dar á conocer que allí arriba estuviesen prevenidos y afirmasen la cuerda y antes de sentarse con sus compañeros en el palo, esperó el *all right* de su primo, que sin embargo, no se dejó oir. En esta espera notaron un ruido atronador que procedía de la gruta que acabaron de dejar detrás de ellos, producido indudablemente por el derrumbamiento de una formidable masa roquiza y la siempre creciente cantidad de agua y tanta piedra que bajaba, anunciaba que el caudal líquido aumentaba constantemente. Los Ingleses tenían el agua ya hasta cerca de la rodilla y sus piernas habían recibido más de un golpe, efecto de las piedras que la corriente empujaba con violencia, de modo que sin esperar por más tiempo la respuesta á su señal, emprendieron de nuevo el paso acrobático. La distancia ya se sabe era relativamente breve y como ninguno de los tres tenía interés en pararse encima del precipicio, avanzaron con toda la rapidez posible y no tardaron ni tres minutos en la travesía. Habían llegado á tiempo; apenas pusieron piés en firme dentro de la galería opuesta, cuando vieron cómo el puente recibía un violento empujon que lo hizo entrar de súbito un par de metros adentro, luego levantarse un momento por la misma extremidad, por haberle faltado el punto de apoyo en la galería de enfrente y un momento despues escurrirse por su propio peso al abismo que lo engolfó, como este acababa de tragarse un enorme peñasco causante de la caida del puente.

El ingeniero tocó entónces repetidas veces el pito que esta vez fué contestado en el acto. Cada uno se hizo subir, lo que por cierto fué una operacion más molesta que la de bajar y por fin se encon-

traron reunidos todos en la gruta de entrada donde Lord Cleaventod contó lo que había pasado. Mr. Brown se quejó de que no le habían contestado la primera vez, á lo cual Mr. Plemperton replicó que no había oido otra señal más que la última, cuando acababa de salir de debajo de la chimenea, donde despues de haber ayudado á subirse hace un par de horas á Herr Ehrlich, había quedado esperando por si le llamara, puesto que el profesor había querido volver á la encrucijada arriba, acompañado por uno de los negros, tanto con el afan de encontrar él el acceso, como para entretenerse en algo.

Era pues preciso esperar su vuelta, que tardó mucho tiempo y tanto que hasta se llegó á inquietarse de su tardanza; pero cuando bajó, dejaba ver en su semblante la gran satisfacción que sus propios méritos le inspiraban, á la que dió desahogo exclamando enfáticamente y aspirando como buen Aleman mucho la *h*, la dasù pneuma, *Heúreka*, como si cual Arquímedes, el célebre geómetra de la relación *pi*, cavilando hasta dentro de su baño en Siracusa, sobre la cuestion hidrostática y de qué manera dar solucion al problema de saber si la corona del rey Hieron era de oro ó nó, al resolverlo inopinadamente se lanzara desnudo por las calles para ir á palacio y poner en práctica su descubrimiento.

Capítulo XIII.

Un preadamítico esqueleto.—Antropología terciaria.—Galería espiral.—Un lago del subsuelo.—Decoccion de madera para el baño de las momias.—Subida del agua dentro del pozo.—Bastantes fósiles antediluvianos.—Fáuna africana.—Por fin la anhelada caverna encontrada.

Había entrado Herr Ehrlich, segun refirió, en el punto donde se encontraba la encrucijada por la galería del centro, porque se acordaba del adagio *in medio tutissimus ibis* y aunque no fuera el camino medio, era de los tres el del medio. Esta galería constituía la prolongacion de la de entrada y en mucho menos tiempo que el invertido el dia antes al entrar por la de la derecha, se encontró otra vez en la excavacion de los alvéolos, con la sola diferencia que en lugar de hallarse esta vez al pié del corte vertical de la enorme colmena, había llegado á uno de sus pisos altos. Miró el profesor al rededor si existía por alguna parte una comunicacion con las demás celdas y descubrió á la altura de su pecho un boquete en la pared del fondo, que explorado con la luz de la lámpara, parecía formar el principio de un túnel, á que subió y entró en él seguido siempre por el negro, no sin dejar señalado antes el sitio por donde había penetrado en la colmena, para servirle de guía á la vuelta en este dédalo. Herr Ehrlich era hombre prudente; había leido mucho sobre exploraciones subterráneas y sabía que más de un atrevido descubridor ó curioso turista, había pagado con la vida el reconocimiento de las grutas y cavernas en el Harz y le chocaba la idea que por un descuido, ó por falta de precaucion suya, pudiera darse el caso que perdiéndose

él tambien en las vueltas y revueltas de este laberinto, acabaría un hombre de tanto valer, en un oscuro é ignorado escondite su importante vida. Sin embargo, á la vez se sonreía orgullosamente al pensar, que si un dia cuando el Africa fuera por completo alemanizada, uno de sus grandes compatriotas, un eminente sábio, una lumbrera de la ciencia, entre tantos como solamente su país los sabe producir á la admirada estupefaccion del universo, envidiosas todas las naciones en su pequeñez, de tal país que tan sólo á superiores talentos dá vida, — visitando estas concavidades subterráneas y encontrando su esqueleto, declararía en un luminoso cuanto erudito informe tecnicientífico, haber encontrado por fin, él un Aleman como debía de ser, un verdadero, un legítimo hombre antediluviano, no una falsificacion de mala ley, buena si acaso para engañar al vulgo, y el precioso preadamítico esqueleto, que se probaría por la procedencia, contar diez miles de años de existencia, figuraría un dia en el gran museo de la capital del mundo civilizado, es decir en Berlin naturalmente y ocuparía el predilecto lugar por constituir este fósil su principal riqueza entre tantos tesoros. ¡Qué de interesantísimos materiales subministraría su esqueleto para la antropología cuaternaria, cuando no terciaria! Como se vé, el profesor aleman se despachaba á su gusto en todo.

A falta, pues, de la madeja de Ariadna en este laberinto que no lo era cretense, donde moderno Teseo iba en busca de un Minotauro fósil, Herr Ehrlich clavó á cada salida de una galería, una chapita cortada de las latas de conservas alimenticias, por medio de una puntilla de que se había provisto. El túnel apenas si tenía cien metros de longitud; el suelo presentaba una fuerte pendiente para abajo, que terminó en una especie de balcon sostenido por varias columnas, compuestas de peñascos sobrepuestos de muy desiguales tamaños. El bajar por uno de estos apoyos no ofrecía dificultad, ni podía causarla luego la subida, porque para los piés y las manos ofrecían los ángulos suficientes puntos de descanso, ni era tampoco la altura de las columnas mayor que dos veces la de una persona de regular estatura. Llegado abajo se presentó á la vista una excavacion encerrada entre altas paredes que no ofrecían más que una sola apertura, por donde se internaron los dos representantes de razas tan distintas bajo todos conceptos, por su formacion, estructura y color y sin embargo, porque lo dice el Génesis, descendientes del mismo padre humano.

El plan de la galería en que entraron, iba subiendo y como continuaba esta subida á la vez que el camino daba varias vueltas, sacó el profesor su brújula para ver si la direccion se modificaba notablemente. La imantada aguja indicó al consultarla el O. y despues de un buen rato de marcha, señaló el N., cuya indicacion fué otra vez modificada algun tiempo despues al llegar á una curva muy pronunciada, cuando la brújula demostró que se andaba hácia el E. y no tardó en indicar el S. yendo pasado un gran trecho nuevamente en busca de la direccion al O., continuando en lo sucesivo dando estas ordenadas vueltas. Comprendió que la galería iba subiendo en espiral y esta no interrumpida ascension no dejó de cansarle, sobre todo cuando sabía por el relato de Lord Cleaventod que á la caverna de los huesos se llegaba bajando y que por lo tanto, ó tenía que volver atrás, ó buscar por donde luego descender.

Había subido penosamente durante más de una hora cuando en un brusco recodo, vió que la naturaleza caprichosa le invitaba ya á variar de andar, ofreciéndole la ocasion de reponer el equilibrio. Delante de él se extendía un plan inclinado, unas veces bastante rápido y liso donde era menester bajarse sentado, otras veces formando una verdadera escalera, que realmente parecía ser tallada toscamente en la roca por una mano primitiva. Los dos hombres seguían bajando de este modo largo rato, durante cuyo tiempo distinguían el ruido de agua que caía de cierta altura en un estanque, ruido que á medida que avanzaron bajando, iba siempre aumentando, cuando al descender los últimos escalones y despues de una media hora de andar desde que se iniciara la bajada, se encontraron en un corredor arqueado que se extendía á ambos lados y que al parecer segun la poca luz de los Davy en medio de tanta oscuridad lo dejaba entrever, encerraba en su centro debajo de una alta bóveda, una vasta extension de agua, que si no se podía juzgar si era una laguna ó un pequeño lago, demasiada superficie ocupaba para que se le llamara un estanque. De uno de sus extremos á la izquierda procedía el ruido producido por la caida de una cantidad de agua, que probablemente alimentaba la gran superficie líquida. El profesor que llevaba una latilla con aceite por si le hacía falta para alimentar su lámpara, sacó de su bolsillo un trozo de papel, lo embebió de grasa y lo incendió. A la luz que despidió la llama, pudo abrazar el horizonte y juzgar de la

importancia de la caverna. La orilla enfrente podía estar distante unos ciento cincuenta metros, por la izquierda media acaso una tercera parte, mientras que hácia la derecha se extendía la masa líquida tan considerablemente, que no era posible llegar á descubrir su término, máxime cuando la llama se apagó demasiado pronto.

Herr Ehrlich sentía no haber traido antorchas, que ya que no existía el peligro del protocarburo de hidrógeno, habrían proporcionado un rádio de luz mucho más extenso. Con el objeto de ver si el corredor llegaba hasta la cascada, dirigió sus pasos á la izquierda y ya cerca del punto de la caida, pudo ver que de una altura como de quince metros, caía perpendicularmente una columna de agua que se escapaba de un ancho orificio en la bóveda y que el lago recibía en su seno. No se podía ver, sin embargo, por donde se operaba el desagüe; sin duda que este se efectuaba en el otro lado, ó que el fondo de la laguna poroso ó esquistoso tal vez, dejaba filtrarse el líquido por grietas y hendiduras, á las capas inferiores de la montaña. El corredor en este sitio se bifurcaba y acababa en una galería que tambien conducía para abajo, cuya pared derecha estaba completamente húmeda, efecto sin duda de la proximidad del gran depósito y de la estructura esquistosa que dejaba pasar unos hilos de agua.

No tuvo que bajar más que diez metros escasamente, cuando llegó el profesor á una caverna, que á primera vista le convenció que por fin y al cabo de tanta penalidad, había llegado al punto de destino. Estaba por fin dentro de la famosa caverna de los fósiles y como si la naturaleza quisiera recompensarle de tanta fatiga y regalarle lo que tanto escaseaba en estas profundidades, un débil rayo de luz solar penetraba por una grieta situada en la pared de enfrente y alumbraba aunque poco este sitio y lo que ella encerraba. No se metió Herr Ehrlich en averiguar en qué punto estaba; había dado tantas vueltas circulares, había subido mucho y tambien bajado bastante y no le importaba por de pronto de dónde procedía la claridad que pasaba por la grieta. Lo que absorbía toda su atencion era el suelo y las paredes, donde sabía que iba á encontrar su anhelado Saharasauro, por más que por momentos le asaltaba la duda si este subterráneo sería en efecto el mismo que Lord Cleaventod y Rad Abad habían visitado, porque no tenía recuerdo de haber oido decir á aquél, ni estos dias, ni en la

memorable noche del 7 de Mayo, que el camino de llegada fuese tan variado, ni que se encontrára parte de la caverna casi debajo de una masa líquida tan enorme, con su cascada que producía en este sitio un ruido atronador mucho mayor que estando arriba al lado de ella.

El suelo de superficie poco uniforme, ondulado y con varias grietas, estaba compuesto de un cieno arcilloso mezclado con caliza, de que igualmente estaban revestidas las paredes, aunque la costra en estas fuera más delgada, sin duda porque el agua al invadir en las épocas de las grandes conmociones esta excavacion, se había ido despues disipando gradualmente, dejando sentado un resíduo más espeso en el fondo. Por las numerosas grietas asomaban diferentes osamentas de distintas especies de animales y no habiendo traido palanqueta ni azadon, no pudo hacer más, y aun esto con mucho trabajo, echándose al suelo é introduciendo su brazo entero en una fractura, que extraer un hueso que reconoció ser un fémur y haber pertenecido á un mammouth. Encontrada por fin la caverna, lo demás ya no era sino cuestion de sacar los huesos, cuestion de más ó menos número de dias, hasta dar con un buen ejemplar de su sáuro y de habilidad en dar los golpes de azada y de pico, para no destrozar los fósiles y sacarlos intactos si posible fuera sin que nada se rompiera.

Cuánto sentía el profesor en este momento haber venido á Africa con tanto acompañamiento, sobre todo de Europeos, gente instruida y entre estos Lord Cleaventod, mero aficionado ayer y hoy decidido como él mismo á poseer un Saharasaurus. Sin el concurso del capitan de artillería no hubiera podido llegar al sitio de las montañas del Ruwenzori, que encerraban la excavacion y por lo tanto nunca hubiera llegado á tener la posibilidad de satisfacer su violento deseo de posesion; pero ¡de qué le servía el conocimiento de la caverna, el estar por fin en ella y tener la seguridad de encontrar allí lo que buscaba, cuando la celebridad que ambicionaba se perdía desde el momento que otro hombre y ni siquiera un profesor ó un sábio, un indivíduo de nacionalidad no alemana, iba á poseer otro ejemplar idéntico y lo enseñaría en triunfo á la par que él presentára el suyo, por el cual pretendía alcanzar la inmortalidad en los anales de la paleozoología! El ejemplar que el Inglés tuviera en su poder, quitaría todo mérito al descubrimiento de Herr Ehrlich; era, pues, preciso que no se encontrára más que uno

solo y que este único ejemplar fuera para él, que si Lord Cleaventod hallára uno tambien, el hallazgo de este debía perderse á toda costa y desgraciado del oficial, exclamó el profesor apretando los puños, si lo defiende, que yo lo quiero para mí, para mí solo.

Algo tranquilizados sus nervios despues de este desahogo, pensó en volver sobre lo andado y cuando se encontró de nuevo entre sus compañeros, el orgullo de poder declarar que sin la ayuda de nadie, él solo había dado con la caverna, fué causa de presentar un semblante tan satisfecho. El profesor recibió muchas felicitaciones y como era más que tiempo de ir en busca de las tiendas, se convino dejar para la mañana siguiente, el ir todos á remover el suelo de la caverna recien descubierta.

Al rayar el alba y á pesar de que no había podido dormir, Herr Ehrlich emocionado por su descubrimiento, ya estaba preparado para bajar y despertó á sus compañeros, resultando que faltaban Mr. Brown y cuatro de los porteadores. El ingeniero había advertido á Franz de guardia aquella noche, que cuando se despertasen los demás les dijera, que había ido con los hombres en busca del material para construir dos escaleras que hacían mucha falta. Como el dia antes había tenido que esperar tanto tiempo á que le trajeran los palos, pensó que si esta vez fuese con los hombres, estos tardarían menos y para aprovechar la frescura de la noche y la claridad de una luna casi llena, se había puesto en camino mucho antes de que sus compañeros se despertasen. En lugar de dirigirse al O., se fué en direccion del E. por donde Lord Cleaventod había venido la primera vez con su viejo guía; pero despues de haber andado media hora, no había descubierto todavía rastro de vegetacion alguna y solamente al cabo de otro tanto de marcha y despues de haber salido de la garganta y escalado unos montes, llegaron á un pequeño grupo de árboles aislado, compuesto en su mayoría de baobabs y sicamoros, que por ser demasiado robustos, no ofrecían ramas á propósito. Por fortuna había tambien unos pterocarpos y aunque se manchaban los negros las manos con el jugo colorado que sudaban estos árboles al cortarlos y descortezarlos, el olor que despedían era muy agradable. Seis palos pronto fueron preparados, los escalones se cortaron de un arbusto muy duro que los Egipcios llaman *al hennah*, la decoccion de cuya madera macerada sirvió en tiempo de los Faraones, para dar á las momias su color amarillo, y finalmente las innumerables lianas de un largo sin fin, ofrecían á

falta de clavos que no había, excelente guita para luego atarlos. Tres sólidas escaleras de unos cinco metros de alto quedaron construidas de esta manera, con cuya adquisicion se consideró terminado el objeto de la excursion. En el regreso tuvo el ingeniero la suerte que una bala de su rifle alcanzára un aldax, especie de antílope que los negros cargaron encima de las escaleras á guisa de parihuela, cuyo animal una vez vueltos los expedicionarios al campamento, fué despedazado, asado y comido con suma satisfaccion por todo el mundo, como que desde el primer dia de la permanencia en los montes aun no se había probado carne fresca.

El almuerzo, por haber sido tan suculento, había exigido más tiempo que de costumbre; de modo que eran ya las ocho cuando bajaron. Al pisar el peñasco delante de la grieta de la primera caverna, le pareció á Lord Cleaventod que el nivel del agua dentro del pozo, había subido un poco y lo hizo observar á Mr. Brown, quien no habiéndose fijado dias antes en cierto insignificante anfracto del pozo, que aquel señalaba, no pudo comprobar la exactitud de la observacion; pero habiendo entrado por la grieta, se adelantó á sus compañeros para introducirse el primero por la alcantarilla y alumbrar con su lámpara la galería baja de donde habían tenido que salir precipitadamente la víspera y tanto por la luz, como por el fuerte ruido, pudo apreciar que el caudal de agua que salía el dia antes, había aumentado y no poco, arrastrando grandes guijarros y peñascos, que con formidable estruendo caían en la profundidad. Era, pues, posible que existiera en el fondo alguna comunicacion entre el abismo y el pozo y que el verdadero torrente que procedía de la gruta de las estalactitas, alimentase el pozo, haciendo subir su agua.

Las escaleras prestaron desde luego en el largo trayecto, los servicios que se esperaban de ellas y facilitaron las molestas subidas y bajadas. Cuando por fin siguiendo el camino recorrido la tarde anterior por el profesor, se llegó dentro de la caverna final señalada por el sábio aleman como el punto donde había que empezar los trabajos de exploracion del suelo, quedó Herr Ehrlich, que había exclamado con énfasis: —aquí le entrego á Ustedes la tan buscada caverna,—algo pensativo, cuando Lord Cleaventod aseguró desde luego no reconocer ni por asomo el sitio por el mismo, en que había encontrado la lámina con el pié del Saharasauro.

Mientras que Mr. Plemperton, dirigió sus miradas todo alrede-

dor y al suelo, el ingeniero tuvo deseo de saber de dónde provenía la ligera claridad que reinaba en la excavacion y quiso ver si fuese posible orientarse algo despues de tanto dédalo como habían recorrido. La luz llegaba al interior por una grieta horizontal é irregular en la pared, casi en lo alto de la caverna y á ella dirigió sus pasos Mr. Brown, haciendo poner dos escaleras, una encima de otra, para poder llegar hasta la grieta. El ruido de agua caediza que se notaba al entrar en la caverna, le pareció más bien agua que una rueda de molino azotaba violentamente, á medida que se iba él acercando á la pared. Subió y al llegar con la cabeza á la altura de la fractura, observó que la roca tenía en este sitio apenas un metro de espesor, con la circunstancia que la raja, que en su parte más ancha tenía capacidad bastante para dejar pasar la cabeza de una persona, se ensanchaba dentro de la pared rocosa de modo tal, que el ingeniero pudo introducir su cuerpo dentro de esta cavidad y pasar su cabeza por el orificio á fuera.

Dirigiendo entonces la vista para arriba, vió que inmediato encima de él había un peñasco saliente, que casi tocaba á la pared de enfrente, la que presentaba un córte vertical; la poca luz penetraba desde arriba por entre la pared y el peñasco y al dirigir su mirada para abajo, notó que la espumosa agua formando remolino, llegaba á un metro debajo de la grieta, como así tambien pudo observar que un poco más bajo que el nivel del líquido, una corriente impetuosa lanzaba un considerable contingente dentro del agua encerrada entre las paredes y al chocar la columna líquida con gran fuerza contra la roca dentro de un espacio tan reducido, producía un ruido en algo parecido, aunque más brusco y precipitado, al de olas empujadas por sus factores de mareas y vientos, batiendo la escarpada ribera. El parecido de este pozo con el que servía para introducirse todas las mañanas en la gruta, llamó la atencion de Mr. Brown y al fijarse más en el peñasco encima de su cabeza, reparó en que de uno de los lados descolgaba un trozo de cordel que reconoció en el acto por pertenecer á la escala. No había duda, el pozo que estaba observando, era el mismo que les servía para bajar cuotidianamente á las cavernas y si nunca habían visto desde arriba el orificio por donde ahora pasaba su cabeza el ingeniero, consistía en que estaba practicado debajo de la roca que formaba meseta. Los exploradores habían hecho por consiguiente un camino molesto de más de una hora, bajando y subiendo, para concluir por

llegar debajo de la gruta de entrada, de que solamente el techo con un espesor de algo más que medio metro les separaba. Así quedaba igualmente explicado cuál era el desagüe del lago de arriba, cuyas aguas sobrantes, era de suponer, se habían abierto paso entre unas grietas en la pared.

Lo que no podía averiguarse era dónde á su vez desaguaba el pozo, á no ser que sus aguas correspondían con otro mayor depósito de agua, por ejemplo con uno de los lagos Albert ó Albert Edward, alimentados subterráneamente por este concepto, como por encima de la tierra lo están por varios arroyos procedentes de las perpétuas nieves que cubren el Ruwenzori.

El ingeniero en breves palabras refirió el resultado de sus observaciones á sus amigos, que ya empezaban á atacar al suelo y sin querer alarmarles, no les ocultó que las paredes con el contínuo desgaste producido por la fuerza del agua, no tenían todo el grueso suficiente que él deseára para la resistencia, que así como podrían resistir un tiempo ilimitado todavía, tambien se había de tener presente que si ocurriera alguna dislocacion, como parecía ya había experimentado la montaña hace dos años, los efectos podrían ser funestos para los exploradores. Sobre el hecho de que si el agua del pozo había subido desde el dia antes, se reservó para tratar al dia siguiente, con cuyo motivo dejó colgada fuera de la grieta una sonda, para inspeccionarla á la próxima vuelta y concluyó por aconsejar á sus amigos no malgastar el tiempo.

Aunque Lord Cleaventod había dicho que no era esta la caverna suya conocida, Herr Ehrlich, cansado de buscar en vano durante tantos dias, había creido conveniente explorar el suelo, ya que allí había huesos, por si entre ellos encontrase lo que buscaba. Por esta razon, tantos los Europeos como los negros, trabajaron con ahinco, y si bien la capa de sedimento era gruesa, las muchas grietas en ella y la humedad que le participaba la proximidad de las aguas, filtraciones de fecha mucho posterior á la formacion del sedimento, facilitaban no poco los trabajos. Los Zanzibaritas atacaban con fuertes golpes de pico á la superficie donde no era fácil se encontrasen huesos; pero al llegar más bajo y alrededor de las brechas, los Europeos dirigían los trabajos con el natural cuidado, para que las herramientas no destrozaran nada, porque el afan de los mineros era encontrar animales enteros, si posible fuese, en lugar de trozos parciales que siempre ofrecen alguna duda en la

reconstruccion del esqueleto, máxime cuando se trata de animales de larga cola, cuyos defectuosos esqueletos, esparcidas diferentes piezas en distintos sitios y mezcladas casualmente con las de otros animales, han dado lugar en más de una ocasion á sérias disenciones entre zoólogos, por opiniones más ó menos erróneas sobre la primitiva construccion del apéndice caudal, habiéndose dado casos de que reputados naturalistas pretendían atribuir unas excesivas dimensiones longitudinales á los rabos del mesopithecus y del iguanodon, costando á veces grandes trabajos comparados, para restablecer la verdad con pruebas que no admitían ya discusion, ó sea con ejemplares completos de los mismos indivíduos, encontrados precisamente como para levantar dudas.

Con cortos intérvalos para descansar, estuvieron todo el dia levantando poco á poco la espesa costra, sin encontrar cosa que valiera la pena, reduciéndose todo á la presencia de una crecidísima cantidad de moluscos de diferentes especies, abundando los cardium hians, panopœa, fusus contrarius, murex alveolatus, chenopus pespelicani y los voluta. Por primera vez durante su estancia subterránea, los viajeros conocieron que el dia se acababa, porque la luz que entraba por la fractura iba faltando ya. Se habían agrandado bastante los lados de las brechas como mejor punto de ataque de la espesa capa, pero al dejar el trabajo para el siguiente dia, se notó que quedaba todavía que profundizar bastante antes de llegar al primitivo suelo.

Durante los tres dias que siguieron, todos trabajaron con ardor. Ya habían aparecido numerosos huesos de grandes mamíferos, esqueletos enteros; sin embargo, no salieron, exceptuando uno de un pequeño antílope de cuernos espirales, cuyo animal fué encontrado intacto en la masa arcillosa, merced á la circunstancia de haberle protegido la cabeza y los colmillos de un elefante primigenius, que en el momento de morir asfixiado como todos los demás animales, había formado con sus colmillos una bóveda preservativa encima del antílope. Los demás animales al precipitarse en la caverna, á la sazon indudablemente con fácil y anchuroso acceso desde el suelo, cuando ocurrieron los terremotos, las erupciones, los diluvios y los levantamientos de las sierras, huyendo despavoridos en revuelta confusion, amigos y enemigos juntos, el leon al lado de la zebra, del espantoso trastorno en la naturaleza, lo hicieron naturalmente buscando un inmediato refugio, no alcanzándo-

seles si ofrecía seguridad ó nó y entraron en confuso tropel, en numerosos rebaños, cayendo en brechas los que entraron los primeros y encima de ellos tantos y tantos otros animales, que con su peso aplastaron á aquellos y precipitados éstos á su vez empujados, tanto por los últimamente llegados, como por los cantos rodados, pudingas, guijarros y peñascos, lanzados con una fuerza de miles de caballos contra esa aglomeracion de séres vivientes. Así se explicaba por qué en lugar de dar con muchos esqueletos bien conservados debajo de tan gruesa capa preservadora, los exploradores no encontraron más que una infinidad de huesos y entre ellos no pocos rotos.

Mr. Plemperton hizo la observacion que tendría que ver si ellos, operando en un país donde las exploraciones subsuelas habían sido nulas hasta la presente, comarca vírgen por completo de las pesquisas científicas de minerálogos, geognostas y paleontólogos, tan diferente por su fáuna, su flora, su geología, de las demás partes de la tierra, con que ni en las disposiciones de sus capas concuerda,—si éllos fuesen llamados á dar con él por el mundo científico tan anhelado hallazgo de un esqueleto humano, ó restos fósiles siquiera de algun habitante de nuestro planeta en las épocas terciaria ó neozóica.

Herr Ehrlich contestó en el acto que más seguro estaba él de encontrar aquella misma tarde cien Saharasauros á la vez, que un sólo testigo racional de los diluvios, por la sencilla razon que aun admitiendo como cierta, la siempre todavía problemática existencia de preadamitas, por los rastros de su paso por la tierra señalados en piedras de hacha y otros objetos, que la viva imaginacion de sus descubridores dán por trabajadas y se pretende atribuir á toscas manos primitivas humanas, no les consideraría como séres tan desprovistos de raciocinio y de inteligencia, para buscar un refugio en una gruta ó caverna, que si bien esta puede ofrecer un recurso por el momento para abrigarse contra una tormenta, ó librarse de la acometida de algun bruto, no asímismo puede servir de seguro refugio contra una revolucion tan espantosa como experimentaba entonces la naturaleza.

El hombre testigo de tales horrores, añadió, al ver cómo olas altas de treinta metros le perseguían enfurecidas, cómo cantos rodados de centenares de toneladas de peso, eran empujados hácia él con gran velocidad, cómo bosques enteros eran súbitamente

aplastados ó de pronto arrancados de cuajo á su lado, cómo desaparecía todo lo que tuviera consistencia en vertiginoso torbellino, ese hombre aunque viviendo con los séres irracionales, há de haber tenido, sin embargo, más que lo que estos tienen sobre todo, el instinto, y en su rústica inteligencia debe haber comprendido que refugiarse en las tinieblas de un antro, equivale á entregarse ciegamente á los azares y á las sordas amenazas de lo desconocido. No, por cierto, concluyó el profesor, al hombre nunca se le ha ocurrido internarse en las cavernas, que bien pronto las aguas y la tierra habían de llenar, cortándole la salida; no es por cierto debajo de tierra, sino encima de sus elevadas montañas, donde ha ido á buscar la salvacion de la materia y allí, al aire libre, luchando desesperadamente contra los elementos desencadenados, y sucumbiendo por fin como sér más débil, ante la voluntad del Omnipotente que había juzgado en Su infinita sabíduría, necesaria la desaparicion sobre la tierra de las primogénitas especies de Su creacion, el mísero náufrago, perdió la vida en los horrendos embates de los dos destructores elementos, alcanzado por la subida de las aguas y por los fuegos del cielo, y sus restos expuestos á la accion descomponedora de la atmósfera, han cumplido con su destino: *pulvis es et in pulvere reverteris*, polvo eran y á polvo han vuelto.

Los huesos que se encontraron fueron clasificados por el entendido profesor. Ora era una tibia de un hipopótamo que se desenterraba, ora un peroné de un rinoceronte que se sacaba á luz, ya las falanges de un mono, ya el sacro de un antílope, aquí el omoplato de un elefante, allí el húmero de una zebra, mezclado todo ello con cabezas y vértebras más ó menos destrozadas, faltas muchas de ellas, aquéllas de mandíbula superior ó inferior y de dientes, éstas de costillas con ó sin su esternon, tanto de la hiena y felis spelæa, los feroces carnívoros, como del bos priscus, el buey, del pithecus antiquus, el primer mono, del camello, del dinotherion, el paquidermo parecido al elefante, al tapir y con colmillos de morsa, del xyphodon gracile, la gacela cameloparda y varios caparazones y petos de chelonia trionix, la tortuga marítima, acompañados de gran variedad de placas ganoideas, escudos dorsales, huesos craneanos, cartílagos, escamas, aletas, colas, espinas, pertenecientes á diferentes géneros y familias de peces, todo envuelto en aquel banco de sedimento, debido á la precipitacion de las partículas que llevaba el agua, en combinacion con las existentes

dentro de la caverna, que habían formado una sola masa endurecida. Un Saharasauro, sin embargo, no se había encontrado todavía, á los ocho dias de haber llegado á la caverna y no hay que decir si se miraba bien cada hueso que salía á la superficie antes de dejarlo á un lado por no ofrecer interés.

Mr. Brown por su parte, mientras tanto, había querido evitar á sus compañeros no solamente las largas idas y venidas, sino tambien facilitar la conduccion de los fósiles para cuando llegara el caso. Con este objeto había medido la distancia desde el ángulo que formaba la fractura de la luz y la pared, hasta el sitio donde le parecía más á propósito á lo largo de ella, para establecer en la bóveda una comunicacion con la gruta de entrada y siéndole más fácil perforar de arriba para abajo por la dificultad de atacar la roca de la bóveda, subido en las escaleras, determinó emprender la faena en el piso de arriba atacando á su suelo. No había querido distraer ningun negro de las operaciones de minero; por eso fué sólo arriba y empezó á abrir un boquete, operacion que en la práctica resultó ser cosa no tan fácil de llevar á cabo, como lo parecía á primera vista.

La roca era durísima y no queriendo hacer uso de explosivo alguno, por lo mismo de haberlo siempre desaconsejado al profesor, no tenía más remedio que ir quitando poco á poco y por pequeños fragmentos, algo del espesor del suelo. No era, pues, de extrañar, que aunque había empezado por la mañana su tarea, había concluido solamente á la caida de la noche, cuando todos volvieron á unirse con él para salir á fuera. Dió el ingeniero un último violento golpe con la pica y vió coronado de éxito su trabajo, moviendo la herramienta libremente en el boquete formado. Aplicó un ojo para mirar al interior y ver si el orificio correspondía bien con el sitio que había fijado abajo y cuál no fué su sorpresa al notar, que la más completa oscuridad reinaba allí donde había contado con un resto de luz para poder ver. Trató de pasar por la apertura su lámpara colgada de un cordelito; pero como aquella era demasiado estrecha, hubo necesidad de ensanchar el orificio hasta permitir el paso. Bajó entonces el Davy y pudo distinguir que la lámpara alumbraba á la derecha una pared que rozaba en su descenso, mientras que á la izquierda se extendía un vasto espacio, que ofrecía una vista algo parecida á la caverna donde se estaba cavando todos estos dias, pero con la diferencia de presentar el

suelo una gran diversidad de nivel, con mayores anfractuosidades y más quebraduras, y la de formar el techo varios arcos irregulares, parecidos unos á arcos formeros, otros á medio-elipses. Comprendió Mr. Brown que se había equivocado en la medicion, verificada sin instrumentos, aunque debía ser cosa corta, es decir, que la pared divisoria tendría á lo sumo quince centímetros de grueso, gastado tal vez en ese lado su plano vertical por el agua. Ya se acusaba á sí mismo de torpe y de tener que dar á sus amigos una triste muestra de su capacidad técnica, cuando Lord Cleaventod, que había llegado en este momento con los demás, poniéndose á su vez boca abajo y pasando su lámpara por la apertura, miró dentro y exclamó admirado:

—Pues es nada menos que la caverna de donde yo he sacado la lámina esquistosa que Ustedes han visto en Lóndres. Por fin se ha dado con lo que tanto estamos buscando; amigos, allí está el Saharasauro.

Capítulo XIV.

El Mosasauro holandés objeto del asedio de una fortaleza.—Detrás de dos moles erráticas.—Ochenta libras esterlinas por el Saharasauro.—El espolon característico en los dedos.—Trabajos de descostramiento.—Dos ejemplares intactos.—Recuerdos de Pompeya y Herculaneum.

Una pequeña equivocacion lineal del ingeniero, había llevado á los exploradores por buen camino. Posible era que á fuerza de socavar dias y semanas más el suelo de la primera caverna, se hubiera dado tambien con el misterioso sauro; pero igualmente pudiera suceder que despues de muchísimo trabajo, de invertir quién sabe cuánto tiempo, no se consiguiera nada y no había tampoco que olvidar, que ya habían pasado diez dias desde que se habían separado del doctor Leading, quien debía estar con algun cuidado, cuando se le había hablado de una ausencia de ocho dias solamente, plazo que se había considerado suficiente.

Los amigos cenaron aquella noche muy contentos; todos esperaban maravillas para el dia siguiente y hasta el mismo Herr Ehrlich estaba de buen humor, puesto que sonriéndose hizo observar, que debido á su mucha discrecion, la expedicion gozaba de tan absoluta tranquilidad en lugar de ser hostigada por los Franceses. Mr. Plemperton, que no estaba en antecedentes, preguntó al profesor á qué hacía alusion, á lo cual éste le contestó, que si un dia Napoleon I había puesto el sitio á una ciudad para hacerse dueño de la cabeza del Mosasauro, qué no haría un héroe valiente como el general Boulanger en estos tiempos de irritacion latina, para

hacerse inmortal, no rompiéndose las uñas por la Alsacia y Lorena, sino cercando con un grueso cuerpo de ejército al Ruwenzori, para que le entregara otro fósil, prenda de más mérito que aquel otro. (*)

Herr Ehrlich vió por la expresion de extrañeza que reflejaba la cara del primo del ingeniero, que estaba algo trascordado en historia y, por lo tanto, le refirió, que trabajando en 1770 los canteros en la extraccion de piedras en las colinas que bordean la orilla izquierda del rio Mosa, cerca de la plaza fuerte holandesa Maastricht, encontraron una infinidad de huesos fósiles de peces y mamíferos, hasta que con el tiempo dieron los trabajadores con una cabeza mónstrua de un animal único en su clase, á que despues de una polémica que duró veinte años entre los sábios Adriano Camper y Cuvier, holandés el primero, francés el otro, le quedó definitivamente el nombre de Mosasaurus que Camper le había puesto. Hizo este descubrimiento y el mal pleito entablado por el capítulo de la iglesia de San Pedro, con objeto de despojar del esqueleto á un cirujano de la guarnicion que lo había comprado, tanto ruido, que Faujas de Saint Fond, zoologista exaltado de París, sabiendo que el ejército francés de Sambre y Mosa iba á dirigirse en 1793 sobre Maastricht, para vengar la derrota del general Dumouriez, que había intentado en vano el año anterior tomar la plaza á los Holandeses, pidió y obtuvo permiso para acompañar al cuerpo de ejército con el título de comisario de ciencias, con el único objeto de apoderarse de la famosa cabeza, si la fortaleza tuviese que rendirse, como desgraciadamente sucedió esta vez que el valor batavo tuvo que sucumbir ante la fuerza numérica de sus sitiadores. El sábio entonces no hizo más que dirigirse al Mosasaurus, embalarlo y llevárselo á París, donde todavía está, porque el gobierno holandés, cuando se firmó la paz con Francia en 1814, no quiso exigir la devolucion del curioso fósil, tal vez porque con no volver á traer el famoso ejemplar, manzana de discordia entre los arqueólogos de Maastricht, se evitaba la recrudescencia de las muchas vejaciones en el pleito ya terminado por el despojo del Francés.

Lo primero que se hizo el 18 de Enero entre todos, fué agrandar el boquete lo bastante para que un hombre pudiera bajar por

(*) Esto lo escribí antes del desgraciado suceso que tuvo lugar en el cementerio de Ixelles en Bruselas, en la mañana del 30 de Septiembre 1891. Paz al infeliz.

él. Luego se metió por el orificio una de las escaleras de mano que encontrando pié encima de un gran peñasco á unos cuatro metros de profundidad, sirvió á que todo el mundo bajara. El capitan cuando llegó abajo, repitió con completa seguridad, que ahora sí se estaba definitivamente en el sitio donde él y Rad Abad habían pasado varias horas, por más que en aquella época el camino para llegar á él era por completo diferente, así como distintas tambien las vías de comunicacion con las demás grutas y cavernas de que tenía recuerdo, encontrándose en la actualidad la caverna completamente cerrada por paredes ó por grandes montones de peñascos ó bloques que parecían sostener la bóveda. Aquí, pues, se habían producido tambien hundimientos y derrumbamientos, que habían cambiado la topografía del terreno, cuando ya hace dos años Lord Cleaventod se había extrañado al observar la confusion que reinaba dentro, desórden si así se le puede llamar, aumentado despues de aquel dia. Al ver la cantidad de osamentas esparcidas unas, medio enterradas otras, peñascos altos de varios metros cubiertos de una costra de cieno endurecido al lado de profundas grietas cuyos lados y fondos carecían de este sedimento, parecía como si una fuerte corriente de agua había pasado encima y lo había quitado de encima, limpiando en buena parte los restos seculares de tantos animales, corriente que despues de prestar tal servicio á los exploradores se había retirado, tomando caprichosamente otra direccion ó se había agotado falta de alimentacion.

Desde un principio abrigó Herr Ehrlich fundados temores, de que caso de encontrar un ejemplar del Saharasauro, este resultaría roto, varias piezas esparcidas y endañadas; pero á falta de mejor esperaba poder recomponer el esqueleto en todos sus detalles. Dedicó un largo rato á la inspeccion y al reconocimiento de tantos despojos de animales como allí se encontraban, pero en vano, no había entre estos huesos ningun resto perteneciente á un Saharasauro. Convino con Lord Cleaventod á instancias de éste, aunque contestándole en un principio, que para qué le iba á servir la posesion de tal sauro y accediendo más bien, porque el ingeniero y su primo tomaron carta por su paisano, — que el primer Saharasauro que se descubriera, sería propiedad de él cuyos dos negros lo sacasen á luz; que cada uno podría atacar el sitio que le pareciera más conveniente; que si despues de encontrar el uno un ejemplar, el otro querría continuar sus pesquisas para dar con otro igual, el

primero le esperaría hasta que el segundo abandonase la empresa por inútil y que caso que ambos hiciesen simultáneamente el hallazgo de un sólo Saharasauro, la suerte había de decidir á quién le correspondería.

Los dos se dirigieron para empezar la nueva explotacion, á una ancha fractura en el suelo cerca de la pared contra la cual se dieron los primeros golpes de pico, trabajándose todo el dia para ir quitando cascos y trozos de la compacta arenisca arcillosa mezclada con granos de cuarzo cimentados por diversos elementos tales como el granito, el gneis, el micasquisto y otras sustancias areniscas poligénicas, hasta dar con una mole de piedra demasiado dura para intentar romperla solamente con el auxilio de las herramientas. Estuvo el profesor por parar á sus dos negros que en línea con los de su competidor, habían encontrado simultáneamente el obstáculo, cuando á uno de los hombres del capitan en un golpe dado, se le hundió la palanqueta y se sintió caer la herramienta adentro en un hueco, indicando el sonido que allí detrás existía un espacio libre. Lord Cleaventod trató de averiguar con la ayuda de su lámpara lo que había en aquel hueco, pero como el agujero era tan exiguo, lo hizo agrandar por su gente y observó que el sitio por donde se había ido la palanqueta, formaba el intersticio entre dos enormes peñascos erráticos arrinconados allí por el cataclismo diluvial. Más bien con objeto de recuperar la barra de hierro que por curiosidad, mandó que se franqueara mayor sitio, en cuya operacion se invirtió más de dos horas, dando por resultado descubrir lo suficiente para ver que eran dos gigantescos cantos casi alineados, separados por un espacio capaz de dejar pasar con algun trabajo á un hombre no muy grueso y delante de este espacio había otra piedra entre larga mucho más pequeña, parada sin duda en su marcha por los dos formidables peñascos. Quitado tambien este obstáculo, se pudo recoger la palanqueta y alumbrado convenientemente el hueco, observar cómo los referidos peñascos por su postura inclinada formaban un techo apoyado en la pared, debajo del cual había un voluminoso y largo bulto, parecido á un grueso tronco de árbol, cubierto como todo, de la misma capa de cieno petrificado.

Lord Cleaventod tuvo como una corazonada que esta envoltura larguiforma, encerrára á un Saharasauro y que en un sitio tan abrigado, los peñascos debían de haberle preservado de ser des-

trozado por los empujones violentos de las tormentas. Preocupado con esta idea, hizo que sus dos negros, mientras que los hombres del profesor trabajasen un poco más arriba, doblaran sus esfuerzos y contribuyendo él mismo eficazmente ayudado por James Queen, trabajó con ahinco para quitar una de las dos moles de en medio, socavándola por si podía hacerla perder el equilibrio y dejarla caer por el lado opuesto. Herr Ehrlich, por su parte, hacía lo mismo con el otro peñasco y con no menos ardor. Era digno de ver el afan de ambos competidores para adelantarse el uno al otro; cada uno quería ser el primero cuya piedra se cayese para poder llegar al bulto escondido y ninguno quiso descansar ni permitir á sus trabajadores que interrumpiesen la tarea. Así siguieron largo tiempo hasta que por fin una ligera oscilacion del peñasco correspondiente al capitan, indicó que ya estaba á punto de separarse de su cemento. Todos se apartaron á alguna distancia para no ser alcanzados y un momento despues el bloque se deslizó, inclinó la parte superior, dió primero una media vuelta, quedó un instante parado contra otra gran piedra, escurriéndose luego á la derecha donde había mayor depresion del suelo, dió entonces una pesada vuelta entera, seguida esta despues de aumentar la velocidad del rodaje, de varias otras vueltas, hasta chocar finalmente con su enorme peso y colosales dimensiones contra la pared opuesta, que quedó resentida por el empujon, cayendo fragmentos abajo y causando fracturas en su fábrica.

Un entusiasta hurrah salió de las gargantas inglesas, al obtenerse este resultado. El peñasco, un cubo de más de cuarenta metros, no solamente había dejado abierto un hueco de cinco metros de alto por cuatro de ancho, sino que á la vez había prestado el servicio de llevarse al desprenderse de su sitio, una gran porcion de sedimento de la parte de adentro, de modo tal que al desaparecer, dejó al descubierto en dos ó tres partes trozos de osamentas. El profesor se acercó de un paso rápido, se inclinó sobre el bulto y empezó con mano nerviosa á quitar la costra entre dos de las partes puesta al descubierto. Lord Cleaventod tambien se había acercado, pero más tranquilo que su compañero, dejó que este raspara y picara la envoltura á su gusto, hasta descubrir una seccion de más de un metro de largo de vértebras y costillas izquierdas y el principio de un homoplato. Al verle tan nervioso le dijo sonriéndose el oficial:—Usted sabe que segun nuestro convenio es mio,

sin que parecía que su interlocutor lo oyera, abismado como estaba en su faena, en la que seguía adelante con creciente ardor. No tardó Herr Ehrlich en cambiar el punto de ataque, empezando á dar con precaucion golpes con su martillo-soleta en un sitio un metro más abajo, hasta poner al descubierto, despues de un cuarto de hora de trabajo, algo que Lord Cleaventod no pudo ver, porque de repente lanzó el profesor una exclamacion, cubrió con su cuerpo lo que acababa de destapar y dirigiendo al capitan un rostro, que se había vuelto más que pálido, le dijo con una voz trémula de emocion:

—Mil marcos y cédamelo.

—No entiendo,—contestó Lord Cleaventod.

—Cincuenta libras en el acto para Usted si me lo vende—repitió el profesor con sorda voz.

—¿El qué? Quién?

—Ochenta libras ahora mismo si me contesta que sí.

—Pero hombre ¿qué quiere Usted que le venda?

—El Saharasauro,—exclamó Herr Ehrtich medio nervioso, medio colérico—el Saharasauro, que maldita la suerte que ha hecho rodar primero el peñasco de Usted antes que el mio.

—No vendo.

—Pues me hace falta, lo quiero tener,—gritó el profesor.

—¡Ah! Usted lo quiere? Pues lo siento caballero; á buscar otro, que este no se vende.

El profesor cerró sus puños é hizo ademan de echarse sobre el capitan, quien se quedó inmóvil mirándole fijo en los ojos. Estuvo Herr Ehrlich como titubeando lo que debía hacer; de lívido se puso colorado y negro, sus ojos desmesuradamente abiertos, amenazaban salirse de sus órbitas, cuando súbitamente lanzando con ronca voz un áspero *Verflucht,* apartó de un empujon á Mr. Plemperton, que se había adelantado para interponerse entre los dos competidores, por si se llegase á vías de hecho y corriendo á la escalera, la subió y desapareció por la apertura del techo.

Los tres amigos se rieron mucho de la cólera del sábio aleman, que si pensaba conducirse de este modo con sus convidados, llevaría la peor parte. Lord Cleaventod quiso averiguar cuál era la causa de la exclamacion medio sofocada del profesor, que sin duda era efecto de haber descubierto un detalle en qué fundarse para llamar al esqueleto un Saharasauro. No había que buscar mucho.

Herr Ehrlich había quitado de su envoltura un dedo del animal y en él se observó la púa cornuda que en Lóndres había sido señalada como reconocimiento de ese sauro, único entre los de su clase. Lord Cleaventod fué calurosamente felicitado por el ingeniero y su primo; su deseo de obtener un ejemplar había quedado por fin realizado, siempre que el cuerpo entero estuviese allí, lo que ahora era preciso averiguar. Con este fin todos se metieron á trabajar, á cincelar, á picar, hasta sacar á luz toda una pierna y un pié, ambas piezas de colosales dimensiones, lo que hacía presentar un mónstruo de un tamaño exhorbitante.

Como se había adoptado la costumbre de trabajar diariamente, exceptuando los domingos cuando naturalmente se descansaba, hasta las seis y que no era más que la una de la tarde, quedaban todavía bastantes horas para dedicar al desentierro del esqueleto. Por la posicion de las vértebras se conoció que la cabeza debía estar á mano izquierda y se consideró oportuno quitar antes el segundo peñasco, el cual proporcionó un rato de trabajo más penoso que el primero por estar más arraigado, pero al fin fué vencido este obstáculo y se pudo trabajar con mayor desahogo. Los cuatro negros no eran desprovistos de inteligencia y secundaron el delicado trabajo de los Europeos, quienes temerosos de dar golpes en los huesos y romperlos, les aconsejaron suma prudencia.

Faltaban todavía tres horas para la en que tenían costumbre de subirse; una seccion larga de siete metros compuesta de vértebras estaba ya al descubierto, cuando apareció bajo el martillo de Mr. Plemperton, otro pié igual al primero, pero puesto un metro más alto, lo que daba á entender que no podía pertenecer al mismo animal y que regularmente se encontraban allí dos Saharasauros reunidos. Continuaron con gran cuidado quitando la costra, que afortunadamente era mucho más delgada, que la que llevaban los demás objetos que no habían estado tapados por tan ancho y preservador techo y un espesor que no medía por encima de diez á quince centímetros segun el sitio, no ofreció demasiado dificultad. A poca distancia la envoltura adquiría una forma distinta, era más abultada y más elevada, y reconocida resultó encerrar una cabeza segun lo que salió á relucir, que era la parte posterior de la mandíbula inferior conteniendo unos dientes del tamaño de un cuerno de rinoceronte jóven, no permitiendo la hora avanzada dedicarse á mayor reconocimiento.

Encontraron arriba la comida preparada como de costumbre por Franz, quien se había vuelto un cocinero de ocasion, ayudado por los negros Zanzibaritas quienes alternaban con los que trabajaban abajo y habiéndole preguntado al criado por su amo, contestó el factotum que el profesor había subido ya hacía mucho tiempo como lo sabrían sin duda los señores, que había entrado en su tienda sin decir esta boca es mía, y que no había vuelto á salir. Mr. Brown aconsejó á Franz de avisarle, que se le estaba esperando para empezar á comer, encargo que cumplió el criado, no recibiendo contestacion alguna, las dos primeras veces que le llamó, hasta que á la tercera Herr Ehrlich abrió su boca para dar salida á una atroz imprecacion, afortunadamente vociferada en aleman, seguida de una frase que expresaba, que para comer en compañía de esos Ingleses, preferiría comer en el infierno, con tal de que allí no los hubiera, palabras que Franz tradujo algo libremente al inglés, diciendo al ingeniero, que su amo pedía se le dispensara, porque no teniendo apetito se había acostado.

La comida no fué aquella noche tan animada cual de costumbre; las formas poco parlamentarias del profesor en la caverna, habían dejado un recuerdo desagradable. Mr. Plemperton temiendo algun mal proceder por parte del iracundo sábio, encargó á James Queen, que estaba de guardia aquella noche, que si por casualidad Herr Ehrlich bajara por la escala, tuviera buen cuidado de avisar de seguida. No pasó nada, sin embargo; el profesor no salió de su retiro, ni tampoco á la mañana siguiente para el acostumbrado almuerzo, de modo que bajaron luego todos los expedicionarios menos él.

La cabeza del Saharasauro entretuvo bastante tiempo, cosa que no era de extrañar, dadas sus monstruosas dimensiones. Cuando quedó enteramente al descubierto, Mr. Brown la midió, y resultó tener 3,23 m. de largo, lo que hacía suponer que el animal entero alcanzaría tal vez una longitud de veinte metros. Inmediatamente debajo de esta cabeza, unos cuantos martillazos señalaron la presencia de otras osamentas, que resultaron pertenecer á otra cabeza igual á la primera, con cuya aparicion quedó evidenciado que allí se encontraban dos Saharasauros juntos, uno de los cuales tenía echada una pata por encima del cuello del otro, en cuya posicion la asfixia había acabado con la vida de ambos mónstruos. Volviendo luego hácia la otra extremidad, fueron descubriendo

más y más vértebras, que iban paulatinamente disminuyendo de volúmen, prolongándose la gruesa columna vertebral muchos metros y unos piés con una série de falanges muy largas que indudablemente habían servido al sauro de remos, cuando cortaba las olas con vigor y prontitud.

Para sacar las colas de los animales, que segun era de esperar, ocuparían una larga extension, se tropezó con un inconveniente, consistente en que encima de la mitad de ellas, no solamente el cataclismo había acumulado una capa de sedimento mucho más espesa, que la corriente de agua de que se ha hecho referencia, no había llegado á alcanzar, sino que además el gran peñasco, en el cual se apoyaba la escalera de mano, tambien la cubría en parte y para quitar esta mole prometía ser penosa la faena. El ingeniero aconsejó registrar primero el peñasco, para ver si formaba un bulto suelto, ó si era parte inherente de la pared, que en varios sitios á los lados era muy desigual. Con este objeto mandó á los cuatro negros despues de quitar la escalera, subirse encima del bloque y empezar con sus palanquetas á herir el suelo á lo largo de la pared, trabajo que efectuaron los hombres con un desarrollo de fuerza tan vigoroso, atacando la presunta separacion, que dando simultáneamente con corta diferencia en el mismo sitio, produjeron un boquete en la pared, la cual, como se ha referido en el capítulo anterior, no tenía en la parte alta mayor espesor que el de una acitara, unos quince centímetros de grueso si acaso.

No era grande el orificio; pero, sin embargo, lo bastante ancho para mirar por él al interior de la gruta al lado, que era como se sabe la que vió primero Herr Ehrlich, y á la general sorpresa se notó que allí dentro, este mismo estaba andando sólo, mirando á la bóveda más que al suelo que pisaba, con un martillo de minero en la mano y fumando su gruesa pipa, inseparable compañera suya de todos los dias.

A Mr. Plemperton al verle le pasaron en aquel instante por la mente reminiscencias de su último viaje del año pasado á Nápoles, puesto que dirigiéndose á su primo, le dijo sonriendo en voz baja y señalando con un dedo la ceñuda figura del profesor: *cave canem*, «cuidado con el perro», como se lee esta inscripcion en muchas de las casas desenterradas en Pompeya y Herculaneum, encima de un mosáico representando á un perro, un poco antes de llegar al *prothyrum* ó vestíbulo en que se colocaban los dioses *lares*, donde

otro mosáico llevaba la palabra *Salve*, «te saludo» y un esclavo, despues de haber hecho la pregunta sacramental de *quis tú?* ¿tú quien eres? al que entraba, le advertía que tuviera cuidado de entrar *dextro pede*, con el pié derecho primero, para que no le sucediera nada de malo en la casa. (*)

Lord Cleaventod consultó á sus dos amigos si fuera á llamarle, á lo que éstos contestaron que hiciera lo que quisiese, que al fin esos sábios por lo general tienen un carácter violento, fenómeno bastante raro por tratarse de una clase que está más en contacto con los libros y manuscritos, que con sus semejantes, y que si posible fuese, lo mejor sería no hacer caso de sus extralimitaciones ó rarezas. Aplicó entonces el capitan sus lábios contra el boquete y llamó al profesor que no oyó ó no quiso oir; pero al segundo llamamiento se paró y preguntó sin volverse del lado de donde venía la voz, para qué se le quería. El capitan le contestó que si podía abandonar esas costumbres anacoréticas, se le tenía reservada la vista de algo que le interesaba.

La réplica del profesor no fué muy cariñosa, puesto que dijo

(*) Como es sabido, se debe al general austriaco Principe Manuel Mauricio de Elbeuf, el descubrimiento de la artística ciudad subterránea de Herculaneum, sepultada durante diez y siete siglos lo mismo que su hermana Pompeiia, la que fué ciudad de Vénus, hoy *cadaver urbis*, y otros siete burgos de la Campania, Stabiæ, Oplontos, Retina, Taurania, Cosa, Veseris y Tegianum, bajo la lluvia de cenizas y de lapilli del Vesuvio y las aguas del mar que simultáneamente con la erupcion volcánica, levantadas por un terremoto, invadieron la costa y formaron con las cenizas, un fango que ha penetrado dentro de las referidas ciudades hasta tapar y cubrirlas por completo. El 16 de Agosto 1714, habiendo el Principe mandado abrir un pozo en un palacio que estaba construyendo cerca de Portici, los trabajadores tropezaron á los 21 metros de profundidad con Herculaneum, destruido ya en parte el 5 de Febrero del año 63 de nuestra era por una erupcion del volcan y un terremoto, como Séneca lo describe, y que acabó de existir por la horrible catástrofe del 23 de Noviembre 79, suceso descrito por Plinio junior. La parte de Herculaneum que primero volvió á aparecer era una seccion de un cementerio, en cuyas tumbas se leian comunmente las cinco letras H. M. H. N. S. *Hoc monumentum haeredes non sequatur*,—este monumento no pasa á los herederos. El difunto defendía su última morada contra la concupiscencia de sus herederos.

En Pompeya, por contra, lo que se descubrió primero, fué una casa particular, cuya medianería presentaba un gran boquete, por el cual indudablemente habían pasado los habitantes de la ciudad destruida, cuando despues de algun tiempo habían vuelto á ella, para tratar de recuperar sus riquezas abandonadas en la precipitada huida. La casa á la derecha era una panadería. Allí se encontró en un horno herméticamente cerrado, ochenta panecillos en perfecto estado de conservacion despues de tantísimos siglos, metidos á cocer aquel trágico dia, todos ellos provistos de la marca *siligo granii* (harina de trigo) exigida por las ordenanzas municipales, para impedir fraudes en la venta de las diversas calidades de pan. Como cosa curiosa y que se presta

en tono gruñidor, que no quería ver, sino poseer, apesar de lo cual Lord Cleaventod tuvo la paciencia de volver á contestarle, que allí había para contentar á uno y á otro.

Herr Ehrlich se había acercado á la apertura y Mr. Brown le dijo que si se esperaba un poco, vería si agrandándola podría darle paso por ella, aconsejándole se retirara por el momento un poco al lado, por lo que pudiera suceder si se desplomara mayor seccion de la pared que la que intentaba abrir. Despues de unos cuantos vigorosos golpes, se desprendieron varios trozos de la roca y con un poco de trabajo más, el boquete se había ensanchado lo suficiente para dejar pasar á una persona. El profesor entró sin decir una palabra y al dirigir su vista al suelo, se quedó atónito al ver destacarse en relieve, sobre el fondo de la envoltura, el lado izquierdo de los dos gigantescos sauros. Se quedó fijo en el mismo sitio, como si sus piés hubieran echado raices en el suelo, solamente sus ojos desencajados, se movían rápidamente en sus órbitas, hasta que por fin con voz estrangulada murmuró:

—¿Y qué?

á ciertas consideraciones, hay que advertir que estas inscripciones estaban hechas mediante caractéres móviles ¿Cómo es, entonces, que catorce siglos habían de pasar para llegar de esta aplicacion de letras á la invencion de la imprenta, cuya idea parece ser la misma? Y, sin embargo, es muy cierto, y perfectamente histórico, que fué solamente en Agosto de 1423 que el Holandés Laurens Janszoon Koster (Costerius), tesorero del municipio de Harlem, cortó las primeras letras sueltas de madera y unos años despues de plomo y estaño, las untó con una composicion de sebo mezclado de hollin y estampó con ellas en un principio varios cánticos y salmos en latin, el *Speculum humanæ salvationis*, un libro en lengua holandesa titulado *Spieghel onser behoudenisse* y *Donates* ó sea una gramática, que se guardan en aquel curioso Museo municipal, empleando en su confeccion durante varios años un Aleman llamado Johann Guttemberg (alias Gensfleisch), el cual sujeto un dia le robó á su amo, al inventor de la imprenta xilográfica Koster, sus letras y utensilios, huyó á Colonia y se fué despues á Strasburgo y á Maguncia, donde ayudado por Peter Schoeffer y Johann Faust, estableció un taller de imprenta en 1442 y editó trece años más tarde, una Biblia en latin y luego la obra *Hermanni de Saldis speculum sacerdotum*, lo que ha dado lugar á que los Alemanes pretendan atribuirse dicha invencion, suplantacion tanto más fácilmente urdida despues del robo cometido, cuando el verdadero, el único inventor de la imprenta Koster, murió al poco tiempo de la huida del infiel operario, ó sea el 1 de Diciembre 1439. Su estátua adorna la Plaza Mayor (Groote Markt) de Harlem.

En la otra casa, entrando á mano izquierda, que tal vez había sido una tienda de mercader, porque se vió escrito en la pared *Salve lucru* (te saludo ganancia), se hallaron en el suelo algunos pesos con la inscripcion *Eme et habebis* (compra y tendrás), y en un rincon un anillo sigilario representando la forma de la planta de un pié, símbolo de toma de posesion, segun la máxima jurídica: *quidquid pes tuus calcaverit, tuum erit* (todo lo que tu pié pisará, será tuyo).

A Lord Cleaventod le dió lástima del sábio, porque comprendió que el hombre, envidioso por naturaleza, vió comprometido un descubrimiento con que tanto había soñado hacerse ilustre y que debía sufrir en su orgullo de que la suerte no le había servido. Llevándole, pues, del brazo con una mano, le enseñó con la otra los Saharasauros y le dijo:

—Son dos y dos somos; uno para Usted, el otro para mí.

Cualquiera hubiera quedado muy agradecido; el profesor, no. El lector conoce los sombríos pensamientos de Herr Ehrlich y puede hacerse cargo de lo que pasaba por esa cabeza en tal momento, algo de maquiavélico para alcanzar su objeto. Quería para sí los dos esqueletos, y si no obtuviera más que uno solo, que se perdiera el otro. Así fué, que la única contestacion que dió á la generosa oferta del militar, fué ésta:

—Concluyamos de sacarlos.

Por lo que se había desprendido de la pared, se llegó al convencimiento que el peñasco no formaba parte de ella y que ya que era imposible barrenarlo y partirlo con un cartucho, no había más remedio que proceder con él en el mismo sentido como se había hecho con los otros dos. La operacion fué molesta; pero se llevó á cabo y tambien este bloque fué á rodar por fin hácia donde estaban sus compañeros. Ya no quedaba más obstáculo que apartar; el sedimento tenía dos metros de espesor al lado, pero debajo del peñasco estaba menos duro y siguiendo la probable posicion de las colas, se abrió en esta direccion una zanja de unos treinta centímetros de ancho, con mechinales para introducir los piés, á medida que iba aumentando la profundidad. Apesar de la relativa facilidad y del buen tino con que diez y ocho brazos operaban, á la caida del sol restó todavía bastante que hacer y en sacar á luz las dos colas y luego todo el lado derecho de ambos cuerpos enteros, se fueron dos dias más, al cabo de los cuales el grupo de los esqueletos, convenientemente sostenido por varias piedras, no necesitaba ya más que la última mano de cinceladura y finalmente un lavatorio con una solucion de ácido sulfúrico, para quitar á las osamentas las últimas partículas terrosas que aun hubieran quedado adheridas ó incrustadas, aparte se entiende de toda la faena interior, donde se esperaba recoger una rica cosecha de curiosos koprolithos, aquellos excrementos fosilisados, que frecuentemente se encuentran en la cavidad abdominal de los saurios, juntos con varios

rizólithos, que son raices petrificadas y además escamas de peces, dientes, etc., prueba de la voracidad de los mónstruos.

Los dos Saharasauros medían casi lo mismo el uno y el otro, no había más que cuatro ó cinco dedos de diferencia en favor del que estaba debajo; por lo demás, no ofrecían heterogeneidad alguna. Hé aquí la descripcion osteológica de estos dos colosos en cuya comparacion los actuales cocodrilos, lo mismo los vulgares del Nilo ó del Africa ecuatorial, como los aligatores ó caimanes de América y los gaviales ó longirostros de Asia, no son más que unas reproducciones raquíticas de aquellos titánicos lagartos que siempre serán objeto de duda haya llegado á ver en vida el hombre, mientras no se llegue á establecer con pruebas más robustas que las hasta ahora existentes, que un sér racional ocupara ya nuestro planeta en una época anterior al periodo cuaternario.

Capítulo XV.

Descripcion osteológica de los lagartos.—Dientes petrificados del Zeugladon, del Dichodon, etc.—Veinte canastas preparadas; la mitad llega arriba.—Explosion, hundimiento, una catarata que se abre paso.—El nuevo abismo.—Un cartucho de picrato de potasa.—Planes de expoliacion.

Para medir los Saharasauros con escrupulosa exactitud, tuvieron Mr. Brown y el profesor que subirse en el bloque formado por ambos anfibios y los números que acusó la cinta veintimétrica del ingeniero, fueron los siguientes:

De una extremidad á la otra, es decir, desde la punta del hocico hasta el final de la cola, medía el sauro que se encontraba encima, diez y seis metros con treinta y un cm.

La cabeza, como ya se ha referido, tenía 3 m. 23 cm. de largo, desde el extremo de la mandíbula superior hasta la primera vértebra del cuello. Su anchura máxima era de 1 m. 2 cm.

La circunferencia mayor en la parte más gruesa del abdómen era de 7 m. 6 cm.

El máximum de elevacion desde la base de sus extremidades abdominales, hasta la punta de la cresta del armazon medía 3 m. 14 cm.

Cada mano con los dedos extendidos en la posicion de andar, ocupaba una superficie cuyo diámetro representaba 1 m. 65 cm. Cada pié, una de 1 m. 94 cm.

El cráneo de ambos Saharasauros era de configuracion achatada en la parte superior y más deprimido hácia abajo, su forma

triangular puntiaguda y la frente bastante protuberante, viniendo á ser la longitud algo más de tres veces su anchura. El supra-occipital estaba representado por un par de huesos aplanados, el par externo que forma los ángulos prominentes de la region occipital representaba los par-occipitales. La superficie periférica más baja del cartílago base-esfenoidal, estaba osificada y presentaba un borde cóncavo hácia el notocorda, á cuya cápsula parecía haberse enlazado; los aliesfenoides eran probablemente cartilaginosos y el protocráneo no pareció alterado, como en la region ex-occipital. Las osificaciones periféricas que representan el parietal, formaban dos huesos planos y oblongos con el agujero parietal, en la sutura media; entre los super y par-occipitales se encontraban los dos huesos que corresponden á los mastoideos, enlazando exteriormente el timpánico y otra placa huesosa, el supra-escamoso. Una sutura media como en los parietales dividía los huesos frontales que se prolongaban y sobresalían mucho de las órbitas; el hueso del post-frontal estaba osificado por dos partes, articulándose una con el mastoideo y la otra post-orbital, con el supra-escamoso, extendiéndose el post-frontal más allá de la órbita para encontrar el prefrontal, que terminaba entre el nasal y el lagrimal en punta.

Se componía la mandíbula superior de los huesos pre-maxilares, maxilares y palatinos, de los cuales los primeros estaban divididos por una sutura media, el maxilar se extendía desde el premaxilar hasta más allá de la órbita; el palatino largo y ancho, sostenía una línea de dientes cónicos y puntiagudos, con estrías longitudinales en su esmalte, que estaban muy bien marcadas en ellos. Los ocho anteriores, ó sean los pre-maxilares, eran de un tamaño que pasaba de 12 cm. y de la mandíbula superior salían dos grandes y agudos colmillos curvos que se dirigían hácia abajo. La mandíbula inferior no diferenciaba de la parte de encima más que en la menor extension de la pieza angular y la ausencia de los colmillos.

Los ángulos posteriores del cráneo estaban formados por el timpánico que parecía terminarse interiormente en el terigoidéo. Estaban algo unidas las dos ramas de la mandíbula y el elemento angular ofrecía una convexidad que correspondía al punto de osificacion, mientras que el elemento dentario formaba la superficie articular.

El coracoides ofrecía un agujero cerrado lateralmente por una sutura; el borde posterior del hueso redondeado y escotado,

formando una especie de pedúnculo, con el que se articulaba el esternon, el cual, compuesto de dos placas simétricas, ofrecía la particularidad de ser más anchas y escotadas por la parte adentro.

Las fosas nasales eran grandes y como tabicadas en su region anterior; su estructura desmostraba que debía el animal salir á la superficie para respirar el aire atmosférico.

El atlas consistía en un cuerpo discoideo y dos delgadas pneurapófisis, el centro del eje era mucho más largo que el del atlas con el cual se unía últimamente. La fosa temporal limitada por arriba y abajo por un arco óseo. La cintura escapular constaba de cuatro huesos, á saber, dos omoplatos y dos coracoides.

La estructura á la vez complicada é ingeniosa de los dientes, prueba que eran estos saurios esencialmente carnívoros y que se alimentaban de animales de regular tamaño. Estos dientes, en efecto, eran los más á propósito para convertir al animal en un temible instrumento de destruccion, puesto que podían servir á la vez de cuchillo, de espada y de sierra, en atencion á que desde su base vertical iban adquiriendo poco á poco los dientes, la forma de una curva, hasta el punto que llegaban á tener el parecido de un sable muy encorvado. Con tal disposicion de dientes pudiendo cortar en toda la longitud que ocupaban, había de producir cada movimiento de las mandíbulas, el efecto combinado de un instrumento que hace una incision, luego corta y sierra y como si no fuese bastante todavía esta combinacion para desgarrar y cortar cualquier presa por resistente que fuera, la naturaleza había querido aun aumentar las condiciones para satisfacer la voracidad de estos terribles reptiles, disponiendo que merced á la curvatura que tenían los dientes y su inclinacion hácia atrás, no era posible que se escapase la presa una vez cogida.

Otra particularidad había en el sistema dentario consistente en que los dientes, sin estar colocados en alvéolos distintos, como es el caso con los cocodrilos, sino lo mismo como se observa en los lagartos, fijos en el interior y además con un aparato dentario que ocupaba la bóveda palatina como hoy se encuentra en varias serpientes; sin embargo, estaban alveolados de una manera como se explicará á continuacion.

Encajaban los dientes en el pre-maxilar, el maxilar, el mandibular y el vómer y estaban dispuestos en una sola série en todos menos en la bóveda palatina. La fórmula dentaria era $\frac{35-35}{35-35}$, muy

desiguales los dientes en sus dimensiones, el borde alveolar ocupando más del tercio de la longitud de la mandíbula, cuya sínfinis no iba más allá del sexto diente; el pseudo-canino mandibular es el quinto diente á contar desde la sínfinis; el pre-pseudocanino es el cuarto á partir de la sutura interpremaxilar y el post-pseudocanino es el séptimo. En los cortos maxilares se contaban 16, mayores que los del maxilar, que siguen en no interrumpidas líneas en número de 44. Los dientes encajaban por una raiz cilíndrica en una especie de alvéolo general que tenía el parecido de un embudo y bajo este alvéolo se formaban otros dientes nuevos, para reemplazar á los que se iban gastando por el uso á consecuencia de la gran voracidad del mónstruo, expulsando los nuevos á los antiguos. La sutura maxilopre-maxilar, era convexa hácia adelante en la cara palatina; el vomer no ostensible en el paladar y las hipapofisis medianamente desarrolladas. Las sustancias de que se componían los dientes eran osteodentina, dentina y cemento.

La órbita aparecía donde terminaba la línea de los dientes de la mandíbula superior; tenía horizontalmente su mayor diámetro que medía once cm. y sus ojos tenían un tamaño de 85 mm. De láminas escleróticas para proteger este órgano, cuando sometido á altas presiones en las profundidades del mar, no había señal alguna. Las fosas pre-lacrimales estaban bien desarrolladas, las supratemporales no excedían en mucho en extension á las órbitas.

A partir de los ojos, el cráneo adquiría un volúmen enorme; primero se elevaba la frente para achatarse luego por detrás, los huesos eran salientes en el centro y los lados, llegando hasta el occipucio y dejando abiertas unas cavidades donde se encerraba el aparato muscular destinado á dar movimiento á la mandíbula inferior. El cuello del mónstruo era corto y grueso; las siete vértebras de que constaba avanzaban hasta el interior del cráneo y la mandíbula se movía libremente. Las prolongaciones espinosas que formaban la columna vertebral iban engrosando á partir de la cabeza hasta la mitad de aquella, sirviendo de apoyo á los tendones musculares, que se extendían á lo largo de la columna entre ésta y los costados, tendones que eran probablemente tan gruesos como un cable á juzgar por los orificios. Las vértebras venían á ser cóncavas en la parte anterior y convexas en la posterior, adaptándose entre sí, por medio de una articulacion orbicular, que les permitía ejecutar fácilmente movimientos de flexion en todos sentidos. Esta-

ban enlazadas entre sí por ligamentos cartilaginosos osificados, que por esta circunstancia se conservaron fósiles.

El tronco estaba constituido por 32 robustas vértebras de superficie bicóncava, de las cuales las 19 primeras llevaban cada una dos fuertes costillas, las 6 últimas estaban soldadas para formar el hueso sacro, al que adherían las que forman la pelvis.

La espina dorsal se componía de 125 vértebras, 7 cervicales, 12 dorsales, 5 lumbares, 5 sacra y 96 caudales.

La cola era como dos veces más larga que el cuerpo y constaba de 96 vértebras comprimidas en sentido lateral á la vez de ser gruesas en el vertical, de las cuales se continuaban las primeras por otras tantas prolongaciones, hasta el extremo de la columna dorsal. La cola formaba una especie de remo recto y sólido de gran fuerza.

Las extremidades torácicas más cortas que las abdominales, eran fuertes, robustas y acorazadas con pequeñas placas semicirculares de 15 á 18 mm. de diámetro, cubriendo una á otra en sus mitades, terminadas por manos pentadigitadas con grandes uñas, que tenían la forma de garfios y además provisto cada dedo, entre la primera y segunda falange, de un enorme espolon cónico de once cm. de altura, lo que constituía un arma terrible de defensa, si tuviera necesidad de defenderse, lo cual era menos que probable, más bien de ataque, de conservacion de la presa y de su destruccion al echarse encima y clavarle tantos afilados espolones en el cuerpo apresado.

La pelvis estaba formada por 8 huesos: 3 íleos, 3 púbis y postpubis y 2 ísquios, todas estas piezas, pero muy especialmente las últimas, largas y encorvadas.

Las extremidades posteriores de iguales condiciones, pero sin la defensa, eran bastante más voluminosas y más largas que las torácicas y constaban de fémur, tibia, peroné y tarso con cuatro gruesos dedos, todos constando de un hueso metatársico y tres falanges.

La disposicion y textura de los dedos y la presencia del cuarto trocanter, cresta que ofrece el fémur á la que se insertan poderosos músculos que ván á parar á la cola, imprimían á esta parte enérgicos movimientos laterales, así como la brevedad de las extremidades torácicas debían facilitar sobremanera la natacion y es de admitir que como animal de costumbres acuáticas,

pasando gran parte de su vida en el elemento líquido, haya tenido dos maneras de progresion. Cuando nadaba tranquilamente se serviría de sus cuatro remos, así como de su cola y cuando quería ir de prisa para alcanzar en el agua una presa, recogería las extremidades anteriores y sirviéndose de las posteriores y de su poderosa cola, se lanzaría con velocidad hácia adelante. Cuando el sauro salía á la playa, fuese para dormir ó bien para solazarse, sus extremidades no le obligaban á arrastrarse, ni á permanecer echado, y al ver su conformacion, de seguro habrá sabido andar en tierra firme lo mismo que nadar en el mar. No tenía los piés palmeados parecidos á las aletas de la ballena, como el Ichthyosauro, ni estaban los dedos enlazados entre sí por músculos ó ligamentos cartilaginosos.

El armazon del sauro era el siguiente. Las placas del espaldar generalmente rectangulares, cabalgando unas sobre otras, iban provistas de un espolon en el ángulo antero-externo, ecto-cranial, y de un caparazon ventral que constaba de varias filas de placas hexágonas de una sola pieza y reunidas por medio de suturas con las inmediatas. El armazon dérmico constaba de un escudo dorsal ó espaldar y de dos ventrales ó petos, ambos compuestos de dos filas de placas longitudinales. Las correspondientes á la zona cervical eran trapezoidales y se cubrían unas á otras placas en sus bordes cranial y caudal. Las de la region media ó tóraco-abdominal eran rectangulares, tambien se acaballaban y llevaban un gran espolon del doble tamaño de los dedos de encima. Las placas de la cola eran elípticas, con una cresta en el centro que dejaba iguales las facetas y se extendía desde el final de la cola hasta el principio del cuello. Hácia la extremidad de la cola se observaba una placa alargada, muy comprimida lateralmente, donde la cresta dorsal estaba más pronunciada. El escudo ventral se dividía en escapular y tóraco-abdominal; las placas distribuidas en siete filas longitudinales, eran polígonas aunque en su mayoría pentágonas, su postura juxtapuesta, reunidas por suturas y no presentaban indicio de cabalgadura. El escudo escapular era de forma ovalada con el eje mayor transverso; el tóraco-abdominal ofrecía la forma ovoidea con el eje mayor longitudinal.

Tales eran estos antiguos habitantes del mar del Sahara, y ante semejantes ejemplares de los tiempos primitivos, no se podía menos de admirar la notable desproporcion que existe entre los

enormes reptiles de las creaciones antediluvianas y los de nuestra época. Todo lo que era carne, músculos y demás partes orgánicas, había desaparecido hace muchos miles de años, los huesos como sustancia mineral indestructible habían sólo sobrevivido.

Quedaban ahora tres operaciones que efectuar: separar convenientemente los esqueletos y dividirlos entre Lord Cleaventod y Herr Ehrlich, luego aunque era una lástima desarmar, disyuncionar las piezas, para que fuese posible sacarlas fuera de las cavernas y del pozo, dado lo exiguo del sitio disponible, y finalmente preparar envase conveniente para el transporte. La cuestion de saber para quién sería un ejemplar ó el otro, fué la más fácil para resolverse. Se escribieron en dos tiras de papel, que proporcionó el ingeniero, ya que las chapitas de hoja de lata que llevaba de costumbre el profesor encima no fueron encontradas, las palabras, *the topmost* en una y *the undermost* en otra tira y se entregaron ambas á uno de los negros, quienes por supuesto no sabían leer, mandándole entregase una á cada uno de los competidores. El resultado fué, que el Saharasauro de arriba tocara en suerte al profesor. Este propuso á Lord Cleaventod, antes de tocar más á los esqueletos, procurar primero tener á mano cajones ó canastas para el embalaje, hojas bastantes para envolver y lianas para atarlo todo, consejo demasiado bueno en realidad, para no ponerlo en práctica de seguida.

Mientras que el militar y Mr. Plemperton se entretuvieron al siguiente dia á ruego del último y para llevarse un recuerdo de la expedicion, en buscar si por acaso se encontraba alguna cabeza de megaterio, mientras que el ingeniero pasó á la gruta al lado, como lo había hecho todos los dias para observar cuánto crecía el agua en el pozo y que el profesor sin decir á nadie el porqué, se fué al piso superior donde estaba el gran depósito de agua, James Queen con seis negros se fué en busca de un mimbral, para fabricar canastas y hacer gran acopio de hojas de bauhinias, molompis, fustetes, guayacanes, sicomoros, boababs, ó de cualquiera de los árboles ó arbustos, que pudiera encontrar y de la clase más gruesa de liana toda la mayor cantidad posible.

Cuando Mr. Brown volvió, participó á sus compañeros que el nivel del agua en el pozo iba subiendo paulatinamente, que desde la primera medicion, que había dado el resultado de un metro exacto de distancia entre la grieta debajo de la meseta y el agua, este espacio libre había quedado reducido hace cinco dias á once

centímetros menos y que había observado durante los dias de anteayer, ayer y hoy, que aunque con irregularidad en su progresion ascendente, el nivel había subido en dichos dias respectivamente dos, cinco y seis centímetros, es decir, que ahora faltaban solamente setenta y seis para que el agua llegara hasta la grieta y empezara á infiltrarse dentro de la gruta. No era de suponer que el agua viniera á sorprender á los exploradores dentro de las regiones subterráneas, porque salvo un aumento de ascension repentina, tardaría todavía más de veinte dias el agua en entrar y no se necesitaba tanto tiempo para llevarse los Saharasauros. La causa de la elevacion del agua quedaba en el misterio, á no ser que fuera originada por un aumento en la entrada de las aguas de procedencia desconocida, una variacion en alguna corriente subterránea, ó por alguna obstruccion en su desagüe.

No teniendo nada mejor en qué ocuparse, se metió el ingeniero tambien á curiosear por el suelo y coleccionar diferentes dientes petrificados, no queriendo cargarse con ningun objeto voluminoso. Tuvo la suerte de encontrar algunos ejemplares de mérito, puesto que el profesor cuando volvió, les calificó unos como molares del zeuglodon, un mamífero cetáceo, otros como caninos del dichodon, un cuadrúpedo artiodáctilo de pezuña y varios otros más comunes como del hyaenodon, el precursor de la actual hiena, de diferentes animales ungulados ó sean herbívoros y de unguiculados ó sean carnívoros.

La vuelta de la gente con numerosas canastas, rápidamente fabricadas, dió fin al entretenimiento. La operacion de desmontar y separar los dos esqueletos, presentó algunas dificultades, á causa de su colosal tamaño; pero se pudo efectuar sin que ninguna pieza se cayera y cuando quedó concluida la tarea, había dos filas de á diez canastas bien atadas por múltiples vueltas de liana, que encerraban los dos Saharasauros, cuidadosamente envueltos en numerosas hojas de plátanos y de árboles de varias especies, para protegerlos con su flexibilidad contra los movimientos del transporte. Sin embargo, todo el trabajo no había concluido con empaquetar y embalar los huesos con el necesario esmero. Había que sacarlos á fuera é hizarlos á donde estaban las tiendas guardadas por Franz y para realizar esta operacion era preciso agrandar como medio metro la parte alta de la grieta que daba salida á la meseta en el pozo. Mr. Brown, apuntalándola por precaucion, la llevó á cabo

quitando de la roca lo necesario para el paso de los bultos más voluminosos, que eran los que contenían las cabezas, hecho lo cual, todas las canastas fueron llevadas al piso superior hasta delante de la grieta, no sin que antes Herr Ehrlich, que se había acordado haber dejado el otro dia el paquetito de las chapitas de lata en la caverna del agua, fuese por ellas y atara una á cada canasta como etiqueta para señalar los diez fardos, como de su pertenencia. Franz, mientras tanto, había clavado un fuerte palo en el suelo, que tenía que servir para sujetar las cuerdas cuando subieran las canastas y terminados todos estos preservativos el 24 de Enero, se mandaron James Queen y los negros á reunirse arriba con los demás para izar, bastándose los cuatro amigos para atar los bultos y dirigirles en su ascension.

Los Ingleses quisieron por deferencia empezar con las diez canastas etiquetadas; pero sin duda que el profesor se temía que en el primer viaje pudiera pasar una avería, lo cierto es que rehusó la preferencia, en vista de lo cual se procedió á levantar las de Lord Cleaventod, que unas despues de otras llegaron sin novedad arriba, invirtiéndose, sin embargo, en la operacion más tiempo de lo que se había pensado y tanto que cuando la última canasta fué sacada para subir los treinta y tres metros de altura del pozo, la oscuridad que ninguna crepúscula iba suavizando, reemplazó tan de golpe la claridad del dia, que Herr Ehrlich no quiso de ninguna manera que se siguiera el trabajo y se empezara á subir sus bultos, dejando esta faena para el siguiente dia, último que pensaban los expedicionarios pasar en este sitio, en vista de lo cual todos subieron.

Una hora despues todo el mundo estaba comiendo y como casualmente para celebrar la última noche que se pararía al pié de la montaña, las trampas que los negros ponían siempre de dia y noche, para cojer pájaros y pequeños mamíferos, habian dado un buen contingente de carne fresca, la comida resultó opípara, cuando de repente Franz, que iba á servir una fuente con dos apetitosos katas, dió un salto y se cayó de espaldas con los pájaros al suelo, al mismo tiempo que James Queen, al echar agua á su amo, dejó escapar la botella, roció toda la mesa, la que se volcó, cayendo los platos y los vasos por tierra, á la vez que el catrecillo en que estaba sentado el profesor se ladeó y tiró á éste contra el ingeniero, que se cayó de frente contra la mesa, mientras que Lord Cleaventod y

Mr. Plemperton que estaban sentados en frente, fueron echados para atrás por una mano invisible, y que súbitamente animados todos los objetos dentro de la tienda y fuera de ella, empezaron á moverse y entrechocarse. Casi al mismo momento, una luz producida por una llamarada instantánea, alumbró el orificio del pozo, seguida de una densa columna de humo, luego sonó el estampido de una sorda detonacion como de un cañon de grueso calibre seguido por el ruido de un espantoso y prolongado hundimiento en las entrañas de las montañas, acompañado de la tonante caida de una catarata, cuyas aguas se desploman de cierta altura, ocasionando un conjunto de fragor violento, atronador, estrepitoso.

Un terremoto, aunque en despoblado, es uno de esos fenómenos, del que es menos fácil librarse que de cualquier otro peligro, á causa de las hendiduras que se abren súbitamente bajo los piés y no es de extrañar que despavoridos los negros, huyesen por ambos lados del desfiladero y que tambien los Europeos abandonasen con prontitud la cercanía del pozo, envuelto en una nube de polvo, sitio que parecía ser el epicentro del fenómeno. No hubo más trepidacion que la primera; pero el mugido subterráneo de las olas del torrente y el ruido de los hundimientos, continuaba durante bastante tiempo, acabando al cabo de media hora por quedar todo tranquilo, á pesar de lo cual se juzgó más prudente quedarse alejado todavía algun tiempo, para no ser sorprendido por una repeticion.

Cuando despues de un par de horas de no haberse reproducido ningun ruido ni movimiento seísmico, los amigos volvieron á las tiendas, encontraron en parte arrancadas sus estacas del suelo, dentro y fuera todos los objetos volcados y desordenados, todo cubierto de polvo de que estaba densamente cargada la atmósfera y gran cantidad de fragmentos de rocas desprendidos del pendiente de la montaña, esparcidos alrededor, sin que á causa de la oscuridad de la noche y con la escasa luz de dos lamparillas, las otras se habían caido y apagado, se pudo apreciar mayores detalles. Esperó, pues, todo el mundo con impaciencia la salida del sol para ver claro, entregándose mientras tanto á diferentes suposiciones sobre la causa motriz de esta conmocion. Mr. Plemperton no titubeó en atribuir la sacudida que habían sentido, á las fuerzas volcánicas aletargadas pero no extinguidas que encierra la cadena del Ruwenzori, opinion aceptada tambien por Lord Cleaventod, quien no se expli-

caba, sin embargo, el estampido que había sonado. El ingeniero dió como suya la que más bien le parecía la conmocion, el resultado de una sacudida efecto del hundimiento de alguna de las grutas ó cavernas en que tantos dias habían estado ó pasado por ellas, ya por el desprendimiento de algun arco central que sostuviese su bóveda, ya por la repentina invasion de una gran masa de agua en un sitio endeble, desgastado por el roce contínuo de una corriente, bajo la presion de su enorme peso. Herr Ehrlich, á quien preguntaron cuál era su opinion, guardó el silencio más completo. ¿Era para no dar la razon á los Ingleses si él opinara lo mismo que ellos, ó porque no quería declarar su ignorancia con respecto á la causa del fenómeno, ó bien había otro motivo para un silencio tan absoluto? El profesor no quiso dar lugar á que le volviesen á preguntar y se alejó con Franz hablándole con animacion en aleman.

Cuando amaneció el 25 de Enero se pudo apreciar en toda su extension los efectos producidos por el acontecimiento de la noche anterior. El orificio del pozo se había agrandado en un cuadruple; por el lado de la escala y de las tiendas, la pared no había sido alterada, pero por el lado opuesto desde el pié de la montaña, el terreno se había hundido más de seis metros y mirando dentro del pozo, se observó que hácia la mitad de la profundidad, donde antes estaba la meseta, se había ensanchado considerablemente por esta parte, habiendo el agua subido tanto á pesar de la mucha mayor superficie, que llegaba y con la misma fuerza y espuma de antes, casi hasta dicha mitad. La escala estaba colgada en el mismo sitio de antes, pero al sacudirla se conoció que estaba suelta y que le faltaba el apoyo de la meseta donde había estado sujeta. El intrépido James Queen quiso sondar el nuevo abismo, bajó por la escala hasta tocar con los piés el agua, se sujetó por la cintura con un cordel á la escala y teniendo de este modo ambas manos libres, miró con su lámpara y con la ayuda de la luz de magnesio, debajo de la bóveda que se extendía hasta donde alcanzaba la vista y en ninguna parte donde sondara, dió con fondo, por doquier encontró nada más que el agua. La gruta de entrada donde se habían dejado las diez canastas y todos los utensilios, la caverna allí debajo, en la que se había trabajado estos últimos dias y una gran parte de tantas galerías por donde habían pasado repetidas veces en sus diarias excursiones, todo esto había desaparecido para siempre, hundiéndose en un ancho abismo que se había

abierto de pronto y cuya oscura profundidad no había medio de reconocer.

Encima de las agitadas aguas se balanceaban dos trozos de una de las escaleras de mano y al querer darles otra direccion porque chocaban con sus piés y le lastimaban, notó un pequeño tubo que flotaba cerca. Lo cogió más bien por curiosidad y vió con extrañeza, que era un cartucho de pergamino negrusco, del tamaño como de veinte centímetros, reventado á lo largo por la explosion del contenido que había encerrado y de fabricacion evidentemente extrangera, porque llevaba un sello medio quemado que James Queen no entendía lo que decía.

Subiólo el ex-sargento para enseñar el objeto á Lord Cleaventod y dió cuenta del estado en que había encontrado el pozo por dentro. Todos se felicitaron de haberse librado milagrosamente de tan horrorosa catástrofe, que de haber tenido lugar cuando estaban dentro, poco tiempo antes, hubiera acabado con sus vidas, cuando el ingeniero que había estado mirando atentamente el cartucho, se dirigió al profesor y enseñándole el letrero medio quemado donde con todo se podía leer todavía:

Hambur..... Picra..... extraf..... ..oo Gram.....

le preguntó con natural viveza, si conocía su procedencia, ya que ninguno de los Ingleses había tenido cartuchos y que la palabra Hamburgo, parecía indicar que había pertenecido á Herr Ehrlich. Este se encogió de hombros y contestó bastante ágriamente, que no reconocía el cartucho como suyo, que no sólo él, sino todo el mundo había estado en Hamburgo y había podido comprar allí cartuchos, que él no había encendido ninguno, que era un disparate suponer que él fuera el causante del hundimiento, ó que él lo hubiera producido por medio de la explosion de un cartucho, puesto que no estaba todavía cansado de la vida y que la suya había estado tan expuesta como la de todos los demás.

A nadie convenció esta contestacion y para los Ingleses era cosa probada que el profesor había cometido, sin saberlo, alguna imprudencia con el explosivo, de cuya temeridad á Dios gracias no había resultado daño personal alguno para nadie. Pero á todos les sorprendió extraordinariamente el ver al sábio, hombre de genio violento, de carácter despechoso, vehemente en su afan de buscar el anhelado Saharasauro, preocupacion suya de tanto tiempo, tan resignado ante una pérdida que debía ser para él inmensa,

pérdida irreparable para siempre, puesto que no solamente todo vestigio del ejemplar empaquetado el dia antes había desaparecido por completo, sino que las cavernas zoolíticas se habían desplomado en la profundidad del insondable abismo, imposibilitándole por completo el encontrar otro ejemplar de tan raro sauro. ¿Á qué atribuir tan inexplicable resignacion y por qué no daba libre suelta á la impetuosidad de sus impresiones, como más de una vez lo había hecho en anteriores ocasiones de menos importancia, ó es que esta vez la inmensidad de la pérdida sufrida, producía en su cerebro un efecto reactivo?

Herr Ehrlich, al contestar que no había encendido cartucho alguno, no había faltado á la verdad. Sin embargo, por demás sospechaba él mismo que fuese el causante de la catástrofe, porque si esta se había producido ahora inconscientemente por una mera casualidad, no habrían pasado veinte y cuatro horas que la misma catástrofe hubiera tenido lugar á sabiendas. El profesor, como lo sabemos, llevaba encima algunos cartuchos cargados de materia explosiva, de que ya había querido hacer uso el primer dia para abrirse paso en la roca, cuando Mr. Brown le había rogado de nunca servirse de ellos en las cavidades subterráneas, en vista del inminente peligro de un hundimiento originado por la trepidacion de la explosion. Esta prudente observacion del ingeniero había hecho nacer en su mente la idea de servirse del factor destructor, para hacer saltar las cavernas donde encontrara el Saharasauro, con el fin de que nadie despues de él, pudiera entrar en ellas y que de este modo persona alguna pudiera encontrar un otro ejemplar, quedando él con el solo y único Saharasauro que existiera, sin que ni sábio ni aficionado alguno le hiciera la competencia, ni menguara su gloria de descubridor. Cuando tuvo el altercado con el capitan y le vieron al dia siguiente pasearse por la gruta inmediata, iba él con el propósito deliberado de poner en ejecucion su obra de destruccion y con su martillo y su cincel había practicado en la pared que separaba la gruta del inmenso depósito de agua, una pequeña grieta donde introdujo cuatro cartuchos, unidas sus mechas en otra larga comun de un par de metros. El haberle llamado los Ingleses y el desprendimiento de Lord Cleaventod, fueron causa de que no llevara á cabo su plan, dejando, sin embargo, la mina cargada, para hacerla saltar cuando llegara la ocasion, que sería el dia cuando

tendría asegurada la posesion de su ejemplar, que en cuanto al otro, que la casualidad había hecho descubrir, ya se buscaría cómo quitarlo de en medio. Cuando por la tarde quiso atar etiquetas á sus diez canastas, se había acordado que las chapitas de hoja de lata estaban en la otra gruta, donde había vaciado su bolsillo al buscar en el fondo la mecha; había ido por ellas y en la precipitacion de su andar, no había reparado que el aire que corría en la gruta había levantado del horno de su pipa unas hebras de tabaco encendidas, las que cayendo encima de la mecha en su parte media, le habían comunicado con facilidad el fuego.

El daño que el profesor aleman había querido hacer en su propio beneficio, se volvía contra él mismo y, sin embargo, no se dió por advertido. Era de la escuela naturalista realista, no creía en avisos ó advertencias de esta clase y pasada la primera sorpresa del temblor de tierra, cuando había comprendido que eran sus cartuchos los que habían hecho explosion y que indudablemente su Saharasauro estaba perdido al mismo tiempo que todas las otras osamentas, no pensó en otra cosa más que cómo y de qué manera podría apoderarse del Sarahasauro del capitan, único ejemplar que existía desde ahora. De esto hablaba con Franz en voz tan animada, trazándole la línea de conducta que tenía que seguir su criado en adelante, para servir á su amo en la ejecucion de sus futuros planes de expoliacion.

CUARTA PARTE

Á LA VISTA DE TARIFA

Capítulo XVI.

Dos graves enfermos.—La exploracion de la cuenca del Nepoko ya imposible.—Los artículos del presupuesto.—Se emprende la vuelta á la costa.—Por el Uganda al lago Victoria—Entrevista con su rey.—Un acto del autócrata.—La compasion segun Séneca y Tácito.—Veinte y cinco dias de navegacion sobre el Ukerewe.

Fué en la mañana del 9 de Enero, cuando los exploradores salieron del campamento y llegaron al pozo al dia siguiente por la tarde. En el regreso invirtieron nada menos que cinco dias, á causa de las diez grandes canastas que pesaban mucho y tanto que hasta hubo necesidad á veces, que los cuatro Ingleses ayudasen á llevar, porque los negros no podían más. A los Alemanes, muy insociables durante todo el camino, no quisieron pedir ayuda alguna, y aunque bien extraño en un país tan fértil como el que se atravesaba tan pronto como se saliera del desfiladero, no se encontró gente dispuesta, ni á quien proponer un regalo en cambio del alquiler de sus vigorosos hombros y duros cráneos.

Por fin, el 30 del referido mes, los expedicionarios rendidos de cansancio llegaron á la vista del campamento, donde contra toda esperanza, lo primero que se notó, fué que eran todavía tan numerosos sus moradores, como cuando se habían marchado para las cavernas. Belt y Mocky que se habían adelantado para recibir á sus amos, les informaron que el digno doctor estaba perfectamente bueno, pero que tenía dos enfermos de cuidado, porque dos dias despues de la despedida para el Ruwenzori, Herr Karl Nysilfver por efecto de las grandes fatigas de un penoso y largo viaje, de los

terribles calores durante el dia, y humedad de noche en el valle del Semliki, se había sentido indispuesto y aumentándose gradualmente el mal, se había declarado una fiebre de mal agüero, que si bien como el enfermo era hombre saludable y jóven, ya estaba casi dominada, sin embargo, imposibilitaba todavía la continuacion del viaje. El otro paciente de Mr. Leading era Herr Speichel, que para ocupar el tiempo hasta la vuelta de su colega, se había entregado á su pasion favorita la fitología y hacía más de dos semanas que, queriendo subirse un dia á uno de los picos de la montaña vecina, para estudiar su flora, su pié se había escurrido en el musgo, se había caido cabeza abajo y producido muy graves heridas en la cara, de pronóstico reservado segun declaracion del médico, temiéndose que además de un ojo que estaba saltado por el canto de una peña, quedaría perdido tambien el otro por los efectos de la oftalmia simpática.

Confirmó luego estas noticias Mr. Leading y despues que el ingeniero y sus dos compañeros le habían narrado todas las peripecias de las cavernas, les comunicó sus temores con respecto á Herr Speichel. Este desgraciado sábio había puesto los piés sobre un monton de piedras cubiertas de yerbas criptógamas, cayó rodando entre varios peñascos á una profundidad de diez metros, se lastimó las manos y las piernas, pero recibió la mayor herida en la region ocular y nasal por efecto de haberse caido de frente. El ojo izquierdo había desaparecido, el maxilar superior izquierdo tambien quedó destrozado en su parte inferior y agujero sub-orbitario, la apófisis sesfenoides, apófisis palatina, unguis, vomer, en una palabra, la region oculo-nasal estaba completamente destruida, pues en el acto del reconocimiento salieron hasta diez y ocho esquirlas.

En un principio pareció un caso incurable. El doctor había empezado á hacer la curacion extrayéndole las esquirlas y haciendo la union lo mejor posible en su extensa y profunda herida, empleando indistintamente la sutura cruenta para unir los grandes colgajos, los aglutinantes y planchuelas con los balsámicos y su vendaje apropiado. A las diez horas se presentó una fuerte reaccion, habiendo necesidad de hacer evacuaciones generales de sangre, pues la inflamacion se había extendido por toda la cabeza y cara y era menester quitar la irritacion sanguínea, la hiperémia ó congestion local, es decir, el aflujo permanente de una gran cantidad de sangre á la parte lesionada. A los siete dias se había levan-

tado el apósito, presentándose las heridas con una loable supuracion y se le extrajeron algunas esquirlas más, operacion que se repitió sucesivamente; despues se le cubrió la herida con planchuelas de cerato, concediéndole á los ocho dias el uso de un poco de caldo, puesto que la fiebre había desaparecido. Se le hacían diariamente tres ó cuatro curas, lográndose que las supuraciones fueran disminuyendo, usando de las inyecciones cloruradas y bálsamos cicatrizantes como el peruviano negro. Paulatinamente la cicatrizacion de las heridas se iba verificando, rellenándose de nuevos tejidos, pero aun en las circunstancias más favorables, y no sobreviniendo ninguna clase de complicaciones, quedaría Herr Speichel con deformidad por la falta del ojo, pérdida de los huesos, y por una apertura del tabique superior de la nariz, no queriendo el doctor proceder á hacer desaparecer esta apertura á beneficio de la rinoplastia para no hacer sufrir su paciente más, abatido como ya se encontraba.

Los temores de Mr. Leading desgraciadamente se realizaron. El vice-presidente había vivido mucho como se suele decir, el estado patológico suyo, su naturaleza linfática, afecciones escrofulosas, antiguas enfermedades que había padecido, venían á agravar las condiciones de la situacion, resultando de todo ello una oftalmia combinada en el ojo conservado y no solamente el pobre señor se quedó tuerto y desfigurado, sino tan resentido del ojo izquierdo, que cuando las diferentes heridas estaban cicatrizadas, le fué imposible distinguir los objetos puestos delante á corta distancia, no llegando á apreciar más que el contorno de los bultos inmediatos.

En estas condiciones Herr Speichel comprendió que no podía continuar el viaje, ni cumplir ya su mision, y que no le restaba más que volver á Alemania. Participó su determinacion á su colega, encargándole hiciese sus veces, llevando á cabo los trabajos que la Wendekreisentdeckungsgesellschaft le había encargado. Herr Ehrlich, para quien la expedicion al Akka no había servido más que de pretexto, como se ha dicho antes, para ir en busca de su Saharasauro, vió en esta situacion una ocasion fortuita, que mejor la suerte no le hubiera podido servir, para echarse de buen compañero, no queriendo abandonar á su colega y valerse precisamente de este pretexto para volver él tambien á Alemania. Le contestó, por lo tanto, que de ningun modo le abandonaría en el estado delicado en que se encontraba en país extraño, y con compañeros que

no eran Alemanes; que además, el trabajo al otro lado de los Lagos, no era ni con mucho para un hombre sólo, que para cumplir debidamente, sería preciso que hubiera otra persona de las cualidades del enfermo para reemplazarle, y que á falta de ella, ó estaría obligado á quedarse allí durante seis ú ocho meses, hasta que viniese otro delegado de la Sociedad, ó volver á Zanzibar, con cuyo último proceder podría estar al lado de su colega y hacerle más llevadera como compatriota su dolencia.

Al vice-presidente, como no estaba en el secreto de los íntimos pensamientos del profesor, mortificado por sus dolores á veces muy agudos, no podía menos de halagarle el testimonio de cariñosa fraternidad que le tributaba su colega y consolándose con el pensamiento, que si bien los gastos hechos desde Hamburgo acá eran de consideracion, la Sociedad estaba rica y que aunque con un poco de trabajo, entre los cuatrocientos y pico de sócios, se llegaría á cubrir su importe. Su parte alícuota en el reparto prorateo, ya entendería él como arreglárselo de modo y manera que lo pagaría el artículo 58 del presupuesto «agua para mojar las esponjas para limpiar los tableros de demostracion, setecientos treinta y un marcos ochenta y ocho peniques», y si no colaba este artificio, buscaría una compensacion en la subvencion del nuevo periódico que se pensaba crear para responder á una perentoria necesidad nacional, periódico titulado: *In zytho veritas, Stimmführer der Deutschen Biertrinker* (órgano de los bebedores alemanes de cerveza), ya que conociendo á fondo su pátria historia, le constaba que en la edad de oro de la Germania, cuando los ancianos y los druidas se reunían en lo más espeso de la selva,—Hercinia Silva, que ocupaba una extension de terreno ancha de nueve dias de marcha y tan larga que en sesenta dias no se llegaba al término *(Caesar, de bello Gallico, lib.* VI, 29)—para legislar la nacion, no llegaban nunca los consejeros á producir algo de bueno ó de útil, más que cuando los vapores producidos por el jugo de la cebada y del centeno fermentados tenían embargados sus cerebros. El vice-presidente calculaba que cultivando los subrogados del lúpulo é incitando á aumentar el consumo de una cerveza perfeccionada con el alcohol amílico,—que merced á los recientes adelantos de la química se ha conseguido extraer actualmente de las botas de desecho del ejército, obteniendo el honrado comercio dar salida con gran lucro á un sofisticado producto que ha de servir en paises del Mediterráneo

para beneficiar los vinos,—podría realizar el bello desiderium teutónico, la fundacion del *Lateinischevölkerbesiegungsnothwendiggermanischeherrschaftswiedererstattungsbund*, ó sea «Federacion alemana para conseguir que necesariamente los pueblos latinos vuelvan á ser dominados por la raza germánica.»

El otro enfermo Herr Nysilfver, había estado tambien muy malo con fiebre de carácter pernicioso, un poco descuidado por no entender de medicina ni él, ni su compañero. Además de las fatigas de la expedicion, es de suponer había bebido mucha agua para apagar su sed en un clima tan abrasador y sin duda la había sacado algunas veces de un punto en que existía poca corriente, á donde aunque aparentemente limpias las aguas, estaban, sin embargo, cargadas de materias en putrefaccion. Llevaba todos los síntomas de intoxicacion paludiana, cuando Mr. Leading se hizo cargo de él, y empezó su curacion, administrándole el específico del miasma poédico, preparado de quinina en fuerte dósis, durante quince dias seguidos para evitar la residiva, ya que es tan difícil en caso de interrupcion en la medicinacion, cortar el acceso y dominar la caquexia que entónces se resiste á cualquier medicamento. El comerciante sueco había quedado largo tiempo en un estado de inercia y debilidad grande que dió bastante cuidado al doctor, aumentada la enfermedad por un estado de nostalgia, el cual influía más que nada en aumentar sus susceptibilidades nerviosas y en alterar su organizacion.

Esto no obstante, el buen organismo del indivíduo, supo dominar la enfermedad y fué dado de alta el mismo dia que Herr Speichel declaró que ya le era posible andar con la ayuda de un baston. Con este motivo, por fin, pudo pensarse en emprender la marcha de regreso y el 9 de Marzo las dos expediciones reunidas, compuestas de los once Europeos, del Americano, de Rad Abah, del resto de la gente de Herr Ehrlich, reducida á 51 porteadores, 6 soldados y un intérprete y de los 81 hombres de Mr. Trougham, una fuerza total de 152 personas, volvieron las espaldas al Semliki. Como Herr Ehrlich quería para sus fines reservarse su completa libertad de accion, preguntado que fué por el doctor, si iba á encargarse nuevamente de la direccion de la marcha, contestó agradeciendo este honor, alegando como motivo la asistencia que tenía que prestar al enfermo.

Se convino en vista de esta negativa que Rad Abah, más prác-

tico que nadie en cuestion de viajar por el Africa, quedaría encargado de todo, bajo las indicaciones donde fuera menester de los blancos y en su consecuencia, propuso el guía el itinerario por Uganda y el Lago Victoria, como había sido la intencion de los comerciantes Mr. Trougham y Herr Nysilfver, antes de encontrar á la caravana dirigida por el profesor y cuyo itinerario hoy con sobrada razon le parecía el mejor, despues de los acontecimientos que habían señalado el paso de ella, ya que volver por los territorios ocupados por el Mahdi, que segun noticias no era siempre obedecido por sus feroces secuaces, ofrecía muchos puntos negros. Desde el momento que hombre tan conocedor de los moradores de estas regiones como lo era el viejo Nubio, aconsejaba la ruta indicada, esta obtuvo la aprobacion general, sobre todo cuando refirió el antecedente, que algunos años há había obtenido permiso del entónces rey de Uganda Mtesa, para atravesar sus tierras y esperaba conseguir igual favor de su sucesor el actual rey Mwanga, aunque tenía este fama de tirano, como todos los incultos jefes africanos y de demostrarse muchas veces hostil y perseguidor de los misioneros, como lo había probado cuando el asesinato de Hamington, de Mackay y de sus acompañantes, no tanto por fanatismo religioso, sino por razones de estado, por temor á la influencia política de los Ingleses y Alemanes sus incansables é inquietos vecinos, sabiendo que trás la conversion al cristianismo, ha de venir el protectorado, que es sinónimo dulcificado del hecho material de la anexion ó absorcion. Apesar de los sangrientos antecedentes del monarca Mwanga, hasta cierto punto justificados en un rey negro orgulloso de su independencia, que nada de provechoso tiene que esperar del contacto con intrusos, Rad Abah tenía empeño en tomar la direccion por Uganda, por ser camino mucho más directo que los otros, y esperaba que mediante un buen hongo ó regalo, no se opondría al libre tránsito por su vasto territorio.

El plan era bajar en línea recta al Ecuador, de que distaban como medio grado y luego tomar al Este en busca del rio Katonga hasta su desembocadura en el Gran Lago, ya embarcados, ya siguiendo su orilla izquierda. Una vez llegados en frente del archipiélago Sesse, se buscaría proporcion para embarcarse y de este modo siguiendo toda la costa norte y hasta poco más ó menos la mitad de la parte este, se llegaría hasta la bahía de Kawirondo, donde se volvería á pisar tierra hasta un punto del litoral, Baga-

moyo, Pangani ó Mombas, siguiendo la línea de delimitacion convenida por el reciente tratado anglo-germánico, respecto á las respectivas esferas de influencia en Africa, que en lo concerniente al límite desde la bahía de Kawirondo hasta el mar, ha quedado demarcado por una línea recta partiendo de dicha bahía hasta la desembocadura del rio Umba, incluyendo la montaña de Kilima-Ndcharo dentro de la esfera de influencia alemana, que es al sur de la referida línea y la inglesa al norte. La distancia que separa el punto donde habían acampado del Lago Victoria, se graduaba en 360 kilómetros y se calculaban que se invertirían doce dias en salvar esta distancia. Desde el archipiélago hasta la susodicha bahía, teniendo en cuenta todas las sinuosidades que hay que seguir, el mapa de Mac Pherson señalaba 780 kilómetros y con la práctica adquirida por los anteriores viajes en la zona del Tanganika, se podía evaluar en más de veinte dias el tiempo necesario. Finalmente, desde la bahía de Kawirondo hasta Bagamoyo, por ejemplo, hay cerca de 1.160 km., y aun no poniendo nada por imprevistos, no se echarían menos de cuarenta dias, es decir, cuarenta jornadas en llegar; en totalidad, un viaje de setenta y dos jornadas por lo menos.

Los cuatro primeros dias no fueron señalados por nada de particular. Rad Abah llevaba orgullosamente el rifle, regalo de Lord Cleaventod, como un teniente ostenta su primera medalla ó cruz despues del bautismo de fuego, donde se ha señalado como benemérito. El médico, con Mr. Brown y Herr Nysilfver, formando un grupo en la vanguardia, Lord Cleaventod, Mr. Plemperton y Mr. Trougham en el centro y Herr Ehrlich, su criado y Herr Speichel los últimos. Al quinto dia llegaron á la orilla del Katonga y divisaron á lo lejos un burgo, que supieron luego se llamaba Kitimanagi, cuyos habitantes se habían ausentado al llegar á su localidad un guerrero acompañado de cincuenta ó más hombres, comisionado por el rey de Uganda para la cobranza de los tributos discrecionales. Estas visitas son siempre la señal de la huida de los habitantes, que á la vuelta de ocho á diez dias encuentran en el lugar de sus chozas y empalizadas, un monton de cenizas, que á la verdad no es muy duro el castigo, cuando en menos de medio dia las chozas y demás, están otra vez reconstruidas con barro, arbustos y hojas frescas.

Rad Abah expuso al delegado de apremio su deseo de poder

atravesar libremente el reino por tierra y por agua, porque el rey de Uganda se atribuye jurisdiccion plena sobre el Lago y no permite el paso sin su absoluta voluntad. El jefe no tenía facultad ni categoría suficientes para resolver la proposicion; pero como el rey estaba á dos cortas jornadas distantes de Kitimanagi, y que siempre cuando viajaba, numerosos emisarios suyos cruzaban el país, la marcha y la llegada de la caravana debían estar ya por demás conocidas por el rey. No se equivocaba el guerrero porque aquella noche llegaron lo menos dos mil negros todos armados con arcos y flechas ó azagayas, un ciento entre ellos con fusiles de distintos sistemas, que efectuaron un movimiento envolvente alrededor de la caravana, maniobra que no dejó de inquietar á los viajeros. Rad Abah aconsejó mucha prudencia, estarse prevenido sin demostrar miedo alguno, ni intenciones hostiles y pidió se le llevara á donde estuviera el rey caso de estar éste entre los recien venidos. Efectivamente, se hallaba el rey entre el cuerpo de ejército, que había caminado á marcha forzada y aunque el guía en un principio no se las prometía muy felices, cuando el monarca le preguntó airado si por su edad la memoria se le había ido, cuando notorio era que el gran rey de Uganda no permitía á ningun extraño pasar por el país, sopena de perder vida y bienes, no por este recibimiento perdió su serenidad, al contrario, le contestó, que no habían tenido ninguna intencion de entrar en su territorio, puesto que viniendo del otro lado de los Lagos, más de un camino les estaba abierto y que tan solo el vivo deseo de saludar al más poderoso de los reyes del continente y de ofrecerle una prueba del profundo respeto que infundía á una sociedad de sábios que agenos por completo á la política, solo coleccionaban petrificaciones, les había determinado pasar las fronteras y allí esperar sin quemar un solo cartucho para la cacería, que viniese á pasar su majestad y aprovechar este honor para dedicarle el objeto de más valor que llevaran, hecho lo cual y si el rey no dispusiera otra cosa, la caravana volvería en el acto atrás á la vista de tal ó cual funcionario que tuviera á bien mandar para presenciar la salida del territorio.

El rey no estaba mal dispuesto aquella noche, puesto que tocando con un largo baston muy adornado la cabeza del guía, le volvió la espalda, sin contestarle una palabra. Rad Abah aseguró bien del acto del potentado y aunque no dejó de recomendar una exquisita vigilancia á los suyos, porque una traicion es cosa dema-

siado corriente, comprendió que el jefe quería reservarse una determinacion para el siguiente dia. Había acertado bien; por la mañana un negro vino por Rad Abah y por el jefe entre los blancos á quien el rey tenía deseos de conocer. Los expedicionarios designaron á Lord Cleaventod para representar este papel, comision que el capitan aceptó y ambos acompañaron al negro á donde se encontraba el rey, que era un tembeh, larga choza de techo plano que los súbditos habían construido velozmente durante la noche pasada para el soberano. Este preguntó á Lord Cleaventod si era misionero y como el oficial contestó negativamente, volvió á preguntar cuántos entre los que iban en la caverna lo eran y como esta vez fué la contestacion tambien que ninguno, le dirigió varias preguntas sobre cuál era el objeto de su viaje, qué cosas llevaban, cuánto tiempo habían pasado ya en las fronteras de su reino, si conocía el país y si le hacían falta hombres.

Rad Abah comprendió perfectamente la intencion de todas estas preguntas, el de descubrir si Lord Cleaventod ó los compañeros suyos, fuesen emisarios de las sociedades bíblicas inglesas ó escocesas, venidos para hacer prosélitos, y como no había que disimular nada, pudo contestar con un acento de verdad tal, que al parecer dejó al rey satisfecho. Luego refirió cómo hacía cuatro años había obtenido del difunto rey permiso para viajar por sus estados, que no faltarían dignatarios suyos para atestiguar su buen comportamiento durante el tránsito y que casualmente reconocía uno en el séquito del soberano, que se encontraba cerca de su persona, quien podría dar informe. Concluyó por ofrecer al rey una bonita escopeta de dos cañones de cacería, de la fábrica de G. E. Lewis, de Birmingham, propiedad de Lord Cleaventod, á quien solía servir esta fina arma cuando en los dias de descanso salía en busca de caza y que el capitan había autorizado al guía de ofrecer al rey, junto con algunas piezas de tegidos blancos y pañuelos de seda.

El regalo gustó y fué aceptado con veinte paquetes de á diez cartuchos. Dió prueba el rey de no extrañarle el manejo de las armas de fuego modernas, no por llevar en el cinturon un grueso revólver americano doble accion de Smith & Wesson del calibre 44, sino porque abrió la recámara de la escopeta, miró los cañones por dentro é hizo funcionar los percutores y disparadores. Debió quedar satisfecho del arma, puesto que despues de un momento de silencio, preguntó nuevamente qué preferirían, si volverse atrás ó

seguir al Gran Lago, á lo cual contestó Lord Cleaventod por boca del guía, que desde luego les gustaría más irse por el camino más corto y que si este conducía por sus estados, suplicaría el acompañamiento de un delegado régio. Le preguntó el jefe para qué ese mandatario suyo, á lo cual Rad Abad replicó que para no ser molestado durante el trayecto. Entónces pasó por la cara del monarca negro una risa feroz, una horrible contraccion de los músculos de la boca y dirigiéndose á un hombre ya de cierta edad, de atlética presencia, que formaba parte de su cortejo y llevaba en la mano derecha apoyado en el hombro, un grueso y corto mazo de madera negra, ébano al parecer, cuya cabeza estaba rodeada de dos aros de metal amarillo erizados de gruesos clavos, le dijo algunas palabras, que eran una órden puesto que el atleta se puso en camino en direccion á una colina en frente distante unos quinientos metros. Apenas se había marchado, el rey exclamó:—cuatro hombres á la colina para que vayan á contar á mi padre, que su hijo el gran rey no desdice de su poderío. Inmediatamente se le acercaron todos los negros que estaban á algunos pasos de distancia y formando un semicírculo, todos extendieron el brazo izquierdo hácia su rey. El soberano adelantó unos pasos y recogiendo un puñado de tierra del suelo, lo echó al pecho de uno de los hombres, el que se separó del grupo sin decir una palabra. Tomó luego otro puñado de tierra y sin mirar á donde lo dirigía, pasando delante de sus súbditos, tiró lo que llevaba en la mano á otro hombre, que tambien salió sin pestañear, repitiéndose esta silenciosa escena dos veces más. Los cuatro hombres que todos llevaban azagayas y largas adargas óvalas, iban unos tras otros, á donde se dirigía el personaje del mazo, sin desviarse de la línea recta, de un paso tranquilo y ordenado, sin vacilar, como si fueran á dedicarse á alguna ocupacion natural y corriente. Llegados todos á lo alto de la colina, se pusieron los cuatro negros uno por uno con la cabeza inclinada delante del macero y siempre silenciosos, sin hacer ademan alguno de querer sustraerse por la huida á la suerte que cada uno de ellos sabía le esperaba, sin defenderse con las armas que llevaban, sin quejarse ni un momento, recibieron todos sucesivamente una mazada en la sien, que los hizo tumbarse para no levantarse nunca más.

Ante tal prueba de feroz dominio que el cruel soberano de Uganda quiso producir á la vista de los blancos, sus súbditos no

dejaron percibir en sus indiferentes semblantes la menor señal de terror, de espanto, ni de susto. Tampoco dejaron vislumbrar estos embrutecidos salvajes en su insulsa fisionomía, demostracion alguna de compasion hácia sus semejantes, tan estóicamente sacrificados. La compasion, hace cerca de diez y nueve siglos lo dijo el cordobés Lucius Annaeus Seneca, el preceptor de Neron *(De Clem. I, 5)*, es el defecto de los séres débiles, que se dejan enternecer al aspecto de los males agenos, *miseratio est vitium pusillanimi ad speciem alienorum malorum succidentis* y luego añade el adulador del romano parricida: la misericordia es una enfermedad del alma y esta enfermedad no puede alcanzar al sábio, *misericordia est aegritudo animi, aegritudo autem in sapientem virum non cadit* (*). Cuando en aquel apogeo de refinada civilizacion pagana, en tiempo del imperio, un Séneca, un Tácito, encuentran cosa muy natural que en el anfiteatro, gladiadores *retiarii* y *secutores*, apenas pronunciada la sacramental frase de *morituri te salutant*, se asechaban, se atacaban con disimulo, echándose lazos y redes para matar al adversario, el que al levantar el sanguinario, estúpido pueblo los dedos pulgares, tenía por obligacion que morir con gracia, á la vez que había de ser muerto en bellas formas estéticas, para dar gusto á aquel público, entre el cual, por cierto, se encontraban en gran parte encantadoras Romanas, que cual dice Ovidio, no iban sólo al espectáculo para ver, sino más bien para ser vistas:

Spectaculum veniunt, veniunt spectentur ut ipsae

y no menos modestas vestalas, aquellas vírgenes tan poetizadas, más despiadadas aun que el feroz sexo fuerte, eran las primeras en dar la funesta señal, para recrearse en el horrible espectáculo de ver derramar torrentes de sangre, *vilis sanguis*, como se decía para excusar tales horrores y presenciar la muerte del vencido

..... pectusque jacentis
Virgo modesta jubet converso pollice rumpi.

(*) En el libro parabólico hebreo *Midrash Rabba*, el autor introduce á la Misericordia del siguiente modo: Cuando Dios quiso producir el sér humano, la Verdad se presentó ante el trono del Supremo Creador y dijo: No lo crea; el hombre deshonrará su existencia por la mentira. Y se adelantó la Justicia y habló: No lo crea; el hombre destruirá el hermoso mundo por la injusticia. Y llegó la Paz y dijo: No lo crea: el hombre hará por exterminarse á sí mismo y á los otros. Entónces se prosternó la Misericordia ante el Omnipotente y con suplicante voz dijo: ¡Oh Padre! créalo, sí, crea al hombre. Si yerra, si tropieza, Tú le perdonarás, porque mayor que su pecado, es siempre Tu divino perdon.

como dice Prudencio, *Contra Symmach.* XI, 1097;—cuando leemos en la *Epist.* VII de Séneca, donde habla de un gladiador: hazle morir, quemadle, azotadle ¿porqué se adelanta con tanta cobardía hácia el hierro? porqué tiene tan poco valor para matar á su adversario? porqué tiene tan mala gracia en el morir? *Occide, ure, verbera! Quare tam timide incurrit in ferrum? Quare parum andacter occidit? Quare parum libenter moritur?*—cuando allí están los *Annales* en que vemos como en lugar de hachones de perfumadas y odoríficas maderas, encendidas de noche en los jardines de Neron durante sus asombrosas fiestas, se ataban juntos á fuertes estacas en diferentes grupos, cuatro ó cinco catecúmenos, rociados con aceites y resinas, mártires del naciente cristianismo, que fueron quemados vivos para procurar emociones nuevas y variar un poco la ya cansada lujuria del emperador y su relajada sociedad, entregados mientras tanto al más asqueroso incesto y los más desenfrenados y voluptuosos deleites impúdicos;—cuando se considera que tales horrores no han llegado á despertar la conmiseracion en los pueblos, más que por la fuerza persuasiva y dulce del Evangelio, entonces es, en efecto, cuando se comprende la perentoria necesidad que incumbe á todos nosotros cristianos, se nos aparece inexorable la obligacion y el deber que tenemos, de contribuir todos sin excepcion á la hermosa obra moralizadora y benemérita de cristianizar aquellas inmensas regiones, donde tantos millones de séres dotados de un alma imperecedera, arrastran moralmente una existencia más abyecta que los animales irracionales.

El rey negro dirigió una mirada de cruel y soberbia satisfaccion á Lord Cleaventod, que había apartado con indignacion la vista de tan inútil holocausto y señalando con su largo junco la colina, exclamó con voz tonante:—Paso por la tierra y el agua te concedo ¡quién á mi voluntad oponerse se atreviera! Dicho estas palabras, volvió como la víspera la espalda y se alejó. La recepcion y audiencia habían terminado.

La caravana se puso en marcha por la noche y sin duda que la fama de proteccion otorgada por el soberano le precediera en todas partes; lo cierto es que durante todo el trayecto hasta la desembocadura del rio Katonga, por todos los burgos ó pueblos que pasaban en el camino hasta el Victoria Nyanza, en que se invirtieron trece dias, nadie la molestó, ni impidió que cogiera fruta y cazara, de modo que no se sufrió hambre ni sed durante todos estos dias, lo

que no era poca ventaja, ya que las provisiones en latas, exceptuando café y thé, se habían casi agotado ya.

El 26 de Marzo llegaron los expedicionarios al Gran Lago y tuvieron la suerte de encontrar en la orilla izquierda del rio un pueblo llamado Kosmutu, cuyos habitantes traficaban con las innumerables islas del archipiélago Sesse. No había disponible por de pronto más que dos grandes embarcaciones de una forma especial, que ni eran las pirogas ó piraguas de costumbre, ni las tankoas que usan los Abisinios. Las piraguas son grandes esquifes unas veces construidas de cortezas de árboles, otras veces de árboles ahuecados por el fuego ó el cuchillo, donde caben de 20 hasta 30 hombres y son más rústicas menos adornadas, que las piraguas fabricadas de igual modo en la Nueva Zelanda. El tankoa es una balsa en forma de cuadrilátero hecha de bambú, de pitones, etc. en grandes cantidades, cubierto en un gran espesor de ramaje, paja, hojas de banano y demás, generalmente á propósito para que vayan seis ú ocho personas encima y una que lo dirija por medio de un palo que le sirve de remo. Las dos embarcaciones que allí habían eran una mezcla de ambas construcciones, eran tankoas con piraguas encima, tal vez hechos en esta forma, para que aunque cargados con mucho peso, no puedan irse á fondo.

No cargando mercancías en estas balsas, había sitio en cada una para el transporte de 40 á 42 hombres y como eran ellos 152, solamente para su conduccion hacían falta cuatro embarcaciones de las mismas dimensiones, luego por lo menos ocho otras para recibir el marfil, los fósiles y toda la demás carga. Era preciso por consiguiente buscar las que faltaban, ó pensar en otros medios de navegacion, cosa nada fácil en un país donde para las necesidades del comercio con las islas cercanas, se emplean canoas ó piraguas de no superior cabida. Rad Abah persistiendo en su idea de hacer el viaje por el Lago, que ofrecía cuadruple ventaja, es decir, que aseguraba durante todo el tiempo de la travesía abundante pesca, por lo tanto ámplia manutencion, agua de beber á discrecion, ahorro total de las fatigas de marcha y preservacion contra las mordeduras de reptiles é insectos, no encontró mejor solucion al asunto, que ir con unos cincuenta de los más robustos negros en busca de árboles corpulentos. No escaseaban estos en un cercano bosque y las hachas de la gente, que tanto servicio habían prestado en todo el viaje para abrirse caminos, hicieron tan bien su oficio,

que diez magníficos oanzas, que medían dos metros en diámetro, no tardaron en ser talados, hecho lo cual empezó la faena del ahuecamiento que se verificó del modo siguiente, por cierto muy primitivo. Primero se quitó horizontalmente como las dos quintas partes de la madera en toda su longitud, luego dejando á ambos extremos como medio metro intacto, los hombres hicieron de un lado al otro una ranura de esta misma anchura y de unos cinco dedos de profundidad, que llenaron de cebo y grasa animal mezclada con una gran cantidad de borra de algodon que los numerosos arbustos productores, cuajados de cápsulas maduras abiertas por el sol en todas las ramas exteriores y llenos los ovillos de copos ó vedijas que flotaban á merced del viento, ofrecían abundantemente. Cuando la zanja estuvo bien rellena, se echó todavía encima más borra, con muchas cápsulas y las cinco ú ocho pepitas que cada nuez encierra, hasta cubrir toda la superficie labrada del árbol y se le prendió fuego. Como el algodon es celuloso casi puro, puesto que apenas deja uno por ciento de resíduo cuando se quema, siendo su composicion química 42 partes de carbono, 53 de oxígeno y 5 de hidrógeno, que las pepitas son tan oleaginosas y que la goma dextrina que contiene, contribuye por la torrefaccion á dar mayor alimento de combustion, una vez encendido é impregnado de la grasa, desarrolló un calor muy intenso que empezó á resecar la madera, dando la candela principio á la tostadura del interior del árbol. Aunque el olor que producía la combustion era nauseabundo, llenándose el aire de hollin, no por eso se dejó de echar de vez en cuando más cápsulas maduras y se continuó la operacion durante toda la noche, dando por resultado á la mañana siguiente que los gruesos troncos estaban ya tan carcomidos en su corazon por la candela, que el cuchillo no tenía mucho que hacer para concluir de ahuecarlos convenientemente.

Una vez lo más difícil concluido, lo demás como cortar remos, poner asientos, hacer timones, arreglar las balsas, era entretenido sí, pero incluyendo la operacion de la preparacion de los árboles, todo quedó listo al tercer dia por la tarde, cuando los hombres pudieron dar principio á cargar las embarcaciones con las canastas que contenían el Saharasauro y que los porteadores estaban muy contentos de poder depositar en una de las embarcaciones, deseando que las aguas del Lago Victoria llevasen el mayor tiempo posible peso tan grande. Se repartió el marfil de Herr Ehrlich y el de

los comerciantes, con las demás mercancías y cajones entre las balsas, quedando para los blancos, el guía y los negros, conveniente espacio para estar sentados durante el dia y acostados de noche.

El penúltimo dia de Marzo se hicieron los expedicionarios á la mar, favorecidos por un viento oeste, bajo la direccion del dueño de las dos embarcaciones, que como barquero ó pescador segun se presentaba la ocasion, era muy conocedor de todo el Lago y había consentído mediante el pago de dos libras esterlinas en oro, llevarlos á la bahía de Kawirondo, en cuyo punto se le dejaría abandonadas las diez barcazas, ya que á ninguno de los Europeos les había de servir más, una vez hecha la travesía del Ukerewe, el mayor de los lagos africanos, puesto que mide 27.000 millas cuadradas inglesas, ó sean 69.927 kilómetros cuadrados; es decir, que ocupa una superficíe igual á los dos reinos de Holanda y Bélgica juntos.

La corriente del Katonga imprimió desde luego á las embarcaciones una buena direccion, de modo que no tardaron en navegar á lo largo de un sinnúmero de islas é islotas tal, que más bien parecía una parte del continente cortado por infinitos canales, que el archipiélago de Sesse. Las barcazas se mantuvieron bien en las aguas tranquilas del Nyanza y el movimiento de los remos les comunicó una relativa rápida marcha. Los navegantes iban muy á gusto tanto de dia como de noche, lo mismo los Europeos y el Americano, como los negros y Herr Speichel, sobre todo, el que por la falta de la vista había tropezado con frecuencia en el camino y le venía por lo tanto muy bien este modo de locomocion. Se alejaban lo menos posible de la costa y durante diez y seis dias, es decir, hasta la isla de Usuguru, siguieron con diferencia de segundos, zurcando la inmensa sábana líquida bajo del Ecuador. Por lo general la orilla norte es muy accidentada y con pocas excepciones alta, de modo que solo dejaba accesible un reducido número de puntos. Desde el meridiano 32 Este de Greenwich hasta más allá del 34, la travesía se verificó entre la orilla del Lago y una casi no interrumpida cadena de islas paralela á ella, cuyas principales islas llevan por nombre Sadzi, Natuvali, Iramba, Lukomo, Irwadchi, Kibili, Wema, Usiri, Uruma, Usumu, Bugejeja, Namungi, Negosmo y Usuguru que en otras épocas habrán formado parte del continente, porque si en muchas partes la sonda echada por el ingeniero, dió por resultado mayor profundidad que la que podían alcanzar

todas las cuerdas unidas de que se disponía, en varios sitios sucesivos el agua cubría ni con dos metros el fondo, donde á menudo troncos de árboles sumergidos demostraban la naturaleza del terreno. Esta circunstancia, no solamente ofrecía sérios obstáculos al paso de las embarcaciones, que en una ocasion causaron avería de alguna consideracion en la parte de la balsa, sino que destrozaban á menudo las redes hechas de fibras de una especie de aloé, llamada mzjar por los indígenas, más fuerte y resistente que el cáñamo, redes que se habían tendido á proa para recoger abundante pesca.

Al cuarto dia de la salida de Kosmutu, pasaron delante de una faja de la costa que formaba contraste con las colinas, los montes y valles vistos hasta la presente. Era un desierto arenoso y en la orilla baja desprovista de vegetacion, no se veía ningun árbol, cuando en general en todas partes el suelo presentaba señales evidentes de una riquísima vegetacion, bajo el concepto de arboleda, tierras de siembra y bosques. El dia despues atravesaron la bahía de Usonga y en los sucesivos, las de Murchison, de Buka y de Grant, todas encerradas entre montes y valles, cubiertos por un manto de verdura, formado ya de yerba espesa de más de tres metros de altura, ya de cañas de azúcar, plátanos, maiz, sorgho, mijo, algodoneros, añil y otras plantas, alternando con frondosos naranjos y limoneros, creciendo al lado de cocoteros y tamarindos, entre cuyas llanuras y arboleda, se distinguían grandes rebaños de toda clase de animales, principalmente de bueyes salvajes, antílopes, búfalos, zebras, quaggas, elefantes, keitloas, que son rinocerontes provistos de dos largos cuernos, avestruces y no pocos monos, así como acá y allá grupos, ó un conjunto de miserables chozas construidas con hojas y corteza de palmeras y formando calles, dos ó tres hileras de estas construcciones, chatas y cónicas, en medio de plantaciones, de maiz, lo que les daba más bien el aspecto de senderos que de calles.

El calor que había sido excesivo durante la marcha hasta Kosmutu, no tuvo igual intensidad tan pronto como se embarcaron y era de esperar que durante toda la travesía del Lago las brisas continuarían refrescando la alta temperatura que reinaba indudablemente en tierra, con sus abrasadores vientos, ya que el calor por efecto de la época entrante, iba aumentando cada dia y había marcado el último dia 40° centígrados á la sombra.

Pasada la bahía de Grant, en frente de la isla Uruma, existe

otra bahía, la de Utambu, que entra más tierra adentro que las otras anteriores y en su extremidad norte constituye el desagüe del Lago, formado por el rio Kivira, que viene á ser lo que es el Semliki, que sale del Lago Albert Edward para echarse en el Lago Albert. El Kivira á quien se ha dado el nombre europeo de rio Victoria, empieza con las caidas de Ripon y desemboca en el Gita Nzigé, el cual pequeño lago, que además recibe las aguas de dos otros importantes rios, el Nogombwa procedente del monte Elgon ó Ligonji, y el Karabeisar que nace en el interior de Uganda, vierte su demasía en otro lago, el Kioga, que á su vez recibe el tributo del rio Masange é internándose en el país de Magungo, dá salida á tantas aguas reunidas, por el rio Somerset que cae en el Lago Albert y dá nacimiento al Nilo Blanco.

Capítulo XVII.

Cacería de gnos.—Tempestad en el lago.—El país de Massaí.—Lagos de natron.—El volcan Ngai y las fuentes hirvientes.—Azúcar y melaza como buen mortero.—Escasez de alimentos.—Preparativos para apoderarse del Saharasauro.—Vuelta á Zanzibar.—Dos vapores por salir.—Se consumó el robo.

Jagama segun la ortografía de unos, Kagama segun la de otros geógrafos, es el nombre del rio á cuya desembocadura llegaron los viajeros el 13 de Abril. Esta corriente de agua nace en las elevadas cumbres de las montañas Tchibtcharagnani, recorre en el principio un terreno asaz accidentado y sigue luego por un país más igual, hasta verterse en la parte más nordeste del lago, cuyas orillas desde este punto ofrecen una vista menos montañosa y á partir de la isla Usuguru hasta la bahía de Ugowe, una llanura completa interrumpida solamente de vez en cuando por trozos, donde se elevan colinas y grandes bosques. El terreno cerca del Jagama ofrecía señales de sérios trabajos agrícolas y de cría de ganado y á ambos lados colinas de suaves contornos revestidas de cocoteros, de cedros y otros árboles. Desde allí navegando hácia el Sur, se costeaba un territorio árido y al parecer inhabitado, no viéndose más que una bandada de avestruces que pasaba con gran velocidad. Una jornada más abajo, el paisaje cambiaba por completo, si bien los viajeros no tuvieron que alegrarse mucho del cambio. Al llegar ya cerca de la bahía de Ugowe, vieron un bosque de gigantescos baobabs, cuyos troncos enormes parecían tener una circunferencia, que llegaría tal vez á más de quince metros y estaban cubiertos por hermosas enredaderas y plantas trepaderas ó parásitas, que entrelazaban sus grandes penachos de

flores encarnadas y moradas con el follaje de los árboles. Los Ingleses, de vez en cuando durante el viaje, habían saltado en tierra para entretenerse un par de horas en la cacería, tanto por el gusto cinegético, cuanto para variar la comida, que si bien el Lago era muy rico en diferentes clases de peces, una buena tajada de carne de venado no es cosa para despreciar, sobre todo cuando no hay más que coger la carabina é ir á buscarla. Como pasaban cerca de la ribera, le había parecido á Lord Cleaventod haber entrevisto un numeroso rebaño de gnos y para asegurarse, éste acompañado de los dos primos, bajaron á tierra y se internaron entre los árboles en cuyas ramas se agitaban millares de papagayos y otros pájaros que armaban un ruido atronador con sus discordias. No se había equivocado; una manada de más de doscientos animales del género antílope que se llama gno ó gnu, *catoblepas gnu*, estaba acostada á la sombra de los baobabs, con sus centinelas que hacían buena guardería. Estos mamíferos son de un tamaño mayor que los antílopes-alces; sobre su cuerpo, parecido al del caballo, remata una cabeza que tiene la estampa del toro, con cuernos lisos, arqueados hácia abajo; á lo largo del pescuezo corre una melena erguida, color leonado y tiene una espesa barba negra, sus piernas son muy parecidas á las del ciervo y su larga cola está terminada por una vedija de largos pelos blancos.

Por prudentes que anduvieron en sus movimientos de avance los cazadores, uno de los centinelas, un gno de más de dos metros de largo, ya dió la señal de alarma cuando los tres amigos todavía estaban á distancia y con una celeridad sin igual, huyeron los herbívoros del peligro. Varios tiros disparados sobre la masa sin posibilidad de apuntar, dieron, sin embargo, el resultado de hacer rodar por tierra uno, que hubo necesidad de acabar con otro tiro en una oreja, porque el gno, no teniendo más que una pierna rota por el balazo, acometía con furia á los cazadores cuando se habían acercado y aunque no podía correr, daba brincos y vueltas, tratando de herir con sus defensas y faltando poco para que Mr. Plemperton recibiera una embestida feroz en el pecho, de que se libró merced á un rápido culatazo de su rifle. El gran peso del animal no permitió que ni Lord Cleaventod, que era el más robusto de los tres, se lo llevara á cuestas y hubo necesidad de arrastrar el gno por las piernas, ya que nadie llevaba cuchillo para cortar una rama y colgar de ella al animal, para ser transportado en hombros de dos amigos.

Habían andado de este modo un gran rato en direccion de nuevo á la playa, cuando de repente Lord Cleaventod, que en aquel momento iba detrás de sus compañeros, oyó ese silbido particular que produce una flecha lanzada por el espacio, y que pasa cerca del oido, silbido tan conocido de los expedicionarios en el Africa y en el mismo momento el casco-sombrero, que cubría la cabeza del ingeniero, fué arrancado, atravesado por una flecha, que se clavó cimbreando con un golpe seco en el pié de un árbol á su lado. Era evidente que por allí había alguno de los naturales escondido y á juzgar por la posicion del arma en el tronco del baobab, había sido tirada desde arriba abajo. Efectivamente la agresion traicionera había partido de una de las más elevadas ramas de un árbol próximo, á que un negro había subido para asechar el paso de los Europeos, y su presencia tal vez hubiera quedado oculta entre el espeso follaje, á no ser que una segunda flecha, que indudablemente iba á tender sobre su arco, se le hubiera caido de la mano y que por un inconsciente movimiento del indivíduo para cogerla, no hubiera puesto al descubierto parte de su cuerpo. Verlo, dirigir los cañones de su rifle sobre el bulto y disparar, fué tan instantáneo en el capitan, como el resultado que produjo el tiro. El follaje se abrió, un arco y un manojo de flechas cayeron á tierra y un cuerpo negro rodó de rama en rama, la cabeza para abajo y abiertos los brazos, con los que trataba de agarrarse á algo, hasta la rama inferior del árbol, donde á una altura de más de veinte metros del suelo, una de sus piernas se quedó enredada en las lianas, que dejaron al desgraciado colgado durante breves momentos, hasta que vencidas por el peso se rompieron estas y soltando su presa, dejaron caer en tierra al negro, cuya cabeza se abrió horriblemente al chocar contra el suelo.

Como los Ingleses comprendieron que nada sería más natural que atraidos por los disparos, llegasen otros naturales, precipitaron el paso, sin por eso abandonar al gno y ya habían salido del bosque, no quedando más que una faja de terreno de unos cien metros de anchura hasta la orilla del Lago por recorrer, cuando oyeron una furiosa gritería, producida por un grupo de hombres armados de azagayas, que salían corriendo del interior del bosque. Teniendo presente que las puntas de flechas, saetas y demás armas están por lo general envenenadas, que de la más leve herida proviene la muerte y que en la playa no había donde parapetarse, el huir no era

cobardía y así lo comprendieron, acelerando el paso todo lo que pudieron. Lord Cleaventod, no obstante, no quiso abandonar el resultado de la caza y haciendo un supremo esfuerzo, pudo cargar la pieza sobre sus hombros, sin que por esto aflojara notablemente su andar.

Desde las embarcaciones se había observado el movimiento de los indígenas y al ver que estos empezaron á lanzar azagayas, ya que no podían ayudar de otro modo, el doctor, Belt y Mocky, así como los seis soldados, hicieron fuego repetidamente sobre la horda de negros, causándoles varias bajas, mientras que James Queen, á quien su amo no había permitido acompañarle, para no dejar la barcaza en que iba sin un solo Europeo, se creyó autorizado á faltar á la consigna en el presente caso y saltando en tierra, fué á correr hácia Lord Cleaventod y descargando en su avance, varias veces su rifle contra los enemigos, cargó en sus fornidas espaldas el gno. Por gran ventura, ninguna de las azagayas hizo blanco y aunque poco despues otra horda de salvajes más numerosa y provistos todos de arcos, vino á reunirse con la primera, lanzando una infinidad de flechas sobre las embarcaciones, los Europeos ya se habían podido embarcar y alejarse á fuerza de remos, de una costa tan inhospitalaria. Esta agresion fué la primera desde que el rey de Uganda les había concedido libre paso por sus estados; pero los ofendidos comprendieron que no debían quejarse de esta pequeñez, demasiado contentos si en un trayecto tan largo en medio de un país tan poco favorable á acoger á los blancos con benevolencia, no les pasara peor.

Una vez atravesada la bahía de Ugowe, se entraba en las aguas jurisdiccionales de Ugaya; las orillas volvían á ser de nuevo más elevadas, se veían montes con magestuosos bosques y varios arroyos entre terrenos de siembra y de pasto, donde no escaseaban leones, leopardos ni panteras, cuyos rugidos de noche eran muy perceptibles. La navegacion entre la costa y el archipiélago Pike, fué bastante molesta á causa de la inmensidad de juncos y de cañas, que cerraban á cada momento el paso y si bien fué menos entretenida que á la salida del lago Tanganika, en esta seccion de la travesía se invirtió relativamente más tiempo.

Los últimos dias de navegacion no fueron tan bonancibles como hasta entónces había sido en extremo benigno el tiempo, lo cual, en efecto, había sido una suerte. Entre las islas Pike y la

gran isla Ugingo, las aguas que habían parecido por la mañana todavía, un verdadero espejo por su inmensa tranquilidad, empezaron poco á poco hácia el mediodía, á agitarse de un modo insignificante en un principio, pero aumentando gradualmente el oleaje, ya sobre la una batieron las olas con fuerza las barcazas, de suerte que hubo necesidad de amarrar todos los objetos de su cargamento, para que en los vaivenes y las sacudidas, los fardos y cajones no mudasen de sitio y comprometiesen la seguridad de los navegantes por el cambio del equilibrio. Afortunadamente para ellos, antes de estallar la tempestad pudieron entrar en uno de los numerosos canales interiores del archipiélago, donde los efectos del mal tiempo no se dejaron sentir ni en la centava parte de la fuerza desarrollada en la costa abierta y abrigadas las barcazas contra el viento récio que soplaba, por las colinas de que los islotes estaban rodeados, no sufrieron al levantarse y bajarse, ni choque ni detrimento alguno, cuando sí sorprendidos en pleno lago en medio de los elementos desencadenados, con el formidable estampido de los truenos, los relumbrantes destellos del rayo, los fulgores de los incesantes relámpagos que se cruzaban culebreando y bifurcándose, convirtiendo el espacio en una inmensa fragua, con lluvias que torrencialmente bajaban de una manera estrepitosa, las embarcaciones se hubieran hecho seguramente mil pedazos y causado la pérdida de más de una vida al primer embate de tal tormenta, como la que estalló todo aquel dia 21 de Abril y durante gran parte de la noche al 22, cuando arreció aún más la violencia del huracan, la intensidad de la luz deslumbró los ojos y el fragor del trueno desgarró los oidos de todo el mundo. Por la madrugada, la tempestad fué cesando, aunque seguía cayendo una lluvia más que abundante, precursora como es del término de las borrascas y algunas horas despues cielo y lago se habían apaciguado completamente, no dejando vestigio alguno de la furia desplegada, lo que permitió á los navegantes abandonar su refugio y continuar el viaje á la isla de Ugingo, distante solamente dos jornadas de la bahía término del viaje.

Al anochecer del 24 de Abril el conductor de las embarcaciones que había dirigido toda la travesía, amarró las doce barcazas que ya eran suyas en virtud del convenio, á las estacas que los habitantes de la ciudad de Kisumo, construida en la orilla del rio Guaso Ngichu en el fondo de la bahía Kawirondo, tenían clavadas en

la playa para atar sus pírogas y balsas, atracadero donde podían arrimarse estas á tierra sin peligro. El conductor conocedor de la localidad, que ya había visitado otras veces, impuso al régulo del país el objeto de la llegada de los Europeos que viajaban autorizados por el rey de Uganda y le rogó les dispensara favorable acogida, lo que el jefe concedió sobre todo cuando los Ingleses le mandaron algunos dotis de tela. La recepcion no dejó de revestir cierto carácter de magestad, puesto que la plaza delante del así llamado palacio, un tembeh por supuesto, estaba ocupado por unos trecientos hombres armados, todos sentados en dos semi-círculos con las espaldas resguardadas por enormes escudos elípticos, revestidos de pieles de diferentes animales, clavados en tierra, por medio de sus respectivos venablos, lanzas arrojadizas, arma mortífera con astil recto y liso de 60 cm. de longitud, acabado en punta de hierro barbada de diferentes formas y llevando al otro lado un remate igualmente de hierro para aumentar la fuerza de penetracion al arrojarla, toda esta escena iluminada por hogueras de resinosa madera. Terminada la recepcion, los Europeos no estaban poco satisfechos de poder por fin pasar la noche en tierra, despues de veinticinco noches pasadas en el Lago, de cuyas orillas se despidieron al tercer dia de su llegada á Kisumo, despues de haber construido un palanquin para Herr Speichel, á quien quisieron proporcionar este descanso, antes de empezar el resto del viaje, que se calculaba todavía en un mínimun de mes y medio.

Durante los dias restantes del mes y la primera semana de Mayo, adelantaron los expedicionarios todo lo posible, los porteadores estaban descansados y la idea de la próxima llegada al Océano Indico, donde cada uno cobraría su sueldo, tenía contenta á la gente. Se pasaron los rios Iguchu, Morî, Maroa, Ruwana y Simiu, y los burgos Sendege, Kabondo, Ngoroini y Ndoroboni, casi constantemente por un país montañoso, perteneciente á las tribus de Ukira, Chachi, Ngoroine, Ikoma y Wandorobo, donde se invertían muchas jornadas en atravesar las diferentes cadenas de montes poco elevados que á menudo cerraban el paso. Una sexta parte del trayecto estaba ya andado hasta aquí, cuando el suelo cambió de aspecto y de montañoso se volvió por lo general y con pocas excepciones completamente llano, alternando bosques, llanuras áridas y pedregosas, campos cultivados, praderas verdes, terrenos pantanosos donde pequeños riachuelos vertían perezosamente sus casi hori-

zontales aguas, arenales donde arroyuelos escondían sus cabezas, enterrando su curso por espacio de muchos kilómetros para brotar mucho más lejos en alguna ligera depresion del suelo, pequeños lagos, llenos de preciosas plantas acuáticas con sus graciosas flores ninfeáceas, lotos, nenufares, variando de color hasta lo infinito desde el amarillo claro hasta el morado oscuro, laguitos ó más bien extensos estanques á cuyas orillas, compuestas de un terreno turboso, no era posible aproximarse á causa de las miriadas de insectos alados, cuyas picaduras causaban más que una fuerte picazon, un vivo dolor y sucediéndose distrito de abundante cacería y fértiles en frutas sabrosas, á comarcas estériles, donde un sol siempre tórrido en un cielo inflamado, lo reducía todo á polvo, y hacía mucho sufrir por la inflamacion de los ojos. Tal era el país que tenían que atravesar en una extension de más de seiscientos kilómetros, el por tantos viajeros temido país de Massai.

La zona inglesa, á la izquierda del camino que la caravana seguía, era montañosa y algunas montañas de aquel sistema orográfico, diseminadas hácia el Sur, eran como centinelas escalonados en la zona alemana, testigos de la marcha. Las primeras de estas montañas que se veían era la de Sambu, Mbolio, Chombon, Gelei y de Kinjuri, entre las cuales estaba situado uno de esos lagos propios del Egipto, es decir de natron, sosa carbonatada, una sal muy eflorescente, de sabor urinoso ó alcalino y muy fusible, cuya sal sirve para la medicina, en tintorería y para la fabricacion de vidrio, de jabon, etc. Las orillas del pequeño lago y sus aguas estaban cubiertas de cristalizaciones, tanto de cloruro de sodio, ó sea la sal comun, como de carbonato de sosa.

Dos dias despues llegaron los expedicionarios á otro lago un poco mayor de la misma composicion, al que los naturales han dado el nombre de Manjara. Entre ambos lagos se elevaban otras montañas, la de Kawinjiro, Loborgo, Ethi, Simangor y de Kissale, ninguna de ellas de mucha elevacion. Más hácia la línea fronteriza se encontraba la montaña Meru, que dá nacimiento al rio Ruvu, llamado tambien Pangani y á lo lejos se podía distinguir una alta cima blanca, que era la montaña Kilima-Ndcharo con sus eternas nieves. Pero lo más interesante era el volcan Ngai y las fuentes ardientes, situadas entre los dos lagos, á que la caravana no quiso acercarse mucho, no solamente por no desviarse del camino, sino por el peligro de una erupcion y hundimiento del terreno.

Desde lejos se había divisado ya el humo que despedía la montaña, que algunos de los expedicionarios hahían tomado por una señal, que hiciera alguna tribu para llamar á sí á otra á gran distancia por medio de una humareda y otros por el principio de un incendio en algun burgo, hasta que acortándose gradualmente la distancia podían cerciorarse que pisaban un terreno eminentemente volcánico, donde no hace muchos años la montaña ignívoma debía haber arrojado grandes cantidades de lava, tobas y escorios, á juzgar por la extension cubierta de materias sólidas, no enfriadas todavía por completo, desde que fueron lanzadas al aire en estado de fluidéz ígnea. Mr. Plemperton y su primo se habían separado de la columna para ver de más cerca el volcan, que bien se conocía por su aspecto no estaba apagado ni mucho menos, puesto que no solamente de su cráter en la cumbre, sino igualmente de sus laderas salían columnas de denso humo negro, terminadas en ancho penacho, columnas formadas de gases, vapor de agua y polvo fino, cenizas ó cineritas. Era de esperar dada la fase que presentaba, que dentro de un plazo más ó menos corto, una nueva erupcion de lavas se preparaba, además que el estado de actividad del volcan se anunciaba suficientemente por los ruidos subterráneos y los aunque todavía ligeros temblores de tierra que se sentían. El hecho de constituir el volcan el epicentro del movimiento ígneo, que se observaba y que de él salia el rádio de propagacion del movimiento lineal, quedó evidenciado por dos solfataras al norte y una al sur del Ngai, que emitían vapores con ácido sulfuroso y clorhídrico y lanzaban con intermitencia chorros de agua hirviendo para arriba, surtidores que á juzgar desde la distancia donde observaban el espectáculo, variaban de diez á veinte metros de altura, dejando en el suelo un depósito de geyserita, al lado de charcos sucios y fangosos de cieno, pantanos salados de negrúzco color.

Cuando entró la noche y con ella una completa oscuridad, ofreció esta comarca una vista muy interesante, porque los gases que se escapaban del interior de la tierra, se habían inflamado al contacto con la atmósfera é iluminaban una gran extension de terreno acompañado de frecuentes detonaciones. Mr. Brown cometió la imprudencia de acercarse demasiado á una de esas fuentes hirvientes y de introducir su baston en el suelo, cerca de la columna de agua con objeto de experimentar la fuerza de erupcion, saliendo

en el acto una chorretada que le causó una quemadura en la mano derecha interesándola toda ella. El doctor sacó pronto un frasco con tapon esmerilado, conteniendo una mezcla bien homogénea de las siguientes sustancias: tanino 4 gramos, alcohol rectificado la misma cantidad y éter sulfúrico 30 gr.; mojó un pincel en el líquido, extendiéndolo por toda la parte lastimada, hasta que evaporado el éter, quedó una placa preservativa; luego envolvió la mano en hilo y de este modo se logró pronto la cicatrizacion, de manera que al tercer dia ya estaba curado tan necesario miembro.

La caravana pasó los burgos de Ngorongoro, Ndandja, Komossongo, Ragofaru, Irangi, Kibukwa y Fumbi, en cuyo último punto se celebró el aniversario de la salida de Lóndres, á cuyo recuerdo los profesores alemanes contestaron en Mgera cuatro dias más tarde, ó sea el 24 de Mayo, fecha de la salida del *Africa für uns*. El suelo de toda esta comarca presentaba con ligeras excepciones una gran aridez; consistía por lo general en una arcilla arenosa mezclada con yeso cristalizado, fibroso unas veces y laminar otras, dispuesto en lechos ó pedazos diseminados con masas salinas y en grandes extensiones estaba cubierto de natron y de una sal muy pura. Hácia el Norte se veían algunas colinas calcáreas y no era raro ver en algun que otro distrito, que las cabañas estaban construidas sobre cimientos á flor de tierra compuestas de fragmentos de sal mezclada con arena, cuya mezcla había adquirido la solidez y dureza de mortero fabricado con cal y arena, por la lluvia y el calor solar.

La vista de esta clase de construccion, recordaba á Mr. Plemperton lo que había tenido lugar de observar en una excursion por la isla de Java, donde segun refirió, se encontró un dia viajando de Batavia por Samarang, Djokjokarta, Soerakarta, Kediri y Pasaroewang á Soerabaja, cuando por haberse roto su coche en medio del camino, tuvo que hospedarse en un pasangrahan, karavansera ó fonda. Formaba este inmenso edificio parte de lo que á principios del siglo décimo quinto, antes de visitar á las islas de la Sonda, los Portugueses y los Holandeses, constituía el grandioso kraton ó palacio de aquellos antiguos y omnipotentes sultanes de Madjapahit, en cuya época reinaba el poderoso soberano Angka Widjaja, formidable competidor de su yerno Andaja Ningrat, otro temible rey vecino, dueño del país de Padjadjaran, rivalizando ambos en lujo y fiestas, dando representaciones de combates de un

hombre contra un tigre real, ó de este contra un karbouw, el búfalo de Java, como tambien de topeng-wayangs ó sean funciones teatrales en que actores enmascarados, representaban episodios de la historia javanesa y recitaban trozos de las epopeyas de los famosos poemas épicos Barata-Joedda, del Bomakawja y del Wiwaha, y bailes de serimpis, bailarinas del palacio de la ratoe ó emperatriz y de ronggings, que lo eran de las goendiqs ó concubinas del soberano, acompañadas con la música siempre melancólica y en tono minor del gamelan y del anklong, hasta que al fin despues de muchas vicisitudes, aquel sultan, para no caer en manos de su antagonista, tuvo que saltar su magnífica mansion, con pólvora que un traficante chino le había vendido un dia, perdiendo él la vida en la catástrofe. En dicho kraton, pues, continuó Mr. Plemperton, un hostelero holandés había establecido un parador, los albañiles estaban practicando alguna obra en el muro entre la kori-gladak ó puerta principal de entrada y la kori-pamurakan ó puerta interior, cuyo muro era de un grueso que excedía de dos metros y tenía una dureza tan extraordinaria, que ni atacando una masa de granito, era posible encontrar un cuerpo más duro. Esta gran resistencia á las palanquetas, consistía en la particularidad que los primitivos constructores se habían servido en lugar de otros materiales, de un mortero compuesto de tierra arenosa, abundantemente mezclada con el jugo de cañas de azúcar machacadas, formando de este modo una masa compacta y durísima como la roca.

Los viajeros pasaron varios dias verdaderamente pésimos por la falta de agua potable y de alimentacion suficiente para las necesidades corrientes. En aquella inmensidad no se divisaba una vivienda, ni rastro de sér humano, nada más que la soledad sin fin, el puri, el desierto, donde solamente unos arbustos raquíticos y espinosos y grupos de acacia horrida, ofrecían la única diversion y estas circunstancias y privaciones, no se modificaron hasta la llegada á Fumbi. Mr. Leading quiso consolar á sus amigos cuando estos, apesar de la mejor voluntad posible, no lograban dar alcance á alguna pieza de caza y pasaban dias y más dias sin poder disparar un solo tiro siquiera. Al verlos volver desanimados, les recordaba el conocido adagio *modicus cibi medicus sibi*, que nunca como en las presentes circunstancias, se podía considerar como un consuelo para un estómago vacío y con ganas, ya que ser módico en el comer es ser su propio médico.

A partir de Fumbi en el territorio de Irangi, hasta la ciudad de Mgera, entre dos brazos del rio Luhiga, aunque en su mayor parte árido y pedregoso el terreno, el país ofrecía algunos escasos recursos, en los burgos Kimana, Wangama y Kijungu, consistiendo en frutas, gallinas, cabras, arroz y harinas. Pasado Mgera, el suelo, que durante casi un mes había ofrecido con pequeños intérvalos, la vista monótona de una estepa, cambió de aspecto y se volvió accidentado. Montes de regular altura, bosques donde estaba representada la mayor parte de las especies de árboles de la flora africana, anchos valles cubiertos de una espléndida vegetacion, varios pequeños rios, ofrecían una grata compensacion á los malos dias pasados, que por una verdaderamente rara suerte, no habían causado alteracion alguna en la salud de los Europeos, si bien es verdad que el excelente Mr. Leading, cuidando de Europeos é indígenas, con un verdadero cariño paternal y admirable celo profesional, tan pronto como notaba alguna novedad, acudía en el acto con enérgicos remedios, que en nueve casos sobre diez, era aplicacion de quinina en sus múltiples combinaciones, porque en la mayoría de las ocurrencias eran fiebres, las que más había que combatir. De ácido fénico, tintura de árnica, de ungüento, se hizo igualmente un consumo más que regular, puesto que á consecuencia de los pesados fardos, el marfil y el Saharasauro que llevaban los negros, sus hombros se habían ulcerado más de una vez, mientras que por causa de los cardos y espinos de que estaba cubierto el suelo de los senderos, tenían los piés llenos de grietas, que supuraban aun cuando se ponían alguna vez sandalias, hechas de las pieles de algun búfalo, zebra ú otro animal que se matara, á cuya prenda de vestir tampoco podían acostumbrarse, resbalando muy á menudo ó cayendo de rodillas, con detrimento de los objetos de que eran porteadores.

Hasta aquí los expedicionarios habían marchado sin seguir un camino formal, que por lo demás tampoco existe, andando segun su mejor parecer, evitando los sitios menos convenientes, aunque teniendo que apartarse muy á menudo de la línea recta. De Mgera á la costa ya era diferente; en este trayecto, recorrido con cierta regularidad y bastante frecuencia, hay un camino establecido, que sin embargo es menester conocer para no apartarse y caer en otros que hubieran conducido á diferentes puntos de la costa más arriba ó más abajo, por ejemplo á Tanga ó á Saadoni. Quedaban doscien-

tos kilómetros á vuelo de pájaro que andar, por lo tanto, contando con el cansancio por un lado, el deseo de llegar por otro, lo accidentado del terreno, tanto por las cadenas de montes, como por los rios, que en su gran mayoría había que pasar á vado, buscando muchas veces durante horas enteras el sitio más adecuado, bien se podía calcular sería cuestion todavía de ocho ó diez jornadas, antes de llegar á ver las aguas del Océano.

Herr Ehrlich se había quedado durante todo el viaje desde la catástrofe del Ruwenzori, muy ensimismado y bajo el pretexto de tener que cuidar de su colega medio ciego, se quedaba siempre en su compañía y ni tomaba ya las comidas junto con los Ingleses, ni participaba de su sociedad. El Americano hombre de escasa educacion y no entendiendo más que de negocios mercantiles, no era persona á quien le podía gustar la conversacion científica y literaria del médico, del capitan, del ingeniero, ni de su primo, y estos todos ilustrados y poco versados en los precios que puedan alcanzar pieles de bueyes y de búfalos, telas de algodon rayado y de cuadros, objetos de alfarería, pez, grasa, cera, madera de teck, añil y cereales, no estaban en condiciones para sostener una discusion sobre si convenía más comprar incienso inferior en la isla de Socotra y llevarlo en un daon ó barca árabe á Aden y desde Arabia embarcarlo como superior, de procedencia árabe á Europa ó á América, dado el precio de un artículo y del otro, de más tanto y los fletes ya por barco de vela, ya por vapor, de más cuanto, ó combinar especulaciones en la fruta de una especie de nogal llamado fetidea, árbol que crece abundantemente en las comarcas pantanosas, exhalando un olor tan nauseabundo y fétido que bien puede compararse con la planta persa férula, que produce el horrible assa fœtida y que como en cuestion de gusto no hay nada escrito, lo mismo se vende en las droguerías con el nombre de stercus diaboli, como que sirve de especia para sazonar las comidas de Arabes y negros, que lo declaran delicioso y es posible sea así, cuando hay gente en el mediodía de Europa que se prevalica por el ajo, cuyo olor viene á resultar igualmente pestilente y asqueroso. Mr. Troughham encontró en Herr Ehrlich, tambien comerciante á ratos, un auditorio más adecuado á su gusto y como su sócio Herr Nysilfver aunque siendo un jóven de buenos antecedentes, le tenía á su compañero en muy alto aprecio en cuestion de ganar mucho dinero para la sociedad y estaba muy unido á él, prefería estarse con

Mr. Trougham y los Alemanes, á querer juntarse con los Ingleses.

No por eso dió Herr Ehrlich jamás á conocer sus intenciones respecto al Saharasauro de Lord Cleaventod y por más que para los nuevos amigos, no era un secreto el objeto que había llevado la expedicion al Ruwenzori y su desenlace, cuando se le hablaba de sus perdidas esperanzas, se contentaba con contestar alguna banalidad sobre lo azaroso de las aspiraciones humanas. Lo que el profesor había resuelto hacer, eso no lo sabía más que él y Franz y éste, que durante los quince dias de estar con los ocho negros al borde del pozo, no solamente se había perfeccionado en su lengua, sino había contraido cierto dominio sobre estos Zanzibaritas, había recibido órden de su amo estos últimos dias, para pulsarles á ver si en un momento dado se podía contar con ellos para obedecerle en todo lo que se les mandara. Los hombres habían contestado como era natural que sí y observaron con bastante buen criterio que habiendo sido contratados para el viaje por Herr Speichel, obedecerían á éste y á quien en su nombre hablara. Por una casualidad desde la vuelta del Ruwenzori, se había ido siguiendo la misma regla en la conduccion de los bultos y así fué que entre los veinte porteadores que llevaban alternativamente las diez canastas con los fósiles de Lord Cleaventod, había ocho que eran los mismos hombres de la exploracion en las cavernas. El capitan había empleado sus ócios durante el tiempo de parada en Febrero, en quitar á cada pieza del esqueleto todo el peso inútil y ayudado por el sargento, había limpiado por completo los huesos de la costra de sedimento, operacion delicada que había necesitado cerca del mes entero y cuando desde la cabeza hasta la punta de la cola, estaba en condiciones, que para ser montado el Saharasauro y expuesto, no hacía falta más que llevarlo al sitio, en que iba á ser colocado en la biblioteca de Cleaventod-house en Kidwelly, los dos militares habían vuelto á embalarlo todo muy bien con yerbas y al volver á emprender la caravana la marcha, las canastas no pesaban ni la mitad de antes. Franz había pues quedado con los antiguos porteadores, en que tuviesen un cuidado especial con los bultos y que estuviesen siempre dispuestos, aunque fuese á deshoras, á hacer con ellos lo que les dijera, encargándoles que era ínútil hablar de lo convenido con cualquiera de los otros negros. Esta precaucion sin embargo resultó ser innecesaria, como lo demostrará la continuacion de la narracion de los sucesos.

Sucesivamente fueron Makohako, Mego, Gorogessa, Massimba, Kiwanda y Kwa-Mawia, los pueblos, unos más, otros menos importantes, que pasaron los expedicionarios, hasta que al fin el 4 de Junio fué alcanzado el término del viaje, Pangani, situado en la faja de costa dada en arriendo por el sultan de Zanzibar á la Compañía alemana del Africa Oriental, por la que el gobierno aleman había solicitado de Inglaterra, pusiera en juego toda su influencia, para recabar del sultan dicha faja, contra una compensacion por parte de los Alemanes de los derechos de aduana, que perdería la sultanía como consecuencia de la definitiva cesion del litoral desde la desembocadura del rio Umba y la ciudad de Wanga como límite Norte, hasta la bahía de Rovuma al Sur, cuyo litoral abraza una extension de terreno de seis grados y medio de latitud.

Con la llegada á Pangani, el viaje no había concluido todavía. Había que bajar á Bagamoyo donde la gente debía ser licenciada, donde Herr Speichel tenía que hacer efectivo el crédito que la *Allgemeine Kolonial Bank*, había abierto en su favor en casa de su corresponsal la *Deutsche Bank in Afrika*, con objeto de pagar á los negros y donde tambien había que presentarse al comisario imperial Wissmann, para dar cuenta del sargento Peter Säufer y de los soldados indígenas fallecidos.

No había por ahora ningun vapor con destino para Bagamoyo, sí varios daons, barquitos de vela, en que se hubieran embarcado, si no se hubiesen enterado que á los dos dias, llegaría un vapor aleman del puerto de Tanga, que tocaba en Pangani y Bagamoyo en su viaje periódico para Zanzibar y todos prefirieron aguardar un vapor y franquear la distancia en nueve ó diez horas, en lugar de hacer la travesía en los barquitos árabes, por sereno que se presentase el mar, en el canal entre la costa y las islas de Zanzibar y de Pemba, como generalmente sucede en esta época del año, desde fines de Mayo hasta principios de Agosto. El vapor *Kaiser* llegó como estaba anunciado y aunque llevara ya algunos pasageros árabes y mercancías, con alguna dificultad es verdad, todo el mundo pudo lograr un sitio á bordo, la mayor parte de los negros encima de cubierta, apañándose lo mejor posible por tan pocas horas de travesía y el 7 el vapor se detuvo delante de Bagamoyo, junto á tres otros vapores de la misma nacionalidad y de uno con bandera inglesa.

Los dos profesores y Franz tuvieron que sufrir un minucioso

interrogatorio por parte de las autoridades alemanas y como el mayor Wissmann estaba á la sazon en Msua, su lugarteniente para poner su responsabilidad á salvo, exigió la comparicion de todos los Europeos, para dar testimonio de todas las circunstancias que habían motivado la muerte del sargento y de sus soldados y finalmente, Herr Speichel y Ehrlich tuvieron que dejar un fiador, la *Deutsche Bank in Afrika*, para responder del resultado de la instruccion que se iba á abrir con este motivo, so pena de tener que quedarse ocho ó diez dias en Bagamoyo, hasta la terminacion de las declaraciones de los porteadores y la conclusion del procedimiento investigatorio. Al segundo dia, Herr Ehrlich, en nombre de su inútil colega, liquidó con los porteadores, mientras que Mr. Trougham, despues de informarse si había algo en el mercado, propio para una compra ó un cambio y no encontrar lugar á ninguna operacion mercantil, se dirigió con su sócio, con Rad Abah y sus negros al vapor inglés, que no estaba esperando más que á estos pasageros y sus bultos, para emprender la marcha para Aden, Massuah y Suakin. La despedida de Lord Cleaventod y el viejo Nubio, fué como siempre cariñosa y tanto de este como de Mr. Plemperton, del ingeniero y del doctor, recibió el guía evidentes muestras de simpatía y buenos recuerdos.

Franz se había informado por la mañana del 8 de Junio, del destino y de la salida de los vapores, con cuyo encargo había cumplido igualmente Mocky, el que hace muchos años tenía esta mision siempre que viajaba con su amo y se le ocurría á éste ir por mar, cuando estaba cansado de los trenes. Uno de los vapores alemanes había sido despachado con destino á Mozambique, fletado por cuenta de una casa portuguesa de dicho puerto; quedaban dos y un francés de las *Messageries Maritimes*, que á la sazon estaba entrando, viniendo de la isla Mayotte, al Noroeste de Madagascar, para desembarcar dos misioneros que se dirigían al interior y despues seguir para su destino que era Zanzibar. Naturalmente no hizo Franz caso de un vapor, que llevaba los colores de una nacion que su amo detestaba tanto y ya que no le podía echar á pique con los rayos de sus ojos por cuenta del profesor, se informó del punto á que iban destinados sus dos compatriotas, que mandaban aquellos pedazos del terreno aleman. El *Deutschland Sieger* estaba cargando para Capetown, cuya ruta no podía convenir; el otro vapor por no ser mercante, puesto que era un torpedero que había traido

pliegos de la estacion de Kiloa Kivinje, — ciudad con una poblacion de 3.000 habitantes, situada al sur de Bagamoyo, que las corbetas de guerra alemanas *Carola* y *Schwalbe* habían bombardeado, incendiado y tomado hacía poco tiempo (1 de Mayo 1890) para vengarse del sultan, quien á la gran sorpresa de los invasores alemanes, no les había demostrado grandes simpatías, ni había recibido con júbilo la órden de perder del dia á la mañana la secular independencia heredada de sus mayores y de someterse al yugo de Alemania — tampoco podía servir. No había, pues, medio útil de embarcarse para Europa y para no quedarse por más tiempo en Bagamoyo, que no ofrece nada de particular, ni digno de fijar la atencion, aceptaron los Ingleses la oferta de un patron árabe quien les brindó su barco, casi una balandra, para embarcar los efectos y las personas y llevarlo todo á Zanzibar, donde él aseguraba que cuando había salido el dia anterior, quedaba más de una docena de grandes vapores en el puerto.

Herr Ehrlich vió frustrada su esperanza de llevar á la Isla, los ocho porteadores de las canastas, porque á estos apenas de vuelta en su tierra, reunidos con sus familias y en posesion de sus gajes, les faltó tiempo para gastar alegremente el dinero ganado en francachela y borrachera y los hombres se negaron tercamente á seguir al profesor, de suerte que rabiando de despecho, éste vió escaparse una ocasion con la que había contado todo el camino, para apropiarse del Saharasauro.

No quiso, sin embargo, perder por completo la esperanza. Con objeto de ganar tiempo, insinuó el profesor á sus compañeros que tal vez esperando un par de dias, tocaría algun vapor en el puerto, con destino á uno de Alemania ó Inglaterra y que indudablemente todos ganarían con embarcarse en un vapor directo, evitándose de este modo las consiguientes molestias, de tener que instalarse á bordo por dos veces, máxime cuando en honor á la verdad, no había para qué darse tanta prisa en marcharse para Europa. Herr Ehrlich hablaba de esta manera bajo la constante obcecacion de la idea, que tan por completo le tenía preocupado tiempo há. Los Ingleses empero no opinando como él, deseaban al contrario cuanto antes encontrar una ocasion para repatriarse y viendo él, que estaban firmemente decididos á aprovechar el daon y acaso marcharse sin los sábios alemanes, se conformó con las razones expuestas por sus compañeros de viaje y como supremo

recurso, cifró toda su esperanza en Zanzibar, donde pensaba jugar su última carta.

La distancia que separa á Bagamoyo de la capital de la Isla, se puede calcular en cuarenta y cinco kilómetros y el daon con sus henchidas velas surcó rápidamente las olas, de manera que no tardó seis horas en hacer la travesía y eran las cinco de la tarde cuando atracó la embarcacion al muelle. Los amigos ingleses tenían mucha necesidad de ropa, sobre todo de ropa blanca y otras varias prendas, de modo que Belt y James Queen, fueron mandados á esta tierra casi inglesa (*), en busca de un bazar de géneros europeos para hacer las compras necesarias, ya que Mocky, que en la travesía se puso malo y se encamó con dolores gástricos, no pudo acompañarles. Lord Cleaventod y sus tres compañeros bajaron tambien poco despues á tierra, con objeto de saludar á su compatriota el cónsul británico, recoger las cartas que hubiesen llegado para la expedicion, leer los últimos periódicos, para saber un poco lo que pasaba en el mundo é informarse de la salida de los vapores para Inglaterra. Lo mismo hizo Herr Ehrlich con respecto al consulado de su nación, habiendo quedado Franz á la vista del equipaje, así como Herr Speichel, para quien el andar era tan molesto.

(*) La soberanía del sultan de Zanzibar había sido reconocida por Ingleses y Alemanes, cuando estos determinaron sus respectivas esferas de influencia y en su consecuencia se le consideraba como dueño de las islas de Zanzibar, Pemba, Lamu y Mafia, así como de una faja de territorio de diez millas de anchura en la costa continental entre la desembocadura del Miningani y de Kipini. Al norte de este punto se le reconocía al sultan como soberano de los puertos de Kismayu, Brava, Marka, Magdochu, de Warcheik y del territorio alrededor en un rádio de diez millas. Inglaterra se comprometía en el convenio de 29 de Octubre—1 de Noviembre 1890 de interponer sus buenos servicios para que el sultan cediera las aduanas de Dar-es-Salam y Pangani á la Compañía alemana del Africa Oriental y renunciara tambien á cualquier pretension sobre los territorios del Kilima—Nedcharo. El 4 de Diciembre el sultan se conformó con estas exigencias y en pago declaró Alemania, adherirse al convenio entre Francia é Inglaterra de 1862, cuyos gobiernos habían garantizado en aquella fecha la independencia del sultanato de Zanzibar. Despues del convenio del 1 de Noviembre entró en las conveniencias de la Gran Bretaña, para mejor asegurar el poder del sultan, asumir el protectorado sobre Zanzibar, Pemba, Mombaza, etc. y el 7 del mismo mes, se fijaron en los sitios más visibles de la capital, carteles en inglés y árabe, anunciando formalmente la proclamacion del protectorado británico. Para llevarlo á buen fin, tuvo Inglaterra que conformarse con el ofrecimiento hecho por Alemania de la compra de la parte continental de los estados del sultanato, en la cantidad de cuatro millones de marcos imperiales, compra-venta que se consolidó el 1 de Enero 1891. En este arreglo Francia para que diera su consentimiento, obtuvo como compensacion el reconocimiento por parte de ambos gobiernos, de su protectorado sobre Madagascar, con todas sus consecuencias.

Tanto los Ingleses como el profesor, se enteraron que en la misma noche saldrían dos nuevos vapores ingleses, destinado el *Queen of the waves* para Liverpool directamente con un cargamento de goma, marfil, vitriolo, cauchu y antimonio y el otro el mailboat *Suayeli* para Suez, Gibraltar y Southampton, de suerte que no había más que escoger entre ambos. Como los cinco se habían citado en el muelle para convenir sobre la salida de todos, el profesor, á quien de repente se le surgió una idea nueva, de cuyo éxito lo esperaba todo, contestó sin vacilar á la pregunta de Lord Cleaventod, cual de los dos vapores le gustaba más para marcharse, que cualquiera le parecía bueno y que él y su pobre colega tomarían pasaje á bordo del vapor que mejor les conviniese á los demás. Lord Cleaventod entonces volvió á preguntar, si en tal caso le parecía conveniente, que todos fuesen á la oficina del consignatario del vapor correo y conviniesen lo necesario para embarcarse por la noche, á lo cual contestó el profesor, que si los amigos ingleses, quisiesen tomarse la molestia de tomar los billetes para él, su amigo y su criado, luego les devolvería el importe en un cheque durante el viaje, ya que por ahora necesitaba entrar en el consulado aleman é ir despues á prevenir á su delicado colega. Los Ingleses le complacieron en ello y como le participaron que habían sido convidados á comer con su cónsul, pero que se temían no poder aceptar esta galantería, á causa de tener que atender al embarque de los equipajes á bordo del *Suayeli*, Herr Ehrlich les contestó sin titubear, que esto no ofrecía dificultad, en el supuesto que volviendo del consulado aleman, él regresaba á bordo del daon, ya no bajaría más á tierra y se encargaría gustoso del transbordo de todo, que nada más sencillo que el mismo barco se pusiera al costado del vapor correo y que la tripulacion árabe efectuara cómodamente la operacion. Aceptada esta idea, quedaron en que sobre las diez de la noche, los cuatro Ingleses se harían llevar á bordo del *Suayeli*, donde el profesor y los demás les estarían esperando, para llegar á tiempo para la salida que debía efectuarse á las doce en punto. Al separarse del profesor, todos le dieron las gracias y un apreton de manos y el doctor le dijo sonriendo, que se alegraba cordialmente de encontrar otra vez á su buen amigo complaciente y de buen humor como en la ida al Ruwenzori, que de este modo el viaje de vuelta á Europa, dejaría á todo el mundo el más grato recuerdo.

Los Ingleses se encaminaron hácia la agencia del vapor correo y Herr Ehrlich entró en el consulado aleman, extendió un vale contra el Banco por la suma que pudiera importar el pasaje de tres personas, su equipaje, el marfil y diez canastas con fósiles y pidió, se le hiciera el favor de mandar en el acto por los papeles en casa del consignatario del *Queen of the waves*.

Media hora despues se había cumplido con los requisitos necesarios. El profesor se dirigió apresuradamente hácia el daon, donde Belt y James Queen no habían vuelto todavía con sus compras, mandó de seguida al patron ponerse al costado del *Queen of the waves*, anclado al lado del *Suayeli*, subió á bordo del primero de estos vapores, que ya estaba alistándose para tomar el mar, entregó sus papeles y poco despues los dos profesores y el criado con todo su bagaje y el Saharasauro estaban embarcados, mientras que el patron se dirigía segun le había ordenado Herr Ehrlich al otro vapor, para entregar el resto de los bultos y esperar á los Ingleses. Estos se habían atrasado un poco con los postres y confiando en el profesor que habría cuidado de todo, se encaminaron al muelle sobre las once, subieron á bordo del *Suayeli*, preguntaron por sus compañeros alemanes y quedaron perplejos al enterarse de la traicion de Herr Ehrlich. El *Queen of the waves* hacía cuatro horas que había emprendido su marcha y su andar de veinte y dos millas, no era inferior al del vapor correo.

Capítulo XVIII.

Detrás del ladron.—Una denuncia telegráfica en Suez.—Carreras al vapor sobre el lago Erie.—El vapor perseguido naufragado.—Hay que trasladarse á Tarifa.—Lo que había pasado en la catástrofe.—Dos maneras de recompensar un hecho de caridad.—El profesor se ha vuelto loco.—Los buzos.—Episodios de la guerra de independencia de Grecia.—Alucinaciones del enfermo.—De regreso en Lóndres.

Grande era ya el adelanto que tenía el fugitivo sobre los burlados amigos é imposible siquiera el pensar en la probabilidad de alcanzarle. Como único recurso quedaba y así se hizo, dar cuenta en el acto al cónsul inglés y rogarle telegrafiase á Suez, para que las autoridades anglo-egipcias se apoderasen del Saharasauro á la llegada del *Queen of the waves*. El patron árabe que no había tenido culpa en lo sucedido, se hizo cargo de la carta que todos firmaron, para darle más valor y la llevó á su destino. El cónsul que estaba todavía de sobremesa con un amigo, antiguo empleado civil venido de Singapore por negocios particulares, que le detenían unos cuantos dias en Zanzibar, se indignó y redactó de seguida un telégrama, que el convidado se ofreció á dejar en la oficina del telégrafo, á cuyo lado vivía. Este señor al llegar á dicha oficina, se apercibió que se le había caido el pliego; pero como había leido el contenido, copió precipitadamente de memoria el parte y se retiró á su casa para descansar.

La conversacion durante el viaje del mailsteamer, versó por lo general sobre la infidelidad del profesor, á quien ni siquiera el bueno del doctor podía defender, muy disgustado como los demás compañeros, de un hecho consumado de modo tan feo y Herr

Ehrlich lo hubiera desde luego pasado mal, si en aquellos primeros dias hubiese estado al alcance de los puños del militar. Por fin el trayecto por el Mar Rojo quedó terminado y el vapor ancló el 23 de Junio delante de Suez, en demanda del práctico para llevarle por las treinta leguas y dos tercias de canal, hasta la bahía de Pelusa. Grande fué la sorpresa del capitan al ver que en la lancha de la Sanidad, venían cuatro agentes de seguridad y un inspector de policía, trayendo una órden de «arresto contra un Herr Ehrlich y prohibicion para el capitan del *Suayeli* de hacerle entrega á éste, de diez canastas conteniendo fósiles robados, con obligacion de entregarlas en el acto á la administracion».

No le sirvió al capitan, asistido por Lord Cleaventod, el protestar contra una órden que provenía como desde luego se conocía, de una equivocacion. Había pues necesidad de bajar á tierra para deshacer el error y pronto pudieron convencerse en la comisaría que, efecto de una distraccion del ex-empleado en Zanzibar, este señor, preocupado indudablemente con el nombre del vapor correo, en cuyas balijas con la correspondencia para Manchester, iba una carta suya dirigida á su primo, influyente fabricante de algodones, cuya cooperacion solicitaba para obtener el traslado de su hijo á algun destino en Europa, había puesto en el telégrama *Suayeli* por *Queen of the waves*. Cuando al comisario no le quedó duda de que no había lugar á llevar á la cárcel ni al capitan, ni á Lord Cleaventod en su calidad de robado, ni de echar mano sobre las canastas, desde el momento que estas no estaban á bordo, pudo el oficial por fin enterarse si el vapor que llevaba el Saharasauro, había pasado ya el canal, porque esperaba que el *Suayeli* con un andar algo mayor que el *Queen of the waves,* apesar de haber perdido diez horas con una desviacion del camino y parada en Aden, hubiera llegado casi al mismo tiempo que el otro steamer.

Mr. Plemperton oyó durante el viaje que el maquinista del mailboat era de Chicago y le había preguntado si era posible aumentar la marcha, para ganar al vapor que iba delante. Como buen Yankee le había sonreido bastante la proposicion, porque años atrás cuando aun navegaba sobre el lago Erie, había apostado más de una vez contra algun compañero, de hacer la travesía de Cleveland á Port Bruce, en un veinticinco por ciento menos del tiempo reglamentario, verdad es que dos veces se le había estallado la caldera, la última en un viaje de recreo, ocasionando perjuicios

de cierta consideracion, puesto que los destrozos importaron treinta mil dollars y que por añadidura murió una veintena de pasajeros; pero declaró con sentimiento que en el servicio inglés no le era posible dejarse de llevar por su aficion á cargar los hornos con alcohol, por la bendita curiosidad que tiene la justicia en Inglaterra de querer averiguar las causas de los accidentes que ocurran.

En la oficina de los prácticos se le informó que el *Queen of the waves* había entrado hacía más de cuatro horas. Corrió al telégrafo para avisar á Port Said; la comunicacion estaba interrumpida desde la madrugada, porque cerca del lago Timsah una fuerte tormenta había echado abajo más de un ciento de postes, rompiéndose los hilos. Preguntó cuándo saldría el primer tren directo para el Mediterráneo, para que llevara una carta á falta del telégrafo; el tren acababa de salir y hasta dentro de seis horas no habría otro. No quedaba, pues, más que un recurso, telegrafiar una vez llegado á Port Said, á Liverpool, punto de destino del vapor que conducía á los Alemanes y por mayor precaucion hacer otro tanto con Gibraltar, por si el *Queen of the waves* tuviese necesidad de tocar allí para repostarse de carbon.

Cuando el *Suayeli* bañó su quilla en las aguas del Mediterráneo, el otro vapor había desaparecido hacía tiempo y á no ser que se detuviera en Gibraltar, habían de pasar todavía muchos dias antes que las canastas volviesen al poder de su dueño. Llegó el *Suayeli* por la mañana del 3 de Julio á Gibraltar en su dia reglamentario, con tiempo de fuerte neblina desde el Océano y lo primero que hicieron los amigos ingleses, fué preguntar por el vapor al cual estaban dando caza sin poderle alcanzar. Tampoco esta vez lo consiguieron, porque contra la esperanza concebida, el *Queen of the waves* no se había detenido á hacer acopio de carbon de piedra. Ya perdían la esperanza de acabar con Herr Ehrlich antes de llegar á Inglaterra, cuando inesperadamente tuvo lugar un acontecimiento, que cambió de pronto la faz de las cosas.

El gobernador de la plaza teniendo que remitir con toda urgencia al *Secretary at war* ó sea Ministro de la Guerra, varios planos y proyectos sobre el terreno, llamado por la costumbre neutral y sabiendo que hasta dentro de dos dias no volvería á tocar algun vapor correo, detuvo por unas cuantas horas la salida del *Suayeli*, hasta tener todos los documentos listos. Despues de una detencion de cinco horas, le fueron entregados los despachos oficiales é in-

mediatamente el vapor levantó anclas, no esperando el maquinista mayor más que la órden para dar movimiento á la hélice, cuando el capitan notó un bote de su consignatario, que se dirigía á toda prisa hácia el vapor, haciéndole la señal de urgente. Iba dentro el agente mismo y poniéndose al habla con el capitan, le dijo que el motivo de su venida era comunicar á Lord Cleaventod, el cual había estado por la mañana en su despacho, para preguntarle si tenía noticias del *Queen of the waves*, que en la Capitanía del puerto se acababa de recibir un parte del vice-consul de S. M. B. en Tarifa, que el referido vapor había dado en el bajo de los Cabezos y contra los peñascos que lo avecinan, que el barco abierto por completo, se estaba yendo á pique y que disponía la salida de lanchas para el sitio del siniestro, para tratar de salvar á los náufragos.

Esta noticia impresionó hondamente á los amigos. Por fin, pues, se había parado el *Queen of the waves;* estaba á pocas horas de distancia, pronto se le podía alcanzar, él no se podía mover ya, ahora era la ocasion propicia para el artillero, de volver á entrar en posesion de su legítimo bien. Pero el consignatario había dicho que el vapor se iba á pique, que se trataba de salvar á los náufragos; por lo tanto, existía la posibilidad, el temor, que el objeto del robo se perdiese, á la vez que pagasen con la vida la catástrofe, pasajeros y tripulacion. No estaba la situacion para los amigos de modo tal, que se quedasen con los brazos cruzados, ni menos para continuar tranquilamente el viaje á Inglaterra; al contrario, urgía desembarcar cuanto antes y en el acto buscar medios de transporte para Tarifa, ya que el capitan del *Suayeli* declaró positivamente que de ningun modo y en favor de nadie, le era permitido variar su itinerario, ni podía dejarlos en Tarifa bajo ningun concepto.

Lord Cleaventod en vista de esta contestacion, decidió bajar á tierra y buscar los medios más rápidos para llegar al referido punto, por vapor ó á caballo, rogando al doctor que por humanidad le acompañase en este pequeño trayecto, cosa que el excelente hombre no quiso negar, por violento que fuese su deseo de encontrarse ya de vuelta en Lóndres para poder abrazar á su Julia. Los dos primos no quisieron separarse por tan pocos dias de sus compañeros de viaje y habiéndose acordado que James Queen y Belt seguirían con el *Suayeli* para Inglaterra y que Mocky, ya repuesto de su malestar, se vendría con los cuatro amigos, saltaron al bote del agente, no llevándose más que algunas prendas indispensables,

contando con una detencion en Tarifa de dos dias, si acaso de tres, para volverse luego á Gibraltar y por el primer mailsteamer embarcarse para Lóndres.

No había por de pronto ningun vaporcito para la travesía de la bahía de Algeciras, servicio que poco tiempo despues se iba á establecer en combinacion con la línea férrea á Ronda; pero el ya referido consignatario vino en ayuda de sus compatriotas, disponiendo con mucha prontitud una buena lancha con ocho remeros, que en una hora escasa llevó á los pasajeros á la playa española. En Algeciras quiso la suerte que estuviera por salir para Tarifa, un pequeño vapor de cabotaje de manera que apenas desembarcados, pudieron trasladarse á bordo del *Santa Cristina*, con lo cual se evitaron la molestia de tener que hacer el viaje á caballo ó en caballería menor.

De Algeciras á Tarifa hay escasamente cinco leguas de distancia por mar, que el vaporcito franqueó en tres horas, una fuerte brisa del Oeste había disipado por completo la niebla y permitía distinguir perfectamente la costa africana, abarcando un vasto horizonte, que se extendía desde el faro de Almina, en la parte este de la antigua Abyla de Strabon, llamada despues Septa, de *ab septem fratres*, por sus siete colinas, Sebtah en árabe, el hoy Céuta, hasta el cabo Espartel, el Ras Ischberdil de los Marroquíes, cabo tan notable á causa de su hermosa mole de basalto en forma de columnas.

Eran las dos y media de la tarde cuando llegaron los Ingleses delante de la ciudad, teatro un dia de un hecho, que si tal vez la historia de aquel cruel entonces, lo puede haber glorificado, hoy la humanidad entera lo condena enérgicamente, llena del más espantoso horror ante aquel padre bestialmente bárbaro y asesino. Al desembarcar en la punta del continente europeo más avanzada por el Sur, ocupada por Tarifa, que vista á distancia tiene todo el aspecto de un monton de ruinas, asentada como está sobre un peñasco desnudo, observaron los amigos el movimiento y barullo que siempre acompañan á las escenas de un salvamento de náufragos. Mucha gente en el muelle, curiosos y desocupados en su mayor parte, botes y lanchas que venían con tripulantes y pasajeros del *Queen of the waves* ó volvían por otros y á lo lejos en direccion al Norte, más abajo de la punta más saliente del cabo Trafalgar, donde se divisan los Lances de Tarifa, la ensenada por la que des-

agua el rio Salado, formada entre la torre de la Peña y un montecillo con la ermita de Santa Catalina, allá donde se extiende una prolongada restinga, en cuyo extremo se levantan horrendos peñascos, algunos de forma piramidal, rodeados de bajos y placeres muy peligrosos, el teatro del siniestro, se veía un grupo de varias lanchas y restos del buque naufragado, que las olas balanceaban y la pleamar se encargaba de llevar hácia la playa; pero del gallardo vapor ya no asomaba ni chimenea ni palos. ¡Qué había sido del Saharasauro!

Lord Cleaventod y sus compañeros dirigieron sus pasos hácia un numeroso grupo de hombres, formado alrededor de un bote que acababa de dejar en tierra á algunos indivíduos. Un triste espectáculo se ofrecía á su vista. Dos hombres de edad madura, la ropa chorreando agua, el uno ciego al parecer, el otro la cara ensangrentada, sin moverse ninguno, estaban tendidos en la arena encima de una manta, mientras que un tercero, más jóven, con la ropa destrozada y no menos mojada, arrodillado junto á la cabeza del herido, llorando y suspirando, le friccionaba las sienes y limpiaba la sangre que goteaba de la nariz y las orejas. Era Franz este último, que prodigaba sollozando, sus mejores cuidados á su amo y se esforzaba en hacerle recobrar el conocimiento mientras llegase por allí uno de los facultativos, que en número de tres estaban ocupados con distintos grupos de tripulantes, anteriormente desembarcados en más ó menos malas condiciones.

Cuando Franz se apercibió de la presencia de los Ingleses, lanzó un grito de espanto y súbitamente poseido de un loco terror, imaginándose que venían á prender á su amo, exclamó:

—El profesor no tiene culpa, las canastas fueron embarcadas por equivocacion por el patron árabe, el amo ni siquiera sabe que iban á bordo del vapor que se ha perdido. Doctor, por Dios, acérquese, sálvele, mi buen amo quiere tanto á Usted y está bien malo él, no vuelve de su desmayo desde que se cayó de espaldas, cuando ocurrió el choque contra los peñascos en medio de una niebla general.

Ni Mr. Leading, ni ninguno de sus compañeros contestó una palabra; todos sabían á qué atenerse respecto al cuento que acababa de idear el susto del criado. Sin embargo, movido por el amor al arte y viendo al causante del mal, tendido sin movimiento en el suelo, se acercó el médico á los náufragos, en el momento

que Herr Speichel recobraba el conocimiento y se enderezaba aunque con trabajo, mientras que Herr Ehrlich continuaba inmóvil.

Hé aquí lo que había pasado segun se supo luego por referencia de O'Dully, un Irlandés de Killala, segundo de á bordo y por lo que tambien refirió Franz.

El 2 de Julio, sobre las 9 de la noche, despues de una magnífica travesía desde Port Said en ocho dias y seis horas y media, pasaba el *Queen of the waves* entre los faros de Great Europe Point y de Almina, alumbrando poco ambas luces por la espesa niebla que venía por el estrecho de Gibraltar. El timonel dirigió el buque al entrar en el paso por una profundidad de 513 fathoms (938 metros) y se mantuvo en medio, inclinándole despues de una hora de marcha un poco hácia el Oeste Noroeste, cuando la niebla aumentó tan densamente, que ni la luz de primer órden de Tarifa se podía distinguir desde el barco, por más que el faro estaba á corta distancia delante de proa. El hombre de la barra entonces se habrá equivocado, continuó narrando el segundo, no se habrá fijado con detencion en las distancias—el infeliz ha perecido lo mismo que el oficial de cuarto, de modo que no se puede saber á punto fijo lo que ha pasado,—el *Queen of the waves* mal dirigido indudablemente habrá tomado demasiado en direccion al Norte y como el fondo del estrecho hácia la costa española, se levanta más bruscamente que por la de Marruecos y que las capas submarinas escalonadas en su progresiva elevacion, se suceden rápidamente de cien en cien fathoms, pasó una media hora escasamente, cuando oyóse una voz que gritaba:—«Rompientes á babor». Casi al mismo tiempo se produjo un formidable choque, se sintió un crujido general, un estremecimiento de todo el casco y la desgracia estaba consumada, puesto que el vapor se abrió al violento contacto con el arrecife y que no tardó en hundirse precipitadamente, arrastrando en su sumersion á varios de los tripulantes, cuyos cadáveres iba poco á poco devolviendo el mar.

Los dos profesores estaban en el momento del naufragio, paseándose sobre cubierta; Herr Ehrlich hablaba con su colega de sus proyectos con respecto al Saharasauro, de la inmensa resonancia que tendría el descubrimiento del monstruoso fósil africano en el mundo científico; del asombro que iba á causar; de la envidia de todos los paleozoologistas, al acudir de todas las partes del mundo, para venir á admirar el único ejemplar existente en ambos he-

misferios del Saharasaurus Ehrlichii; de la recepcion que le haría la Imperial Sociedad de Historia Natural, que le concedería indudablemente por unanimidad una medalla extraordinaria para perpetuar el hecho; de la obra que pensaba escribir con la relacion de su viaje de descubrimiento, para la cual los editores de más fama de Berlin, Hamburgo y Leipsic se disputarían la honra de la publicacion y ofrecerían á quien más, grandes sumas por el derecho de propiedad de las primeras seis ediciones de á cincuenta mil ejemplares, sin hablar de las casas editoriales extranjeras, que le vendrían á solicitar el derecho de traduccion, el sombrero en una mano y un buen legajo de banknotes en la otra y de cuantos más proyectos en el aire se formaba el profesor, esperando verlos realizados dentro de breves dias. Cuando el vapor tocó en el escollo, fué tan violento el choque, que ambos amigos fueron lanzados á diez metros de distancia, viniendo á parar contra el palo de mesana, que á la sazon se rompió á altura de hombre por la misma causa. Franz que en aquel momento estaba en el camarote, preparándolo todo para la noche, cayó igualmente al suelo, empero sin lastimarse y sin darse por de pronto cuenta de lo que ocurría, en medio de la oscuridad, porque las velas se habían apagado al caerse al suelo, subió maquinalmente á cubierta, donde tropezó con dos cuerpos, aparentemente sin vida, en que solamente un rato despues y en vista de no recibir contestacion á las repetidas voces que daba por todo el buque, llamando á su amo en medio de la confusion, pudo reconocer á la luz de un farol, á los sábios y ayudado por uno de los marineros, transportarles á una lancha.

Mientras tanto las voces de: ¡El agua está en la máquina! Nos hundimos! A los botes, á los botes!, aumentaban la inmensa confusion y en una familia de ocho personas, que además de los Alemanes se había embarcado en Zanzibar, por ser oriunda de Liverpool y no poder pagar la tarifa de pasaje más elevado del vapor correo, al convencerse de lo inminente del peligro, se produjo primero una algarabía inmensa, un vocerío indescriptible y despues una lucha encarnizada y feroz con los marineros, puesto que querían á viva fuerza botar dos embarcaciones al agua, con lo cual, aparte del perjuicio originado á los demás viajeros y á la tripulacion, estorbaban la maniobra que mandaba el capitan. Gritos, llantos, insultos, despedidas, lamentos, preces, ofertas, de todo se oía, mezclado con las voces del capitan, que desde el puente recomendaba

la calma y con una serenidad grandísima, daba órdenes á sus marineros. El agua inundó el barco con una rapidez aterradora, de modo que á los pocos minutos se sentía que el vapor se iba á pique. Todo el mundo entonces, se echó en las lanchas, pero por el exceso de personas que saltaron á la donde Franz había logrado depositar á los dos sábios accidentados, la lancha había volcado y algunos hombres, que no pudieron asirse de un palo, de una tabla, de un pedazo de madera, ó de cualquier objeto á su alcance, se fueron al abismo, entre ellos el mismo capitan, que solamente en el momento de sumergirse el puente, el último de todos, había abandonado su puesto, acogiéndose á la lancha. Si los profesores no participaron de igual triste suerte, fué porque Franz realizó una obra arriesgada de abnegacion, que la suerte coronó de éxito, cual fué coger, en el momento en que la lancha zozobró, con una mano á su amo por un brazo, con la otra alcanzar el palo de mesana provisto de su jarcia, en que había ya algunos náufragos montados á caballo y que las olas empujaban hácia él, echar á Herr Ehrlich encima de este palo, sumergirse rápidamente en el sitio donde mientras tanto, el cuerpo inerte de Herr Speichel, se había ido á fondo, agarrarlo, sacarlo á flote, echarlo al lado del otro cuerpo y sujetar ambos con las cuerdas, ayudado por los refugiados en el trozo del buque, para que los salvados no se cayesen al mar.

Los náufragos, en número de nueve, dos mujeres jóvenes, una de ellas con un niño de pecho en sus brazos y los demás pasajeros á medio vestir, porque la catástrofe les había cogido cuando algunos se preparaban para acostarse, habían permanecido en esta crítica situacion durante cerca de diez horas, juguetes del viento y de las olas, que mecían á veces demasiado bruscamente el palo y le empujaban ya en una, ya en otra direccion y tanto, que cuando por fin, sobre las nueve de la mañana, fueron divisados por la balandra *Asuncion* de la matrícula de Cádiz, que iba con cargamento de tablones, ladrillos y tejas de Málaga con destino á Rabat, este barquito les encontró extenuadas sus fuerzas, tiritando de frio y acalenturados, á la altura de la punta, torre y rio Guadalmesí, entre Tarifa y Algeciras, á donde el viento los había echado aquella noche, haciéndoles pasar delante del faro, sin que las voces de auxilio de los infelices, hubieran podido ser oidas por los torreros. El patron había dirigido su barquito hácia el palo, había recogido á bordo á los nueve náufragos y les había facili-

tado todo lo que les podía dar el buen hombre, comida, aguardiente y algunas prendas de vestir, desembarcándolos en la playa de Tarifa, en ocasion en que Lord Cleaventod y sus compañeros llegaban allí (*).

Mr. Leading, pues, se inclinó sobre el profesor, que continuaba inmóvil en el suelo. Presentaba una herida profunda y de 95 mm. de extension en el frontal parietal temporal y occipital y hemorragia por los conductos auditivo y nasales; había pérdida completa del conocimiento, desaparicion del pulso, frialdad de la piel y la respiracion era casi extinguida. El doctor le llamó por su nombre y apellido y no respondió, le pellizcó la piel y no hizo sensacion alguna. En su vista, declaró á Franz que sería mejor trasladar su amo al hospital, pero la idea que se le llevaría á tal parte, produjo en el criado manifiesta repugnancia, como sucede por lo general con los de su condicion, que consideran al hospital como una clase práctica para los estudiantes en medicina, donde ensayan y hacen probar los efectos de medicamentos equívocos y autopsian, anatomizan y disecan á los pacientes en vida.

Preguntó por esta razon al doctor, si no le parecía que estaría mejor atendido en una fonda, casa de huéspedes, posada ó lo que ofreciera el pueblo. En esto se acercó el vice-cónsul de S. M. B., el que enterado de la posicion social y nacionalidad de los recien llegados, y figurándose lo fuesen tambien los náufragos, les brindó su propia casa, á la entrada de la ciudad, caseron tan inmenso como viejo, antiguo convento de monjas primero, despues alternativamente cuartel de dragones franceses y de infantería inglesa, donde

---

(*) Este servicio acaba de recibir su recompensa, aparte de la íntima propia satisfaccion de haber cumplido como hombre de bien, que vale más, puesto que á consecuencia del parte producido por el vice-cónsul inglés, al patron Javier Fernandez y Fernandez acaba de serle entregado por la *Royal Society for Rescue of Shipwrecked Sailors* (Sociedad Real de Salvamento de marineros naufragados), un cronómetro de oro con dedicatoria y £ 25 en efectivo.

Der sorgsame Vater, Deutscher Schiffbruchleidenderverein. (El Padre cuidadoso, asociacion alemana para náufragos) en Hamburgo, tuvo noticias del suceso por su corresponsal en Gibraltar, y consideró la ocasion oportuna para demostrar, que tambien se interesa por la miseria humana y que sabe enjugar lágrimas, á la par de recompensar actos de caridad. Mandó pues al patron un nombramiento de sócio de honor, equivalente á el de tres veces sócio contribuyente de la referida Sociedad, un ejemplar de los estatutos de la misma y una invitacion para remitir á la caja, el importe de su cuota correspondiente, por un año anticipado, el todo metido en un sobre de triple peso, al cual en Secretaria, por cierto por distraccion, se había olvidado poner los sellos de franqueo.

encontraría el enfermo la apreciable ventaja, de tener habitaciones lejos del ruido y escándalo de arrieros y de caballería mayor y menor y donde se le podría ofrecer una cocina, algo distinta de los pobres recursos de que puede disponer un mesonero. Aceptado con reconocimiento tan afable ofrecimiento, mandó el vice-cónsul á su casa por un colchon, hizo buscar una litera, en donde fué metido el profesor y conducido paso á paso á su domicilio, acompañado de Herr Speichel, que iba por un lado del brazo de Franz y con la mano opuesta, se apoyaba en un grueso baston, porque se había lastimado un pié en la catástrofe.

La habitacion que fué destinada para el profesor con otra más pequeña contigua para Franz, era espaciosa, con vista á un gran jardin amenizado por arboleda y muchas flores, prometiendo esta particularidad ofrecer una ventaja durante el curso de la curacion por la distraccion que produciría la vida campestre y las emanaciones perfumadas de las plantas, tan pronto como el enfermo estuviera en condicion de poder salir en horas convenientes y pasearse dentro de una atmósfera pura, la que tanto ha de ayudar siempre á los medios curativos para el alivio y término de los padecimientos físicos, por el hecho que las afecciones morales se atenuen y los pensamientos se vuelvan menos tristes y sombríos, al encontrarse en medio de la fragancia de las flores. Por de pronto, sin embargo, el estado de Herr Ehrlich no permitía todavía pensar en los efectos de las bellezas de la naturaleza, puesto que cuando se quedó acostado, ni los movimientos del transporte, ni la mudanza de ropa blanca seca, le habían podido hacer recobrar el conocimiento. El doctor procedió á hacer la curacion de la herida y verificó el taponamiento con percloruro de hierro en el oido, para contener la hemorragia, que segun la mayor probabilidad aparente, era producida por la herida en el cráneo, es decir, la solucion de continuidad de los huesos del cráneo, pues teniendo interrumpidas sus relaciones normales, era evidente, que debía haber separacion, y por lo tanto, estar heridas las partes duras, ó sea la verdadera fractura. Un par de horas despues, le hizo aplicaciones de sanguijuelas continuadas, con objeto de rebajar el estado de flogósis en que estaban las partes subyacentes, y como el paciente continuaba sin sentido y que no se podía contar con Franz, que estaba más que rendido por las grandes fatigas de la terrible noche pasada, se pidió al hospital un enfermero, á quien se dió de beber café negro

muy fuerte, para impedir que se durmiese y que recibió instrucciones del doctor, para saber lo que tuviera que hacer en determinados casos. La noche y todo el dia siguiente pasaron sin variacion en el estado del enfermo, que no recobró el conocimiento y solamente por la noche del segundo dia, empezó á pronunciar alguna que otra palabra y media frase, todo incoherente. Mr. Leading, entonces, comenzó á usar del método antiflogístico, directo é indirecto ó revulsivo, por medio de evacuaciones sanguíneas generales, purgantes y vejigatorios á las extremidades inferiores; pero apesar de todo ello, el herido no recobró la memoria, no recordó nada acerca de la causa de su enfermedad, y al hacerle varias preguntás el doctor, contestó unas veces vacilando, otras veces al momento, pero con incoherencia, sin contestar á lo que le preguntaba, empezando una frase y no acabándola, saltando en medio de una frase á otra idea, que tampoco concluyó de desarrollar. Al séptimo dia desapareció la calentura y ya que no se podía seguir el método debilitante, se le concedió algunos alimentos que tomó, sin que en la expresion de sus facciones se notara, si su paladar disfrutaba de lo que le servían, la facultad mental no ofrecía variacion, no reconocía ni al médico, ni á su fiel Franz.

Mr. Leading no se hacía ilusiones sobre la enfermedad de su antiguo amigo; sabía perfectamente las consecuencias que producen esta clase de lesiones capitales, las más graves que se presentan en cirugía, pues, ó aparecen despues de un pronóstico á veces muy favorable, á los veinte ó treinta dias, ó más tarde, accidentes que ponen término á la vida, bien por algun derrame sanguíneo que no haya podido reabsorberse ó por algun otro cuerpo extraño, como luego lo demuestra siempre la autopsia, ó acaban en locura ya pacífica, ya furiosa, segun las complicaciones que sobrevengan. Al acompañar á Lord Cleaventod á Tarifa, lo había hecho por un dia ó dos, contando con estar de vuelta en Gibraltar, á tiempo para el mailsteamer del 5 ó 6 y haber llegado sobre el 10, á su casa de Christ's Hospital. Ya eran siete dias que estaba ocupado con el enfermo, sus compañeros de viaje habían concluido lo que tenían que hacer y le aconsejaron venirse con ellos, puesto que en el estado de Herr Ehrlich era posible, que ni en quince dias ofreciese variacion, con lo cual, so pena de querer quedarse lo menos un mes todavía al lado del profesor para concluir su curacion, no había razon porqué diferir por más tiempo la vuelta á Gibraltar. Con todo, tal

vez se hubiera quedado algunos dias más, hasta ver qué rumbo tomaría la enfermedad, á no haber sido, que habiendo telegrafiado á su llegada á Gibraltar á su cuñada, acababa de recibir por mediacion del vice-cónsul una carta de Lóndres, en que le daba noticias respecto á la salud de su hija, que no eran nada favorables y como Julia ni siquiera había puesto una sola línea escrita de su mano en la carta de su tía, el amante padre se figuró lo peor y resolvió volver de seguida á Lóndres.

Mientras el médico estaba á la cabecera de su paciente, Lord Cleaventod había combinado con el vice-cónsul los medios para salvar las diez canastas. Se embarcaron para el sitio de la catástrofe y no descubrieron nada del vapor, ni una punta de su arboladura se asomaba ya sobre la superficie del mar, y si no fuera porque en diferentes sitios se veían flotar multitud de cajones y barricas, parte del cargamento y bastante maderamen del buque naufragado, nadie hubiera dicho que por allí se había ido á pique el vapor. Sondaron en distintos puntos, donde se suponía podía hallarse el casco del que fué «Reina de las olas», hasta que por fin, al siguiente dia se dió con él, acostado sobre estribor á una profundidad de cuarenta y siete metros. Era preciso averiguar cuál era el estado en que se encontraba, con objeto de ver si se podía salvar y sacar el Saharasauro y para conseguir este fin, era necesario bajar al fondo, entrar dentro de la bodega del casco sumergido y reconocer cuidadosamente los efectos allí almacenados. Hacían falta un par de experimentados buzos que, alternándose, hiciesen este registro y como en la poblacion no se encontraban ni buzos, ni escafandras, ni aparato alguno para esta clase de requisa y salvamento, hubo necesidad de mandar por ello á Gibraltar, de donde llegaron ya al tercer dia tres hombres, padre y dos hijos, el primero que se quedaba en la lancha para bajar é izar al hijo, á quien le tocaba operar debajo del agua, alternando con su hermano.

Eran Malteses los tres; el padre, Ettore Bachetta, tendría unos cincuenta años de edad y sus hijos, Pietro y Angelo, habían nacido hacía unos veinte años en Comino, la isla más pequeña del grupo maltés, situada entre las islas Malta y Gozo. Ettore Bachetta había trabajado durante algunos años en las fortificaciones inglesas y en el faro de St. Elmo y Ricasoli, á la entrada de Valetta, con su hermano Andrea, quien tuvo la mala suerte de ser cogido un dia entre dos tiburones de los llamados *lamia cornubio* y aunque pudo

pasar por debajo de uno de estos voraces plagistomos, no reparó en el otro, que cayendo con rabiosa furia sobre el pobre hombre, le amputó con una sola dentellada de su enorme boca, las dos piernas por encima de las rodillas. Los dos hijos, pescadores de atun hasta entonces, vinieron á ocupar el puesto de su tio y como el trabajo escaseaba en las costas maltesas, aprovecharon la ocasion que les hubo de facilitar un barco de la armada turca, el *Kara Denis*, de arribada en Valetta para reparar algunas averías debajo de su línea de flotacion.

En conversacion con la tripulacion, se enteraron que en Constantinopla se había constituido una sociedad inglesa para la exploracion de riquezas sumergidas, denominada *English diving society for the discovery of submarine treasures, limited* (Sociedad inglesa de buzar para el descubrimiento de tesoros submarinos), en la cual habían venido á refundirse dos sociedades existentes hace tiempo, la una rusa *Zajochdenie solntsa* (la puesta del sol) de Odessa, la otra griega *hè Katadusis* (la inmersion) de Patras. Esta poderosa empresa iba á emprender trabajos de buzar tanto en el Mar de Egea, como en los Dardanelos, el Mar de Mármara, el Bósforo y en el Mar Negro y como por consiguiente allí había trabajo bastante para varias parejas de buzos, resolvieron irse los tres en busca de lucro. Una vez en Stamboul, fueron admitidos y dirigidos á Tchesmé, donde el 16 de Julio 1770, dos escuadras rusas incendiaron la flota turca y la echaron á pique, porque se suponía que á bordo del buque almirante, debía haber existido una gran cantidad en metálico acuñado. Allí habían permanecido más de seis meses, sacando muchos cañones y un sin número de balas; pero del supuesto dinero, salvo sumas cortas, en la caja de algun que otro comandante, no se encontró rastro alguno, de modo que los gastos de salvamento, no fueron cubiertos por la utilidad que se pudo sacar de la venta del armamento.

Despues mandó la Sociedad á los Bachetta al golfo de Hagion Oros en la península de Chalkis, donde al pié del Monte Athos el 25 de Febrero 1827, durante la guerra de la independencia de los Griegos, que habían soportado durante cuatro siglos y medio el yugo de los Turcos y exasperados, por fin, por las atrocidades cometidas por los bajás gobernadores, se levantaron y pelearon durante diez años, hasta conquistar su libertad política y religiosa,— se libró una encarnizada lucha entre dos barcos de vela griegos y

otros tantos turcos, los cuatro corsarios, todos cargados de rico botin, cogido al adversario. Había salido Askanios Aichmetés, ferviente é intrépido patriota, con su goleta *Hugieia*, en busca de presa y de combate y navegando á la altura de Eubea, se encontró al *Peritriguristés*, cuyo barco, animado de igual deseo, surcaba las aguas del Archipiélago Sporádico. Los dos buques se dirigieron muy osados hácia el golfo de Salónica, en la esperanza que no tardarían en encontrar algun enemigo con quien medirse, apresarle y quemarle, ó aumentar el botin que ya encerraban sus bodegas, producto de sus victoriosas y lucrativas correrías.

Efectivamente fueron servidos á medida de sus deseos, porque á los pocos dias vieron venir hácia ellos el *Kis Kulessi*, fragata de guerra turca á que seguía un bergantin armado en guerra, el *Kirid*, que no menos afortunado que los Griegos, había apresado ya á más de un barco heleno, asesinando á la tripulacion, robando lo que algo valía y entregándolo luego á las llamas. Al divisarse Griegos y Turcos, ambas partes se vieron animadas de igual feroz deseo de exterminio y de piratería y si los primeros marcharon contra los segundos, éstos no trataron de evitar el combate, contando sobre todo el *Kis Kulessi* con su mayor fuerza de artillado. Askanios Aichmetés enarboló su bandera, en que figuraba la cruz en medio de las palabras: *Eis tò peisma ton Toúrkon* (en despecho de los Turcos), y á su voz de mando de: *dià to askandáliston* (en pró de la paz), los cañoneros lanzaron una bordada de cuatro piezas cargadas de balas enramadas, que produjo la rotura del palo mayor de la fragata, arrastrando en su caida á unos cuantos marineros. La contestacion de los Turcos á tal saludo—porque, en efecto, los marineros griegos, al disparar sus cañones, gritaban irónicamente: *pos pernate;* (¿como estais?), no se hizo esperar y generalizándose el combate y acercándose unos á otros, se cruzaron tal número de tiros, llegando la humareda á ser tan espesa, que los historiadores afirman que lo mismo hizo fuego el *Kirid* contra su compañero, como el *Hugieia* contra su compatriota, resultando de la lucha feroz, que en medio del abordaje y de la carnicería, ni Griegos, ni Turcos, reparasen en el hecho, que los buques estaban tan agujereados por los proyectiles, que entrando el agua por todas partes, llenasen las cuatro embarcaciones y las echase á pique á la vez, no salvándose nadie del desastre. La Sociedad había encontrado, entre los papeles de las oficinas del gobierno, en Senalik, ciertos

indicios, que le habían dado á suponer que el *Kis Kulessi* llevara cuantiosos caudales, destinados para el erario del sultan y sobre esta base mandó los buzos al Monte Athos, con el fin de empezar las pesquisas. Esta vez el resultado fué más halagüeño; se sacaron valores por encima de veinte millones de piastras, con lo cual la Sociedad no dió, sin embargo, por terminados sus trabajos, puesto que pensaba explotar la costa del Mar Negro cerca de la isla Jilon Adassy (isla de las Sierpes, frente á las desembocaduras del Danubio), pero sí tuvieron que separarse de la empresa los Bachetta, por motivo de una cuestion habida con un Turco, quien resultó muerto de varias puñaladas á la conclusion de la riña y cuya muerte les fué atribuida, á no ser que el hombre se hubiera matado á sí mismo en la reyerta, clavándose su propio acero, en la creencia de hundirlo entre costillas cristianas. Juzgaron más prudente, para no entrar en muchas explicaciones, ponerse fuera del alcance de la justicia otomana y buscar nuevos horizontes para su industria, encontrando pronto en Gibraltar lo que necesitaban.

Un reconocimiento del *Queen of the waves*, dió por resultado confirmar la situacion y posicion del casco, que estaba por completo abierto. Desde proa hasta el palo mayor presentaba una enorme brecha; por popa estaba el vapor un poco levantado, el cargamento completamente revuelto, yacía esparcido en parte sobre la arena y por una gran seccion de la cubierta y por las costillas, que saltaron al hundirse el buque y al hacer explosion las calderas, se había vaciado tambien en parte. Los buzos, tan diestros como robustos, bajaron varias veces y quedaron largo tiempo debajo del agua; pero por más que cumplieran con su obligacion como entendidos y hombres de buena voluntad y estimulados por el cebo de una cuantiosa gratificacion, si encontrasen las canastas, todo su trabajo resultó inútil, no dieron con ellas, sea porque estas, de envoltura endeble, se habían roto, deshecho, abierto y su contenido vaciado y esparcido sobre las arenas que lo hubiesen tragado todo, sea que la agitacion del agua que en las capas más profundas se notaba, producida tal vez por los ejercicios de cañon que durante estos dias estaban haciendo varios acorazados ingleses dos cables (400 metros) más abajo del sitio del naufragio y el estruendo de los formidables disparos de las piezas de 18 pulgadas, hubiesen arrollado á cierta distancia y ya fuera del rádio de pesquisa, á los bultos que se buscaban. Comprendiendo Lord Cleaventod la inutilidad de con-

tinuar por más tiempo los trabajos, resolvió no ocuparse más del Saharasauro, pagó y despidió á los buzos é invitó á Mr. Leading á venirse ya con ellos para volver á Inglaterra, quedando todos conformes, en aprovechar desde luego la salida de un vaporcito por la tarde del 11.

El doctor vino á despedirse de su paciente por la mañana de dicho dia. El profesor estaba hablando con la misma incongruencia; se le había recordado, sin duda, un episodio del viaje á bordo del vapor naufragado, para ver si la memoria iba volviendo, puesto que al entrar en la habitacion, donde el enfermo estaba con Herr Speichel y el criado, oyó Mr. Leading cómo el profesor estaba diciendo:

—Sí, sí, ya lo sé, no es menester me lo digas; están en sitio seguro, yo mismo lo escogí en la segunda bodega por la parte de proa; á que Rad Abah no las encuentra..... Quita de allí esa luz; para qué me traes ahora un Davy, se vé bastante, el artillero vá á saber que llevo cartuchos de dinamita, quita la luz te digo ¿No me oyes? Te figuras, acaso, que porque estoy ocupado en pesar estos colmillos, que no veo que estás hablando con el capitan? No crees que él te puede enseñar algo, que yo no supiera mejor; él no es oryctozoologista, él no entiende nada de fósiles, ni de petrificaciones.

Un momento despues sus pensamientos tomaron otro giro, porque figurándose, sin duda, que estaba en una sesion de la Sociedad científica suya, volvió á decir:

—¿No es verdad, querido presidente, que son curiosas estas muestras de la flora africana? Es lignito esta primera, procedente de los pisos mioceno y plioceno, á que ha dado nacimiento la inmersion del terreno bajo el agua de los pantanos en la época terciaria y será de quinientos siglos más reciente fecha que la otra muestra, que es hulla, la cual, sometida en aquella primitiva creacion carbonífera, á la entónces espantosa accion del calor del globo y á la presion de las numerosas capas de tierra superpuestas, ha formado un producto mucho más pesado y menos betunoso.....

Aquí se detuvo otra vez, pero tambien por breve tiempo, puesto que no tardó en hablar de nuevo, diciendo:

—¿A qué no sabe Usted, Mr. Brown, porqué estamos esperando aquí, en lugar de seguir para el Ruwenzori?..... Es que dice el mayor Wissmann, que allá hay mucha niebla y se teme que

nos caigamos en el pozo..... ¡Ay! cuánta niebla, cómo aumenta, como vá aumentando!.....

Se paró nuevamente, continuando luego, si bien sobre el mismo tema, pero dirigiéndose no ya al ingeniero, sino á un auditorio más ó menos numeroso:

—Señores, recapitulemos brevemente: la niebla es el vapor condensado por enfriamiento del aire, que ha perdido su transparencia por contener en suspension una masa en estado vesicular, cuyo estado lo constituyen las esferillas líquidas ó llenas de aire que se mantienen suspensas en la atmósfera por carecer de densidad diferencial, hasta que este intermedio entre líquido y vaporoso se resuelva en lo primero por el descenso de la temperatura ó en vapor por el aumento del calor.

Al terminar esta frase, pareció como si oyera una voz que le hablara, porque mirando con expresion de interrogacion á derecha é izquierda, dijo súbitamente en son de pregunta:

—¿Quién de Ustedes ha dicho, que ofrece cinco mil marcos por el privilegio exclusivo de poder sacar fotografías de mi Saharasaurus?..... Dice el custos que tendrá que echar abajo un tabique, porque la sala donde están los sauropterigios resulta demasiado pequeña; ya lo creo. Nada, nada, todo fuera, no hay ichthyopterigios, ni ganocéfalos, que puedan compararse con mi Saharasaurus..... ¿Qué pretende ese señor, que no es un sauro, que es un cocodrilo? Y porqué lo cree Usted? De seguro que no se habrá fijado en las proporciones de la cabeza y del tronco, ni en sus dientes dispuestos en una sola série, que encajan en alvéolos distintos. Todo esto lo puede Usted saber, porque vuelve lo mismo que yo de la guerra con Francia; yo le reconozco á Usted perfectamente, es Usted el teniente Koth, de nuestro escuadron de coraceros blancos, que entró conmigo en aquella casa de campo de Bougival, donde había una madre con su hija, que no quiso consentir lo que le proponía á ella; Usted descargó su revólver contra ellas, y cuando agonizando ambas estaban tendidas en el suelo, le arrancó Usted la ropa á la muchacha, exclamando: ¡Y ahora, quién me lo impedirá! Cada uno se divierte á su modo; Usted ha hecho lo que tantos han hecho con las Francesas, cuando éstas no se prestaban gustosas á los deseos de nuestros compañeros. Parece mentira que aquellas mujeres fuesen tan tontas de preferir les atravesáramos el cuerpo con nuestros sables, á entregarse á las caricias de los soldados,

como si á nuestros valientes muchachos, les diera miedo de estrechar entre sus brazos á una buena moza, aunque revolcándose en las angustias de la agonía; al contrario, dicen los compañeros, que así han quedado mucho más satisfechos. Usted lo puede saber; lo que es yo, por mi parte, fuí en busca del dinero, como lo he hecho en todas las casas, donde no me habían adelantado, y dinero había mucho, mucho, para mí, para mi sólo..... Speichel, Speichel, ¿qué significa este ruido? ¡Ay! el vapor salta..... mi Saharasaurus. ¡Ay! Salva á mi Saharasaurus.

Al concluir esta última palabra, contractó el profesor horriblemente la cara y la metió entre las almohadas, expresó todavía unas cuantas palabras incoherentes, que no se podían entender, y momentos despues, un fuerte ronquido anunciaba que dormía profundamente.

Mr. Leading, que había escuchado con repugnancia estas revelaciones del pasado militar de su amigo, de que no tenía noticias, participó á Herr Speichel y á Franz, que se marchaba dentro de breves horas y les aconsejaba, cuando pasasen todavía un par de dias, embarcarse con el enfermo para su tierra, donde no le faltarían buenos médicos para curarle y que casualmente había oido hablar de la salida desde Cádiz, de un vapor de Sloman para Hamburgo, para fines de la semana, cuya salida convendría de seguro aprovechar. La misma tarde, los cinco Ingleses regresaron á Gibraltar y al dia siguiente, que era el 12 de Julio, se embarcaron á bordo del *Sussex*, directamente para la capital del Reino Unido, cuyo vapor les llevó sin novedad á su destino, pisando de nuevo el dia 15 el West-End, despues de una ausencia de un año y cincuenta y seis dias.

Capítulo XIX.

El Saharasauro perdido para siempre.—Apuntes de lo que fué del Doctor y de sus compañeros.—Lord Cleaventod y las Sociedades filantrópicas.—Buques subdivisibles.—No importa donde se vá.—Papyrus de la dinastía XI.—Dos egiptólogos.—Una visita á Harlem.—Inesperado encuentro.—Declaracion de Franz.—Fin de Herr Ehrlich.

Quedó terminado de esta manera el paseo por el Africa Ecuatorial. Podemos tambien nosotros dar por terminada la mision que nos habíamos impuesto, de hacer la reseña de la expedicion emprendida en busca del famoso sauro antediluviano, que apenas sacado á luz, despues de haber estado sepultado durante tantas decenas de miles de años en su estado fósil, vuelve á hundirse esta vez para siempre en los abismos del mar, donde desprovisto de su costra sedimentosa, que le sirvió de preservativo contra las injurias de la mano destructora del tiempo, no tardará en quedar reducido á moléculas, último término de la divisibilidad de los volúmenes.

Diremos, sin embargo, aunque sea en breves palabras, lo que fué de los exploradores.

En efecto, el doctor había encontrado á su hija mala, con calentura que llegaba á los 41 grados y tenía su orígen en una dismenorrhea idiapática, procedente de un estado de pletora y de plasticidad sanguínea; pero con ayuda de ópio, alcanfor, sauco, éter, laúdano, amapola y baños alcalines, con la natural robustez de Julia y sus diez y seis años de edad, que pudieron más que la enfermedad, no pasaron tres semanas despues del regreso, que Mr. Leading, al celebrar su cumpleaños en casa de sus cuñados,

tuvo la satisfaccion de verla otra vez radiante de salud y de belleza sentada á la mesa. Al colega, á quien había dejado en el Hospital al marcharse, le había gustado mucho la estancia entre los asilados y al volver el doctor, para encargarse de nuevo de su servicio, le hizo el interino ciertas indicaciones en este sentido, ofreciéndole una permuta, ya que á él le acababan de ofrecer una plaza vacante de catedrático de patología quirúrgica, que hubiera tenido que rehusar por sufrir de asma y no convenirle, por esta razon, hablar desde la tribuna á los estudiantes un par de horas diarias. Mr. Leading había aceptado y ha ganado en el cambio, por que tiene ahora más tiempo libre, que puede dedicar á sus estudios y sus trabajos literarios. En la actualidad está escribiendo un interesante tratado sobre los diámetros bi-orbitario externo, bi-cigomático y bi-goniano de las cabezas de los negros, comparados con la cefalometría de las demás razas humanas, obra que está llamada á alcanzar un gran triunfo, por basarse sobre estudios hechos en el interior del Africa misma.

Lord Cleaventod hizo una visita á su viejo amigo escocés, Mr. Mac Koygach, para referirle las peripecias relativas á los descubrimientos en el Ruwenzori. El famoso pié, ó mejor dicho, los dedos de una de las extremidades torácicas, causa inconsciente de tantas desgracias, privaciones y pérdidas de vida, fué llevado á Cleaventod-House y figura allí la lámina esquistosa en un gran marco de roble, colgada de la pared en la biblioteca. Recientemente pronunció su primer discurso en el Parlamento, con motivo de un incidente promovido por los sucesos en la sultanía de Vitu y demostró que si su viaje durante un año en el Africa Oriental había burlado su esperanza, no por eso había dejado de adquirir un fondo de conocimientos bastante dilatado de aquellas regiones, para poder hablar con buen criterio sobre el porvenir y dominio del Reino Unido, en combinacion con los intereses alemanes, ó en contra de los inauditos esfuerzos que estos hacen para echar raices en dichas comarcas y fué Lord Cleaventod uno de los que con más energía recordaba al gobierno, cuán preciso era aumentar las medidas preventivas para que la trata no vuelva otra vez á levantar su vuelo, al amparo de las supuestas necesidades políticas de la nacion colonial vecina, la que halagando y haciendo entrar en su servicio á Emin, no ha dado precisamente con el mejor hombre en cuyo fuero interno, por su vida, pasada siempre entre Mahometa-

nos, esté muy arraigado el cristiano precepto de la redencion. En un brillante arranque oratorio de indignacion, recordó cómo se consideran todavía en algunas naciones por hombres públicos, á los naturales del tenebroso continente, como meros animales, un ganado que habla, para quienes no existiendo ni el dia de mañana, ni el temor al castigo, ni la esperanza de una recompensa por sus actos durante su paso por la tierra en otra mejor vida, de la que no tienen, ni pueden tener conocimiento siquiera, no hay que interesarse, meros brutos que se pueden cazar como á las fieras, como á condenados irremisiblemente, so pretexto de que no teniendo nocion de religion cristiana, pesaría sobre estos infelices el terrorífico anatema, que no podrán salvarse eternamente, blasfemia tan horrible como torpemente lanzada contra la infinita bondad y misericordia sin límites de Él, quien tan solo pedirá estrecha cuenta de sus actos á los que hacen el mal, sabiendo que cometen el pecado, á los que teniendo que moralizar con su ejemplo y casta conducta, prostituyen su mision con torpes pasiones, pero nunca jamás en Su divina sabiduría exigirá responsabilidad á aquellos séres desgraciados, que privados de la más elemental instruccion en medio de una existencia de que no tienen conciencia, no dudan siquiera si hacen daño ó cometen un mal.

La hermosa Lady Diana Moonlight, hija única de los vizcondes de Bigtowerborough y presidenta de la *English Ladies' Society for Improvement of African Womens' Welfare* (Sociedad de señoras inglesas para el mejoramiento del bienestar de las mujeres africanas),—creada el año pasado por varias señoras como competidora de la Sociedad hermana más antigua *Scottish Ladies' Association for providing the Dark Continent's Women with shoes and drawers* (Asociacion de Señoras escocesas para procurar á las mujeres del Continente Tenebroso calzado y calzones), admirable institucion piadosa, gracias á la cual algunas negras, por lo demás en traje de madre Eva, empezaban á gastar zapatos, mejora con que seguramente simpatizaban las dos mil y pico de víctimas, que hace el hambre cada año en la metrópoli,—asistió en una tribuna al discurso del noble Lord, y quedó tan entusiasmada de la defensa de los habitantes del Africa, que le nombró sócio de mérito de su Sociedad, en cuyo nombramiento habrá influido regularmente la bella y arrogante figura del orador. Se lo hizo presentar la misma noche en St. James' Hall y segun todas las apariencias, si en la aven-

tura de Africa perdió Lord Cleaventod un raro ejemplar del órden sauropterígio, por contra en virtud de su discurso sobre el mismo continente, habrá encontrado en Lady Diana Moonlight, una esposa, que no le exigirá más, que el retirarse de la carrera militar y ayudarle en su múltiple correspondencia de propaganda, unas ocho ó nueve horas al dia.

Los primos Mr. Brown y Mr. Plemperton, habían vuelto á ocupar su casa en Grosvenor Square, donde el ingeniero encontró dos cartas de antiguos condiscípulos suyos de Eton, quienes acordándose de su amigo Alexander, solicitaban su concurso, el uno para la edificacion de una fábrica de botellas de papel, el otro más importante, para la construccion de un buque doble divisible, cuyo objeto era poder llegar por el interior desde Schischemskaja, en el golfo de Onega del Mar Blanco de Laplandia, á San Petersburgo, en lugar de dar la vuelta por Noruega, Dinamarca y Suecia, atravesando primero el rio Wym, que une dicho golfo con el lago Wyg, luego el rio Segescha que pone en comunicacion este último con el lago Segosero, despues el canal Kumsa entre este último lago y el de Onega, el cual lago comunica á su vez con el gran lago Ladoga por medio del rio Swir y finalmente por el Newa á la ciudad del czar Pedro el Grande, el gran emperador, que no tuvo inconveniente en trabajar como simple bracero con el nombre de Pietersbaas, en los astilleros de Holanda, durante varios años á fines del siglo XVII, para que aprendiendo prácticamente en todos sus detalles las construcciones navales, pudiera luego, de vuelta á Rusia, formar y dirigir un cuerpo de carpinteros de ribera y crearse una flota. El objeto era atravesar todos los citados rios y canales, sin tener que apelar á las molestas y costosas operaciones del transbordo, puesto que los pasos no ofrecen bastante amplitud para embarcaciones grandes, construyendo el buque de acero á causa de los hielcs y de manera tal, que se le puede fácilmente dividir y convertir en dos naves independientes una de otra, de modo que cada cual por sí sola funciona sin dificultad, volviendo á unirse al llegar á los lagos. Mr. Brown contento de volver á entrar en la vida activa de los negocios de su competencia, despues de haber ido á abrazar á su padre en Brighton, salió á los tres dias para Ashford, condado de Kent, donde vivía Mr. John Bottle, el que quería montar la fábrica de envases de papel para líquidos y despues ponerse en camino para Glasgow, residencia de Mr. Thomas

Nughstone, el armador. No piensa volver hasta Navidad, para pasar las Pascuas con su familia en la fábrica de cerveza.

Mr. Richard Plemperton volvió á sus acostumbrados paseos por el Hyde y el Green Park y por The Mall; pero por preciosa que esté esta parte aristocrática de la inmensa capital, cuando se vió solo en la casa, despues de la marcha de Mr. Brown, se fastidió considerablemente y aguijoneado por la necesidad de viajar, ordenó de pronto un dia á fines de Agosto á Mocky, que tuviese todo prevenido para tomar por la noche el express para Calais; no sabía todavía á donde se dirigiría luego, eso lo pensaría en camino, que de Calais se vá á todas partes, además de importarle poco el punto. Cuando llegó al puerto de Calais, no había aun tomado decision alguna, si ir á París y tomar un billete directo para Constantinopla, con el pretexto de llamar á las puertas del monasterio de Baluklu y pedir un almuerzo, en que le servirían peces sacados del estanque subterráneo que en él existe, ó tomarlo para Roma, para contar por sus propios ojos, si hay 60 ó solamente 46 catacumbas y cuántas son las luminarias de las criptas que quedan por restaurar, ó bien ir á Copenhague y dar otra vuelta por el museo semiegipcio, semipompeyano de Thorwaldsen y las 648 estátuas debidas á su delicado cincel.

Sin haber acordado nada, quiso dejar á la suerte el escoger la ruta. Se encaminó á la estacion, un tren iba á salir, se acercó á la ventanilla del despacho de billetes y pidió dos asientos de primera. Le preguntó naturalmente el encargado, para qué puntos los quería; Mr. Plemperton, encogiéndose de hombros, contestó en inglés *don't care* (me es indiferente), la cual frase sonó al oido del empleado como Dunkerque, pronunciado por un extranjero y por consiguiente, le entregó dos billetes para la ciudad natal de Jean Bart, aquel tipo del indómito pirata con patente de corso, que ni pestañeaba cuando una bala inglesa ú holandesa le arrancaba la largavista por la que seguía los movimientos de los adversarios del Rey Sol, ni quería dejar la brutal costumbre de sentarse de preferencia durante una accion, encima de un barril de pólvora, mientras encendía y fumaba sin tregua su pipa de barro. En menos de cinco cuartos de hora, el tren dejó á Mr. Plemperton, en la ciudad que Cárlos II de Inglaterra vendió á Luis XIV en 1662 en cinco millones de libras francesas y en la estacion se encontró al reverendo Sweethoney, entusiasta coleccionista de papyrus egipcios, con

quien había viajado años atrás de Siut á Tebas en el alto Egipto. El ilustrado presbítero había llegado el dia anterior con el vapor de Ostende, engolosinado por un anuncio del *Archaiographical Review*, concerniente la subasta de dos momias y siete papyrus del tiempo de la dinastía XI, es decir, á fines del tercer milenio antes de J. C., que trataban de diferentes doctrinas secretas de los *mobed* ó sean sacerdotes egipcios; pero despues de haberse molestado en hacer el viaje, se había pronto desilusionado, al observar que las momias estaban muy deterioradas, no solamente por vicio de embalsamiento durante los baños de sosa y por la defectuosa extraccion del cebrero por la nariz, sino que gran parte del *byssos*, que son las vendas engomadas de lino de la envoltura, estaban levantadas, probablemente por el primer adquirente, que iba en busca de los amuletos de sardonix, zafiro, malaquita ó lapislázuli, ó tal vez, quién sabe, efecto de haber sido estas momias manipuladas más de lo necesario, aun en tiempo de los mismos Faraones, ya que Diodoro (I g. 3) refiere que los antiguos Egipcios cargados de deudas, podían empeñar las momias de sus antepasados. Desde luego no eran cuerpos de personas de calidad, puesto que no llevaban anillos-sellos sus dedos, ni señales de haber llevado joyas al ser depositadas en los sarcófagos y en cuanto á los papyrus, estos habían sido vendidos el dia antes á un egiptólogo de Leide, segun le informaron.

Esto lo contó el reverendo Sweethoney con su locuacidad ordinaria, en el mismo anden, esperando la salida del tren para Bruselas, con objeto de dirigirse luego desde allí á Leide, la ciudad que encierra la renombrada universidad y el tan célebre museo egipcio, en cuyo punto vivía un buen amigo suyo, Joost Meijer, vendedor de antigüedades, que tenía en todas partes sus agentes y viajantes y abastecía tanto á una multitud de museos, como á las colecciones de particulares, de objetos muchas veces de un raro mérito, procedentes de las excavaciones practicadas por su cuenta, lo mismo en la vía necropolitana de Appius y las Catacumbas de Roma, en el Akrópolis y el Parthenon de Atenas, en las ruinas de Persépolis en Persia, en las de Tebas, en los túmulos de Sardes y los sepulcros de Samoun en Egipto, como en Babilonia, Ninivé y Troya en el Asia Menor, en Canarah, Elephanta y Ellora en la India inglesa.

A falta de mejor y como todo se reducía para Mr. Plemperton

á viajar, resolvió acompañar á quien había encontrado y tomó pasaje como él para Bruselas, donde pasaron la noche, y á la mañana siguiente continuaron el viaje á Leide.

No conocía la Holanda, la había atravesado una vez desde Rotterdam hasta la frontera alemana sin bajarse de su wagon, y ya que estaba en ella, quería aprovechar la ocasion para ver aquel rico y glorioso país, que ha representado tan importantísimo papel en la historia de los pasados siglos, modelo de monarquía constitucional desde principios de este siglo, despues de haber formado durante tantos siglos una república aristocrática, gobernada por los ascendentes de sus actuales reyes, que tenían á sueldo en sus constantes guerras á treinta príncipes alemanes. Dos dias despues de su llegada á Leide, quiso ver á los alrededores y tomó un billete para Harlem, encantadora ciudad llena de jardines y parques públicos y de centenares de magníficas residencias de verano de los habitantes de la capital del reino, el riquísimo Amsterdam, masas de flores que ocupan hoy el sitio donde antes se elevaban formidables murallas y fuertes torreones, que libraron á la plaza del asedio de los Españoles durante la guerra de los ochenta años entre ambos países, ayer tan fieros enemigos (*) y hoy tan buenos

(*) Antes que con la paz de Munster en 30 de Enero 1648 acabara definitivamente la guerra de ochenta años entre España y Holanda, aun antes de Abril de 1609 cuando se había convenido entre ambos beligerantes una tregua de hostilidades por doce años, D. Antonio Doûblet de Beauvois, nacido en Mayo de 1527 en Malinas (hoy de Bélgica), hijo de D. Felipe Doûblet de Beauvois, Procurador General del Consejo Mayor de Cárlos V y de su segunda esposa D.ª Juana Couliers y nieto de D. Juan Doûblet de Beauvois, el undécimo abuelo materno del autor, que había sido investido en 1482 con igual cargo en el Consejo Mayor del emperador Maximiliano y de la baronesa D.ª María de Picaret,—se separó por divergencias religiosas de sus diez hermanos y se fué en 1555 á España á la corte del rey Felipe II, quien al conocer su valía y queriendo atraerse para sus fines políticos á diferentes familias nobles y patricias de Holanda y Flandes, le nombró su archivero, cuyo cargo y otros palaciegos más, desempeñó durante veinte años y le hizo merced del título de conde. Al cabo de tantos años volvió por razones de familia á Holanda, donde se casó con D.ª Susana van der Steen y deseando ya descansar y quedarse en la Haya con los suyos, presentó sus cartas de nobleza española á los Estados Generales de Holanda y Zelanda, pidiendo la validacion del título, pero estos le negaron su peticion por proceder el nombramiento de un monarca español. D. Antonio Doûblet de Beauvois al morir en Enero de 1584, sin dejar sucesion, porque su único hijo había muerto jóven y soltero, legó sus bienes y derechos á su primo D. Felipe Doûblet de Beauvois, Secretario de la Córte de Holanda, hijo de su tio D. Cláudio, que había sucedido á su padre en su cargo cerca del emperador Cárlos V y de la baronesa D.ª Catalina van den Broek y á los descendientes de este primo, entre los que uno, D. Francisco Doûblet de Beauvois, baron de Groeneveld, vino tambien á España, puesto que fué nombrado en 1743 por los Estados Generales, Enviado extraordinario cerca del rey Felipe V.

amigos, como que son poseedores de más de la tercera parte de los títulos de la Deuda española.

Al dar unas vueltas por entre tantos palacios de mármol blanco de Carrara, distinguió á lo lejos, en medio de una exuberante vegetacion, sobre una pequeña elevacion, una vasta construccion moderna, aislada de los demás edificios, que el intérprete, todo un correcto caballero, que le acompañaba en el landó, le dijo ser Meerenberg, un manicomio interesante por su lujo, comodidades, diversiones de toda clase y por el sistema altamente filantrópico que le rige y le ofreció introducirle, si tenía deseo de ver la casa. No se le había ocurrido nunca á Mr. Plemperton visitar algun establecimiento de esta clase y por más que no le interesaba gran cosa semejante visita, por decir algo, contestó que bueno.

Fueron introducidos en un despacho amueblado con un gusto estético severo, donde el director despedía á la sazon á una docena de señores, todos especialistas alienistas de diferentes nacionalidades, que reunidos en congreso internacional en la Haya, ciudad donde reside la Córte y el gobierno, sin ser ella la capital del reino, singularidad holandesa, habían considerado necesaria para su cometido, una visita detenida al establecimiento. El director, que se expresaba en buen francés á la generalidad, cambió en la despedida algunas frases en correcto inglés, aleman é italiano á otros tantos de los delegados, cosa que no dejó de llamar la atencion de Mr. Plemperton, acostumbrado al sistema del funcionario inglés de nunca aprender más lengua que la suya. Había visitado ya los jardines, los salones y patios de recreo y gimnasia, bibliotecas, dormitorios, comedores y el salon de conciertos y del teatro, cuando pasando por una galería en el piso principal, oyó un ruido como si se golpeara una pared con una caña y le pareció reconocer una voz que reconvenía con cariñosa suavidad. Mr. Plemperton, sorprendido, y no fiándose de su oido, se acercó á la puerta del cuarto de donde al parecer había salido la voz y en aquel momento el acento irritado de otra persona, no le dejó duda sobre la identidad de quien allí se encontraba. Allí estaba Herr Ehrlich.

Nunca había simpatizado mucho con el profesor y despues de la mala jugada en Zanzibar, ni siquiera le había querido visitar en Tarifa. La curiosidad, sin embargo, de saber cómo este triste personaje había venido á parar á Harlem, para poder dar la noticia á su vuelta á Lóndres, hizo que preguntara al director, si

podría satisfacer su deseo de conocer la causa de la venida del paciente á Meerenberg, y el director del manicomio, en extremo amable, le hizo la siguiente reseña:

El que ocupa el cuarto número 72, un señor aleman, llegó aquí hace tres semanas acompañado de un criado suyo que se sacrifica por su amo, el cual, segun me participó, es un distinguido arqueólogo en su país y por consecuencia de un naufragio á la vuelta de un viaje al Africa, recibió lesiones que han trastornado sus facultades intelectuales, hasta el punto de creer haberse vuelto un sauro; anda horas enteras á gatas, no se sirve de tenedor ni de cuchillo para comer, sino que coje sus alimentos con la boca, luego se pone de pié delante de la puerta y empieza á dar con una caña en la mano, un curso de anatomía descriptiva como si estuviese explicando la asignatura en una aula de su academia, observándose despues de un principio de buena y sana explicacion, que empieza á desviarse de su tema, á mezclar la materia y acaba por volver á andar con manos y piés por el suelo y solamente á fuerza de mucha paciencia y persuasion puede lograr el criado, que su amo se acueste. No molesta casi nada en la casa, el criado hace la limpieza del cuarto, baja por las comidas, las sube y se las dá, de modo que no ocupa á nuestro personal para nada, muy diferente del caso que hemos tenido la semana pasada, de uno que esperó al empleado que le fué á llevar la comida, detrás de la puerta, se echó encima de él con una fuerza de Milon de Cretona, de manera tal, que el hombre se quedó sin conocimiento y cuidado que era un toro de fuerte como aquí se necesita; luego el paciente cambió de ropa y gorra con él, le acostó en su cama, cerró el cuarto, salió por los corredores y me vino á buscar en mi despacho, para decirme que si no le aumentara el sueldo y le nombrara generalísimo del cuerpo de bomberos, no respondía durante todo el mes que el sol alumbraría al globo, emprendiéndola á silletazos con cinco ó seis empleados, que yo había avisado por medio del boton eléctrico colocado en mi sillon.

A la pregunta que hizo Mr. Plemperton al doctor, si creía que el caso del señor aleman era incurable, le contestó que sería muy arriesgado emitir un dictámen sobre punto tan delicado, que como hacía poco tiempo que había ingresado, era prematuro formar un juicio concreto, el cual tal vez habría que reformar luego; que nunca le gustaban casos de enagenacion mental, proviniendo

de heridas en el cráneo y menos como el número 72, que se conocía sufría mucho de dolores de cabeza, sin que fuese menester lo dijera y que era posible existiese algun foco purulento, sangre extravasada ó alguna esquirla, que lo mismo la naturaleza por sí sola puede reabsorber ó enquistar, como que puede producir de repente una inflamacion extensa, cuyas consecuencias á nadie es dado pronosticar.

En este momento abrióse la puerta del cuarto y salió Franz, quien al pasar delante de Mr. Plemperton se inmutó, se quedó parado y con balbuciente voz, dijo en tono apenas perceptible:—«¡Tambien aquí, tambien aquí, Dios mio! Porqué se le persigue tanto!» ademán, entonacion y palabras que no dejaron de sorprender al director. Mr. Plemperton al observar la extrañeza reflejada en el semblante del doctor, le dijo sencillamente que había conocido al criado en un viaje, y que él por su parte no había hecho nada que pudiera dar motivo á que el otro se impresionara tanto, palabras que seguramente hubieron de tranquilizar á Franz, cuando éste, respirando á pleno pulmon, saludó silenciosamente y volviendo sobre sus pasos, entró de nuevo en el cuarto.

No quedando nada más que ver, el director condujo á su visitante al despacho, donde despues de cambiar todavía algunas frases políticas, iba á despedirse Mr. Plemperton, cuando Franz pidió permiso para entrar y estando dentro, le dirigió la palabra del modo siguiente:

—Ya es esta la segunda vez que contra todo cálculo, el destino le pone á Usted en el camino de mi amo. Ni en Tarifa se podía jamás esperar verle aparecer inopinadamente, ni en esta apartada region; la fatalidad lo ha querido así. Herr Ehrlich, en un arrebato de ofuscacion, de delirio paleontológico, de monomanía de sábio, que vá en pós de una idea fija, en que tiene concentrado todo su orgullo y la ambicion de su vida, ha sucumbido sin querer, sin saberlo siquiera, sin darse cuenta; la kleptomanía embargó su inteligencia sin que su voluntad en ello tuviera parte y sucedió lo que tanto deploro. Si á cada falta su castigo, tambien á cada pecado su perdon y ¡qué castigo más cruel que el que el destino ha deparado al pobre! La justicia de los hombres puede considerarse cumplida, la vindicta pública satisfecha; así es, que espero, confiado en su magnanimidad, que ninguno de Ustedes los ofendidos, piensen más en molestarle, ni en demandarle por un pasado harto

vengado. Con todo, mucho quisiera que así tuviera la bondad de confirmármelo, para que yo con tal autorizacion, pueda infiltrar la quietud en la mente del amo.

Mr. Plemperton contestó que si Lord Cleaventod, el principal interesado en la cuestion, había perdonado, como no dudaba lo había hecho tan cumplido caballero, dada su grandeza de corazon, ni el doctor, ni su primo, ni él tenían nada que decir, ni nada que reclamar, y que si las palabras de generoso perdon, puedan penetrar hasta su nublada inteligencia y servir de base para una vuelta á la razon, que autorizado estaba Franz para devolver la tranquilidad al ánimo del enfermo. Preguntóle luego cómo habian venido á parar á Harlem, cuando en Tarifa se habló de embarcarse con destino á Hamburgo, el cual hecho explicó el criado de la manera siguiente:

—Despues que Ustedes se marcharon, nos quedamos todavía tres dias más en casa del señor vice-cónsul, antes de podernos embarcar para Cádiz. Allí, efectivamente, había un vapor á la carga para Hamburgo, y ya habíamos tomado pasaje, cuando el profesor tuvo un ataque acataléptico, que nos detuvo allí doce dias, hasta que por fin la fiebre cesó, y si fué fuerte el acceso, que lo diga el médico gaditano, que á no haberme yo opuesto enérgicamente, hubiera procedido á hacer la trepanacion, y Dios sabe cómo, ya que declaró que, ignorando qué punto era el que sufría la compresion, puesto que los síntomas manifestados pueden confundirse, no sería de extrañar que hubiera precision de hacer varias coronas de trépano en el sitio de la fractura. Cuando pudimos marcharnos, por fin, el vapor se había ido, llevando á bordo á Herr Speichel, que restablecido del todo y muy mejorado del ojo, hasta el extremo que, aunque tuerto, podía andar solo por las calles, había querido irse ya, para presentarse á su Sociedad, dejándonos dinero bastante para el viaje y para nuestras necesidades. Me dijeron que hasta dentro de un mes no habría otro vapor para Hamburgo; era mucho esperar todo un mes y como no le podía convenir á mi enfermo, que hiciera el viaje en ferro-carril, á causa de los frecuentes é inevitables cambios de trenes, tomé pasaje á bordo del vapor holandés *Nederland*, y salimos el 28 de Julio para Amsterdam.

Había tenido una feliz inspiracion al decidirme por este vapor, puesto que me encontré en su capitan á un hombre muy de bien

que, compadecido del señor, me dijo un dia durante la travesía, que duró seis dias, porque tuvimos que hacer escala en Lisboa y en Burdeos, para tomar vinos, que donde el profesor estaría perfectamente y con esperanzas de curarse, sería en Meerenberg, cuyo director era tio carnal suyo. Me celebró tanto el establecimiento de Harlem, que yo, que no hubiera querido llevar á Herr Ehrlich ni á Hamburgo ni á Berlin, por temor á una denuncia de Lord Cleaventod, y que me había propuesto seguir con él hasta Gotheburgo, Riga, San Petersburgo, ó cualquiera otra gran ciudad del extranjero, donde encontrar á reputados médicos, aproveché tan oportuna casualidad y al entrar en el canal de IJmuiden, el capitan nos desembarcó en el pueblo de Velzen, á cuyo punto hasta tuvo la atencion de telegrafiar á un conocido suyo, para que se nos tuviera prevenido un cómodo coche, que nos llevó en poco tiempo á esta casa, en la cual, Dios mediante, y como me lo hace esperar el señor director, mi amo recobrará su juicio y volveremos entonces á nuestra casa, en la *Leipzigerstrasse*, á nuestra cátedra y á nuestro museo de historia natural.

Al concluir esta reseña se despidió Franz de su interlocutor, saludó al director y volvió arriba al cuarto de su amo. A su vez, Mr. Plemperton estaba por retirarse, saludando al doctor que le acompañaba hasta la puerta de entrada, cuando gritos de angustia que partían de lo alto de la escalera del piso, voces de: — «¡Doctor! doctor! Mr. Plemperton, socorro, socorro!», les hicieron volverse, subir la escalera desde cuyo descanso llamaba Franz y entrar en el cuarto número 72, con varios empleados acudidos á los gritos.

Triste espectáculo les esperaba allí. El enfermo, brotando sangre por las orejas, á consecuencia de habérsele abierto la herida por una causa desconocida, quizás por haberse subido encima de la mesa y haberse caido al suelo, porque una silla y la mesa estaban ambas con los piés para arriba en medio del cuarto, — se mantenía derecho, sosteniéndose con una mano en uno de los piés de la mesa y teniendo en la otra la caña, con la cual enseñaba un punto en el espacio. Franz y el director se acercaron al demente, para llevarle á la cama y contener la hemorragia, pero á ambos les apartó con la caña. Con la mirada inconsciente como la de un ciego que mira sin ver, estaba hablando en alta voz ante un auditorio imaginario.

—Señores, decía,—tengo la satisfaccion de presentar á Ustedes el único ejemplar existente, de un órden de saurios completamente desconocido en la ciencia, por mis desvelos descubierto, el Saharasaurus Ehrlichii, que.....

No acabó la frase. Súbitamente se irguió como movido por un resorte, se dilataron las pupilas de sus ojos, los músculos de la cara se contrajeron y se llevó las manos á la garganta; un golpe de sangre saltó de su boca y de su nariz, el enfermo exhaló un ronco gemido y se cayó al suelo. Franz se precipitó para sostener á su amo y trató de acostarle en la cama; el director se inclinó encima de Herr Ehrlich y levantándose un momento despues, dijo con voz conmovida:

—El pobre ha terminado su mision en esta tierra. Dios le acoja en Su eterna Gloria. ¡Amen!

ÍNDICE

PÁGINA

Dedicatoria 5
A mis lectores 7

PRIMERA PARTE

En Grosvenor Square 9

CAPÍTULO I.

Sir Henry Goldner batido por un médico.—Vidrio plano de algas marinas.—Los Ingleses en la India.—Expedicion hidrográfica escocesa á las fuentes del Nilo.—El Nubio Rad Abah.—Descubrimiento de una caverna zoolítica en el Ruwenzori.—Hallazgo de un esquisto.—Dedos de más de un metro de largo.—Lord Cleaventod deja el Egipto y vuelve á Inglaterra 11

CAPÍTULO II.

El profesor Probus Ehrlich en el Cabo de Buena Esperanza.—Los termites y las langostas en el Continente Tenebroso.—Un tren de viajeros incendiado.—El mareo marítimo combatido por Franz.—Vida militar del paleontógrafo.—La Sociedad de

PÁGINA

Descubrimientos Tropicales de Berlin.—Condiciones para atravesar las regiones de la influencia alemana.—Las Sociedades geográficas, etnográficas y zoológicas de Lóndres 23

CAPÍTULO III.

El vapor para Zanzibar no puede salir.—Accidente de Herr Ehrlich.—Curso de zoología antediluviana.—El mar del Sahara y cómo dejó de serlo.—La Atlántida.—Épocas de las grandes convulsiones terrestres.—Panorama ideal de Mr. Leading... ... 39

CAPÍTULO IV.

Distintivo del Saharasaurus Ehrlichii.—Periodos prehistóricos comparados.—Una carta inédita del africanista Steudner y un dibujo de un guerrero negro, en una venta pública.—La leyenda del Sahara marítimo.—Proyectos para la vida en el Africa Central.—Se necesitaba un médico.—Ofrecimiento á los cuatro.—El sábio vizlumbra á un competidor 55

CAPÍTULO V.

Preparativos para la expedicion.—Salida de Lóndres.—Heligoland.—El vapor *Africa für uns*.—Seguros contra lesiones.—Una carta en Suakin.—Avería de consideracion en el Mar Rojo.—Hay que arribar á Aden.—Desgracia con los cañones Krupp.—Fondeo en Bagamoyo.—Diferentes caminos desde el litoral al centro de Africa.—Ventajosa adquisicion... 71

SEGUNDA PARTE

De Zanzibar á los Lagos Ecuatoriales... 89

CAPÍTULO VI.

Encuentro con Herr Speichel.—El guía Abu-Dakar-ben-Yusuf.—Pasajes del Korán.—En marcha para

PÁGINA

el lago Victoria.—Insubordinacion de los porteadores, dominada por un procedimiento físico.—Guerras entre tribus.—Fiebres generales.—Reconocimiento del país por haberse perdido el camino. 91

Capítulo VII.

El hombre segun Platón.—Falta de galantería con una negra.—Hostilidades de los indígenas.—Asalto de un desfiladero.—Lucha y muerte del guía; otro nuevo.—Trata de esclavos.—Operaciones mercantiles; una partida de marfil.—Un peligro de muerte. 105

Capítulo VIII.

Colmillos de elefante contra armas de fuego.—Experimentos químicos.—Una noche oscura. Industria de un gusto especial.—La justicia en la antigua Roma.—Mocky y Franz detrás de 32 negros.—Momento crítico.—Los primeros disparos.—Misiones inglesas.—Ei rio Malagarasi.—En las orillas del Tanganika.. 119

Capítulo IX.

Legiones de ranas.—Los batracios en la antigüedad, en física y como buen alimento.—Heráldica y divisas.—Episodio de la historia de Inglaterra.—Relaciones con América antes de los viajes de Colon.—Hecatombe con ocasion de la muerte del rey Basonga.—Cacería de cocodrilos 133

Capítulo X.

Querer la cabeza del Nilo.—Opinion de Herodoto.—Sistema primitivo de cazar por el fuego.—Toma de una aldea.—El dardo de los Parthos.—El sargento empalado.—Noche Buena en el Ankori.—Ejemplares vivos del *homo troglodytes*.—El lago Albert

PÁGINA

Edward.—Cómo los Cartagineses traficaban.—La cordillera volcánica del Ruwenzori.—Otra vez Rad Abah. 153

TERCERA PARTE

Las Cavernas zoolíticas del Ruwenzori... 171

CAPÍTULO XI.

El Semliki.—Otra caravana.—Emin bajá y Stanley.—Excursion al Ruwenzori.—Los perros y gatos en el Egipto.—Efectos seisméticos en el pozo.—Principales procedimientos de adivinacion.—Aparatos Davy y Bathwell.—Paseos subterráneos laberínticos... 173

CAPÍTULO XII.

Criptas, subterráneos, grietas, túneles, abismos, encrucijadas.—Lipotimia del profesor.—Marcha del Nubio.—Una gruta con estalactitas y estalagmitas.—Medicion matemática de la profundidad de un precipicio.—Formacion de un puente.—Filigrana pétrea.—Un salto de agua destapado.—Heúreka.—Arquímedes y la corona del rey Hieron... 187

CAPÍTULO XIII.

Un preadamítico esqueleto.—Antropología terciaria.—Galería espiral.—Un lago del subsuelo.—Decoccion de madera para el baño de las momias.—Subida del agua dentro del pozo.—Bastantes fósiles antediluvianos.—Fáuna africana.—Por fin la anhelada caverna encontrada... 203

CAPÍTULO XIV.

El Mosasauro holandés objeto del asedio de una fortaleza.—Detrás de dos moles erráticas.—Ochenta

PÁGINA

libras esterlinas por el Saharasauro.—El espolón característico en los dedos.—Trabajos de descostramiento.—Dos ejemplares intactos.—Recuerdos de Pompeya y de Herculaneum... 217

CAPÍTULO XV.

Descripcion osteológica de los lagartos.—Dientes petrificados del Zeugladon, del Dichodon, etc.—Veinte canastas preparadas; la mitad llega arriba.—Explosion, hundimiento, una catarata que se abre paso.—El nuevo abismo.—Un cartucho de picrato de potasa.—Planes de expoliacion... 231

CUARTA PARTE

A la vista de Tarifa... 245

CAPÍTULO XVI.

Dos graves enfermos.—La exploracion de la cuenca del Nepoko imposible.—Los artículos del presupuesto.—Por el Uganda al lago Victoria.—Entrevista con su rey.—Un acto del autócrata.—La compasion segun Séneca y Tácito.—Veinte y cinco dias de navegacion sobre el Ukerewe... 247

CAPÍTULO XVII.

Cacería de gnos.—Tempestad en el lago.—El país de Massai.—Lagos de natron.—El volcan Ngai y las fuentes hirvientes.—Azúcar y melaza como buen mortero.—Escasez de alimentos.—Preparativos para apoderarse del Saharasauro.—Vuelta á Zanzibar.—Dos vapores por salir.—Se consumó el robo. 265

CAPÍTULO XVIII.

Detrás del ladron.—Una denuncia telegráfica en Suez.—Carreras al vapor sobre el lago Erie.—El vapor perseguido naufragado.—Hay que trasladarse á Ta-

PÁGINA

risa.—Lo que había pasado en la catástrofe.—Dos modos de recompensar un hecho de caridad.—El profesor se ha vuelto loco.—Los buzos.—Episodios de la guerra de la independencia de Grecia.—Alucinaciones del enfermo.—Regreso á Lóndres. 285

CAPÍTULO XIX.

El Saharasauro perdido para siempre.—Apuntes de lo que fué del doctor y de sus compañeros.—Lord Cleaventod y las Sociedades filantrópicas.—Buques subdivisibles.—No importa donde se vá.—Papyrus de la dinastía XI.—Dos egiptólogos.—Una visita á Harlem.—Inesperado encuentro.—Declaracion de Franz.—Fin de Herr Ehrlich... 305

CRONOLOGÍA

DEL

VIAJE AL RUWENZORI Y VUELTA Á EUROPA

Se combina la expedicion en la noche. . .	del	8	de Mayo.
Salida de Lóndres de Lord Cleaventod, Messrs Leading, Plemperton y Brown, James Queen, Belt y Mocky.	el	20	» »
Salida de Hamburgo en el vapor *Afrika für uns* de Herr Ehrlich, de Franz y de los anteriores.	»	24	» »
Encalladura del vapor en el Mar Rojo. . .	»	11	» Junio.
Desgracia en Aden	»	10	» Julio.
Llegada á Bagamoyo.	»	22	» »
Principia la marcha para los Lagos de la Ecuatoria.	»	28	» »
Reunion de la caravana con Herr Speichel y su gente en Mwapwa.	»	16	» Agosto.
Salida de toda la expedicion para el Lago Victoria	»	20	» »
Llegada á Uveriveri.	»	4	» Septiembre
y á Nindo	»	26	» »
Todos postrados por las fiebres	»	1	» Octubre.

Sigue la interrumpida marcha. . . . . el 17 de Octubre.
Muerte de Abu-Dakar-ben-Yusuf. . . . . » 25 » »
Robo del marfil en Usenyé en la noche del 27 al. . . . . 28 » »
El Tanganika en lugar del Victoria Nyanza. » 31 » »
Noche de ranas, desde esta fecha. . . . . al 1 de Noviembre
Llegada al rio Rusizi. . . . . el 8 » »
Se llega al lago Alexandra. . . . . » 16 » »
Pasan el lago Thema. . . . . » 25 » »
y el lago Kivo. . . . . » 2 » Diciembre.
Ataque y grave accidente; muerte de Säufer. » 5 » »
Se emprende de nuevo la marcha. . . . . » 24 » »
Embarque en el lago Alberto. . . . . » 1 » Enero.
Encuentro con Rad Abah, Hr. Nysilfver y Mr. Trougham.. . . . . » 5 » »
Al pié del Ruwenzori. . . . . » 9 » »
Llegada al pozo . . . . . » 10 » »
Herr Ehrlich descubre una gruta con osamentas pétreas . . . . . » 13 » »
Lord Cleaventod reconoce á la verdadera caverna de la lámina. . . . . » 18 » »
El Saharasauro descubierto . . . . . » 19 » »
Explosion en la noche del. . . . . » 24 » »
Se vuelve hácia el Semliki. . . . . » 25 » »
Todos de nuevo reunidos . . . . . » 30 » »
Se emprende la vuelta á Zanzibar. . . . » 9 » Marzo.
El rey de Uganda permite el tránsito. . . » 13 » »
Llegada al Gran Lago. . . . . » 26 » »
Empieza la travesía bajo el Ecuador. . . . » 30 » »
Dia y noche de tormenta. . . . . » 21 » Abril.
Desembarque en la bahía de Kawirondo. . » 24 » »
Salida de Kisumo. . . . . » 27 » »
Aniversario inglés en Fumbi. . . . . » 20 » Mayo.
Dicho aleman en Mgera. . . . . » 24 » »

Llegada á Pangani	el	4	de Junio.
Travesía en el *Kaiser* á Bagamoyo. . . .	»	7	» »
Salida para Zanzibar y llegada	»	8	» »
El *Queen of the waves* y el *Suayeli* salen para Inglaterra, la misma noche.	del	8	» »
Detencion en Suez	el	23	» »
En Gibraltar por la mañana.	del	3	» Julio.
El *Santa Cristina* desembarca á los Ingleses en Tarifa en la tarde del mismo. . . .		3	» »
Vuelven de nuevo á Gibraltar	el	11	» »
De vuelta en Lóndres	»	15	» »

FIN DE "EL SAHARASAURO"

SI VIS PACEM PARA BELLUM

SI VIS PACEM PARA BELLUM

UN ASESINATO DESCUBIERTO POR EL MANUSCRITO DE UNA COMEDIA

(PÁGINAS DEL DIARIO DE UN JURISTA)

CAPÍTULO I

¿Porqué lloraba tanto la altiva castellana? Porqué hoy se entregaba, más que de costumbre, á tan violento dolor esa dama relativamente jóven, cuya abundante cabellera, precozmente argentina, atestiguaba una horrenda catástrofe, que debía haber conmovido hondamente esta existencia? Estaba, sí, vestida del más riguroso luto; todos en la aristocrática mansion lo estaban; su hija, agraciada niña de apenas quince primaveras, la preceptora de la jóven y la servidumbre, todas ya hace dos años llevaban luto y si bien para la cruel herida, que siempre anchurosa abierta en el corazon de la amante madre y brotando sangre sin cesar, cual si barbudo acero que la piedad desconoce, fuese mil veces introducido y mil veces arrancado, para producir mayor martirio en las palpitantes carnes, sobrado motivo de inmenso duelo existía; si bien á su Felipe se debía contar entre los muertos, aunque en verdad no hubiera pruebas seguras de su muerte, por más que las apariencias fuesen tan positivas que dudar no era posible ya y que, por lo tanto, había que admitir como cierto su fallecimiento, aun á falta del cuerpo

inerte y que era preciso rendirse ante la lógica de los hechos, que así lo indicaban; estas dudas, empero, que parecían haberse vuelto realidades, cuando en dos años transcurridos, ninguna sombra de esperanza había vislumbrado,—estas dudas, estas casi certezas, existían ayer lo mismo que anteayer y aunque siempre ensimismada, día tras dia triste, abatida y rezando por el alma del presunto difunto, no se entregaba, sin embargo, de contínuo á tanto llanto, á una explosion de dolor tan fuerte, á gritos tan mal reprimidos por abundantes lágrimas.

¿Porqué, pues, hoy parecían nuevas penas amargar una existencia tan castigada en el pedazo de su corazon, que le había sido arrebatado? Seguramente el viejo Don Basilio, depositario lo mismo que su abuelo y su padre, ya hacía un siglo, de la confianza de la noble casa de Zatubalóstegui, como sus jurisconsultos y notarios, había sido el causante; no que hubiera podido faltar en algo á su cliente, la idea de ello era inadmisible; no que hubiera anunciado alguna infausta noticia respecto al coronel de dragones, que á las órdenes de Zariátegui servía, entusiasta defensor de la causa, que la tierra donde estuvo su cuna había abrazado, puesto que sin ir más lejos, el dia antes todavía, la castellana había recibido una carta suya, directamente traida por un mercader y estaba el militar completamente bueno en Belascoain; no que en la fratricida lucha se hubieran devastado las mieses ó incendiado las granjas propiedad de la familia, puesto que el teatro de la guerra estaba situado actualmente bastante más al Norte y al Este, pero sí que algo había referido á la pobre madre que atañía al hijo desaparecido, revelaciones tal vez que echaban luz sobre el misterio, cuyo velo hasta la presente nadie había podido descorrer, datos que no admitían duda ya sobre la muerte del primogénito.

Y habían acertado los criados. En efecto, el letrado había tenido por imprescindible obligacion, comunicar á la afligida dama, que ya no quedaba ni la más remota esperanza de volver á apretar contra su amante pecho á aquel hijo tan querido, tan buscado, que decididamente había muerto y á fuerza de ruegos, exigencias y

súplicas de la dama, había terminado su reseña, participando que el vástago de los barones de Zatubalóstegui, había perecido traidoramente asesinado, que sus restos habían sido encontrados por fin. La infeliz madre, que tal vez era de los habitantes del castillo, la única que despues de dos años de luto, aun acariciaba la esperanza de lo imposible, al ver extinguirse súbitamente y ya para siempre la última centella de luz en las tinieblas de su dolor, se había desplomado sin sentido y á las voces de socorro de Don Basilio, la niña y los criados habían acudido á prestar ayuda á la desmayada señora, la habían llevado á su dormitorio, donde ahora se deshacía en llanto y el abogado no había tenido motivo de callar la causa, puesto que demás comprendía que la fatal noticia, fuera de la solitaria morada ya del dominio público, no tardaría en penetrar por las puertas y sería pronto conocida por sus habitantes.

CAPÍTULO II

Referiremos lo que había pasado en esta antigua casa más de dos años há, cuando allí todavía todo era esperanza en un risueño porvenir.

Felipe de Zatubalóstegui, era un jóven de apenas diez y ocho años de edad, de naturaleza bondadosa y más bien tímido que osado, cuando por regla general los adolescentes, al rayar en esta dichosa edad, tienen una inquebrantable fé en sus propias fuerzas y lo creen todo hacedero, fácil toda clase de empresa que quieren emprender. Sus padres, en lugar de dedicarle á la carrera militar, que había sido su deseo, como tradicion de la familia, le hacían por este motivo estudiar leyes en la Universidad de Salamanca, donde desde su ingreso hacía brillantes estudios, los que no impedían que á él como á sus compañeros, les quedara tiempo bastante para divertirse honestamente. Uno de los entretenimientos que en aquella época era más grato á los estudiantes, consistía en

escribir composiciones dramáticas, que pasando luego por la criba de la aguda crítica de un tribunal de entre ellos mismos por la suerte formado, á cuyo fallo sin apelacion, el autor cuya obra juzgaban sus compañeros, tenía que someterse, si resultaba aprobada, se representaba en un teatro de aficionados, dedicando el producto de las funciones á proporcionar recursos para la buena causa, como se llamaba por desgracia, arbitrar fondos para el sostenimiento de hospitales de sangre en las comarcas donde imperaba la horrenda lucha entre Españoles, que recíprocamente se hacían todo el daño posible, con objeto de labrar la felicidad del país cada uno de los beligerantes, Isabelinos y Carlistas, segun su mejor modo y manera de ver, el uno prometiendo abrir nuevos horizontes al desarrollo de la riqueza de la nacion, mediante libertades para el comercio y la industria, ofreciendo los sucesivos ministerios de Zea Bermudez, Martinez de la Rosa, Toreno y Mendizabal, quitar muchas trabas y vejámenes que dificultaban las transacciones y llevarlo todo por el camino de una libertad, de que no tenían todavía una idea cabal ni gobernantes, ni gobernados, —el otro protestando contra el injusto decreto de la derogacion de la ley Sálica, recordando el pátrio pasado de otros siglos, glorioso cual pocas naciones, cuando el país era poderoso, rico y respetado por la energía y sabiduría de sus reyes, por sus instituciones religiosas que mantenían incólume la fé de Dios, como única base, para que pueda existir la sociedad y por la sensatez del pueblo que en sus mayores tenía confianza, época de gloria y bienestar que la política de Don Cárlos prometía devolver á la nacion, si la suerte continuara protegiendo á Zumalacárregui y le hiciese vencedor de Espartero.

Felipe había tenido unos dias de verdadera inspiracion al desarrollar el argumento que se había propuesto y había resultado una comedia en tres actos, á la que había puesto el nombre de *Si vis pacem para bellum* (si quieres la paz prepárate para la guerra), locucion muy propia de las circunstancias que se atravesaban. La comedia había tenido un éxito como pocas y aproximándose las

vacaciones de Navidad, tuvo el jóven la idea de meter este trabajo literario en la pequeña maleta de cuero, que encerraba las pocas prendas que todavía por entonces, aun los estudiantes de familias pudientes consideraban bastantes, para leer la composicion á su madre, una vez llegado á su casa.

Tenemos aquí que consagrar dos líneas al manuscrito; nuestros lectores verán más tarde que es de necesidad, para ser comprendido lo que luego ha de referirse. Era un cuaderno en cuarto de unas cien páginas, todas escritas de puño y letra de Felipe, en cuya primera carilla no se leía más que el título de la obra, sin nombre del autor, sin lema alguno y en la segunda página empezaba la escena primera del primer acto, el todo cubierto con un forro de papel azul sin brillo. Como el cuaderno había pasado necesariamente por muchas manos á causa de la crítica y de los ensayos, todos los estudiantes le conocían perfectamente, desde la cruz hasta la fecha, es decir, desde la primera carilla con solo el *Si vis pacem para bellum*, hasta la palabra Fin, al cabo de la décima quinta escena del tercer acto. Explicado este detalle, prosigamos nuestra reseña.

Felipe y otro estudiante amigo suyo, Baltasar Torres, que vivía en Avila, á una jornada de distancia del castillo de Zatubalóstegui, tomaron el 15 de Diciembre la diligencia de Peñaranda de Bracamonte y al cabo de dos dias y medio, llegaron sin novedad á la ciudad célebre en la historia, por haberse allí refugiado y hecho fuerte en ella el obispo Don Sancho, contra los bandos que intentaron apoderarse del rey menor Don Alfonso XI, de quien se constituyó leal defensor y guardador hasta la oportuna resolucion de las Córtes.

Torres convidó á su amigo á que se quedase un par de dias en casa de sus padres, como lo había hecho recíprocamente él en el castillo el año pasado. Felipe aceptó gustoso la invitacion, máxime cuando Leonor, la hermana de Baltasar, á quien sabía de vuelta del convento donde había hecho su educacion, no le era indiferente; pero en atencion á los pocos dias que duraban las vacaciones

y deseando consagrar todo el tiempo posible á su madre y hermana en su solitario retiro, estando su padre operando en Cataluña contra las tropas de la reina, tuvo la suficiente fuerza de voluntad para no prolongar su estancia en Avila, más arriba de dos dias, despidiéndose de los Torres el 19 de Diciembre sobre las seis, con una hermosa noche de luna llena y emprendiendo el viaje en patines sobre el rio Adaja, completamente helado á la sazon, llevando su maleta á guisa de mochila sujeta con una correa. Había escogido este medio de locomocion, en primer lugar, por ser muy aficionado á patinar y luego, porque no saliendo hasta dentro de dos dias la diligencia para San Chidrian y Valladolid, ocasionaría esta espera un nuevo retraso en la llegada á su casa y tambien por no encontrar á un arriero dispuesto á llevarle á su destino en condiciones aceptables. Ayudado por un vientecito, que de la sierra de Gredos soplaba hácia el Norte, iba mucho más de prisa que si á pié hubiera emprendido la marcha por la carretera cubierta de espesa nieve y con la velocidad con que se deslizaba sobre el hielo, calculaba Baltasar, que le había seguido con la vista hasta un recodo del rio donde ya no alcanzaba más, que en menos de seis horas llegaría su amigo al castillo.

CAPÍTULO III

El 28 de Diciembre, la familia de Torres fué desagradablemente sorprendida por la llegada del mayordomo del castillo de Zatubalóstegui, quien mandado por la baronesa, venía á preguntar por su hijo. La señora había recibido hacía muchos dias una carta suya, en la que le anunciaba que al dia siguiente saldría de la Universidad para Avila con un compañero y que tal vez se detendría un par de dias con él, para luego seguir el viaje para casa. La madre había calculado, por lo tanto, que á los cinco ó seis dias, á más tardar al séptimo, llegaría al castillo y aunque espe-

rando con todo su corazon, que acortaría Felipe la estancia con sus amigos lo más posible, no se inquietó demasiado, cuando pasó ese séptimo dia, sin que la alegre voz de su hijo sonara en la alameda, que dá acceso á la gran escalinata de piedra de la entrada principal, los hijos por buenos que sean, pensaba ella, no sienten nunca tanto deseo de ver á sus padres, como éstos anhelan tener cerca á sus hijos. Pero cuando pasó tambien otro dia y otra noche más y tampoco llegaba Felipe, empezó á preocuparle esta tardanza, se asustó de su prolongada ausencia, tuvo miedo que algo pudiera haberle pasado y como el baron estaba lejos, al frente de su regimiento, á falta de hermano ó tio, encargó á su mayordomo montara á caballo al amanecer el noveno dia y sin reparar en gastos ni en el animal, fuera con la mayor celeridad á Salamanca á preguntar al rector, si realmente había salido su primogénito y con qué condiscípulo, ó si se había quedado en la Universidad, ya que una carta, nada de particular tenía, hubiera podido fácilmente extraviarse. El viejo servidor, salvando distancias por veredas y cañadas, mudando de caballo en Alba de Tormes, porque el suyo no podía seguir más, llegó por la tarde del dia siguiente á la poblacion y supo por el rector, que hacía diez dias se había marchado el jóven para Avila en compañía de Torres, no habiéndose recibido noticias de ninguno de los dos, cosa que no era de extrañar, cuando teniendo que ingresar de nuevo para principios de Enero, no habían recibido ningun encargo del rector, para el punto de su destino. El mayordomo, vivamente contrariado con esta contestacion, no se había permitido ningun descanso y perteneciente á esa raza de fieles servidores, que se identifican con las alegrías y los dolores de sus amos, raza honrada y digna, que las teorías del moderno perturbador socialismo, cual ponzoñosa lepra carcomiendo á la clase, vá haciendo desaparecer, Juan Martos volvió sobre sus pasos y se encaminó á Avila, dirigiéndose á casa de los Torres. Por una fatalidad no se encontraba la familia en la ciudad; había ido á Navalmoral, donde poseía un cortijo y tuvo, pues, necesidad de seguir hasta este pueblo, en que al fin pudo oir de boca de

Baltasar, cómo hacía nueve dias había visto á Felipe tomar el Adaja para arriba en direccion al castillo y que despues no había recibido ninguna carta suya anunciando su llegada.

Segun todas las probabilidades, el pobre jóven se había ahogado, cayendo al agua por algun boquete que uno de los habitantes ribereños hubiera practicado recientemente en el hielo, con objeto de sacar agua para sus necesidades y arrastrado por la corriente debajo de la capa sólida, había perecido sin ser visto, yendo su cadáver á parar al Duero, cuyas aguas tal vez en este momento le habrían ya arrojado al Océano.

En vista de este temor, los Torres, padre é hijo, se habían inmediatamente ofrecido á Juan Martos para recorrer juntos el camino que hubo de seguir Felipe, á ver si fuera posible indagar algo, encontrar á alguien que pudiera proporcionar alguna noticia. Todo fué inútil; á cuantas personas se preguntó en todo lo largo y á ambas márgenes del rio, hasta más allá del castillo y sus alrededores, nadie le había visto, nadie pudo dar noticias suyas. Se avisó á Don Basilio, quien no perdonó medios para dar con el paradero del hijo de sus clientes, la madre ofreció una importante recompensa á quien le trajera noticias de su hijo, los tribunales se movieron con eficacia, diferentes agentes de la curia, bien retribuidos, recorrieron la comarca, de trecho en trecho se cortó el hielo del rio y se registró todo cuidadosamente y hasta á Portugal se extendieron las pesquisas. El padre, avisado de lo ocurrido, obtuvo para un caso tan extremo una licencia por dos meses, aunque era en un momento en que, á causa de la innecesaria crueldad cometida con la madre de Cabrera, que los liberales acababan de fusilar, el partido necesitaba del concurso de todos sus jefes para tomar una pronta revancha. Voló el coronel de dragones al presunto teatro de la desgracia, movió todos los resortes, dia y noche en febril actividad, no dejó nada por remover ni por averiguar. Todo en balde; el infortunado estudiante no apareció y los Zatubalóstegui se vistieron de luto, sucumbidos ante la evidencia que Felipe había muerto.

CAPÍTULO IV

Pasó el invierno, el hielo y la nieve se fundieron al calor de un prematuro verano. Se volvió otra vez á recorrer cuidadosamente ambas orillas del rio, por si entre los peñascos algo se encontraba; pero nada, siempre nada. No quedaba la menor duda: Felipe había servido hace meses de pasto á la voracidad de los peces del Atlántico.

Dos años habían trascurrido desde aquella misteriosa desaparicion, cuando un dia el abogado y notario de la familia, residente en el vecino lugar de San Chidrian, tuvo necesidad por ministerio de la ley, de personarse en una venta, situada en el camino que de Aveinte conduce á Velayos cruzando el Adaja, como á media legua de distancia del rio, para dar posesion á su nuevo dueño, despues de un ruidoso pleito de herencia. Iba acompañado de alguaciles, porque sabía que el ventero le opondría dificultades para la entrega y toma de posesion y en efecto, no habían sido demás las precauciones, porque á su llegada, no solamente les negó la entrada el tio Pedro, cerrando la pesada puerta forrada con planchas de hierro y las ventanas del antiguo caseron, sino que por el postigo había amenazado hacer fuego sobre quien viniera á molestarle. Los alguaciles, fuertes con el mandato del juez, que llevaban encima, se alejaron para requerir ayuda de los cortijos cercanos, en nombre de la reina gobernadora y volviendo con una veintena de hombres, provistos de herramientas de labor, hubo necesidad de echar abajo la puerta para entrar dentro.

El ventero, llevando á cabo su amenaza y ayudado por dos robustos mozos de cuadra, como él armados de retacos y parapetados detrás de mesas, sillas, bancos y armarios, había saludado á los invasores con una descarga, de resultas de cuyos disparos un alguacil y dos labriegos cayeron á tierra, alcanzados en sus pechos por los proyectiles, dando principio esta apertura de hostilidades á un tiroteo de parte y parte, que despues de media hora de

fusilería, terminó con el desarme del tio Pedro y de sus mozos, todos más ó menos heridos en la refriega, por los disparos de los contrarios con la resistencia habida, de cuyas resultas siete hombres estaban en el suelo agonizando.

Estrechamente maniatados y sujetos por los piés unos á otros, á falta de carros de labor, fueron conducidos los criminales andando, á la enfermería de la cárcel del partido, instruyéndose la causa con toda brevedad, mientras los médicos les curaban las heridas. Uno de los dos mozos, que tenía un brazo roto, se agravó cuando hubo que amputárselo; le sobrevino una intensa fiebre que le hizo delirar y pronunciar frases que llamaron la atencion á Don Basilio, avisado por el alcaide para que las oyera, porque entre las palabras incoherentes del enfermo, se repetían á menudo las de: trampa..... baron de Zatubalóstegui..... yo no quise despacharle..... el buhonero te hirió tio Pedro..... te ayudé en lo que tú sabes..... no hagas daño al jóven, no, no..... tú te ríes porque te he dicho que todas las noches su fantasma me visita y me enseña su cráneo partido de un hachazo..... con el niño, has sido un cobarde, tio Pedro..... con el capitan no te hubieras atrevido.....

El abogado comprendió de seguida que este hombre, no solamente hacía referencia al pobre Felipe, sino que en su estado perturbado, estaba divulgando un horrible secreto, sobre el que en otras normales circunstancias, hubiera guardado el más absoluto silencio, por la participacion que en un hecho, al parecer un crímen, había tenido. Obtuvo del juez autorizacion para trasladar al preso á otra sala del edificio, estimuló el celo del médico, para activar la curacion del enfermo y no habiéndosele escapado á éste más detalles, sobre el suceso del que había hablado en su delirio, encargó el mayor cuidado y una excesiva vigilancia al alcaide. Despues de una larga conferencia con el juez, Don Basilio se dirigió un dia á la venta, que había quedado cerrada desde la prision del tio Pedro, para hacer investigaciones dentro del casaron y buscar si en él existía alguna trampa y encontraba algun vestigio del desaparecido jóven.

En la planta baja no descubrió indicio alguno que le hiciera sospechar la presencia de un escondite, ningun sitio de las paredes ó del suelo sonaba hueco, ni ofrecía señal de reciente trabajo de albañilería. El patio y el corral no indicaban tampoco nada de particular, nada que se pareciera á una trampa se encontraba. El pozo fué registrado con cuidado, pero de su fondo no se sacaron más que alguna que otra duela de un cubo roto. En el piso, destinado á dormitorios para los viajeros y los habitantes de la casa, habitacion tras habitacion fué inspeccionada, no adelantándose tampoco nada en esta visita.

Estuvo Don Basilio por retirarse, descontento de lo infructuoso que había sido su trabajo y de ver su esperanza defraudada, cuando volviendo á la primera habitacion del piso, donde se había quitado y dejado el sombrero y la capa, para recoger estas prendas y ponérselas, sucedió que al levantar la capa echada sobre una cómoda, se enganchó la cadenita del cuello en el anillo que á falta de boton servía al cajon inferior del mueble, para tirar de él y que con el tiron, saliera el cajon, que cayó al suelo, esparciéndose su contenido, consistiendo en un cuadro sin cristal encerrando una estampa de un santo, algunos clavos, una alcayata, un trozo de cordel, un cuaderno de papel, un cabo de vela de cebo, una pluma de ganso y un cuerno de buey con tapon de corcho, que se desprendió con la caida y derramó unas cuantas gotas de tinta negruzca en el ladrillado.

Gran coleccionista de dibujos y movido por la curiosidad, por si la estampa valiera algo, se inclinó y la recogió. Era un tosco grabado en madera, representando, segun decía, un renglon impreso debajo, á San Telesforo, sin valor artístico alguno, que volvió á echar dentro del cajon é iba á hacer lo mismo con el cuaderno azul y los demás objetos, cuando al agarrar el libro y mirarlo distraidamente, vió que lo que suponía serían apuntes de ventas de cereales ó cosa parecida, era un manuscrito con hermosa letra y hojeándolo para leer su título, vió que llevaba el de: *Si vis pacem para bellum.*

CAPÍTULO V

El abogado se inmutó al leer estas palabras. Se acordó haber oido referir á Baltasar Torres, una de las veces que había hablado con éste, que su malogrado amigo había escrito una comedia con este título y sin que ello nunca le hubiera llamado la atencion, en este momento esta circunstancia, le pasó como un rayo por la mente, vió en el hallazgo del libro la prueba de que Felipe había estado en el cuarto, donde él se encontraba ahora y bajo la constante impresion de la inconsciente declaracion del mozo de la venta, sacó la consecuencia que estaba en buen camino para el descubrimiento del crímen.

Despachó inmediatamente al trabajador, que se había llevado á la venta con objeto de ayudarle en remover muebles y estantería con una carta á Avila, en que invitaba al jóven Torres, caso de encontrarse en su casa,—se estaba á principios del mes de Marzo —á venirse sin espera á la venta del tio Pedro, para un asunto en beneficio de la memoria del pobre difunto. No quiso decirle nada del hallazgo, queriendo que recibiese Baltasar la primera impresion delante de él, con objeto de ver si espontáneamente reconocía el manuscrito. Se instaló lo mejor posible en el caseron, donde encontró pan algo duro, varios jamones, un saco lleno de manzanas, un pellejo con vino y una orza con grasa y esperó la venida del estudiante, que no habiendo salido para Salamanca, por haberse licenciado ya y tener su bufete abierto, acudió sin tardar á la cita al dia siguiente.

Al presentarle Don Basilio el cuaderno abierto por la mitad, sin preámbulo de ninguna clase, lanzó el jóven un grito exclamando:—Es la letra de Felipe. Y fijándose en el texto añadió:—Su comedia es, la misma en que hemos estudiado nuestros papeles. ¡Pobre amigo! Pero ¿cómo está esto aquí? y al mismo tiempo volviendo las hojas, llegó á la primera página, que estuvo mirando más de lo que había hecho con las otras, abrió los ojos desmesu-

radamente mientras leía, una inmensa palidez cubrió todo su rostro y rompiendo en abundante llanto, se echó en una silla entregado al más amargo dolor. Un momento despues levantándose, puso el manuscrito, todavía abierto por la primera carilla, en la silla y arrodillándose delante, empezó entre sollozos á rezar la letanía de los muertos: —*Requiem aeternam dona ei Domine,* etc., acabando diciendo: —¡Oh Felipe! Si desde el cielo tú me miras, ya vés como cumplo tu último encargo!

El abogado, compadecido de la pena del jóven, le levantó suavemente y le preguntó cariñosamente, cuándo el difunto le había dado este postrer encargo. Le enseñó Baltasar el cuaderno, diciendo: —¿Pues no habeis leido lo que poco antes de ser muerto ha escrito? Don Basilio hizo con la cabeza un movimiento negativo, se puso los espejuelos, tomó el manuscrito y vió que la primera vez, cuando sus ojos habían caido en las gruesas letras con que estaba escrito el título de la comedia, no había prestado atencion en que debajo del *Si vis pacem para bellum,* había seis líneas escritas con letras más menudas, como si fuese un lema ó una cita de algun clásico, pero conociéndose era de la misma mano, aunque con tinta más clara, líneas que decían lo siguiente:

Quicumque hanc libellum inveniat, me intelligat occidendum hac in nocte XIV a. kal. januarias, ab Urbe condita anni MMDLXXX in Petri caupona, quae ab domo V leucas abest. In Academia Salmanticensi quaerite quis sim, ibi dicent sub oculis scriptum. Supremum vale parentibus. Domine miserere mei! Precamini ab illo, amici! me accipere in gloriam.

—ó sea traducido al español:

«Cualquiera que sea el que este librito encuentre, sepa que seré asesinado durante la noche del 14 de Enero despues de la fundacion de la Ciudad 2580, en la taberna del tio Pedro á cinco leguas de distancia de mi casa. Preguntando en la Academia salamanquina quién soy, allí lo dirán á la vista de este escrito. Un último adios á mis padres. ¡Dios tenga piedad de mí! Amigos, rogad á Dios para que mi alma sea recibida en la Gloria!»

—¡Oh! pobre amigo! exclamó Baltasar, aquí en esta casa has muerto! Pero nosotros te vengaremos. Dios ha querido que despues de dos años, que los hombres no hemos sido capaces de averiguar tu fin, sea descubierto el crímen; sea loada la sabiduría de Dios. Mirad, Don Basilio, cómo se patentiza la mano de Dios en este descubrimiento. Felipe, no sabemos todavía cómo, ha tenido el presentimiento de que iba á ser víctima de los asesinos. En la angustia de este horrible trance, sin comunicacion con la parte de afuera, Dios le inspiró la idea de estampar sus temores en un manuscrito, que todos en la universidad conocíamos y sabíamos era de su propiedad, por si un dia el cuaderno fuera hallado por un viajero, que si entendía latin, sabría lo que tendría que hacer y si no poseyera esta lengua, se llevaría probablemente el libro por contener una amena comedia y donde lo enseñara, sería más que posible hubiera algun hombre instruido, que leyera los consabidos renglones. Y para que el ventero ó sus mozos, que aun en el caso de saber leer, no entienden naturalmente nada más que el español, no se enterasen del póstumo escrito de nuestro amigo, lo escribió en latin, para nosotros estudiantes tan corriente. Reparad, además, su prudencia en medio de lo horroroso de su situacion: su comedia no lleva nombre de autor, ni está firmada; por lo tanto, aunque el ventero la sacara del cajon, donde indudablemente Felipe la ha metido entre estos chismes, como el manuscrito no tiene señal de procedencia, el asesino no lo puede haber considerado como prueba acusadora de su crímen y por tal motivo, no ha pensado en inutilizarlo. Por esta misma razon, nuestro pobre amigo no ha dicho en estas líneas, que escritas en latin parecen formar parte del título, tambien en latin, quién es; pero ruega que el que encuentre el cuaderno lo lleve á la Academia,—no se habrá atrevido á escribir la Universidad de Salamanca, para no despertar la atencion—sabiendo que allí todos hubiéramos declarado de seguida que era suyo, y finalmente, para que tampoco en la fecha del 19 de Diciembre, escrita de este modo, se fijara el asesino, hace uso del calendario romano, apuntando el 14 de la kalenda de Enero, que es

exactamente la fecha correspondiente, porque del dia 14 al 31 que trae el mes de Diciembre, van diez y siete dias, más dos que hay que añadir por ser kalendas, son diez y nueve y son de Diciembre, porque en las repetidas kalendas, se ha de formar la cuenta por el mes anterior á el que se expresa en latin. Tambien en lugar de escribir el año con números arábigos, hace uso de los romanos, el año tanto despues de la fundacion de la Ciudad y sabiendo que con *Urbs* ó sea la Ciudad, los orgullosos Romanos designaban á Roma y que esta fué fundada en 745 antes de nuestra era, no cuesta trabajo sacar el año de 1835.

CAPÍTULO VI

Los dos amigos del desgraciado Zatubalóstegui salieron de la venta, el uno para volver á sus quehaceres en Avila, el abogado llevándose el manuscrito con direccion á su residencia.

Los presos continuaban en la enfermería de la cárcel. Su curacion seguía adelante, á pesar de la violencia de carácter del ventero, á quien desde un principio hubo necesidad de atar los brazos y las piernas, porque era un imposible para los médicos, asistirle y aplicarle las vendas, compresas y apósitos que su caso requería. Como despues de seis semanas, el estado de los tres hombres permitía su ingreso en el departamento comun de los demás presos, y que se iba á mandar su traslado para el siguiente dia, Don Basilio quiso intentar una vez más, si pudiera llegar á obtener de Nicolás, el mozo que había delirado, que no persistiera en la negativa, de no saber nada con respecto á Felipe; pero á pesar del reiterado ruego del abogado, se encerró el hombre en el más completo silencio, no contestando otra cosa que la de ignorar en absoluto el asunto de que trataba su interlocutor.

Era, pues, preciso pensar en otros medios y con este objeto, conferenció con el juez suplente, puesto que se había ausentado el

que lo era en propiedad. Los procedimientos judiciales en aquella época, eran distintos del curso que hoy siguen las causas y no es de extrañar, que para llegar al descubrimiento de la verdad, se utilizáran entonces ciertos recursos, que en la actualidad no se usan por más que dieran, cuando se aplicaban, excelentes y satisfactorios resultados.

Nicolás, que desde su acceso de delirio había sido separado de sus cómplices y no tenía noticias de ellos, vió entrar en su cuarto á las altas horas de la noche, víspera de su traslado á los subterráneos, á dos alguaciles, que le intimaron se levantara y les siguiera en el acto. Estos le llevaron á la sala del juez, inmensa habitacion dentro del mismo edificio, débilmente alumbrada por un sólo velon, donde dicho funcionario y su secretario, se encontraban sentados delante de una pequeña mesa, colocada en un extremo de la sala, al lado de un largo bulto que estaba en el suelo, cubierto con un gran paño negro y al otro extremo de la habitacion, en un rincon, una cortina colgada del techo.

El juez suplente, despues de media hora que había dedicado á leer un legajo de papeles, sin pronunciar ninguna palabra, silencio y oscuridad que preocuparon al preso, elevó por fin la voz para preguntarle en tono seco, cuánto tiempo estaba al servicio del tio Pedro, á lo cual Nicolás contestó, mal humorado, que no se acordaba. El representante de la justicia, le continuó hablando con el mismo tono glacial:

—¿Quién te mandó hacer fuego contra Don Basilio y los alguaciles?

—¡Toma! ¿quién? Tio Pedro fué.

—¿Tienes conciencia de lo que te vá á costar esta hazaña?

—Nada me vá á costar; eso es cuestion del tio Pedro; responda él de lo que me mandó hacer.

—Por lo visto, tú lo que quieres es echar la responsabilidad sobre tu amo. Se conoce que no le miras con buen ojo.

—¿Yo? Ni con bueno ni con malo. Mientras me paga, le sirvo y en paz.

—Tu amo, sin embargo, lo cuenta de distinto modo. El ha prestado declaracion ya y tengo que decirte que por ella, quedas muy mal parado, porque me ha contado muchas cosas de tí.

—Bueno, que cuente.

—Me ha referido que tú estás con él ya hace tiempo, que siempre que había riña en la venta, tú imponías, con tus puños, paz entre la gente, puesto que él, á consecuencia de una caida y mala cura, no tiene en su mano derecha ni siquiera fuerza bastante para agarrar una botella; que le has dicho tú, que era preciso echar á los emisarios de la ley á tiros y que como él no podía, tú le cargaste siempre la escopeta, al mismo tiempo que la tuya, para que él no tuviera más que tirar del disparador.

—¿Ha dicho eso? Pues ha mentido el tio Pedro. Tiene más puños que yo y más fuerzas que un toro. ¿No le he visto yo luchar con Calabacin el de la fragua y torcer allí una barra de hierro como un arco de tonel? Y Zumo de Parra, pues, que tenía al amo debajo de las rodillas y, sin embargo, se lo quitó de encima y apesar de la sangre que perdía por la cuchillada, tuvo fuerza, para aplastarle la ca.....

—¿Porqué te cortas? Porqué no concluyes? Porque sabes que mientes, porque ha sido, nó el tio Pedro, sino tú, quien le aplastaste la cabeza con tus puños y tus piés. Y dando un puñetazo en la mesa añadió el juez:—Basta ya de mentiras; ya sé quien ha matado á Zumo de Parra. Tú quieres echarle á tu amo la culpa, cuando éste me ha referido toda tu historia y que yo sé que lo mataste tú solo y eso para robarle dos monedas de veintiuno y cuartillo. ¡Infame! Alguaciles, llevadle á la torre de los condenados á muerte, que no tendrá que esperar allí mucho, antes de verse en el palo. ¡Fuera con él!

—Mentira, mentira, que no he sido yo. Tio Pedro me quiere perder para librarse él. ¡Canalla¡ Ladron! El le machucó la cabeza con sus zapatos. El sacó á Zumo de Parra más de cien napoleones y ¿qué había de haberme dado á mí algo del dinero? Todo se lo guardó él para sí sólo y me quiso pegar encima, porque no

me presté á cargar con el cuerpo para tirarlo. ¡Canalla! Ladron!

—Tu amo te acusa á tí y ya veremos en la torre, si todavía existen otros medios, más eficaces que las palabras, para hacerte hablar más que á una urraca. ¿Me vás á negar tambien que has sido tú, quien ha matado al hijo del baron de Zatubalóstegui? ¡Asesino! ¿Qué es del cadáver del jóven? ¡Mira detrás de tí y contesta!

El preso se volvió hácia el lado opuesto del salon. La cortina fué abierta por una mano invisible y del oscuro rincon salió, adelantando silenciosamente dos pasos, un esqueleto envuelto en blanco sudario, llevando en la mano un candilejo que elevó á la altura de la cabeza, alumbrando su calavera en que estaba clavada una hacha, de que goteaba sangre. Al ver la aparicion, el acusado lanzó un grito de terror, se echó á temblar como un azogado, sus piernas se doblaron y le hicieron caer al suelo. ¡El fantasma! El fantasma!—exclamó—él sabe que soy inocente de su muerte, así me perdone Dios cuando llegue mi hora!

El preso fué conducido á su habitacion, sostenido por los alguaciles, porque sus piernas le negaban el servicio.

CAPÍTULO VII

Para el juez sustituto, que había imaginado producir el espectáculo de la aparicion, conforme á las palabras que por referencia de Don Basilio y del médico había pronunciado Nicolás durante sus calenturas, no había duda sobre quién había dado muerte al infortunado Felipe: el asesino era el tio Pedro; pero quería estar seguro de ello. Ahora á él,—dijo—y ordenó cuando volvieron los alguaciles, fuesen por este procesado y se lo trajesen como habían hecho con el primero, á pesar de la hora, es decir, justamente por este motivo, pues siempre impone la noche.

Al entrar el ventero, presentaba el salon de nuevo el mismo aspecto, que cuando había sido introducido el mozo. El interro-

gatorio empezó siguiendo el mismo sistema de acusacion, fingiéndose enterado de los hechos por el cómplice del criminal. El tio Pedro, vociferando palabras soeces, blasfemando y sobreexcitado en extremo, negó toda participacion en cada uno de los robos, homicidios, asesinatos, de que segun el juez, no solamente el mozo acusaba á su amo, como único autor, sino además varios testigos llamados á declarar, á consecuencia de las noticias recibidas por los informes recogidos en los caseríos inmediatos á la venta, sobre la más que dudosa moralidad del ventero, su avaricia y codicia y las escenas violentas, riñas, algarabía, lamentos, que muchos transeuntes habían oido al pasar de noche delante del establecimiento, sobre la desaparicion de su mujer hace varios años, que el ventero decía había ido á visitar á sus padres y á quien nadie había vuelto á ver más por allí.

Seguía porfiadamente el ventero negando los delitos que se le imputaban. No se acordaba de un tal Zumo de Parra, ni sabía á dónde había ido cierto buhonero, que á periodos fijos cada mes, daba una vuelta por todos los lagares próximos, para vender sus artículos y á quien algunos arrieros habían visto entrar en la venta, sin que desde entonces el hombre hubiera vuelto á parecer en toda la comarca; no tenía obligacion, dijo, de saber dónde iba la gente á quien hospedaba, ni de dónde venía, ni se enteraba de lo que traía; pagando el módico precio que llevaba á los viajeros por la cama y la comida, lo demás nunca le preocupaba; que si así hicieran todos los que hablaban sobre si era bueno ó malo, rico ó pobre, perderían menos tiempo y obrarían más cuerdamente.

Viendo el juez que no adelantaba nada de este modo, quiso probar por otro medio, excitando su codicia. Le preguntó si sabía que los barones de Zatubalóstegui habían ofrecido hace dos años mil duros, á quien les trajera noticias del paradero de su hijo. El ventero contestó con gran indiferencia, que lo había oido referir y que los ganara quien pudiera proporcionar aquellos datos, añadiendo que ¡ojalá pudiera él! El juez comprendió que el astuto criminal no se dejaba sorprender tan fácilmente y le continuó pre-

guntando, si tambien sabía que hace poco tiempo la familia había hecho pregonar, que prometía entregar cinco mil napoleones en oro, á quien le trajera el cuerpo del difunto ó le señalara donde estuviera escondido, prometiendo solemnemente no meterse en averiguaciones sobre los medios de que el detentador ó delator se hubiera valido, para conocer el paradero del muerto, ni dar conocimiento á la justicia del descubrimiento.

Esta vez, el tio Pedro no contestó nada por de pronto. En sus facciones, se conocía que en su fuero interno, se libraba un combate entre la codicia, que le aconsejaba ganarse tan importante suma de dinero y el temor que todo ello fuera un cuento, cuyo fondo era un acecho, para que cayese en la red que el juez le tenía tendida. Pudo más el temor que el dinero, en el taimado ventero, porque despues de un momento replicó, que no podía ganarse este oro, por no saber nada sobre el sitio donde estuviera el jóven.

Siguió un silencio de unos minutos, que ningun ruido interrumpió en el grande y lúgubre salon. De repente, se oyó una voz cavernosa, que parecía salir debajo de los piés del ventero y decía con lastimero acento: —¡Pedro, Pedro! ¿Qué dices? El criminal, sorprendido por la lúgubre voz, miró al suelo, detrás de sí, miró á los alguaciles, en cuyo medio estaba y que aparentemente sorprendidos como él, habían dado dos pasos atrás, miró al juez y á su secretario, sentados impasibles á la mesa enfrente de él y visiblemente preocupado, con un acento, que ya no tenía la flexion insolente y grosera de hasta entonces, dijo: —¿Quién me habla? Entonces se oyó nuevamente la misma misteriosa subterránea voz, que decía: —Pedro, tú puedes engañar á los hombres, más nó á Dios; aquí estoy yo, á quien has matado sin compasion. Pedro, devuelve á sus padres los restos de su hijo.

El ventero se había quedado perplejo; con los ojos desmesuradamente abiertos buscaba, clavados los piés en el sitio en que se encontraba, de dónde salía la lamentosa voz, que se había callado, como para dejar lugar al criminal á que su conciencia se despertara, ó que el miedo supersticioso venciese su terquedad; pero aun-

que su bronceado rostro había tomado un color lívido, y sus dientes castañeteaban, su boca crispada no dejó pasar ningun sonido. Este perverso no estaba rendido todavía.

De nuevo se dejó oir en medio del imponente silencio, la voz de ultratumba. Pedro—decía—por tu culpa no me es dado descansar. Me arrancaste sin esfuerzo que te costara, la indefensa vida por sorpresa y vaga mi esencia en el espacio, por no tener en sagrado mi cuerpo, cristiana sepultura. Pedro, devuélveme el reposo y ya que para la vida quitarme, valor bastante tuviste, dáme sereno tu mano y á levantarme me ayuda. Al concluir estas palabras, se movió el bulto cubierto de negro, que había entre la mesa y el ventero; el paño fué apartado, no se veía por quién, y de entre un monton de piedras, asomaron una calavera y un brazo de esqueleto que se extendió hácia el acusado. Al mismo tiempo habló nuevamente la voz diciendo: —¿Me reconoces Pedro, á pesar de los años que han transcurrido? ¡Soy Felipe de Zatubalóstegui, tu víctima! Dáme tu mano Pedro!

Pero el tio Pedro no pudo obedecer; había caido desplomado y desvanecido al suelo.

CAPÍTULO VIII

En la madrugada siguiente tuvo lugar en la cárcel, uno de los actos más conmovedores de la religion, cual es el de administrar, á un enfermo cuyo fin se aproxima, el imponente sacramento del Santo Óleo, ofrecido por un ministro de la misma en el ejercicio de su augusta mision. El ventero, había sido llevado á la enfermería, al caer su cuerpo contra las piedras, en medio de las cuales, un ventrílocuo había dado pruebas de su habilidad y con una calavera y parte de un esqueleto, había representado al malogrado Felipe. El tosco campesino que en tantas riñas, contra muchos hombres á la vez, fuertes como él, había peleado animosamente,

que había tenido el triste valor de matar sin pestañear á su prójimo aunque indefenso éste, ese sujeto que, sin embargo, no era más que un cobarde, un sér vulgar, había perdido todo su brutal valor, bajo el terror producido por la supersticion y un miedo mortal se había apoderado de él, promoviendo una turbacion vehemente, un violento desórden encefálico, que iba alterando todo su organismo. El médico desde un principio se había reservado su pronóstico, declarando poco despues de sumo peligro el estado del sujeto y viendo cómo por momentos se agravaba, había llamado al capellan del establecimiento, quien en prevision de un desenlace precipitado, había opinado conveniente se avisase á la parroquia, para que recibiera el Viático y la Extrema-Uncion. Antes que rayara el alba, el tio Pedro había entregado su alma á Dios.

El sacerdote que había asistido al que acababa de morir, vino á ver al juez, para llevarle una comunicacion y hacerle de parte de aquél, las revelaciones hechas en la confesion, que estaba autorizado á dar á conocer. El ventero, despues de las exhortaciones del párroco, se había confesado autor de la muerte de Felipe de Zatubalóstegui, en cuya perpetracion ninguno de sus dos mozos le había asistido, porque no había tenido necesidad de ayuda, cuando en otros crímenes de parecida índole, Nicolás le había prestado su asistencia más ó menos eficaz, segun los casos lo requerían. Había indicado tambien un escondite en el caseron donde había arrojado el cadáver del estudiante, el cual sitio conocía Nicolás, el otro mozo nó, porque éste era nuevo en el servicio de la venta, hacía pocos meses solamente que había entrado, en cuyo tiempo no había ocurrido nada de particular. Otros detalles referentes á lo que había pasado en los últimos años dentro del edificio, fueron revelados igualmente; robos y asesinatos, todos ellos motivados por el inmoderado afan de querer hacerse rico en poco tiempo, habían tenido lugar en aquel antro, sin que nunca la justicia hubiera podido descubrir algo.

El mismo dia se trasladó el juez con su secretario á la venta, acompañándole Don Basilio y siendo llevado allí bien custodiado

el mozo Nicolás, de quien se sabía ahora, por las revelaciones del que fué en vida su amo, que si bien no había tomado parte en el asesinato de Felipe, á otras fechorías, sí, había prestado su cooperacion. Cerrada por dentro la puerta del caseron, por órden del juez, para que no entrasen los muchos curiosos, que atraidos por el rumor de que se iban á descubrir los tesoros del tio Pedro, se habían aglomerado delante de la venta, fué requerido Nicolás á que indicara el sitio donde se encontraba el escondite y el mozo guió á la comitiva, sin hacer oposicion alguna, hasta el final del primer patio, en cuyo ángulo derecho había dos puertas juntas, indicando allí la existencia de dos aposentos y abriendo la última, dijo temblando: —Aquí es.

El abogado, que hace poco había hecho tan detenida inspeccion de la localidad, se extrañó que fuera allí, cuando sabía que dentro había encontrado solamente un monton de leña de árboles cortados, removido por completo por el jornalero que había traido consigo; pero como Nicolás afirmaba que no se equivocaba, fué nuevamente desalojada aquella parte y barrido el suelo, que tenía, además de muchas astillas y de una poca de paja cortada, un dedo de polvo de carbon vegetal, cuyo polvo parecía haber sido mezclado con cal y recibido un baño de agua, por lo duro y compacto que estaba en algunos sitios. Don Basilio, como declaró ingénuamente, no había sospechado allí nada, había mandado meter otra vez la leña y quedó por lo tanto sorprendido, cuando Nicolás despues de haber quitado toda la capa y de lavar las losas, que cubrían el suelo, señaló en medio de la habitacion, á nueve de éstas, formando aproximadamente una vara en cuadro, que no estaban fijadas con mortero y tan sólo puestas juntas en seco. Quitó las losas y debajo se ofreció á la vista una tapadera de madera con su anillo, que fué levantada por los trabajadores, cuyos servicios habían sido reclamados por el juez contra retribucion, entre los ociosos acudidos á la llegada del juzgado á la venta, porque Nicolás suplicó de rodillas, que no se le obligara á más, para no volver á ver al fantasma.

Al ser levantada la tapadera, cuyos goznes produjeron como un gemido humano, se descubrió un hueco espacioso, cuyo fondo no se pudo apreciar en un principio, porque el olor fétido que de allí salía, no permitía el acercarse al orificio y hubo necesidad de interrumpir los trabajos durante más de una hora y de encender leña dentro de la habitacion, echándose encima de la madera ardiendo, un saquito con azufre que se encontró en la casa, para hacer desaparecer el hedor putrefacto. Cuando se consideró que no ofrecía ya peligro el bajar á la cueva, se tiró dentro, como medida de prudencia, un papel embebido en aceite, á que se había prendido fuego. El papel llegó al fondo donde quedó ardiendo y dejó ver un subterráneo, que indudablemente constituía parte de las ruinas de alguna construccion feudal, sobre cuyo emplazamiento se había edificado la venta. El suelo era terrizo, mezclado con bastantes piedras, su techo de forma elipsóide y al bajar los doce peldaños de una escalera, al efecto traida del pajar, se encontraron en el suelo tres esqueletos vestidos todavía en parte, uno boca abajo un poco hácia la izquierda del centro del subterráneo formado por la tapadera, el cual, segun se deducía por la ropa, era de una mujer. De los otros dos que se encontraron debajo de la entrada, echados el uno encima del otro, el de abajo era de un arriero ó mercader ambulante, al juzgar por los restos de sus prendas de vestir; el de encima era del infeliz Felipe, segun lo declaró luego Nicolás, obligado por el juez á viva fuerza á reconocer su ropa y por la circunstancia de haber sido echado el último al subterráneo.

CAPÍTULO IX

Hé aquí lo que había pasado la noche del 19 de Diciembre 1835, segun la confesion del tio Pedro y la declaracion que prestó el mozo, despues de la exhumacion.

Por la tarde de aquel 19 de Diciembre, entraron en la venta

dos forasteros, al parecer Gallegos, en compañía de un tal Zumo de Parra, llamado así por mal nombre por ser tan aficionado á la bebida, por más que ya hacía tiempo se dedicaba á la venta ambulante de géneros para ambos sexos, de cortijo á lagar, donde hacía un negocio productivo y por allí se decía, que tenía una pila de doblones metidos en su cinto. Durante la comida, hablaron los tres de unas piezas de lana que los forasteros tenían en Avila y que ofrecían en venta á Zumo de Parra en cierta cantidad de duros, conviniéndose entre ellos, que los Gallegos irían por la lana y que el buhonero esperaría su vuelta en la venta hasta el dia siguiente, para pagarles el precio estipulado. El tio Pedro, que ya más de una vez, cuando en meses pasados se había detenido Zumo de Parra en la venta, para ver si había lugar á vender algo á los viajeros que se encontrasen en ella, había tratado de averiguar si era verdad lo que se decía del contenido del cinto, le había convidado á tomar unas copas despues de la marcha de los forasteros, á ver si le podía emborrachar. Pero Zumo de Parra, que era capaz de meterse dentro una cántara de vino, sin alterarse en lo más mínimo por eso, no había perdido el juicio y había contestado á las insinuaciones del amo de la venta, que eso de los doblones era un cuento y que despues de pagarles mañana á los forasteros sus géneros, no le quedaba más que lo preciso para abonar los gastos hechos en la venta.

El tio Pedro no había insistido más; pero al levantarse el mercader poco despues, para ir á su cuarto y descansar, aquel le había dado como en broma un puñetazo en el estómago, con objeto de que sonaran las monedas y para que por el sonido se oyese si eran de oro y si muchas. Zumo de Parra se había echado atrás para no recibir otro golpe, que el ventero le quería aplicar riéndose y al hacerlo, su pié se escurrió y se había caido de espalda contra la rinconera llena de loza y cristal, que con gran estruendo vino abajo, haciéndose añicos platos, tazas y vasos. El tio Pedro se enfadó, insultó al buhonero y le exigió que le pagase el daño hecho. Este contestó, que quien tenía la culpa, era el ventero. Que nó;—que sí;

—que no te pago nada;—que tú me lo has de pagar; imprecaciones y maldiciones de parte y parte. El ventero se echó sobre Zumo de Parra; éste, que era de igual fuerza, por lo menos, le rechazó; pero no pudo evitar un tremendo puntapié del tio Pedro en el bajo vientre, que le hizo caer por segunda vez, lanzando ayes de dolor. El ventero entonces, le dijo:—ó me pagas, ó te lo saco del cinto. El buhonero, sosteniendo con una mano la parte lastimada, se había levantado sobre una rodilla y con la otra mano, sacó una navaja para defenderse; pero su antagonista echó mano de un atizador del horno y le acometió con el hierro, para que se le cayera el cuchillo de la mano.

En uno de los viajes que le tiró, Zumo de Parra pudo asir el atizador y como el otro no lo soltaba, éste se echó encima del buhonero, luchando y revolcándose ambos en el suelo y clavándose el tio Pedro en una de estas evoluciones, la navaja en una mano, dando lugar la rabia del dolor, á que llamase á Nicolás para que le viniera en ayuda. El mozo había acudido y viendo á su amo debajo y el buhonero apretándole la garganta, había tirado de las piernas de éste, dando por resultado su intervencion, que el ventero volvió á echarse encima y que pudo levantarse. Mientras que el mozo seguía sujetando las piernas al mercader, el ventero empezó á darle de taconazos en la cabeza, de donde pronto saltó á borbotones la sangre, que lo salpicó todo, hasta que pocos momentos despues, el hombre no hizo ningun movimiento más. El tio Pedro le había luego quitado el cinto, que por su peso debía seguramente contener una buena suma y se había lavado el calzado y las medias manchadas de rojo, obligando al mozo, que se había quedado un tanto aturdido, al comprender que el buhonero había muerto, ya que no se movía más, á llevar entre ambos el cadáver á la carbonera, que estaba á la sazon muy llena de leña, para luego, en medio de la noche, quitar ésta y tirar el cuerpo al sótano. Serían entonces como las ocho de la noche y queriendo lavar el suelo y la pared salpicada por la sangre, por si acaso llegase algun transeunte, dejaron el cadáver apoyado contra el monton

de combustible y cerraron la puerta con el cerrojo á falta de llave.

Estaban concluyendo de limpiar pared y suelo, cuando efectivamente, sonó un aldabonazo en la puerta. El ventero apagó el farol y no hizo caso; pero como los golpes fueron repitiéndose, subió al piso y mirando por una ventana, apercibió á la luz de la luna llena, á un jóven de buen porte parado delante de la venta, sin que en la carretera se viera á persona alguna más. Abrió y los dos hombres reconocieron en el visitante al único hijo de los barones de Zatubalóstegui, quien apenas dentro de la casa, se echó cansado encima de un banco, quejándose de una herida en una pierna, pidiendo se le proporcionase agua templada para lavarla y tiras de hilo con que vendarla, así como una caballería, porque no podía continuar su camino á consecuencia del fuerte dolor, asegurando que pagaría el gasto y la molestia.

Mientras que el ventero y Nicolás le buscaron el hilo y le prestaron la necesaria ayuda, el jóven Felipe les contó que había salido al anochecer de Avila en patines, que durante las dos primeras horas había seguido su marcha sin novedad y que había pasado ya el pueblo de Mingorria, cuando distraido en la contemplacion de unos lobos que cruzando la carretera, se habían detenido á la vista del viajero, como calculando lo que más cuenta les dejaría, saltar al rio helado y acometer al hombre, ó internarse en el vecino bosque en busca de otra presa, su pié había chocado contra un peñasco, que en medio del cauce sobresalía del hielo y le hizo caer produciéndole la herida. El dolor era tan vivo, que se había visto en la imposibilidad de seguir patinando, teniendo que valerse de su baston, para no apoyar el miembro lesionado en el suelo. Había buscado con la vista si descubría algun arriero subido en una caballería para montar en grupa, pero la carretera estaba por completo solitaria; solamente á una distancia como de media legua más arriba, en el camino entre Aveinte y Velayos, había distinguido una casa y á duras penas, saltando más bien que andando, apoyado en su baston, con la pierna encogida, había podido, despues de una hora larga, llegar hasta la venta.

CAPÍTULO X

Hecha la cura lo mejor posible, renovó su deseo de tener una caballería, porque quedándole más de cinco leguas que hacer antes de llegar al castillo, no se encontraba con fuerzas suficientes para ir á pié ó volver á patinar. Ofrecía dificultad buscar un caballo ó un mulo, á las diez de la noche, en medio del invierno, hora en que todo el mundo en todos los cortijos alrededor estaba durmiendo. El ventero tenía una mula, que le servía para traerle dos veces por semana del vecino pueblo, los artículos de consumo necesarios en la casa; pero el animal estaba desde el dia anterior en la cuadra con un dolor, y no podía prestar servicio. Por otra parte, no había por el momento ningun viajante ni á pié ni á caballo en la venta; pero se acordó el tio Pedro que el borrico de Zumo de Parra estaba allí, y que á falta de mejor, podría servir para que lo montára el estudiante. Mandó, pues, á Nicolás aparejar al rucho, y como el jóven, teniendo que satisfacer una perentoria necesidad, preguntára por el sitio, el ventero, que mientras tanto estaba clavando el estante caido, le dió un candil y le dijo que entrando por el patio, la última puerta á la izquierda, encontraría lo que le hacía falta, repitiéndole al salir:—la puerta á la izquierda.

Felipe salió por la puerta por donde había visto irse al mozo á la cuadra, entró en un corredor, y dirigiéndose hácia donde el rebuzno de un borrico se dejaba oir, siguió el largo corredor hasta una esquina á la derecha, donde otro corredor conducía en pocos pasos á la cuadra, que tenía una puerta abierta dando al patio. Dejó la lamparilla al mozo, que estaba limpiando el borrico, salió al patio alumbrado por la luna y atravesándolo en toda su extension, se detuvo delante de la última puerta á la izquierda, cuyo cerrojo descorrió de prisa. Empujó la puerta con cierta violencia por la necesidad que sentía, viniendo á dar la hoja contra un monton de leña y cayéndole al entrar de prisa, al mismo momento un gran bulto encima, que á la luz lunar vió era un ensangrentado cadáver.

El jóven al salir de la habitacion principal, había tomado por el corredor que se le ofrecía á la vista y siguiendo hasta la cuadra, había dado justamente por el interior del caseron, media vuelta al patio, por no conocer las localidades, puesto que frente á la puerta por donde había entrado al corredor, había otro pequeño pasadizo, que tenía directo acceso por otro hueco con el mismo patio. Entrando en éste por el referido sitio, al final á mano izquierda, estaba el cuarto que necesitaba Felipe, mientras que entrando por la puerta por donde éste había pasado al patio, que estaba en frente de la otra al lado opuesto, claro es, que el lado derecho venía á ser el izquierdo. Aunque el ventero le había repetido: la última puerta á la izquierda en el patio, no había caido en que por no conocer la casa, el viajero pudiera entrar en el largo corredor, llegando al patio por la parte de enfrente, en cuyo ángulo izquierdo, penetrando de esta manera, la última puerta era la de la carbonera, repleta de leña, contra la que poco antes se había dejado apoyado el cuerpo del buhonero.

Ya porque alguna rama del monton, al ser empujada por la puerta, hiciera perder el equilibrio al muerto, ya que las ratas al esquivarse cuando fué abierta la puerta, le hicieran escurrir y caer, lo cierto es, que Felipe recibió en pleno pecho el frio cuerpo y que lanzando un grito de espanto, se echó á correr por donde había venido, tropezando en su precipitada fuga con Nicolás, el cual, al oir el angustioso grito, salió de la cuadra al patio, con objeto de enterarse de lo que ocurría. Al ver lo alterado que estaba Felipe, que temblaba por todo su cuerpo, comprendió de súbito que se había equivocado de cuarto el estudiante, y que la vista del cadáver le había causado aquel miedo. Le cogió por la mano, le sujetó y le preguntó dónde iba, á lo cual la excitacion del sistema nervioso del jóven, le impidió contestar, haciendo éste por contra inútiles esfuerzos para conseguir le soltára el mozo, que le tenía apretado con sus manos de hierro. Por fin, Felipe, pudo articular: —¡Déjame, por María Santísima, que me vaya!—á lo que el mozo replicó, que á lo menos estuviera más tranquilo y se viniera

con él á que le abriera la puerta de la calle. Así penetraron en la habitacion de la entrada, donde el tio Pedro, con el ruido de su martilleo no se había enterado de nada, y miró extrañado al jóven, que todo trastornado, sin decirle nada, quería quitar la tranca de la puerta, para franquearse el paso á la carretera.

Dos palabras, que Nicolás le dijo rápidamente al oido, explicaron al ventero lo sucedido, y comprendiendo en el acto la gravedad del caso, le dijo acercándose al estudiante:—Esta noche no se sale ya; mañana veremos. Estas palabras fueron pronunciadas con tan lúgubre entonacion de voz, que aumentaron la perturbacion del jóven, quien acordándose de pronto de la misteriosa fama que corría sobre la venta, perdió por completo su serenidad é hincándose de rodillas con las manos levantadas, exclamó en el paroxismo del terror:—¡No me mates; no diré á nadie lo que he visto; déjame salir!

El ventero se quedó un momento indeciso; pero no tardó en contestar con una voz que no prometía nada de bueno:—Ya he dicho que esta noche no se sale de aquí con esa cara; ahora te vás á una habitacion que te voy á enseñar, y allí dormirás hasta mañana; pero antes quiero que me jures por lo más sagrado, que ni á tu padre, ni á tu madre, ni en el confesionario, contarás nunca jamás, lo que has visto aquí, porque si despues de dejarte salir, me enterára que has hablado á alguien de lo de esta noche, ¡vive Dios! aunque te abrazaras á los Santos del Altar mayor, allí te daría muerte. Júramelo invocando el castigo de Dios sobre tí, sobre tu padre y tu madre, si faltas á tu juramento.

Felipe lo juró todo y virtuoso como era, de seguro prestó el juramento, aunque arrancado á la fuerza, con fé y propósito sincero de cumplirlo como buen cristiano, sin reservas contrarias *in petto*. Luego el tio Pedro le dijo:—Toma tu maleta y sígueme para arriba y el jóven le volvió á suplicar llorando, que no le hiciera daño, que tomara su reloj y cadena de oro y tres doblones de á cuatro que llevaba y no le obligára á subir, á lo cual el ventero replicó con una sorda imprecacion, que para quererle matar, no

necesitaba llevarle á los dormitorios y prepararle una buena cama donde poder descansar, empujándole al mismo tiempo hácia la escalera. El cuarto de arriba, donde el tio Pedro le condujo y le dejó sólo, cerrando la puerta por fuera con llave, para que como dijo el ventero, no le entrara ganas de escaparse, no tenía más ventana que dos cristales encima de la puerta y contenía, como todos los de su clase, un catre, un palanganero de madera, una vieja cómoda y dos sillas de paja.

Lo que Felipe haya hecho cuando se quedó sólo, eso solamente Dios lo sabe; nadie lo ha presenciado y hay que dejar para siempre el campo abierto á las suposiciones. Es de presumir, que bajo la idea fija de que el ventero quería asesinarle, para estar seguro de que no hablaría nunca y horrorizado al pensar que no vería más la luz del dia siguiente, él que tantos deseos de vivir tenía, haya encontrado en una ferviente oracion alguna calma; que haya tenido la inspiracion de sacar de la maleta el cuaderno, ó sea el manuscrito de su comedia y despues de haber hallado en los cajones del vetusto mueble una pluma y una poca de tinta resecada, á que habrá echado algunas gotas de agua para licuefacer la pasta, haya estampado en la primera carilla, como un supremo adios á sus padres, el secreto de su próxima muerte. Luego habrá metido el cuaderno en el cajon entre los diferentes objetos que allí se encontraban y habrá esperado los acontecimientos.

El ventero había declarado en su confesion, que se había quedado mucho tiempo todavía abajo, pensando en lo que iba á hacer con el jóven, si fiarse de sus juramentos y dejarle ir, ó asegurarse mejor en su silencio haciéndole desaparecer; que el temor de que el estudiante un dia faltase al juramento prestado, bajo el imperio de la violencia y el temor, había pesado más en su ánimo que los consejos de Nicolás, de no hacer otra víctima, sobre todo, porque era casi un niño todavía y no llevaba encima dinero como el mercader, que valiera la pena. Había mandado al mozo que fuera á acostarse y cuando todo estaba tranquilo en el caseron, el temor de ser acusado por Felipe de Zatubalóstegui, embargó tan

por completo su mente, que cogiendo una hacha, se fué arriba, abrió suavemente la puerta del cuarto, donde el jóven estaba orando y cuando éste, oyendo ruido, miró detrás de sí, el miserable, cerrando instintivamente los ojos, como para no ver lo que hacía, levantó el arma y despues del primer golpe, había cobardemente acabado con él rompiéndole el cráneo.

Los tres esqueletos, de los que uno conservaba trozos de ropa de mujer y era indudablemente lo que quedaba de la desaparecida esposa del ventero, sobre cuya muerte Nicolás no pudo ilustrar á la justicia, por no haber entrado á servir en la venta, sino despues de la época en que se había echado de menos la mujer, hecho que pudo probar,—recibieron cristiana sepultura, el de Felipe, en la capilla del castillo de sus padres; los otros, que no fueron reclamados por sus parientes, en el Campo Santo del inmediato pueblo. Nicolás, por la parte que había tomado en el asesinato del buhonero, y la resistencia armada contra la justicia, fué ejecutado á los pocos dias en Avila, no considerando correcto ni justo los jueces de aquél tiempo, que mediante una traviesa, atrevida y sutil defensa, llena de sofismas, un asesino se salve del patíbulo, para venir á gravar duramente más treinta ó cuarenta años que viva todavía, el presupuesto de cárceles y presidios, á costa de los honrados contribuyentes del país, ó que el empedernido criminal encuentre el servicio de vigilancia dentro del establecimiento penitenciario en condiciones tales, que no necesite grandes esfuerzos intelectuales para encontrar en breve plazo los medios de burlar semejante vigilancia, y entregarse como lógica consecuencia de su perversion, al siguiente dia de su huida á la perpetracion de nuevos crímenes, constituyendo siempre su existencia, en que la redencion moral no cabe ya por desgracia fatal, un perenne peligro, una espada de Dámocles para la tranquilidad de la sociedad.

El nuevo dueño de la venta, para hacer desaparecer el descrédito en que había caido el establecimiento por el horror que inspiraba el recuerdo de tantos crímenes, hizo echar abajo la

parte aquella del caseron y despues de las formalidades prescritas por la Iglesia, obtuvo permiso para construir en el mismo sitio una modesta ermita, donde durante muchas decenas de años, los fieles, venidos desde lejanos caseríos, iban con cristiana fé á hacer sus oraciones, hasta que el cáncer de la indiferencia religiosa, que corroe más y más á la sociedad, hizo caer en desuso tan piadosa y ejemplar costumbre, no ofreciendo hoy dia, ermita ý venta, más que uno de tantos montones de ruinas que siembran los estériles campos y por el cual ya nadie se interesa.

ERRATAS

QUE SE ENCUENTRAN EN ALGUNOS DE LOS EJEMPLARES DE LA PRIMERA TIRADA

Página	Línea	DICE	HAY QUE LEER
20	37	mareadores	merodeadores
37	4	las junta de las	las juntas de la
44	32	Fravellor	Travellor
45	32	*phalis*	*pholis*
58	29	ejemplares	ejemplos
72	20	sureste	sudeste
83	13	Se ha pasado estampar la nota siguiente:	(*) Hace pocos meses la Puerta Otomana ha hecho cesion á Francia del territorio de Scheik Said al pié del monte Menheli, distante nueve kilómetros de la isla Perim, y dominando las baterías que se construyan en él, no solamente la tan formidablemente fortificada isla inglesa, y los buques anclados en el puerto, sino el estrecho situado al Occidente de Perim. En la nueva pesesion francesa abunda el agua potable, que constituye una inmensa ventaja y hace de ella uno de los puntos más importantes, estratégicamente hablando, en el estrecho de Bab-el-Mandeb.
93	9	En la nota: *La segunda vez en el cap. V, vers. 92 y 93*	La segunda vez en el capit. V, vers. 92 y 93.
107	32	aprobara	probara
140	10	En esto	—En esto
143	20	casas	cosas
175	6	inmediaciones	inmensidades
183	29	Tomando Davy la lámpara	Tomando la lámpara Davy
185	17	Nordnordeste	Nornordeste
191	3	poponerse	ponerse
243	9	es	era
256	28	de la masa	del mazo
287	19	reportarse	repostarse

CONTENIDO DE ESTA OBRA

PÁGINA

El Saharasauro... 11

Si vis pacem para bellum. 331